

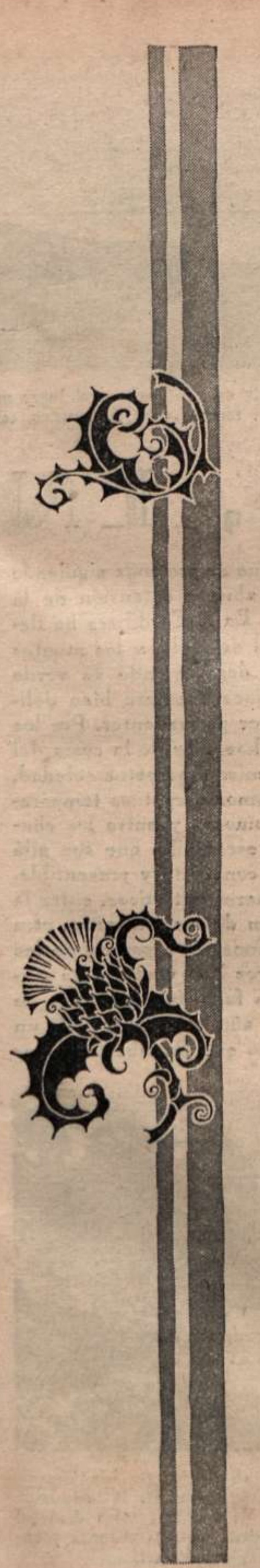
♥ La Virgen adorando al Niño ♥♥♥ Cuadro de Carlos Dolci ♥

Caras y Caretas
Número extraordinario de
Navidad
1934



HIJOS DE YBARRA — Fco. ACUÑA de FIGUEROA 358

ARGENTINA — BUENOS AIRES



CAMPO ARGENTINO Y APUNTES

POR FERNANDEZ MORENO.

DEL TREN

I

Yo no me pongo a leer
hasta estar en pleno campo
cada vez que voy en tren.

II

Prefiero curiosear
gallineros y jardines,
de la clueca al rosal.

III

Todo lo que hay que ver
lo he visto por las ventanas:
amar, guisar y coser.

IV

Casitas de los costados,
indefensas a mis ojos
curiosos y mal pensados.

V

Echaos un poco atrás
hasta la mitad del campo
o un poquito más allá.

CREPUSCULO

Verde, gris, azul, violeta,
el cielo es una pizarra
para que Dios pinte estrellas.

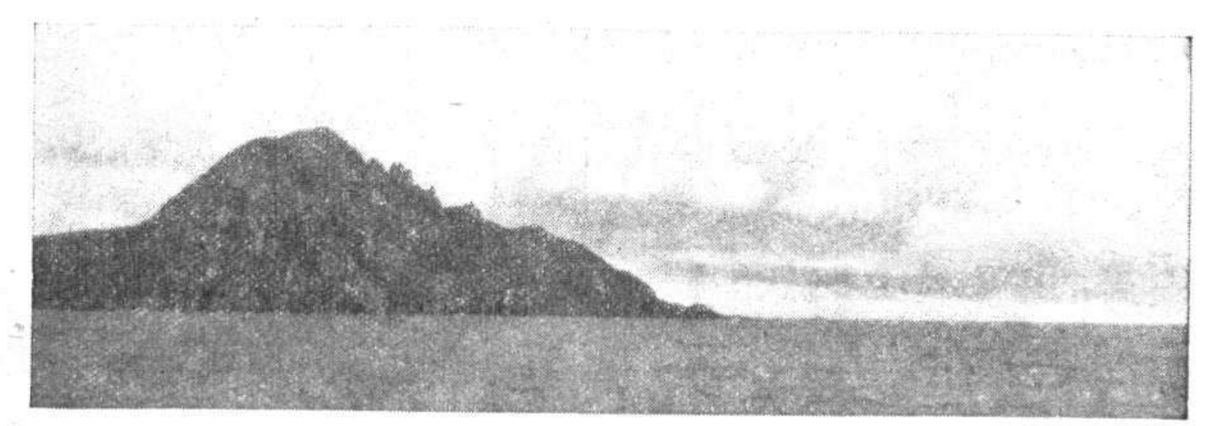
NOCHE

Negrura sobre la pampa:
un cestillo de tinieblas,
un asa de Vía Láctea.

Fernández Moreno







El último confín de un continente y el lugar más temido de la tierra: un extraordinario día de calma en el famoso cabo de Hornos, centro de continuos y terribles temporales.

ABAJO, EN EL SUR

Por LOBODON GARRA



CARAS Y CARETAS

Mientras comienzan a caer las primeras nevadas en Nueva York, abajo, en el Sur, los grandes copos blancos cesan poco a poco su silencioso e interminable descenso; mientras empiezan a llegar aquí los huracanes frígidos de la bahía de Hudson, sigue en el Sur silbando el viento que sopló constante en el transcurso de los días cortos y las noches eternas del invierno austral. En las estancias se ha iniciado la época de la esquila y los grandes "piños" de ovejas se mueven a la sombra de un solo balido que se prolonga siguiendo su marcha por la abierta extensión de la meseta patagónica. En la Cordillera ha llegado el período del deshielo, y los montes de las faldas van descubriendo su verde obscuro hasta la línea, siempre bien delimitada, de las nieves permanentes. Por los canales y las islas boscosas de la costa del Pacífico palpita la misma perpetua soledad, azotada por los mismos perpetuos temporales, bajo cielos brumosos y entre los chubascos de nieve y escarchilla que son allá la única presencia constante y presentible. Por los desiertos mares antárticos, entre la imponente procesión de los témpanos, otra vez ha vuelto a resonar el arponazo de los balleneros y otra vez han vuelto a su trabajo, en las lejanas factorías, los miles de hombres que cada año encuentran allí un momentáneo refugio que los liberte de los agitados sucesos que van señalando la marcha del mundo.

Allá se extiende una grandiosa región de la tierra, una de las últimas aun deshabitadas, y, seguramente, la más extraordinaria. Parte integrante del grupo de naciones sudamericanas, ha sido colonizada principalmente por extranjeros y aun aparece como nebulosamente lejana y casi desconocida para quienes, políticamente, la incluyen en su esfera de influencia. Y, sin embargo, existe allí una circunstancia realmente trascendental que le concede extraordinaria importancia: por primera vez en la historia las razas latinas han de ponerse en contacto con las zonas frías, cuna de las razas nórdicas, que se han posesionado de ellas en otros continentes. Y ha de ser en ese contacto que aquellas razas mediterráneas, injertadas en su nueva personalidad sudamericana, han de acrecentar el espíritu de empresa y de aventura, la sobriedad y la fortaleza que destacarán sus características en la sociedad humana del futuro.

Esa es nuestra función actual, incorporar las regiones australes a nuestra psicología social, como una contribución a la formación de nuestra personalidad definitiva, que aun está en pañales, y en la que ellas han de ser, y son sin duda, una de las más poderosas e inagotables fuentes de energía.

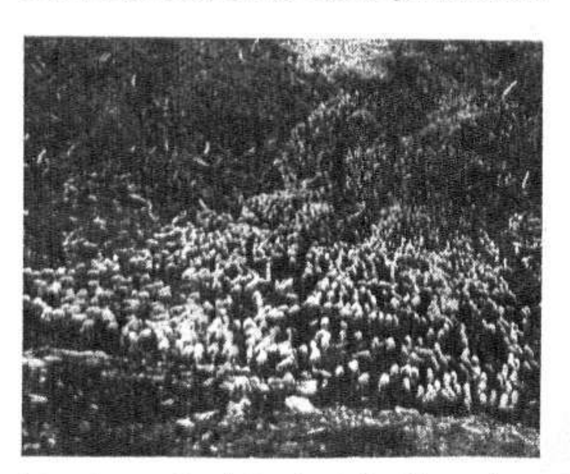
Nueva York, 1934.



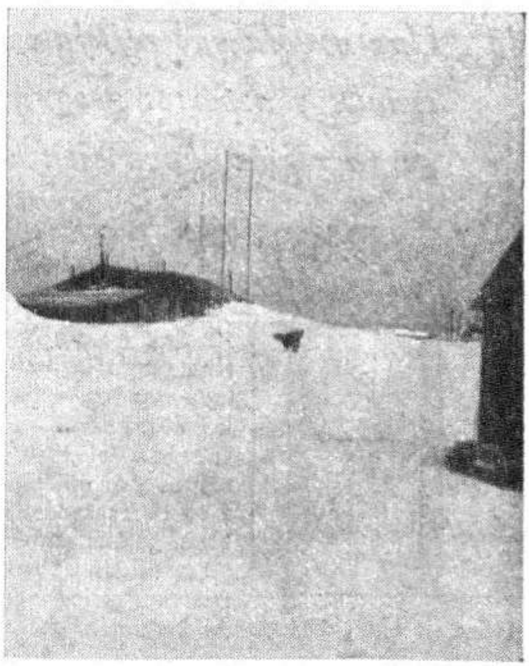
Lobodón Garra (a la derecha) junto a la tumba del explorador Shackleton, en el cementerio de la estación ballenera de Grytviken (isla Georgia del Sur).



Una estación ballenera en la desierta isla Georgia del Sur, a donde cada año, durante la temporada de pesca, llegan miles de hombres solos desde el norte de Europa, para dedicarse a la matanza y explotación de los grandes cetáceos.



Los más grandes rebaños de ovejas del mundo se hallan en la Patagonia Austral. Un enorme "piño" bajando una loma entre los troncos carbonizados de una quemazón, en la región de los lagos de Santa Cruz.



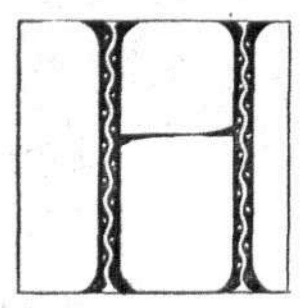
La bandera argentina flamea en el punto permanentemente habitado más austral del mundo. Pleno invierno en el solitario observatorio meteorológico de las islas Orcadas, perdido en la inmensa desolación antártica.

SAN JUAN

Juan Pablo Echagüe.

Una novela que refleja estados sociales y aspectos geográficos de la región, hace cien años.

Por JEAN PAUL



AY una novela íntimamente vinculada por los tipos, las costumbres, la intriga, el argumento y el paisaje, a la tierra sanjuanina, y que puede ser considerada como proyección artística de ciertos caracteres peculiares de la comarca.

Don Pedro Echagüe, su autor, porteño de origen, había ido tras largos y rudos ajetreos dentro y fuera de la patria, a desempeñar en San Juan una alta dirección educacional, solicitado por Sarmiento. En servir ideales de libertad con la espada y con la pluma, había consumido lo mejor de su juventud, tempranamente aventada por la borrasca de la tiranía.

Quiso el destino que lo que él pensara ser recalada, puerto intermediario, se convirtiese en final de su odisea. San Juan lo retuvo para siempre: allí vivió el resto de su existencia, allí reposan sus restos.

Los aspectos psicológicos del grupo social al cual quedara incorporado; sus tradiciones condicionadas por la naturaleza física del territorio; su historia, que se diría marcada por un signo fatídico, cautivaron la observación del escritor, dán-

dole tema para escribir algunos libros.

Uno de ellos "La Chapanay", al cual se alude al comenzar, cuenta la historia de un gaucho hembra oriundo de San Juan, que hace un siglo llenó con su nombre y con sus hechos las travesías cuyanas. Habíala recogido el narrador en la tradición oral de la provincia, confirmándola luego por atestaciones de testigos que conocieron personalmente a la protagonista. Hasta el origen de Martina Chapanay fué novelesco. Su padre, un indio pescador avecindado a orillas de las lagunas de Guanacache, en los límites de San Juan, pudo desposarse con una joven sanjuanina de familia culta y distinguida. ¿Cómo así? Merced a la gratitud de la muchacha, salvada por el indio de morir colgada de un árbol en el desierto, donde una cuadrilla de bandoleros, peste de las campañas por entonces, había asaltado, robado y asesinado a su marido, con quien ella viajaba de la única manera que en aquellas regiones se podía viajar por entonces: a lomo de mula. Viuda cuando acababa apenas de casarse, mal repuesta todavía, y gracias solo a la solicitud del indio, de una grave lesión que recibiera en el salteo, desvalida y sin esperanzas de rehacer en otra esfera su truncada vida, quédase para siemper unida a su salvador, en la cabaña lacustre en que reconquistó paz y salud. He aquí cómo y por qué, de tal connubio Martina Chapanay nació mestiza.

Desde pequeña mostró la muchacha instintos hombrunos y cerriles. Gustábale dar caza a los jumentos cimarrones guarecidos en las ciénagas circunyacentes, y cabalgar en ellos hasta rendirlos galopando por arenales y pantanos. Su madre había muerto. Su padre apesarado, venido a menos, la abandonaba a sus impulsos montaraces. Y así creció ella: domando animales chúcaros, batiéndose a mojicones y pedradas con los galopines de los alrededores, y ejercitándose, con uno de palo, en la esgrima del cuchillo, en la que nadie había de superarla jamás.

Fracasa una tentativa para reprimir y civilizar al bravío marimacho. Antes de morir a su vez, inquieto el padre por la suerte de la hija ya convertida en mujer, entrégala al servicio de una familia de San Juan, en la esperanza de que el contacto con la ciudad y la sujeción al orden doméstico la regeneren. ¡Qué habían de poder estos paliativos contra el tirón incontrastable del temperamento selvático! Las voces del campo la llaman; sus imágenes la conturban como el recuerdo de un supremo bien perdido. Y una noche, en compañía de Cruz Cuero, un cierto bellaco diestro en manejar lo mismo la guitarra que el puñal, huye de la reclusión urbana para ir a buscar refugio en los yermos entre los cuales vivió su infancia, y piensa poder seguir viviendo a su gusto, como el cacto en el pedregal.

Sucede que la imprudente prófuga ha caído entre las garras de un bandolero. Cruz Cuero resulta siendo capitán de salteadores. Y la Chapanay, vestida de hombre — indumento que no abandonará ya nunca más, — queda incorporada por fuerza a la banda; por fuerza participa de sus depredaciones y por fuerza se atrae así la persecución de la justicia. Su voluntad y sus propensiones naturales la alejan del mal; ¿de qué medio valerse en semejante circunstancia para reintegrarse al bien? Una fechoría de los malhechores exaspera en ella este deseo. Ha sido asaltado y preso en la próxima encrucijada un joven viajante de comercio que lleva consigo mercaderías y fondos, en poder ahora de los asaltantes. Desamparado por la fuga de sus acompañantes, malherido y amarrado a un chañar, aguarda con punzante angustia el mozo — un muchacho de tez blanca, ojos azules y facciones finas — la sentencia de sus verdugos, quienes, echados de bruces en torno del cautivo, beben aguardiente e insultan su congoja. Atenta y pasiva, contempla la Chapanay esta escena. La extraña y por ella nunca vista belleza del mancebo, que compara con las cataduras patibularias de sus cómplices, la fascina y la conmueve. Oye imploraciones de misericordia en nombre de la madre lejana, ve crecer el reflejo de una infinita ansiedad en el rostro armonioso y lívido, siente que su alma de mujer se inunda de piedad, e intercede por la víctima. Más le valiera no haberlo hecho. De un solo golpe en la cabeza con el mango de hierro de su rebenque, Cruz Cuero, borracho de alcohol y de celos, la derriba exánime, para saltar luego sobre su trabuco y descargarlo en el pecho del prisionero.

— ¡Cobarde, asesino! — le grita Martina al reponerse. — ¡Si al menos me hubieras dado tiempo para sacar mi facón!

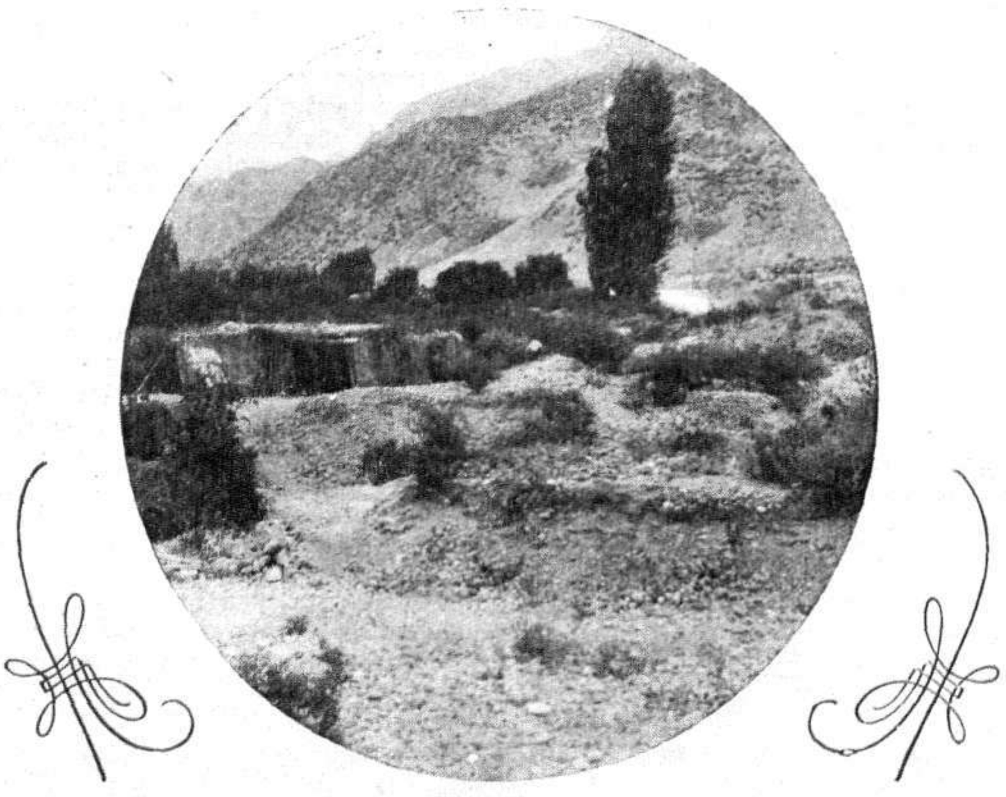
Este episodio determina un cambio cardinal en la conducta del personaje. Se emancipa la Chapanay para siempre de los salteadores, movida por el propósito inquebrantable e inquebrantado durante el resto de sus días, de rescatar sus yerros anteriores. Abnegada y valerosamente, se consagra desde entonces al servicio del

bien, convirtiéndose en una especie de Quijote de los desiertos de Cuyo. Tosca amazona de rutas desoladas, va y viene de San Juan a La Rioja y de Mendoza a San Luis, socorriendo viandantes, persiguiendo y combatiendo cuchillo contra cuchillo ladrones de caminos, sembrando de cabañas y de tinajas de agua los yermos calcinados, para asilo de los fatigados y socorro de los sedientos, purgando el territorio de los bandidos que lo inficionaban, y que ella misma entregaba maniatados a las policías, transportando a nado fugitivos políticos a través de los torrentes, descubriendo entre las breñas las cavernas en que los Alí-Babá de cien leguas a la redonda iban a amontonar sus ladronicios, peleando, en fin, sin tregua, con los hombres, con las fieras y hasta con la naturaleza salvaje, que a un mismo tiempo la hostilizaba y la atraía irresistiblemente, cual si quisiera recobrar en ella no sé qué fuerza telúrica desprendida de su propia substancia. Genio tutelar de la travesía habrán de calificarla un día los mitos comarcanos.

Si uno de los más importantes servicios que la literatura puede prestarle a la historia, es darle a conocer los estados sociales del pasado, esta obra constituye para aquélla un documento singularmente ilustrativo. Expresión de una época remota; espejo del paisaje mediterráneo de hace cien años, cuando la civilización del caballo comenzaba recién a preparar la de la máquina, cuando las arrias y las caravanas de carretas debían aventurarse durante días y meses, acechadas por el bandidaje feroz, a través de imponentes soledades, para mantener las indispensables relaciones de interdependencia política, económica y social entre los desprestigiados pueblos de la república, evocación de maneras de vivir hoy abolidas, pero que debemos considerar como etapas retrospectivas de nuestro progreso, "Martina Chapanay" es una resurrección del agro cuyano en la precedente centuria.

Ella perpetúa el recuerdo de un extraño ejemplar de virago, encarnación típica del gaucho bueno contrapuesto al gaucho malo de Sarmiento; es un complemento descriptivo de nuestra mas característica personalidad legendaria y racial, y recoge para el porvenir un símbolo de la poesía inarticulada y semibárbara que alentó el alma popular.

Jean Paul



Paisaje sanjuanino.

El alma de la mujer en el misterio de la vida

La vida de la mujer no es solamente temperamental e intuitiva; es también reflexiva

Por ROSA BAZAN DE CAMARA

Mucho se ha hablado de la mujer, y se nos mira bajo todas las luces. Pero siempre, o las más veces, es un análisis extravertido, que se hace partir de las cosas que nos rodean, sin tener en cuenta que esa exterioridad, como en un caos de pensamientos vagos y trémulos, rodean nuestro ánimo, sin alcanzar a nuestro yo profundo, y que se interponen entre el analista y su objeto. Nuestro corazón queda siempre ignorado y obscuro, sin que ojo alguno proyecte sobre él, ese rayo de luz que alumbra abismos. Conociendo por mi propio misterio esta miopía de comprensión, es que tengo el anhelo de allegarme por mí misma a esas cavas de nuestra alma.



Rosa Bazán de Cámara

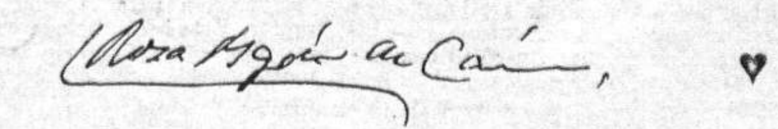
Es indudable, que en la vida de la mujer, vela alerta una actividad originaria que orienta y mueve nuestra existencia, empujando deseos y pensamientos. Nuestra vida interior, hecha de cualidades y defectos, no puede decirse sea regida por nosotras mismas, sino que en principio es así ya, desde los comienzos de la vida. Una armonía de fuerzas, y una oposición de energías, es la vida del mundo entero. Cada uno, es una pequeña partícula de esa oposición armónica. Así, nunca olvidaré un cuadro grabado en mi mente, en los primeros años de mi vida. Allá, en un estancia lejana, perdida entre los llanos de La Rioja, vigilada por el centinela de piedra, el Famatina, y anublada por las arenas que levanta el viento cálido de la tarde, mi espíritu se iluminó con la visión de un hecho sencillo al parecer; pero, de inmensa significación, ya que las cosas son siempre efectos de grandes causas ocultas.

Era el crepúsculo. Cuando las sombras comenzaban a entenebrecer el bosque, los últimos efluvios sangrientos del sol coloraban las copas de los árboles, hora en que los hachadores abandonan su labor. Dos criaturas de cinco a seis años, hijitas de aquellos hombres, jugaban con las maderas pequeñas, dejadas por inútiles. Cada una levantaba entre sus brazos un trocito de madera, que simulaba a su fantasía un niño pequeño; lo apretaba contra su corazón, como al hijo amado, dejando en aquel leño frío y áspero, el cálido beso de la madre futura. Cada una era inconscientemente la revelación de lo que mañana la naturaleza realizaría en ellas, exigiendo su tributo a la especie. Una de ellas, quizá la más emotiva, acunaba entre sus brazos a su pequeño; cantaba dulcemente, y parecía temblar en su canto una caricia. Se me ocurría que hasta lágrimas caían sobre aquella astilla yerta, sin vida; manifestaciones certeras y profundas de un temperamento, que después se revelaría en la dulzura y en el dolor de una emotividad quizá llana o demasiado acentuada. La otra, en cambio, arrullaba a su hijo con palabras, a veces cálidas, a veces duras; meciale contra su corazón; pero, luego, como si no pudiera ablandarle el enojo, exasperada por la contrariedad de su deseo, arrojaba al pequeño lejos de sus brazos. También en ésta, se perfilaba su temperamento pasional y dominante; tal vez en lo futuro, habría de domar a los hombres, meciéndolos con la dulzura de su voz, para luego desprenderlos de sí y hundirlos en la sombra de su pasado. Yo contemplaba absorta la visión. De las altas copas de los árboles, delirios trémulos de los pájaros bajaban, asidos por la brisa cálida, a formar con el murmullo en sordina de las hojas, como una orquesta polifónica, en este cuadro profundamente significativo de la naturaleza. Después, cuando la vida puso en mi mente el pensar, comprendí una vez más, cómo no es posible aunar y juzgar a los seres bajo el mismo rasero; comprendí que las almas, metidas en temperamentos diversos, dan y exigen diferentes comprensiones.

En las dos chiquillas había una tónica fundamental que ordenaba sus características individuales; y, que, al mismo tiempo, las diferenciaba en oposición, sosteniendo la armonía del ser viviente, en la contradicción de sus características.

Los temperamentos, como los caracteres, tienen su semejanza como especie: un sanguíneo puro procede, a veces, como un apasionado o como un linfático; sus sombríos rencores se confunden con sus melancolías, pero jamás serán exactamente iguales; justamente, en esto, cifra la complejidad de los temperamentos combinados hasta el infinito. ¿Cómo, entonces, podríamos juzgar a una apasionada de la misma manera que a una de fría lógica?

Esto es ya demasiado sabido. Hay que descubrir el móvil secreto de las pasiones y acciones y sus resonancias en las almas. Toda la vida humana es sólo una historia de almas sostenidas y empujadas por el temperamento.





Por MANUEL BERNARDEZ

(¡Los Grandes Viejos se van!... Y un transeúnte, algo inquieto, pregunta: "¿Qué viejos van a ser nuestros jóvenes?")

LEYENDO en los telegramas el dolor de Francia ante la tumba de Poincaré — que entra, aunque de paso, al Panteón cuando aún no había acabado de caer la tierra sobre el ataúd de Barthou — comentábamos, como tal vez nefasta para la humanidad contemporánea. la inquietante frecuencia con que los Grandes Viejos, conductores o consejeros, uno tras otro, van cayendo o van siendo precipitados en la muerte. En medio de un comentario, mi amigo pareció acordarse de algo. Buscó en una carpeta. Me alcanzó una copia a máquina.

—A propósito — dijo, — lea esto, a ver qué le parece... Es de una carta que escribí hace algún tiempo, cuando andaba por Europa, a un amigo de aquí...

La copia decía:

"...Pues me parece, amigo, que soplan sobre nuestras generaciones nuevos vientos demasiado tenaces, demasiado duros, de "sentido práctico". Debido a eso, le digo que empiezo a sentir la aprensión de un "krack" cultural, que sería de terribles consecuencias; empiezo a desconfiar que hayamos inyectado demasiada cantidad de ese "sentido práctico", demasiada substancia utilitaria, en nuestra enseñanza media y superior, porque nuestra juventud descuella por una "preparación para la vida", quizá demasiado precoz. Este hecho halaga con frecuencia nuestra vanidad: "¡Caramba, cómo son nuestros muchachos!", pero el observador filósofo no puede dejar de preguntarse si esto nos prepara aquellas élites de ancianos, maduras y serenas,

que son el lastre moral en los grandes pueblos orientadores de la Humanidad, las reservas profundas y potentes, de donde, en las horas de borrasca, surgen los pilotos de salvación. ¿Qué viejos van a ser nuestros jóvenes? ¿No les habremos forzado la madurez? ¿No les estaremos exagerando la rapidez en detrimento de la resistencia? ¿No malograremos el fruto sazonado precipitando floraciones fugaces? ¿No los estaremos preparando para que ganen la carrera de tiro corto, la que les conviene a ellos porque les da la posición y el goce de la vida, pero haciéndolos inútiles y perdedores a la fija en la otra carrera, en la de tiro largo, que es en la que se juega el interés común, el interés social, el interés supremo de las patrias? ¿No hay demasiada prisa por escalar la posición, por forzar la fortuna, por tener o simular una seriedad acompasada — a menudo cabezona y miope — en cuya formación no puede dejar de entrar cierta dosis de experiencia directa y, como factor incoercible, cierto mínimo de tiempo? Ya sé que hay en nuestro mundo intelectual y político entidades cuya vejez útil y fuerte podemos deducir de su progresiva virilidad mental y espiritual, habiéndolos visto llegar a un meridiano de plenitud equilibrada que ya no puede desintegrarse. Esos llevan combustible para todo el viaje. Pero constituyen excepciones que se podrían contar por los dedos de las manos, sin estar muy seguros de que al fin de la cuenta sobrarán hombres o dedos. Y ellos mismos, esos que se saben fuertes y capaces de una larga y severa acción viril y de una vejez florida, deben observar con una secreta inquietud la atropellada metódica y ávida, demasiado hábil, demasiado juiciosa, de las falanges juveniles, en donde, si no está falseado, está por lo menos substituído nuestro concepto clásico de la juventud, fascinadora y turbulenta, tirándose a la vida como a una fabulosa aventura y llevando el ideal como un penacho. Aquella juventud que nos legó ancianidades de bronce, cuyas siluetas austeras se dibujan en nuestro respetuoso recuerdo como cumbres de montes; aquella misma juventud que permitió decir a Clemenceau, el inaudito viejo, hablando de la suya, poco antes de su muerte, ante el colegio que había soportado su vida turbulenta de estudiante: "Ciertamente, en aquella época los muchachos no éramos siempre razonables; teníamos la nariz insolente y la boca mordaz, pero en nuestros ojos brillaba un reflejo de sol naciente".

"¿Podrán nuestros viejos de mañana decir análogas cosas? Lo deseo de todo corazón... Pero creo útil que empecemos a mirar atentamente hacia ese lado. Empiezo a pensar que nuestros métodos culturales van a imponernos, quizá no tanto en su letra como en su tendencia, una revisión de valores, para ver si no hay ahí algún apagado ideal que revivir o algún nuevo ideal que formular; para imponer un ritmo más vitalmente humano a las exageraciones de la evolución, empírica y cruelmente entendida como una fatalidad sin entrañas, destructora de toda conexión sentimental entre las tumbas y las cunas. No es la bancarrota de la ciencia, es el peligro de la seudo-ciencia, que corroe las viejas bases humanistas sin llegar a substituirlas por ninguna seria convicción científica, aplicándose a preparar una aptitud como quien afila una faca, para que el recién llegado se abra paso por el camino más corto, cortando donde caiga..."

Confieso que aquella lectura me dejó pensativo. Por una natural asociación de ideas vino a mi memoria una vieja cuarteta de cierto peregrino ingenio uruguayo — Antonino Lamberti— que floreció en Buenos Aires — si florecer puede llamarse a vivir una bohemia demasiado frecuentada por ayunos y por veladas "à la belle ètoile" — y a quien el noble Bartolito tenía en mucha estima. Le pregunté a mi amigo si conocía aquella cuarteta. Dijo que sí, por habérsela oído más de una vez al insigne Fray Mocho, que también tenía por el infortunado Lamberti un gran aprecio. Recordamos entonces aquellos cuatro versos, que eran en verdad el más alarmante juicio que una alma desencantada y quizás en trance profético, habría podido anticipar a la inquietante carta de mi amigo:

Cuando muera Don Vicente,
Don Bernardo y Don Bartolo,
Este país se queda solo
Aunque tenga mucha gente.

La terrible predicción de Lamberti encajaba extrañamente en la sombría carta de mi amigo...

Pero desde aquel séptimo piso, una visión estupenda de Buenos Aires, del nuevo Buenos Aires, surgido después que se fueron de la vida aquellos Grandes Viejos, entraba, imperiosa y triunfal, atropellando pesimismos. ¡No! ¡El país no estaba solo! ¡El país seguía poblado de voluntad, seguía lleno de sí, de su misión misteriosa, de su futuro excelso! ¡Los grandes conductores habían marcado los rumbos sobre la tierra huraña, habían trazado rutas de fatiga, resbaladizas, pedregosas, siempre cuesta arriba! Y el pueblo, joven, sanguíneo, desbordante de fe, empujado y sostenido por una esperanza inmortal, marchaba a sol y luna, cubría las más duras etapas, vencía los más agrios repechos a fuerza de corazón y de coraje. ¡No! ¡No era verdad, por fortuna, para la gran nación predestinada! ¡No se había quedado solo el país de la mucha gente!

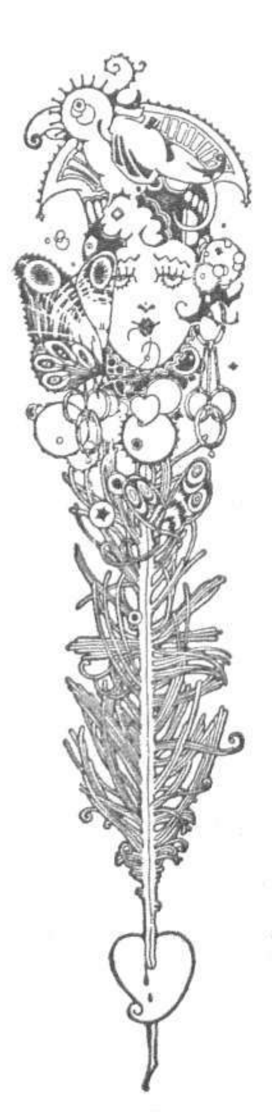
Y sin embargo...

¡Si mi amigo tuviera aunque fuese una sombra de razón! Si la prudencia aconsejara, en nuestros ambientes espirituales y en nuestros organismos de cultura — en ambas orillas del Plata — una serena y previsora revisión de rumbos y de métodos, de ideales y valores, "para imponer un ritmo más vitalmente humano a las exageraciones de la evolución, empírica y cruelmente entendida como una Fatalidad sin entrañas, destructora de toda conexión entre las tumbas y las cunas". Si fuera necesario, en efecto, prevenir, "no la bancarrota de la ciencia, sino el peligro de la seudociencia, que corroe los viejos fundamentos humanistas sin llegar a substituirlos por ninguna seria convicción científica, aplicándose a preparar una aptitud como quien afila una faca, para que el advenedizo atropellador se abra paso por el camino más corto, cortando donde caiga!"

¡Si eso, por nuestro mal, fuera así, a pesar de todo! ¡Y si la tormenta que brama en los lejanos horizontes ganosa de estallar y llenar el mundo de miseria y espanto, nos fuese a hallar desprevenidos!

MANUEL BERNARDEZ

DIBUJO DE BATLLE



ALAS Y NERVIO

Por JULIO DIAZ USANDIVARAS

Por mandato del destino,
que así me lo hubo trazado,
sigo solo y resignado
mi ruta de peregrino.
Por el áspero camino
no me detengo a pensar;
tan sólo ansío volar
como el pájaro errabundo,
y canto porque yo, al mundo
sé que he venido a cantar.

Por sobre todas las glorias
y las miserias, me elevo;
¡yo soy un pájaro nuevo
que sólo canta victorias!
Cuesta abajo las escorias
veo, al abismo caer;
y en el gran recrudecer
de mis mundos de pelea,
¡me siento como una tea
que nunca acaba de arder!

Bajo el peso de mi cruz
que marca, a fuego, mis rastros,
tengo, al igual que los astros,
el instinto de la luz...
En su fúnebre capuz
quísome el mundo envolver;
y hoy la vista al extender
buscando la luz que embriaga,
soy lucero que se apaga
pero se vuelve a encender.

A fuer de tanto rodar
por las sendas maldecidas,
tengo viejas mis heridas
que ya no podré curar.
¡No importa! Yo sé elevar
mi vuelo en las noches malas;
y aunque alarde haga de galas,
aliento esta convicción:
¡no hay quien ate mi razón
ni quien me corte las alas!

Yo sé lo que necesitan,
para curar sus tormentos,
los espíritus sedientos
y los pechos que palpitan...
Sé, también, por qué se agitan
las olas del hosco mar;
sé por qué puede alumbrar
la estrella que luz reparte,
y en los altares del arte,
por qué es preciso soñar...

Sé, también, que hay un ocaso
donde todo se concluye
y que la gloria no excluye
a los hombres, del fracaso.
Sé que es mentira el abrazo,
que el juramento es ficción;
y sé que tiene razón
— ¡cuántas veces! — quien confía,
su propia supremacía
a la punta de un facón.

Yo sé que a todo el que sube
lo vitupera el de abajo;
más sé que, con desparpajo,
se burla el sol de la nube...
Sembré el bien y mal anduve;
si no lo hice, me fué mal;
y es la verdad más cabal
que un bien con un mal se paga
y que no existe peor plaga
que la plaga del mortal...

Ante tales desconciertos
— lo hablo en mis versos altivos —
en el mundo de los vivos
los que sobran son los muertos...
Vanos fueron mis conciertos
y más vano mi jazmín;
por eso, hoy, en mi jardín
hay espinas y no flores,
y en vez de amor hay rencores
y en vez de lira, un clarín.

Los campos de mis batallas,
por designio de la suerte,
fueron un campo de muerte
para todos mis canallas.
Saltando sus fieras vallas
me alcé con la tempestad,
y del triunfo, en la ansiedad
no encontré, puestos por otros,
ni freno para mis potros,
ni cerco a mi voluntad.

Yo soy como los pendones
que tienen un sol al centro;
como ellos, me reconcentro
en mis propios batallones.
Yo llevo, sin turbaciones,
la gran carga de mi cruz;
yo siempre busco la luz,
yo no tiro del arado,
yo no soy buey humillado
que ha bajado la testuz.

. . . .

Después de todo, yo sé
que habrá de cubrir mi caja
de mis glorias la mortaja,
y a la tierra volveré...
¡No es nada! Voy con mi fe,
y puede que en mi reposo
vaya, en mi losa, un piadoso,
este epitafio a grabar:
"Existió para luchar
y se murió victorioso".

Julio Díaz Usandivaras

CARAS Y CARETAS

▽ ▽
▽



Los escritores extranjeros hablan de la Argentina

Paul Morand

Buenos Aires, al borde del estuario platense, al borde del río de una anchura de ochenta kilómetros, laguna de color gris azul nacarado, playa cenicienta con agujeros azul celeste y el canal balizado de negro... Observo su puerto que domina la cúpula del Congreso y sus seis torreones cilindricos de cemento, sin aspilleras, unido uno al otro al estilo de las murallas de Avila: son los depósitos de granos. Lo que las torres de la catedral son para una ciudad del Perú son los silos para Buenos Aires.

* El imperio caribe ha sido creado por la naturaleza, el imperio inca ha sido engendrado por los dioses; pero la Argentina ha sido hecha por los hombres. Todo allí lleva el sello del hombre. Dios no hubiera tenido la ocurrencia de hacer viajar por los mares a la vaca holandesa para luego cruzarla con el toro australiano; a él no se le hubiera ocurrido ordeñar eléctricamente la leche o colocar novillos enteros bajo forma de extracto concentrado en una botellita. Dios dijo: "Creced y multiplicaos" sin preocuparse de la calidad; son los hombres los que crean el "pedigree", pagan un millón por un campeón y saben formar aristocracias de cuadrúpedos o de orquídeas, esperando servirlas a su pedido, a los atletas o a los sabios.

* He fotografiado la pampa, a ras del suelo, a través de la jaula agujereada de un esqueleto de bovino que se recortaba en blanco crudo sobre la tierra negra, y hundida bajo el cielo; y mejor que los romances de Tucumán, mejor que el ruido mate del galope, mejor que la carga de los jugadores de polo — metopes de Hurlingham — mejor que el encantador y pequeño Museo de Luján, con sus diligencias antiguas, sus valijas de cuero de potro, sus ventanillas con cuero de vaca en lugar de vidrios, esta fotografía me recordará eternamente la pampa.

* Es en la Boca donde ha nacido el tango. Lo que la "ranchera", la "chacarera" y el "pericón" son para la pampa, el tango lo es para la ciudad. Bajo nombres diversos se encuentra la polca ciudadana en toda la América del Sur; pero, el tango, es Buenos Aires... Como ella data de nuestro siglo, es tierno, sensual y está mestizado de italiano; el tango habla andaluz con el acento del acordeón alemán...

* Dejo atrás largas horas de pampa herbosa, monótona línea recta a través de la ventanilla que escasamente ataja el viento, carrera sin incidentes topográficos sobre esta llanura sin piedras, porque todas las de América han servido para construír los Andes. Antes de la enorme tempestad petrificada está la maravillosa insulsez de estos campos en que la rueda de los molinos de viento corona los bosquecitos de acacias y eucaliptos.

* Las praderas del cielo contemplan las praderas de la tierra; en ellas también se alinean las grandes nubes negras, las lagunas azules y rayos de sol brillantes como hilos telegráficos.

* Yo no hago a Buenos Aires más que un reproche, y es el de haberme hecho descuidar la Argentina.

.. ..

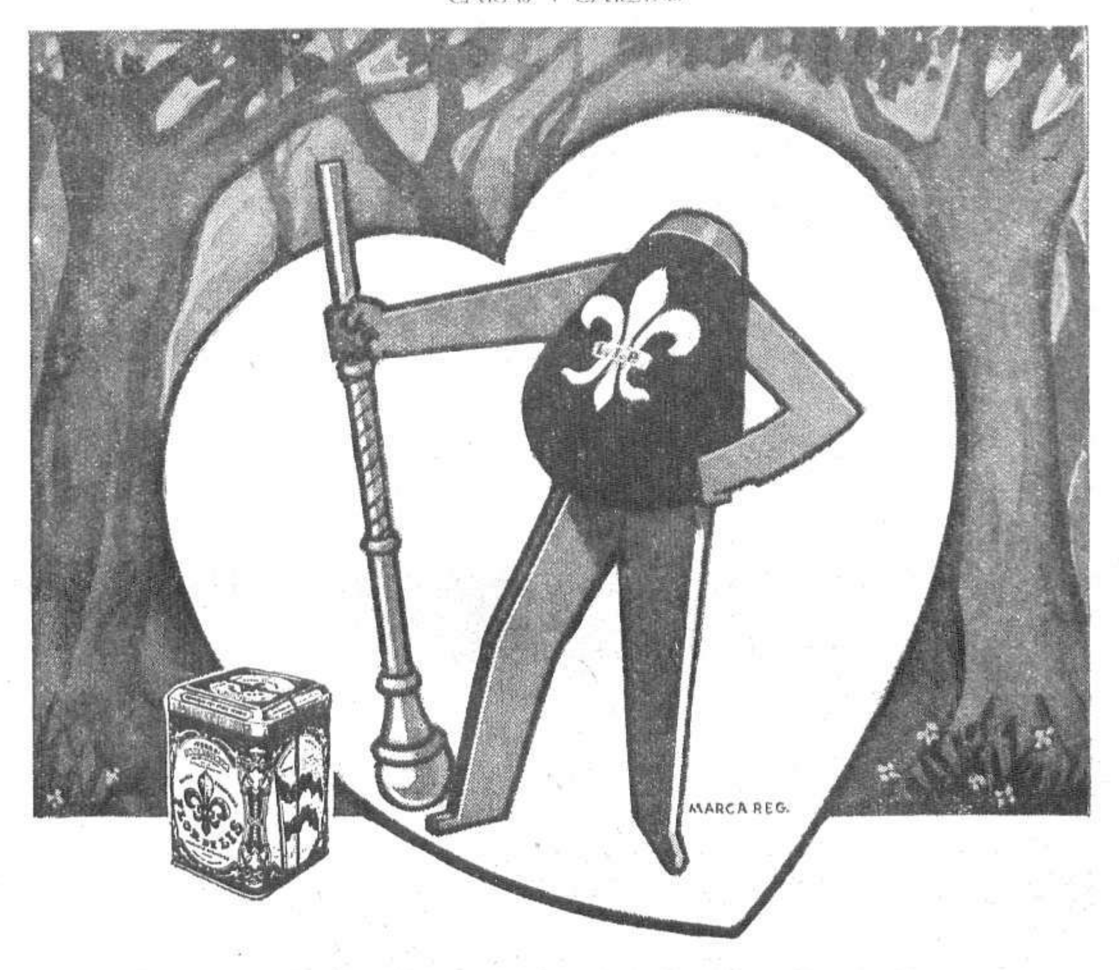




Paul Morand dedicó a la Argentina buena parte de uno de sus libros de viaje, obras sin mayor trascendencia y en los que el turista impenitente y desaprensivo que hay en él se complace en realizar leves y apresurados apuntes. No se puede decir que nada de lo que escribió sobre Buenos Aires y parte del país tenga el sello de lo definitivo. Llegó en un avión, bajó casi en la calle Florida, dió unas conferencias y volvió a marcharse. Eso fué todo y esto explica, también, el tono de sus apuntes.

De tierra adentro

▼ Grupo de mujeres puntanas dedicado a lavar arenas auríferas, según el método empleado por los primitivos mineros. ▼



Del corazón de la selva...

"Soy el buen mate de Flor de Lis — nacido en la selva paraguaya por designio de Natura, y para deleite de los buenos paladares. El sol, el aire y la tierra de esas selvas, me confieren esas virtudes que dos generaciones han elogiado. A sus órdenes, en el estante de cualquier almacén."

•

(En latas de 2½ kilos, más económica)

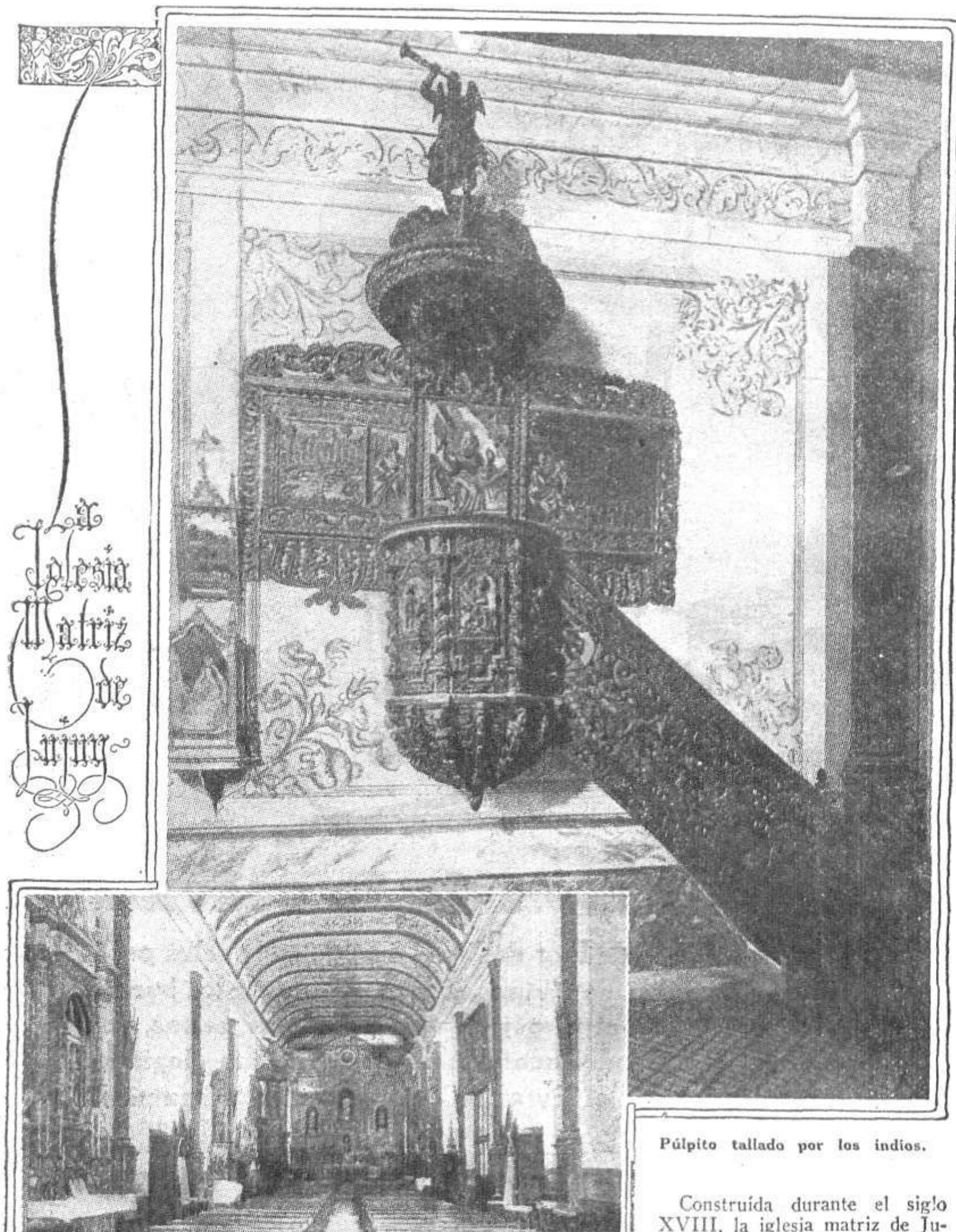
•

FLOR DE LIS

YERBA PARAGUAYA, DE LA SELVA VIRGEN

LA INDUSTRIAL PARAGUAYA S. A. — ASUNCION (Paraguay)
Sucursal y Molino en Buenos Aires: Chile y Paseo Colón.

La Iglesia Matriz de Jujuy



Púlpito tallado por los indios.

Interior de la iglesia.

El cristianismo ha realizado en nuestro país una cruzada que merece los honores de todos los espíritus sensatos, sean de pensar que sean.

Allí donde existía el peligro amenazador, los religiosos acudieron desafiándolo. Porque no les movió el lucro; un más alto interés impulsaba sus acciones.

Construída durante el siglo XVIII, la iglesia matriz de Jujuy resulta un ejemplo de alta fe y de civilización. Fueron aprovechados los terrenos que les adjudicó durante la repartición de solares, hecha al ser fundada la ciudad, en 1593.

La iglesia matriz de Jujuy es un testimonio de lo que puede el proselitismo. Los misioneros de aquel entonces no se limitaban a la tarea de enseñar la doctrina. Abarcando más amplios horizontes extendían sus lectores a otras disciplinas.

De ahí, este púlpito, tallado por los indios. Demuestra que el arte es hermosa lección, que el indio podía aprender, poniendo en ello originalidades estéticas.


PERFUME
NATURAL
ACEITE DE
PALMA
ACEITE DE COCO
ACEITE DE OLIVA
PALMOLIVE
contiene los aceites vegetales usados desde el tiempo de Cleopatra para conservar el cutis limpio y hermoso. Hoy, Vd. tiene una científica mezcla de aquellos balsámicos aceites en un jabón de tocador perfecto: el Palmolive.
20.000 especialistas de belleza en todo el mundo recomiendan usarlo así: cada mañana y noche dése un buen masaje con la rica espuma del Palmolive; luego enjuáguese bien y séquese delicadamente...
Después de 30 días, consulte a su espejo. Observe los resultados en la delicada lozanía de su cutis.
COLGATE-PALMOLIVE-PEET LTDA
S.A. INDUSTRIAL
PALMOLIVE
PALMOLIVE
CONTIENE ACEITE DE OLIVA EN ABUNDANCIA

Un emporio vitivinícola



La plaza de Mayo, de San Juan, con las estatuas de Sarmiento y de fray Santa María de Oro.

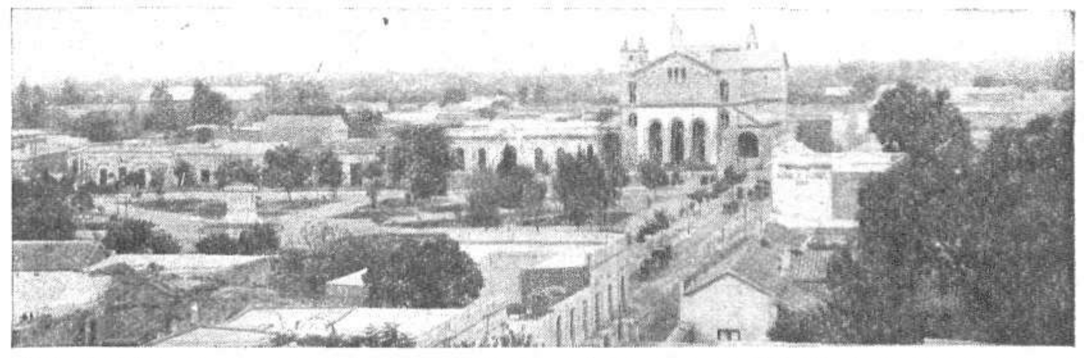
TAMBIÉN los enemigos de las aguas más o menos minerales buscan sus balnearios. Entre éstos, el de San Juan es uno de los que se recomiendan por sí solos. Hablando seriamente: los celebérrimos caldos sanjuaninos bien valen una excursioncita. Que no es lo mismo catarlos aquí, después de la ceremonia bautismal del almacenero, que al pie del propio manantial. Por lo común, el público porteño se figura que el tinto y el blanco de San Juan son de calidades mediocres, sin saber de la existencia de bodegas donde hay vinos realmente generosos y añejos, como la historia de la capital y su provincia. Generosos y nada añejos, aunque conserven sus tradicionales virtudes, son también los sanjuaninos. Perseveran en realizar el constante progreso de su solar nativo, por cuyo esfuerzo la antigua villa crece y se perfecciona.

La leyenda del zonda, exagerada, no debe impedir el viaje. La pintoresca ciudad, con sus monumentos, sus casas antiguas y modernísimas y las gentiles habitantes de esos edificios están incitando a la visita.

Los panoramas de la provincia sanjuanina son de una hermosa bravura. Recia es allí la montaña. Y recios, asimismo, los hombres, tenaces y apasionados.

El turista que, provisto de "Recuerdos de provincia", la obra del inmortal sanjuanino llamado Domingo F. Sarmiento, vaya por aquellos pagos, no se arrepentirá.

Un recio terruño



Vista panorámica de la parte central de La Rioja.

RECORDÁIS al gran señor y gran doctor Joaquín V. González? Era un hombre de calma apariencia, que miró siempre el mundo con ojos semientornados. La vivacidad de su espíritu, la gracia de su arte, el ingenio de su talento parecían llamas de un rescoldo interior. Pues bien, imitando a Eça de Queiroz, diremos que don Joaquín significaba la personificación de su tierra, de La Rioja.

Alma ardiente, corazón cariñoso, riqueza, sed de todo cuanto puede afianzar el orgullo noble de una ciudad encierra la vetusta villa.

Y en sus habitantes esa energía calmosa, a veces una vivacidad exterior, chacharera, chispeante. Lo da el suelo, el clima; es como tesoro de fuerzas semidormidas, ensoñadoras, que saldrá a luz, con el metal de aquellas minas aun ocultas o en vías de explotación exigua. La Rioja sestea en la montaña, aguardando el despertar.

Mientras tanto, viajero, allí hay muchas cosas que ver, muchos caracteres que admirar. Ya en punto a hermosura femenil e ingeniosa gracia criolla, nada puede echar de menos el exigente.



LA PRIMERA CANTANTE PARA LA CUAL SE HIZO PUBLICIDAD

FUE la primera cantante europea que se dió a conocer en los Estados Unidos gracias a una sensacional campaña de publicidad. Puédece decir que con ella el arte lírico penetró en una nueva época. Desde entonces, tanto — o más que la calidad de la voz de los divos y divas, — lo que importa es el ruido y la propaganda que se les haga.

A Jenny Lind, cuando tenía treinta años, la dió a conocer Barnum, el famoso promotor de espectáculos públicos. Era de origen sueco; pero, sobre su arte, nada sabían los ciudadanos americanos. En 1850, Barnum carecía de números sensacionales. La mina de oro que había sido el enano Tom Ponce ya no rendía sino unos pocos dólares. Jenny Lind era famosa en Europa y, con esto sólo, ya tuvo el famoso empresario un argumento convincente. La contrató para una serie de ochenta conciertos, a razón de 25.000 francos cada uno. Además, debía costear todos sus gastos de estada, acompañantes y trajes.

La llegada de Jenny a Nueva York asumió proporciones de apoteosis. Nadie la conocía, pero Barnum se ingenió para que acudieran a recibirla las autoridades, formaran las milicias y hasta se hicieran salvas de artillería.

— ¿Dónde me ha escuchado usted, Barnum? — fueron las primeras palabras que le dirigió la maravillada diva.

— Aquí, en este momento, señorita — repuso Barnum.

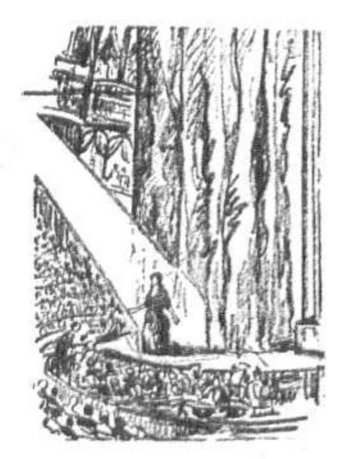
— Y, entonces... ¿Cómo arriesga tanto dinero sin haberme oído cantar una sola nota?

— El mundo entero la venera a usted. Bien puedo yo tener un poco de confianza en el mundo.

Los periódicos respondieron al plan de propaganda preparado. El hotel se vió asediado por millares de admiradores. Por la noche se organizaban serenatas. En Broadway cien mil pechos lanzaban estruendosas hurras.

Los modistos, los perfumistas, los joyeros lanzaron creaciones "Jenny Lind". Las localidades se remataban noche a noche. Llegáronse a pagar hasta 225 dólares por platea. Barnum organizó un concurso poético. Bayard Taylor fué el agraciado por una oda dedicada a Jenny. Con las composiciones enviadas se formó una antología que llevó el título de *El Parnaso americano de Jenny Lind y Phineas Barnum.*

Barnum, con el propósito de llamar la atención, le anunció a Jenny que quería romper el contrato. La noticia, propalada por la prensa causó sensación:



— ¿Por qué? — preguntaba la diva.

— Porque quiero mejorar las condiciones — repuso Barnum. — Además de los 25.000 francos por concierto, si no tiene inconveniente, le daré la mitad de los beneficios.

No hay para qué decir la publicidad que con este gesto conquistó el empresario.

Una corporación de banqueros le ofreció a Barnum 200.000 dólares por los beneficios de la jira. La proposición fué rechazada. El primer concierto produjo 17.000 dólares; una cantidad fabulosa para aquella época.

Jenny Lind se convirtió en el ídolo. Barnum, para "hacerle ambiente" constantemente, en nombre de la diva, entregaba dinero para los pobres y a las iglesias. El presidente en persona acudió a visitarla. Una sosia era utilizada para evitarle a la cantante las repetidas apariciones en los balcones de su casa, a instancias de la multitud ansiosa de homenajearla.

En junio de 1851 cuando terminó la jira, Barnum y Janny obtuvieron, cada cual, más de 200.000 dólares de utilidad.

Barnum poseía un hermoso palacio, donde, cuando la atención de los negocios se lo permitía, retirábase a descansar. Era una maravilla de gusto arquitectónico.

— Barnum, si usted no poseyera este palacio, Jenny Lind no hubiera puesto los pies en América — le dijo ella, poco antes de regresar a Europa.

— ¿Por qué motivo?

— Porque, al escribirme usted, lo hizo en un papel cuyo membrete lo reproducía. El detalle me sedujo. Quien lo había edificado no podía ser...

— ... Un vulgar charlatán — terminó Barnum, completando la frase.



Por MARIA CELINA NEYRA de SOLA

El ángel dijo a los hombres: "Ha nacido en la ciudad de David un niño que está llamado a ser el Salvador, le hallaréis envuelto en pañales y echado en un pesebre. Y los hombres y los reyes al llamado de los ángeles fueron hasta Belén y le rindieron homenaje y se maravillaron a su vista. Guiados fueron hasta el establo por una luz extraña que jamás se apagaba, ni de día ni de noche. Y los pastores de los montes y los valles y los hombres de las ciudades llegaron hasta él, trayéndole presentes consistentes en frutas, corderos y cervatillos. Los reyes, oro, mirra e incienso, los niños flores nacidas milagrosamente sobre los campos cubiertos de nieve. Y los pájaros acudían desde los más remotos bosques y de las más retiradas selvas para venerar al niño rey.

Un ruiseñor voló y voló desde la China, atravesando cielos plenos de sol y otros envueltos en brumas, para posarse al fin en una rama seca frente al establo y desde allí elevar llegada la noche, su canto más melodioso que había de adormecer al recién nacido. Una alondra que se había refugiado en un templo derruído para guarecerse de los cierzos helados, abandonó su retiro para llegar hasta el pesebre y cuando las luces del alba ponían en fuga a las sombras nocturnas, cantaba dulcemente para anunciar al Redentor, el nuevo día.

Palomas venidas de diversos puntos de la tierra, arrullaban al pequeño en la hora de la tarde. Los

colibríes dejaban caer de sus picos los más ricos néctares robados a las flores, las golondrinas llegadas en bandadas, causaban la admiración de los habitantes de esos lugares que se preguntaban:

—¿Cuándo se ha visto que en pleno invierno inmigren estas aves?...

De las orillas del Nilo acudieron los ibis y las cigüeñas, trayendo en sus picos, flores de loto que aparecieron flotando sobre las aguas como por encantamiento. Las garzas se hicieron presentes, trayendo al hijo de María, corales y perlas, arrancados de las profundidades del mar. Los cóndores y las águilas ofrendaban a Jesús, trozos de ricos cuarzos, pájaros exóticos de los países tropicales a falta de mejor cosa, se despojaban de sus plumajes coloreados como el arco iris y aquellos que tenían hermosa voz elevaban un himno lleno de armonías en honor del pequeño rey que traía al mundo la promesa de paz, amor y concordia para aquellos hombres que creyeran, esperaran y confiaran en él.

Un solo pájaro no se había aún acercado al Mesías, un pajarillo pequeño, insignificante casi. ¿Qué podía ofrecer él, la más pobre y desheredada de las aves?... No sabía cantar, pues la naturaleza le había negado esa gracia. Su plumaje era de un feo, color aceitunado, sin matices. Habitaba en lugares donde no había ni flores ni frutos. Hasta el mar no le sería posible arribar, pues, quedaba tan lejos!... Sus alas eran muy débiles para sostenerlo en un vuelo de altura para alcanzar a la cumbre de las montañas. ¿Qué hacer?... El pajarillo no se atrevía a visitar al niño sin hacerle una ofrenda, por humilde que esta fuera, y, sin embargo, él era el que más deseos tenía de recorrer la distancia que le separaba del rey de los reyes¡ ...

Entonces el pajarillo feo, pensó en regalar a Jesús, su corazón, su pequeño corazón cargado de pena, y abrióse el pecho contra una piedra puntiaguda y con el pico arrancóse el corazoncito rojo como un rubí, tibio como la caricia de una madre, palpitante como las alas de una mariposa...

Llegó al establo cuando ya las fuerzas le abandonaban y cuando el velo de la muerte enturbiaba sus ojos, pero pudo depositar su ofrenda a los pies del niño que dormía. El aleteo del ave herida despertó al recién nacido que abrió los ojos y sonrió dulcemente extendiendo hacia el pájaro sus divinas manos.

Entonces el ave sintió que su herida se cerraba, que la sangre se restañaba y que un calor vivificante se extendía por su cuerpo, la fatiga que antes experimentara se trocó en nueva energía, su pecho se ensanchó en una extraña dulzura y de su garganta fluyeron notas armoniosas, como cascadas de cristalinas aguas, sus ojos adquirieron luces desconocidas y en un vuelo seguro dió tres vueltas alrededor de la cabeza nimbada del pequeño. Vió como éste se le sonreía y le seguía con la mirada y alegremente salió de allí perdiéndose en la noche, pero al amanecer, vióse retratado en el espejo de un lago helado y admirado quedó al contemplar su pecho rojo como si aun la sangre brotara de su herida...

Y desde entonces, puebla todos los ámbitos del mundo, ese pajarillo llamado Petirrojo, que construye nidos tan artísticos, que canta con tanta dulzura y que muestra su pecho sangrante, como recuerdo bendito, por haber en la noche de Navidad, dado su corazón al niño Dios, como prueba de humildad y de amor...

María Celina Neyra de Sola

DIBUJO DE CABALLÉ

Caracteres argentinos

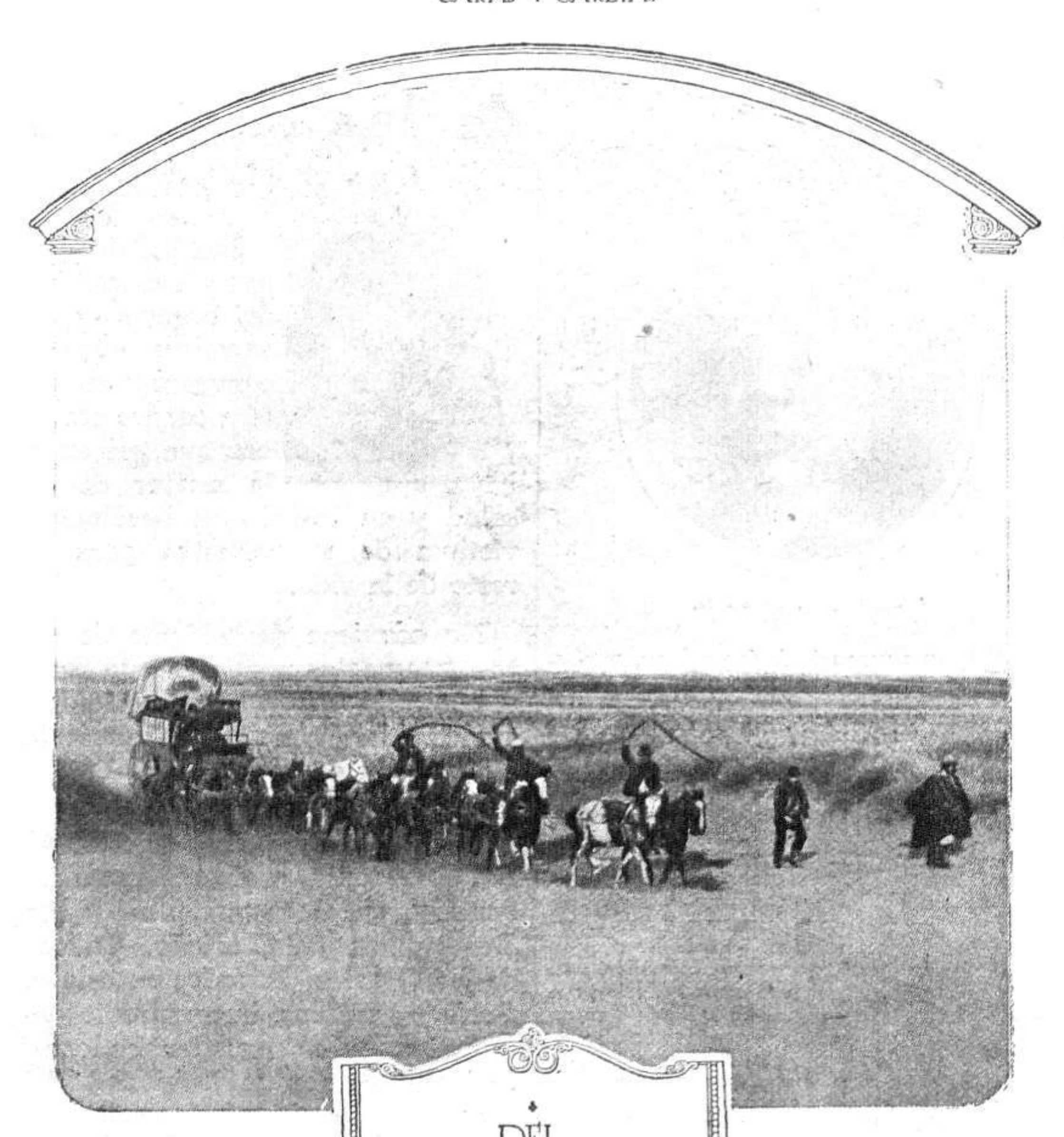


Domingo F. Sarmiento.

EXISTE, pues, un fondo de poesía que nace de los accidentes naturales del país y de las costumbres excepcionales que engendra. La poesía, para despertarse, porque la poesía es como el sentimiento religioso, una facultad del espíritu humano, necesita el espectáculo de lo bello, del poder terrible, de la inmensidad de la extensión, de lo vago, de lo incomprensible; porque solo donde acaba lo palpable y vulgar, empiezan las mentiras de la imaginación, el mundo ideal. Ahora, yo pregunto ¿qué impresiones ha de dejar en el habitante de la República Argentina el simple acto de clavar los ojos en el horizonte, y ver... no ver nada? porque cuanto más hunde los ojos en aquel horizonte incierto, vaporoso, indefinido, más se le aleja, más lo fascina, lo confunde, y lo sume en la contemplación y la duda. ¿Dónde termina aquel mundo que quiere en vano penetrar? ¡No lo sabe! ¿Qué hay más allá de lo que ve? La soledad, el peligro, el salvaje, la muerte. He aquí ya la poesía. El hombre que se mueve en estas escenas, se siente asaltado de temores e incertidumbres fantásticas, de sueños que le preocupan despierto.

De aquí resulta que el pueblo argentino es poeta por carácter, por naturaleza. ¿Ni cómo ha de dejar de serlo, cuando en medio de una tarde serena y apacible, una nube torva y negra se levanta sin saber de dónde, se extiende sobre el cielo mientras se cruzan dos palabras, y de repente el estampido del trueno anuncia la tormenta que deja frío al viajero, y reteniendo el aliento por temor de atraerse un rayo de dos mil que caen en torno suyo? La obscuridad se sucede después a la luz; la muerte está por todas partes; un poder terrible, incontrastable, le ha hecho en un momento reconcentrarse en sí mismo, y sentir su nada en medio de aquella naturaleza irritada; sentir a Dios, por decirlo de una vez, en la aterrante magnificencia de sus obras. ¿Qué más colores para la paleta de la fantasía? Masas de tinieblas que anublan el día, masas de luz lívida, temblorosa, que ilumina un instante las tinieblas y muestra la pampa a distancias infinitas, cruzándola vivamente el rayo en fin, símbolo del poder.

DOMINGO F. SARMIENTO



DEL TIEMPO VIEJO

LA GALERA

Y el viejo criollo se entusiasmó a la vista de la vieja fotografía. Sin embargo, según es corriente en los criollos viejos, halló demasiado moderno aquel arcaico vehículo. Los caballos de la primitiva galera tiraban a la cincha, estos de la fotografía tiran al pecho. Tratábase de una galera del 77, uno de aquellos coches que huían ante el ferrocarril, para recorrer los caminos donde ya los ingenieros proyectaban futuras líneas. Casi iguales a esas las hay aún en provincias.

Después extendióse en la enumeración de prolijos detalles técnicos: las tres clases de pasajes que se amontonaban en el coche, los deberes y gracias del mayoral, la importancia relativa de los postillones, los cambios de tiro cada tres leguas y otras sabrosas enseñanzas que ya no sirven para nada. Y luego las anécdotas: aquel récord famoso de una galera que en el día cubrió la distancia Buenos Aires-Azul, dirigida por el padre de un ahora personaje militar; las carreras reñidas en el camino con peligro de los pasajeros y de los coches; las inesperadas detenciones por causa mayor (accidente, lluvia o montonera); el difícil vadear de arroyos y bañados.

Era el buen tiempo viejo, el tiempo sin prisas, en el que no habían surgido los problemas y los apuros actuales. Nadie se atormentaba pensando en la comida, ni casi en la ropa, ni en la vivienda. El suelo era más hospitalario y la gente más campechana.

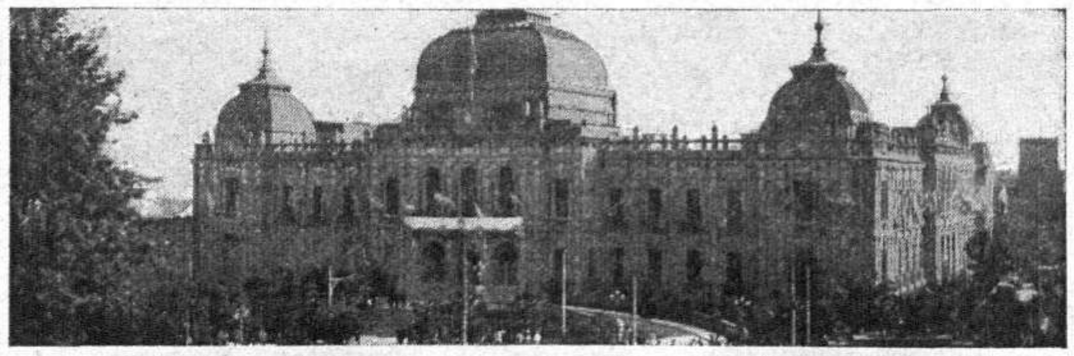
Viajes de negocios, de amor, de aventura, de conquista; lentos viajes en lucha con el polvo y el lodo y el cansancio, propicios a la intimidad de los pasajeros, más conformes con el espíritu soñador de la juventud.

Todo eso lo encerraban esas galeras que los metropolitanos no conocen ya sino por las narraciones entusiastas de los viejos y por los grabados y fotografías.

Después vino el ferrocarril y vino el auto.


PERFUMERIA
GAL
MADRID
BUENOS AIRES
JABON
ESPUMOSO E INTENSAMENTE
PERFUMADO
Heno de Pravia
GAL
MADRID
$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL
Limpios los poros con la espuma del Heno de Pravia, el cutis se conserva terso y suave, sano y juvenil. Este jabón puro, con sus aceites suavizadores, es la base práctica de cualquier tratamiento de belleza y del maquillado diario.
El HENO DE PRAVIA
mantiene joven el cutis
Pelo sano, vigoroso y sin caspa: Petróleo Gal (frasco, $ 3,15 y 1,90).
Pelo bien fijado, Fijador Gal (frasco, $ 2,05).

Un jardín de jardines



Tucumán. La Casa de Gobierno.

●

Jardín de jardines es Tucumán y su territorio. El turista llega a sufrir en aquellos parajes el vértigo de lo florido. Mucho se pondera el calor veraniego de Tucumán, y, sin embargo, es de los que se soportan fácilmente. Las lluvias y el aire ayudan a la tarea; sobre todo, hay que recordar la frase de: "París bien vale una misa".

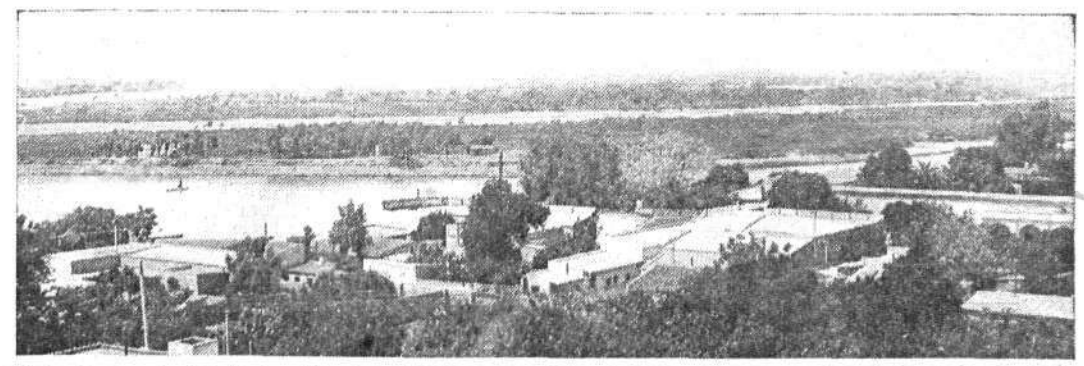
El fino trato de la sociedad tucumana, el seductor cantito de aquellas mujeres, su hermosura y otros lindos atractivos, que han hecho famosa a la ciudad y su provincia, donde se aprecian modalidades típicas del alma nacional.

Los cañaverales, las faenas de la zafra, el intensísimo ajetreo de los ingenios son dignos de ver.

Tucumán, emporio argentino de la caña de azúcar, merece ser visitado por los turistas. Un viaje de recreo intenso, en el que se encuentran enseñanzas múltiples, les brinda el Jardín de la República. Quienes gusten de encaminar sus pasos hacia los lugares que la mayoría no prefiere, vayan a Tucumán, para encontrar en medio de un paraíso, el espléndido espectáculo de indescriptible estío.

La casita de la Independencia y la Casa de Gobierno con que ilustramos estas líneas son dos símbolos de poderío espiritual y moral. En aquélla fué afirmada la voluntad de un pueblo, que había merecido y ganado su independencia; este palacio es el testimonio de la potencialidad económica de la magnífica provincia. Fué inaugurado en 1912.

Un hermoso punto de escala



Vista de uno de los lindos alrededores de la capital santafecina.

LA provincia de Santa Fe presenta al viajero que quiera redoblar su cariño patrio visitando el país, un hermoso punto de escala en las excursiones al norte argentino. Desde el puerto de su capital, amplio y pintoresco, se admira la vista de aquella ciudad, bella entre las más bellas de la República.

Por orden de población es la segunda provincia argentina; su capital, el quinto foco del pujante progreso de la República.

La ciudad, por sí sola, posee atractivos bastantes para conceder al turista un delicioso refugio de descanso y esparcimiento. Sobre la base de las construcciones arcaicas, ha sabido construir modernísimos edificios. Las casas de los Viñas y de los Clausellas, por ejemplo, manifestaciones típicas de la arquitectura colonial, forman raro contraste con los palacios, chalets y demás muestras de la modernización edilicia de la villa.

La histórica plaza de Mayo, el paseo de Oroño, la avenida costanera de "Los Siete Jefes" y otros lugares, donde la espléndida vegetación de aquel suelo pone su nota de fresco verdor, resultan sitios dignos de ser visitados y vividos.

Añádase a esto el encanto de la cultura social de los santafecinos, su exquisita educación y las dotes hospitalarias que poseen. No echará de menos el turista las charlas, discreteos y agasajos de otras ciudades.

El movimiento comercial, agrícola y ganadero del campo santafecino adquiere cada vez mayor importancia, y las costumbres de sus habitantes son típicas.



¿Las cataratas del Iguazú son

CARAS Y CARETAS

POCO CONOCIDAS HASTA LOS COMIENZOS DE ESTE SIGLO, CONSTITUYEN LA MARAVILLA Y EL ASOMBRO DE UNAS Y OTRAS, NO VACILA EN AFIRMAR QUE LA CON SU IMPONENTE MAGNIFICENCIA A LAS QUE



Las dos cataratas, frente a frente

Al Niágara lo cantó Heredia. Chateaubriand le dedicó, también, unas inspiradas páginas. Por muchos años constituyó el tema favorito de cuantos visitaban Norte América. En los días del funambulesco míster Barnum era, también, el escenario de las suicidas proezas de Blondin. Nada se le podía comparar. El Niágara era el más grande de los espectáculos de la Naturaleza. Nadie recordaba las caídas de Victoria, en el Zambesi, ni las del Labrador, ni las del Tequendama, y, mucho menos, las del Iguazú.

Pero, lentamente, las rutas de turismo han cambiado de orientación. Los clásicos rincones europeos han cedido el puesto a los sudamericanos, y las grandezas de la Unión, a fuerza de industrializadas, han perdido el favor de los turistas y la simpatía de los industriales del turismo mundial.

Un día, a cualquiera se le ocurrió decir que en Sud América estaban las cataratas mayores del mundo. La noticia saltó por los periódicos, penetró en las oficinas de turismo, llegó al periodismo.

¿Mayores que el Niágara? ¿Tan imponentes y bellas como el Niágara?

Surgió la comparación. Se barajaron cifras fabulosas: millones de pies cúbicos de agua, cientos de metros de superficie...

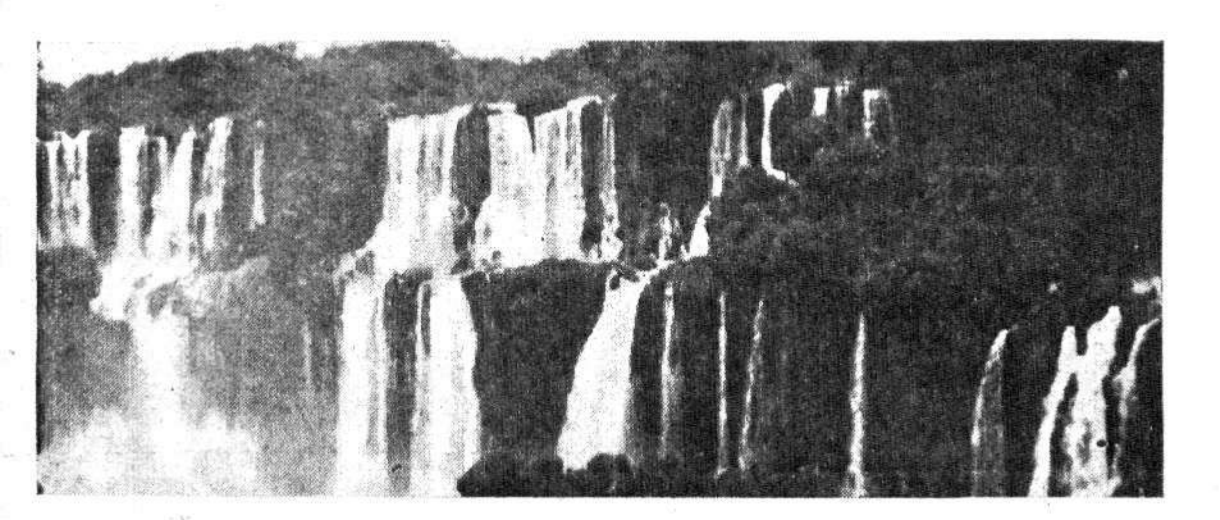
Así, la pregunta se ha mantenido en pie. ¿Es superior el Niágara al Iguazú? ¿Es más imponente el espectáculo brindado por el Iguazú que el presentado por el Niágara?

Digamos algo sobre el Iguazú

Las cataratas del Iguazú están formadas por el río del mismo nombre, que es uno de los mayores afluentes del Paraná. Nace en el Brasil, en la Sierra do Mar, al sur de Curityba, y a unos 60 kilómetros de la bahía de Paranaguá. A la altura del meridiano 54º oeste sirve de frontera entre el Brasil y el territorio de Misiones. A los 12 kilómetros de la frontera paraguaya (20º 40' sur) forma las famosas caídas.

La naturaleza ha favorecido a estas caídas del río Iguazú. Están enclavadas en plena selva tropical. El brillo argentado de las aguas resalta sobre el verde variadísimo de los árboles y la fronda que cubre las costas, las islas y hasta los peñascos. La mano del hombre, por otra parte, ha respetado la belleza natural. El Iguazú está a cierta distancia de Buenos Aires y no se llega hasta el lugar con sólo trepar a un tren para aprovechar las vacaciones de fin de semana.

Contemplado desde la parte inferior y cuando las aguas están bajas, el vasto anfiteatro muestra hasta 275 cascadas que se precipitan entre un inextricable laberinto de vegetación. La mayoría de ellas se precipitan en dobles saltos, con excepción de la mayor, que es la que une nuestro territorio con el brasileño y tiene un declive de 65 metros. La longitud del anfiteatro, es decir, desde el lado brasileño al argentino es de 1.800 metros, distancia que, incluídos los riscosos aledaños, llega a sobrepa-



superiores a las del Niágara?

LAS HERMOSAS E IMPONENTES CAIDAS MISIONERAS CUANTOS LAS VISITAN. — PAUL GROUSSAC, QUE VISITO NATURALEZA FAVORECIO CON TODOS SUS DONES Y SE PRECIPITAN EN EL LEJANO RINCON MISIONERO.

CARAS Y CARETAS

sar los 4.000. En la época lluviosa se inundan los islotes y desaparecen casi todas las peñas bajo el enorme caudal de agua.

Ahora: el Niágara

El río Niágara derrama las aguas del lago Eric en el Ontario. Desde su comienzo, en Buffalo, hasta más allá de Lewiston, donde desemboca, no tiene más de 60 kilómetros. Empero, el enorme desnivel de cien metros, en tan breve distancia, produciría una correntada vertiginosa si no fuera por la muralla vertical que lo contiene. Es entonces cuando la napa superior, dividida en dos brazos desiguales, por la isla Goat, correspondiendo la más estrecha, que es la oriental, con 343 metros, a los Estados Unidos, y la mayor, con 650, al Canadá. Esta última, por su conformación, recibe el nombre de *Horse Shoe* o herradura. La elevación de la caída es de 41 metros.

Paul Groussac la describe

A mis pies — dice, — el río coagulado extiende hasta la catarata su rugosa bóveda sobre la masa líquida que fluye invisible hacia el distante torbellino donde se estrella contra las rocas y disloca al fin su rajada corteza en mil carámbanos flotantes... No experimento decepción, pero no siento que suban a mis labios los borbotones de adjetivos entusiastas. El espectáculo tiene grandeza y majestad, si bien, a la distancia, la inmóvil uniformidad del color y las formas acolchadas por la nieve le infunden cruel monotonía; el invariable rumor persistente equivale al silencio universal, y, por sobre el acompañamiento profundo y casi insensible de las caídas, percibo el grito agudo de un pájaro que hiende el aire sobre mi cabeza."

Comparemos

La elevación de las cataratas del Niágara es de unos 40 metros. Su ancho, incluyendo la isla de Cabra, sólo llega a los 1.600.

El Iguazú tiene, en cambio, caídas dobles de 65 metros y, desde la extremidad brasileña hasta la argentina se miden 4.000 metros. Es un enorme anfiteatro cuya visión total y panorámica no es posible obtener. La parte que corresponde a las grandes caídas aventaja en 200 metros a la del Niágara.

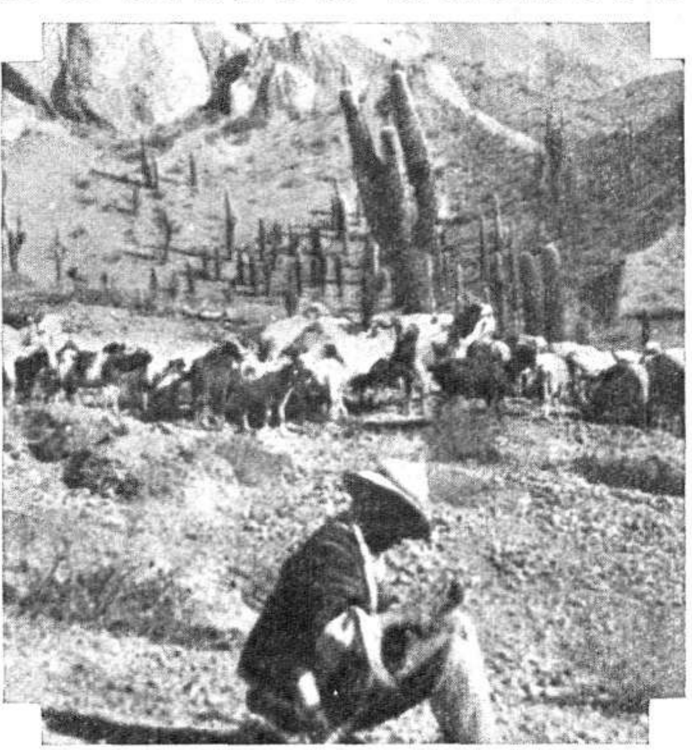
Con respecto a la caída de las aguas, el Niágara acusa el enorme caudal de 425.000 metros cúbicos por minuto. El del Iguazú no se ha precisado con exactitud, bien que, en condiciones normales, no ha de ser inferior al de las caídas norteñas. En el Niágara el volumen de agua es invariable. En nada influyen las lluvias. No recoge el Niágara las aguas variables de otros afluentes sino que es la salida normal por donde el lago Eric derrama su caudal en el Ontario. Por eso, el Iguazú, así como en las épocas de grandes crecidas sobrepasa a cualquier cálculo, en los días normales ha de resultar inferior en caudal líquido.

Y, ahora, tenemos el factor espectacular.

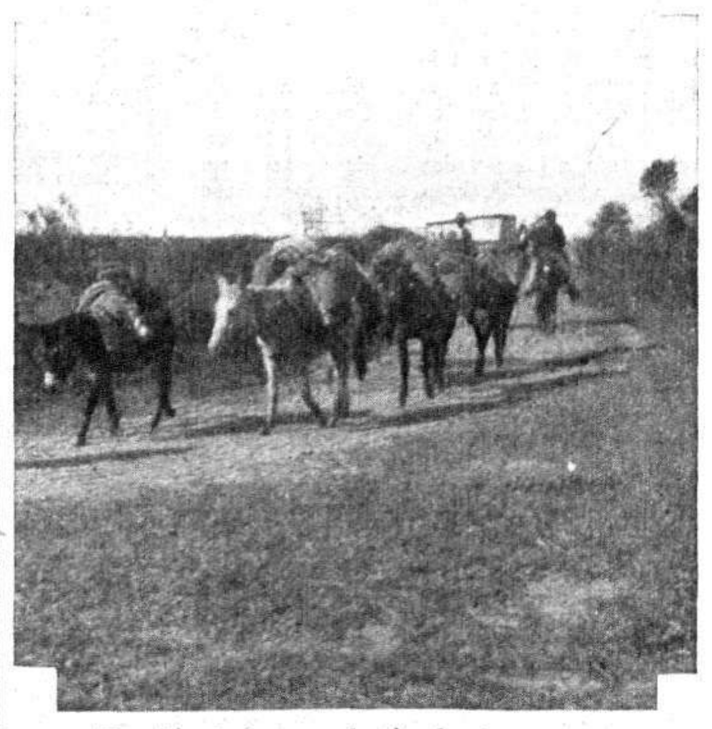
En el Niágara lo que impresiona es sólo la grandiosidad. A ello se agrega el fantástico aspecto de las caídas en la época invernal, cuando las nieves cubren buena parte del lugar. Pero... afirma Groussac:

"La indigencia pintoresca, para no decir la chata fealdad del paisaje américo-canadiense, aun antes de que la completara el industrialismo *mammouth*, no debe siquiera mencionarse en presencia de estas bellezas y exuberancias misioneras".

De tierra adentro



Cabras y ovejas pastando entre los cardones, cuidadas por un pastor indígena, escena muy frecuente en el norte.





Tropilla de burros destinada al transporte de caña a los ingenios de Tucumán.

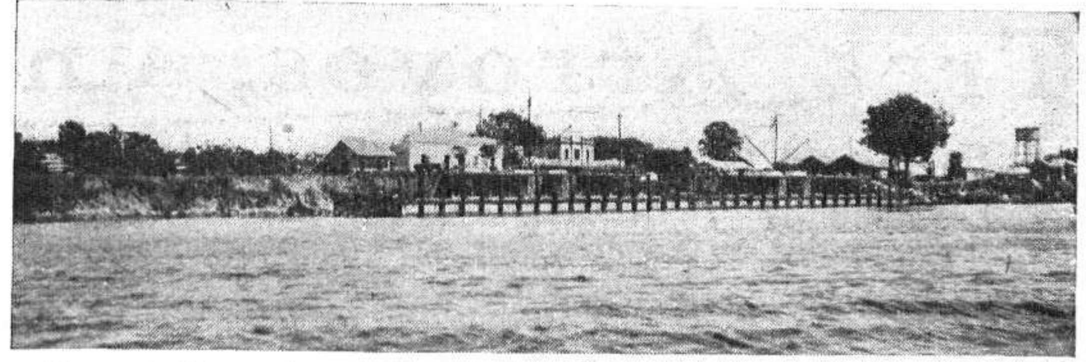

¡DOS SÍMBOLOS DE PERFECCIÓN!
CONTINENTAL

De tierra adentro



En las minas jujeñas se trabaja activamente y con buenos resultados.

En las regiones tropicales



Vista parcial del puerto de Formosa.

●

FORMOSA quiere decir hermosa, y, a la verdad, que merece el calificativo.

Con Salta, Jujuy y la gobernación de los Andes, tiene el honor de rebasar la línea del trópico, llegando hasta el extremo norte de la dilatada tierra argentina.

"No es para todos la bota de potro", dice el proverbio gaucho; lo mismo se puede afirmar de Formosa, que es una especie de Dulcinea. Pero, nada resulta imposible para el viajero valiente.

Los aficionados a la cacería de pumas, yaguaretés, gatos monteses, tigres onzas y otros bicharracos los tienen allí, entre la jungla formoseña, al alcance del fusil.

El padre Castañares, natural de Salta, fué el primer explorador que penetró en los brazos hostiles de su Pilcomayo.

Sin querer llegar a esos extremos tartarinescos, sólo la contemplación de bravía y superfrondosa naturaleza vale el esfuerzo.

Formosa es una de las reservas de nuestro país. Cuando en la llanura y en la montaña se agoste todo, Formosa dará la compensación. Así lo prometen sus actuales rendimientos, si intensifica la explotación de tanta riqueza natural.

Tres Arroyos, una

Su génesis sangrienta. — Del fortín a la ciudad. — acelerado y progresista. — El actual auge de la industriales. — La enseñanza. — Los artistas y otras

Por VICENTE



Don Sebastián Bracco, intendente municipal de Tres Arroyos.

UN HOMENAJE MERECIDO

La génesis, el desarrollo y el auge de la magnífica ciudad rebasan los límites de una crónica. Historia de mártires, de persecuciones y de energía sobrehumana, necesita el libro.

Inicióse la vida del próspero partido cerca de una laguna y al pie de un fortín. A ocho leguas de ese lugar levántase actualmente un foco asombroso de cultura y de progreso, con sus 46.000 habitantes, y los de la población rural, que asciende a 67.000, todos emprendedores, con sus establecimientos, sus palacios.

Mientras tanto, cerca de la laguna se ven aún las huellas del nido de héroes que se llamó Fortín Machado.

Este fantasma sepulto merece un homenaje de gratitud, que tal vez hállase ahora gestándose en la mente de alguien.

¡Una cruz, una lápida, un monumento en el lugar donde las murallas se irguieron frente al salvajismo, defendiendo la civilización de la patria y de la cristiandad.



Don José Carrera, presidente de la Liga Comercial e Industrial.

"SE LLAMARON ANDANA"

Un compañero y buen amigo mío, aunque más amigo de averiguar cómos y porqués, explica el origen y significado de la frase española: "llamarse uno andana".

Dice que el protagonista era un vasco pobre y tozudo, el cual viéndose a punto de ayunar demasiado, decidió rebuscársela en sitios mejores. Hizo su petate o linyera, tomó dos hoces y, patacón por cuadra, se fué para Castilla.

Pronto llegó a unos trigales, en plena siega. Sin decir nada, juntóse a los segadores y... ¡a trabajar!

—¿Qué haces ahí? — le preguntaron.

—"Andana" — dijo el vasquito.

Llegó el capataz:

—¿Quién eres tú?

—"Andana" — repetía, dispuesto a conchabarse por sí mismo.

Y "andana, bai, bai" contestó al dueño. Hubo que dejarle hacer.

El hombre comió por cuatro, bebió por seis y segó por ocho. La gente segadora se reía llamándolo "andana".

Concluída la siega, se marchó como había venido, sin pedir otro trabajo, hacia el sur. Tal vez vino a nuestro país. "Se llamó andana", exclamaron los labradores. Desde aquel día, según asegura la Academia, "llamarse uno andana" equivale a: "Desdecirse o desentenderse de lo que dijo o prometió".

Pero los segadores castellanos no sabían que "andana" en vascuence significa "cosecha". El modismo, pues, debe tomarse como expresión de terquedad buscavidas.

"Cosecha", "cosecha", quería el vasco; es decir, pan. No "se llamaba andana"; era un labrador castizo, que creía que el hombre de brazo diestro, tiene derecho a emplearlo.

He recordado la conjetura, con el propósito de simbolizar el carácter de los primeros pobladores del partido y ciudad de Tres Arroyos.

Sí; ¡"Andana"! puede ser el grito de guerra industrial, comercial y pastoril de estos hombres fuertes, lanzados tesoneramente en la conquista civilizadora del desierto.

Una pertinacia invencible los llevó hasta las tierras del indio, solos o acompañados por esposas e hijos, aventura suprema, que también supone, junto al coraje varonil, un valor femenino inestimable, un feminismo rudo, sin oratoria, congresos y comisiones...

Echeverría, Hernández, Mansilla y otros clásicos autores argentinos nos conmueven al escribir sobre cautiverios de mujeres blancas y mestizas.

magnífica ciudad del Sur

Mil obstáculos vencidos. — ¡Andana! — Movimiento villa. — Porvenir de Tres Arroyos. — Instituciones manifestaciones de grandiosidad. — Un benefactor.

K U R L A T

▼ ▼

CALFUCURA Y SUS HUNOS

HACE un siglo, el Atila de las indiadas, aquel terrible cacique, lanzaba hordas de lanceros salvajes contra las estancias y los poblados. Hábiles en la preparación y ejecución de los malones, los capitanejos llevaban sus cargas a fondo. Guerra de guerrillas, que iban deshaciendo los ímprobos trabajos de fundación. A veces, los habitantes tenían que ceder frente al empuje arrollador, huyendo. Y los indígenas, victoriosos, raptaban mujeres y niños, arreaban ganado, después de incendiar y destruir. Las tropas de Martín Rodríguez, Rauch y Rosas conseguían de cuando en cuando recuperar lo robado, concertar arreglos de diplomacia cautelosa y primitiva, para ir tirando.

Un elemento de decisivo valor era el gauchaje. A la guerrilla respondía con su acción individual, infiltrándose por entre las masas indias, espiándolas, enganchándose en los regimientos. El "Martín Fierro" lo atestigua en sus inmortales estrofas.

EL FORTIN MACHADO

EL coronel don José Benito Machado, un héroe de la conquista, decidió en 1860 construir un fortín, junto a la laguna del mismo nombre. Todavía, a cuadra y media de la laguna, se advierten los vestigios del fortín. Era circular, con un diámetro de veinte metros, un puente levadizo y un foso alrededor. Las murallas eran de barro y pasto, lo mismo que el galpón, donde se custodiaban las armas y las municiones y funcionaba la oficina de la jefatura.

Al amparo del nuevo fortín estaban los cuarteles y los pocos negocios que surtían las necesidades de la tropa y de los estancieros

EL CORONEL MACHADO

FUE uno de esos bravos criollos que hacen famosa a la raza. Además de su talento de estratega, ducho en las artimañas del indio, el coronel Machado tenía espíritu de organizador civil.

Desde antes de 1865 había solicitado del gobierno la creación de un foco de pobladores. El sitio por él elegido era, más o menos, el ocupado por la actual ciudad de Tres Arroyos.

Mientras la metrópoli decidía el asunto, Machado pidió también autorización para realizar un golpe de suma audacia: dirigirse a la toldería de Calfucurá, acompañado por una pequeña escolta, y apoderarse sorpresivamente del temible enemigo. Tal vez esa empresa hubiese puesto término a la lucha. Las autoridades juzgaron que sólo serviría para irritar a los indios y encrudecer la guerra.

EL ESPANTOSO MALON DEL 70

CALFUCURA decidió realizar una razia decisiva, y el 15 de junio de 1870 cayó sobre el partido de Tres Arroyos, al frente del grueso de su indiada.

El desastre fué verdaderamente una catástrofe. Numerosos vecinos cayeron muertos, así como muchos soldados. La indiada saqueó los comercios, apoderándose de cautivas y gran cantidad de hacienda.



Don Pedro Irigoyen, presidente del Concejo Deliberante.

Esta dolorosa circunstancia retardó la obra de aquellos tenaces pobladores, sin lograr abatir su espíritu.

Otra vez, en 1876, los lanceros de Namuncurá, hijo del tristemente célebre Calfucurá, llegaron hasta el partido, causando grandes daños.

EL AMANECER DE UNA CIUDAD

TRAS esa acometida, comenzó a reinar un poco de calma. El gobierno había intensificado la persecución de los salvajes, repeliéndolos muchas leguas al sur.

La esperanza



Arcadio Halperin.

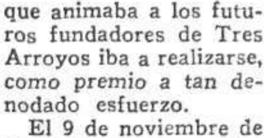


Bautista Puchulu, secretario de la Liga de Comercio e Industria.

Don Germán Carrera.



Señor Guiboud, comisario de policía.



que animaba a los futuros fundadores de Tres Arroyos iba a realizarse, *como premio a tan denodado esfuerzo.*

El 9 de noviembre de 1883 el gobierno provincial decretaba la expropiación de los terrenos en que Tres Arroyos debía ser fundada. Al año siguiente, con fecha 24 de abril, el gobernador de Buenos Aires, don Dardo Rocha, nada menos, el brioso fundador de La Plata, subscribió el decreto, dando forma a los pormenores del caso.

EN LA FECHA PATRIA

EL 9 de Julio de 1885, bajo amparo de un galpón, construído ad hoc — paredes de barro, techo de cinc, — se labraba el acta que dice así:

"En el pueblo de Tres Arroyos, a nueve días del mes de julio de mil ochocientos ochenta y cinco, los Señores Municipales reunidos, acompañados de un gran número de ciudadanos, en consideración a la necesidad sentida que tiene *este partido de poseer* un local permanente que sirva de asiento a sus autoridades, concluyendo definitivamente con los perjuicios que un estado precario y anormal acarreaba al vecindario, declaramos solemnemente habilitados los edificios de este pueblo, rogando al Dios que preside a los pueblos, que traiga con este hecho días de ventura y de felicidad al partido".

"En prueba de lo cual firmamos la presente acta". Suscribieron el acta, entre otros, los vecinos: Don F. Camet, D. Felipe R. Sánchez, D. José D. Escobar, D. Pedro N. Carrera, D. Loreto Reynoso, D. Felipe Otaño, D. A. E. Martín, D. José Raimundo, D. Beltrán Sansot, D. Martín Mendiburu, D. José Ferrario, D. Enrique Cuentan, D. Juan Gianone, D. Juan M. Bonnet, D. Antonio Barcello, D. Federico Palavecino, D. Pedro Cardoso (hijo), D. Juan Adaro, D. Pedro A. Meisler, D. Silvano Echeverría, D. Salvador Agesta, D. Eduardo Fernández, D. Federico Rosales, D. J. Cueto (hijo) y D. Leandro Peralta.

Era la primitiva Casa Municipal, muy diferente del suntuoso palacio de la Comuna moderna.

SE INICIA EL MOVIMIENTO ACELERADO

HASTA entonces, todo había sido pura dificultad; pero vencido el cúmulo de obstáculos, empezaba la benemérita carrera de los tresarroyenses. Y las cosas se precipitaron, tomando la velocidad y la eficacia que la gente admira.

A ese ímpetu, se ven pasar las fechas, como árboles de una vía ferroviaria.

En 1908 Tres Arroyos merecía ya, suficientemente, el título de ciudad, que se otorgó el *día 4 de enero, por ley provincial.*

Muchos factores de civilización habían cooperado a la gigantesca conquista del desierto. Entre ellos, el riel.

EL CAMINO BRILLANTE

DOS cintas paralelas, pulimentadas por el roce, que las hace brillar; dos vías descansando sobre otras paralelas de quebracho. Este cúmulo de líneas geométricas se reúne en el infinito de la civilización nacional.

Es el F. C. Sud uno de los más eficaces colaboradores en la potente obra de conquista pampeana. Merced a la ayuda de rieles y durmientes llegó a Tres Arroyos el concurso de la industria moderna. Y fué posible el transporte de ganados y de frutos.

La conquista comenzó con la carreta y los reseros; otro factor se necesitaba, y la tesonera *locomotora alióse a la empresa de un pueblo.*

Merece ser enaltecido el rol de las vías brillantes.

CINCUENTA AÑOS DE PELEA

ACOSTUMBRADOS el partido y su capital a la lucha contra el obstáculo negativo de la indiada, más fácil le resultó la brega.

Don Bautista Duguini fué el vecino que supo primero cocer ladrillos. Con ellos edificó su casa; luego, las otras, y el rancho de "césped"



El Intendente y una comisión de vecinos en la inauguración del Tiro Federal.

— barro, pasto e incomodidad — desapareció en poco tiempo. Era construcción salvaje, improvisada. Tenía que ceder el paso a la verdadera albañilería.

Actualmente el ladrillo va siendo reemplazado por materiales de más audacia, para mayor esplendidez de la belleza edilicia.

A VISTA DE AEROPLANO

UN tablero de ajedrez, cuyas bandas se difuman en la llanura, prometiendo expansiones. Tal se presenta Tres Arroyos, contemplada desde el avión.

Las casillas, regulares, con sus casas blancas, que el verde de los jardines matiza alegremente, sus parques amplios, sus edificios suntuosos, sus templos...

Desde los aires, Tres Arroyos nos brinda la impresión de conjunto armonioso, pulcro. El sol la hace brillar, destelladora, con reflejos argentinos. Despierta ese sentimiento de amor a primera vista, tan poco común, aunque los poetas afirmen lo contrario.

Pronto descenderá el viajero para entrar en la villa, que se le ofreció tentadora.

De ese modo, a ras de tierra, admira las construcciones, el aseo de las calles y otros pormenores, que proclaman riqueza y trabajo.

Y el cronista recibe la noción augural de que si dentro de poco vuelve en aeroplano, verá el tablero de ajedrez lleno de edificaciones potentes. Tres Arroyos desea crecer en alto más de lo que creció en límites. Y como la ciudad se lo proponga, así ha de ser.

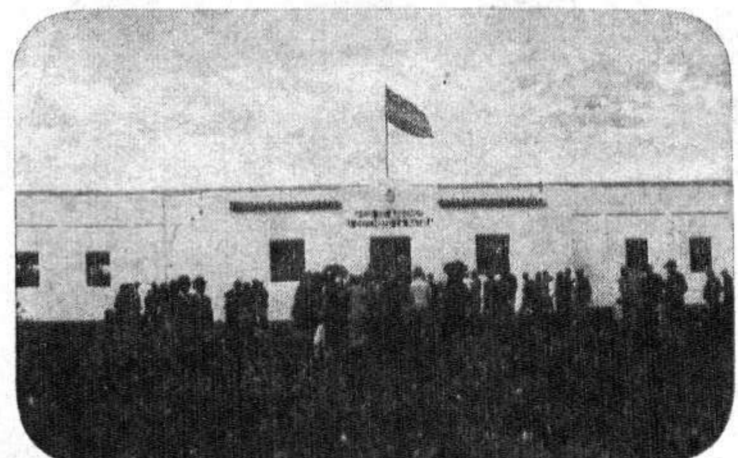
PASO A PASO

UN huésped que recibe y agasaja, señoril y atento, a sus visitantes. Así cabe titular a cada uno de los moradores de Tres Arroyos.

Ellos ponderan, no el propio trabajo, sino el de sus antecesores, en un arranque de modestia sin fingimientos.

Paso a paso recorre el cronista, bien guiado, las principales calles y avenidas de la ciudad. Visitar las ochenta y seis vías urbanas supone un enorme esfuerzo. Basten las cuatro avenidas principales con sus chalets modernos.

Y de edificios. la Municipalidad, donde el intendente, señor Sebastián E. Bracco, hace, con fino afecto, los honores de la casa; La Previsión y otros palacios de la ciudad.



Frente del edificio del Tiro Federal, institución muy concurrida por los aficionados.

LA VUELTA DEL PERRO

DURANTE la recorrida nos ha distraído, con mucha frecuencia, la aparición de gentiles figuras femeniles. Tal vez las tresarroyenses se envidien unas a otras; pero nada tendrían que envidiar a mujeres de otros pagos.

Son gráciles, están bien vestidas y conversan graciosamente. La Vuelta del Perro, además de los clubs, es el sitio donde la muchachada rinde homenaje al bello sexo. Un lugar característico, un paseo habitual, sucedáneo de las retretas, que pone los dientes de a vara...



Don Nicolás Frugone.



Don Gervasio Carrera.



Don Samuel R. Morales, director de "El Mercurio".

VIDA INTELECTUAL

HACE cinco años comenzó sus tareas docentes el Colegio Nacional de Tres Arroyos. Es una institución modelo, digna de más ayuda, por parte del estado. A Tres Arroyos, ávida siempre de cuanto sea cultura, no le satisface aún, y pide a los ministros un esfuerzo. El Colegio Nacional tresarroyense lo necesita y lo merece.

La Biblioteca Popular Sarmiento, fomentada por un filántropo, don Juan B. Istilart, del cual hablamos en otras páginas, es una institución que habla elocuentemente de la curiosidad investigadora de los habitantes de la villa. En ella se reúnen para estudiar numerosos lectores, inclinados sobre el libro.

El periodismo local registra nombres de valía.

"La Voz del Pueblo", "La Comuna", "La Flora" y "Tres Arroyos" cuentan con redactores, duchos en periodismo eficaz y moderno.

El cronista ha sido objeto de atenciones, que agradece como buen compañero. Prensa de altura, bien dirigida, es la tresarroyense. También es digna de ser mencionada la revista "Hogar y Escuela", órgano de la Asociación de Fomento Pro Escuela Nº 3, que dirige la profesora señorita de Massa.




Don Pedro Forcheti.



Don Rafael V. Giovanetti, director de "La Comuna".



Don Arturo Rivolta.



Don Manuel Vogelius.

PINTORES Y ESCULTORES

NUMEROSOS artistas hay en la localidad. Su dedicación es prometedora.

Ya consagrados por el triunfo, deben citarse el pintor Tito Menna, dueño de una paleta rica y de un pincel vigoroso; el escultor Orfano, de potente cincel; y el dibujante José Antonio del Río, cuyas xilografías y aguafuertes tienen fuerza artística. Todos son conocidos en nuestra metrópoli.

LAS DAMAS DE BENEFICENCIA Y EL CLUB SOCIAL

LA misión caritativa, como en las ciudades donde las clases altas se ocupan de los destinos del pobre, se encuentra a cargo de la Sociedad Damas de Beneficencia, presidida por la señora Fanny C. de Goldmann, que se preocupa hondamente de sus difíciles tareas. La institución tiene a su cuidado, entre otras obras filantrópicas, la de atender el Asilo de Ancianos, y la cumple con piadoso celo.

Y aunque al pronto no parezca guardar similitud con la anterior sociedad, hay que referirse a renglón seguido al Club Social, sede de las familias distinguidas de Tres Arroyos. En sus salones también se coopera en la obra caritativa mediante fiestas benéficas, de gran repercusión en las altas esferas sociales.

LA ACADEMIA DE BELLAS ARTES

UN núcleo de buenos discípulos y mejores maestros. En él trabajan con noble estímulo jóvenes, que serán a su vez maestros de arte.

En los muros de las aulas examinamos los dibujos, pinturas y modelados hechos durante el curso. Son de buena factura, revelando una vocación de gente entusiasta y hábil.

Ahora una observación: las escuelas primarias también esperan abundancia de material pedagógico y mejoras de todo orden. De los maestros no es la culpa.

Y aunque no venga a propósito, esta notita: hay dos cines en los que el humo del cigarrillo y del toscano perturba la visión de las películas, hace toser a las lindas concurrentes e irrespirable el aire de la sala.

EL PUEBLO-BALNEARIO RETA

A cinco leguas de la estación Copetonas está ubicada esta playa, de verdadera importancia para el partido. Por sus instalaciones puede rivalizar con las mejores.

BALNEARIO CLAROMECO

DISTANTE unos 72 kilómetros de la ciudad y 25 de la estación San Francisco de Belloc, con una playa de 120 metros. Sus arenas son ricas en hierro y yodo. Los alrededores ofrecen pintorescos paisajes, sobre todo en las orillas del arroyo Claromecó. Se recomienda especialmente para veraneo de niños.

LAS COPETONAS

ES una joyita del partido tresarroyense. Dan ganas de jugar con el consonante y llamar al pueblo Las Coquetonas Copetonas.

Situada entre Claromecó — lugar de hermosas playas — y Oriente, tiene las características de los paisajes que se suceden cerca de las costas atlánticas, en el sur bonaerense, y constituye uno de los lugares de mayor porvenir, tanto industrial como comercial.



Tres entusiastas cultoras del tenis.




Don Amadeo J. Miedan.



Don Angel L. Cabañas.



Don Manuel V. González.



Don José I. Brizuela, dirige "La Voz del Pueblo".

Una industria agrícolo-ganadera preponderante, que va conquistando el suelo y afinando la raza bovina. Tiene 3500 vecinos industriosos y cultos, chacareros en su mayoría.

Junto a los apellidos castellanos, vascos e italianos abundan los de otra raza: la danesa.

LOS DINAMARQUESES

De intento les hemos reservado párrafo aparte.

Pertenecen a una estirpe nórdica europea que se señaló siempre por su maestría en hacer de modo óptimo las cosas. Pulcros, amantes del hogar y del trabajo, realizan alegremente sus tareas. Sus chalets revelan devoción hacia lo confortable y lo lindo. Inmigrantes de primera, pobladores prolíficos. Una adquisición magnífica para nuestro país.

POR CALLES Y CAMPOS DE ORENSE

A poca distancia de Claromecó tiene el partido un pueblo que, por su rápido engrandecimiento, augura un porvenir grandioso. Es Orense, foco intenso de producción.

Cerca de 100.000 hectáreas dedicadas al cultivo de cereales y de lino, y muchas más donde se cría excelente ganadería, hablan de la riqueza del pueblo.

Allí abundan los descendientes de hombres que tomaron parte en la formación del partido de Tres Arroyos. Progenie de criollos, españoles, italianos, dinamarqueses y otros pueblos.

Los habitantes, hospitalarios y gentiles, tratan al forastero con una cortesía admirable. Abandonar Orense le costó bastante pesar al cronista.

LA COOPERATIVA AGRICOLA GANADERA DE ORENSE

Junto a las instituciones industriales, comerciales y sociales del pueblo figura una que es un modelo de organización. Cumple un cometido de ayuda mutua, fundado en las reglas del cooperativismo. Gracias a esta obra, los agricultores y ganaderos han conseguido intensificar enormemente sus operaciones y sus tareas. Ejemplo que proporciona una enseñanza a los hombres. La Cooperativa de Orense resulta un escudo defensivo de incalculable eficacia.

TRES ARROYOS SE DIVIERTE

Volvamos a la magnífica ciudad. La hemos descrito de modo rápido, a la carrera, como viajeros apresurados.

Nos resta, para poner punto final a la crónica, referirnos a otro aspecto de la vida tresarroyense.

Llamamos diversión a los deportes, diversión y salud. Al principio fué el juego de pelota vasca el deporte preferido. Luego, al correr de los días, llegaron los deportes que pudiéramos llamar inmigrados. El tenis elegante, el casi heroico polo, el "pasiandero" golf, el movido fútbol tienen sus cultores entre la juventud y la edad madura de la ciudad.

Tres Arroyos se divierte con honestidad. En los deportes, fomenta la voluntad que luego emplea en la ruda labor de la industria, del comercio y de la agricultura.

Los pueblos que descansan sesteando son pueblos flojos. El mejor descanso está en los trabajosos menesteres de esa gimnasia al aire libre. Tres Arroyos lo sabe muy bien.

VICENTE KURLAT

Enviado especial.

CARICATURAS DE VALDIVIA.

Tres Arroyos, diciembre de 1934.



Entrada al Tres Arroyos Lawn - tennis Club.

Don Juan B. Istilart

Un vasco francés, maestro en iniciativas industriales y en obras de generoso altruismo. — Multiplicidad de sus actividades. — Una vida ejemplificadora. — El duelo de Tres Arroyos. — Un gran establecimiento industrial, herencia del esfuerzo del inolvidable iniciador.

ESCRIBIA Sarmiento: "Toda protección al inmigrante, para que se establezca y arraigue en el país; toda desventaja para el que sólo quiera explotar de tránsito las ventajas del suelo, tal es la práctica de los Estados Unidos, y el espíritu del pueblo. De ahí viene que los inmigrantes no se conserven extranjeros, pues no les honra ni les favorece ese título".

Don Juan B. Istilart fué uno de esos inmigrantes, soñados y deseados por el genial patriota.



Don Juan B. Istilart.

En 1878, un tío suyo, que también había sabido cumplir sus deberes, lo llamó a su lado. El pequeño inmigrante de 10 años era vasco francés, y de los más despiertos y tesoneros. Junto a su pariente, dueño de una estancia en Dolores, inició sus tareas agrícolas. El muchacho no se limitaba a trabajar como los demás. Tenía un espíritu emprendedor y una vocación innata de hombre ingenioso que no se contenta con seguir la rutina. Soñar invenciones, cuya realización lograra más tarde, era la idea tenaz, lo mismo durante la labor que durante los breves ocios de aquella vida.

Al año, en busca de otros horizontes, llegó a Tres Arroyos, para bien del partido, que se esforzaba en la conquista de la tierra y de la cultura.

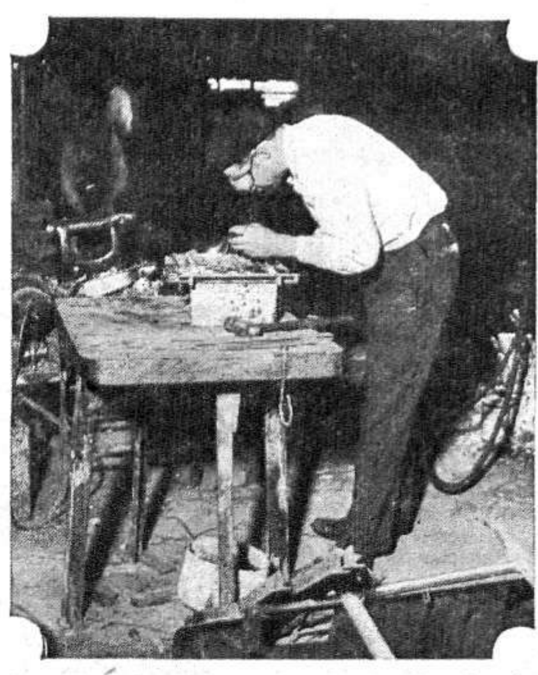
El señor Mayolas, que poco antes había fundado un molino harinero, le confió los libros del negocio. Sobre aquellas páginas, donde él amontonaba asientos y números, continúan sus imaginaciones.

No le satisface la tarea, no ha nacido para eso. Aprovecha la primera ocasión y se separa de su cargo sedentario del molino.

Un comerciante le abre crédito para la adquisición de una trilladora. Trabajando con la antigua máquina, en las chacras de los alrededores, satisface la deuda y adquiere otro artefacto similar.

Allí, mientras las cuidaba, se plasmó el inventor. Veía los defectos, ideaba mejoras, proyectaba nuevas maquinarias. Sobre la ardiente campiña de la cosecha, su cerebro se afanaba, persiguiendo un ideal, y por las noches poníase a trazar esbozos sobre el papel.

El manejo de las viejas trilladoras suponía mucho peligro para los peones, que al sustentarlas de haces iban a veces a recibir heridas, mutilaciones y acaso la muerte.

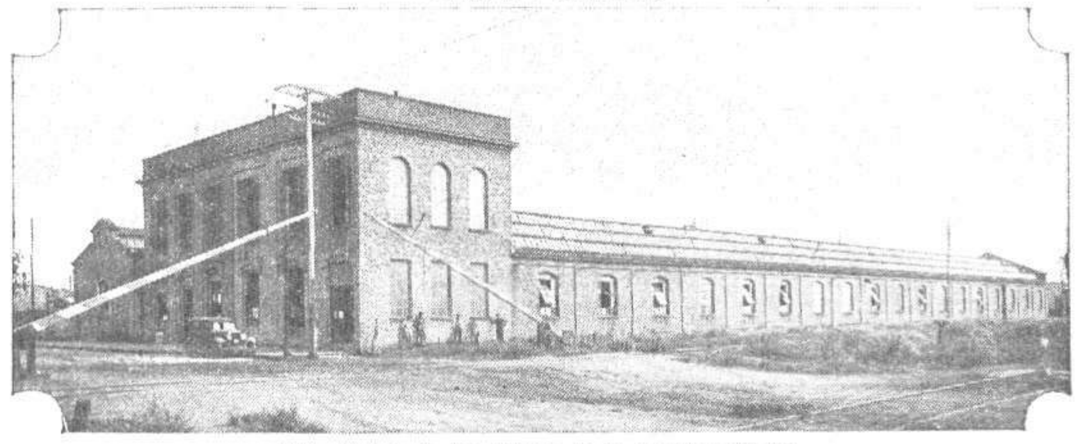


Un trabajo de precisión, mediante el soplete de soldadura autógena, ejecutado por un experto operario.

Esto preocupaba hondamente al futuro inventor, pues, al par de admirable mecánico, era una persona generosa, amante del prójimo. Tenía la condición de los grandes inventores, que buscan librar de fatigas y peligros al obrero.

Añadamos también que en su alma había delicada vocación artística, como lo prueban sus aficiones a la fotografía. Impulsado por tal afición estableció un estudio fotográfico; en él trabaja durante los meses de forzado descanso agrícola. Y en otras actividades se distingue asimismo.

Y, mientras tanto,



Vista de uno de los talleres de la grandiosa fábrica.

surgió el invento inicial, que satisfizo sus ansias de mecánico y de hombre sentimental: un aparato accesorio, el embocador Istilart, que permitía a los peones servir más pronto y sin riesgo a la máquina devoradora de espigas.

Fué el primer triunfo. A éste siguieron muchos más, en rápida sucesión. Don Juan era incansable y de plena capacidad creadora.

Mediante esas concepciones la gente del agro tresarroyense logra intensificar los cultivos y la recolección. Ya el tributo a la industria extranjera resulta menor. Este gran hombre, que años antes había venido de Europa, sigue pagando su deuda de gratitud al país hospitalario. Ya es una fuerza, intelectualmente poderosa, argentina, bien argentina, como deseaba Sarmiento.

Conseguida una fortuna, tan reciamente ganada, no la dedicó al exclusivo usufructo personal. El pobre, el necesitado, el hombre activo y todos los que, sin medios de fortuna, luchaban por el pan y el bienestar, lo tuvieron, siempre dadivoso, a su lado. En privado, sin alardes, ejerciendo las nobles tareas de la caridad. En público, como era previsor, trabajaba al frente del Banco Comercial de Tres Arroyos, ayuda de innumerables negociantes.

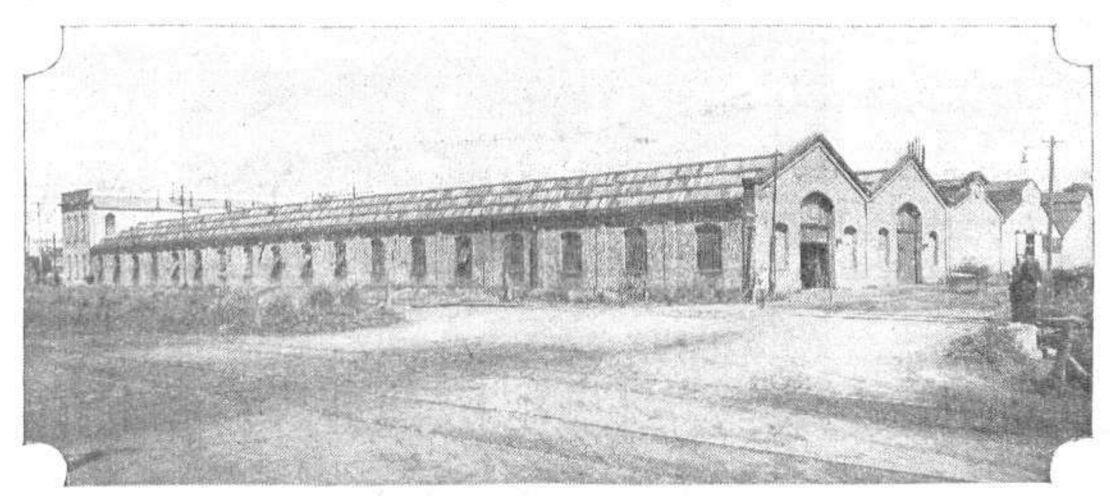
La crisis de postguerra lo halla decidido, luchador, comunicando energía a todos, útil en el consejo, prodigioso en las iniciativas.

Don Juan B. Istilart, autodidacto de los mejores, amaba los libros, sus maestros. Y para demostrar esa pasión constituyóse en alma máter de la Biblioteca Pública Sarmiento. El adquirió de su propio peculio el nuevo local, donde funciona esa fundación, que es uno de los legítimos orgullos de Tres Arroyos; y fomentó la compra de volúmenes bien elegidos. Gracias, pues, a él, la juventud local tiene el venero de cultura que tanto necesitaba. Quince mil obras selectas hállanse a disposición del público y de cerca de mil socios.

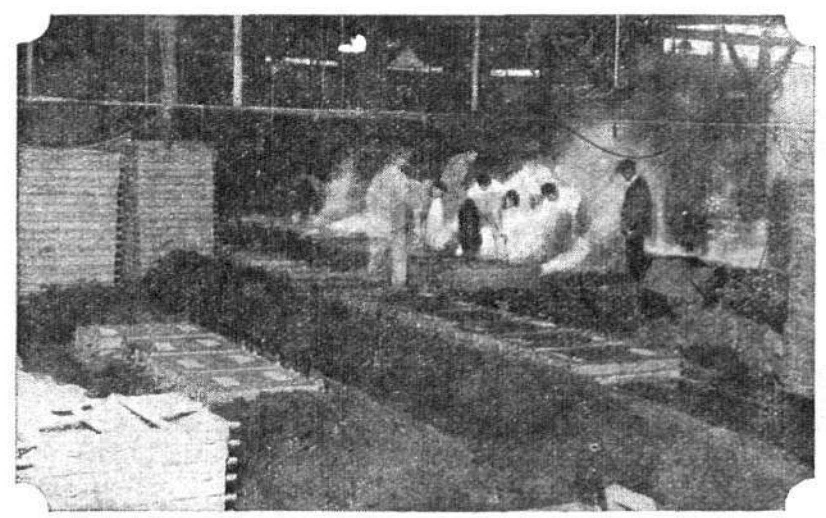
La ciudad de Tres Arroyos no le ha sido ingrata. Durante la vida ejemplar del sabio filántropo, lo miró como a un padre del espíritu, y en la hora de su desaparición el duelo fué unánime y sincero. Este sentimiento de noble gratitud será en breve traducido al lenguaje elocuente del mármol, que perpetuará en el recuerdo de los que tuvieron la dicha de conocer y admirar la recia personalidad del preclaro ciudadano.

Así supo ser don Juan B. Istilart, varón completo, de sublime grandiosidad moral. Su obra ha de ser imperecedera, como una herencia de ingenio, de labor, de tenacidad en el esfuerzo.

Cumplió los deberes que tenía y los que él se impuso, con abnegación. Su dinamismo arrebataba a todos, porque hallábase refrendado por una bondad poderosa. Las excelencias de la raza firme, su raza vascuence, y el fino "esprit" francés habían formado una aleación moral, de incalculables quilates.



Otra de las dependencias del gran establecimiento industrial.



En uno de los departamentos de fundición de hierro.

EL basamento de la estatua que, sin vanidades ni orgullos, se esculpió él propio, es esta fábrica. Forma parte de la herencia valiosísima de un hombre estatuario.

La Fábrica Nacional de Implementos Agrícolas "Juan B. Istilart Ltda." resulta una creación titánica.

Fundóla en 1898, sobre la base de un pequeño taller de reparaciones de máquinas trilladoras.

Cuando el señor Istiliart inventó el embocador giratorio para trilladoras, dispositivo que facilita el trabajo y ahorra vidas, convirtióse el taller en una fábrica. Era en 1903; el invento tuvo la aceptación que merecía. Comenzóse a entregar máquinas, y rápidamente fué multiplicándose la producción, hasta la época de dos invenciones más: el acarreador horizontal y emparvador neumático para trilladoras, en 1913 y 1914, de los que actualmente entrega 5000 unidades.

El señor Istilart había inventado también un aparato sulfatador con destino a la cura de la semilla, un tipo especial de máquina clasificadora de semillas y un rodillo desterronador y apisonador de terrenos.

Cabe afirmar que con estos aparatos la agricultura argentina ha recibido un valioso impulso de redención, además del hecho patriótico de bastarse a sí misma.

Desde 1912 los talleres han producido 5000 sulfatadoras, 3000 clasificadoras y 10.000 rodillos desterronadores.

No terminó con esto la fecundidad creadora del señor Istilart. Al mismo tiempo que perfeccionaba sus invenciones realizó otras. La cocina económica, de la que se han vendido más de 60.000, artefacto hogareño que resuelve un problema; una serie de implementos para el laboreo de la alfalfa, y nuevos emparvadores, acarreadores, embocadores y recolectores.

Y en 1922 empezó la fábrica a producir un modelo de molino de viento que compite con los mejores del extranjero. En la misma fecha se disolvió la firma Juan B. Istilart y Cía. y queda solo el inventor, que decide agrandar la fábrica, trasladando los talleres a los edificios grandiosos que ocupa actualmente.

Los talleres de la calle San Martín ocupan dos manzanas y son modernos, dotados de perfeccionadísima maquinaria.

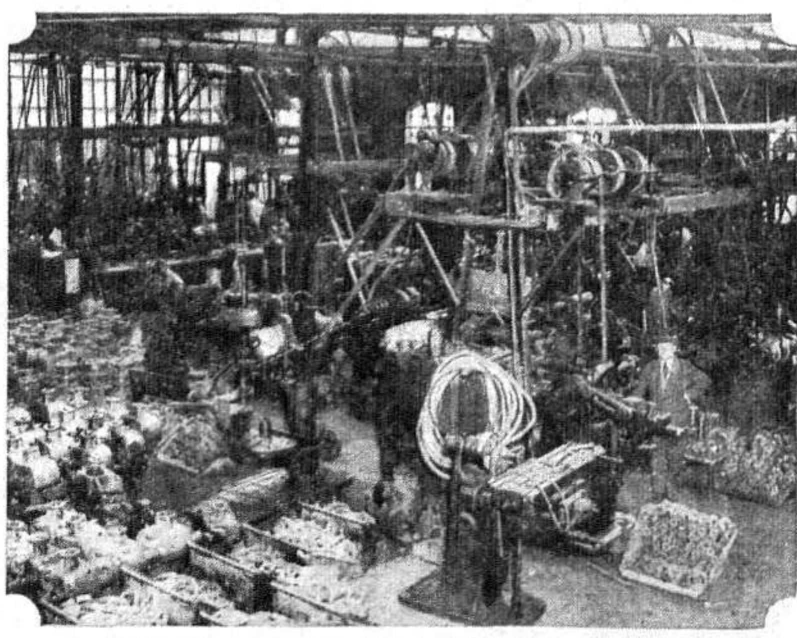
De la importancia del negocio baste decir que ya en el ejercicio 1928-29 realizaba envíos por valor de dos millones de pesos.

En 1930, el gran luchador organizó la sociedad anónima, que aun trabaja, después del fallecimiento de su inolvidable fundador.

A cargo del negocio se encuentra uno de los hombre de confianza del señor Istilart, don Juan José Soumoulou, persona joven y de gran pericia técnica, que da mayor impulso a la fábrica.

Así continúa afianzándose la obra del eminente ciudadano que la emprendió en un esfuerzo admirable de inteligencia y perseverancia.

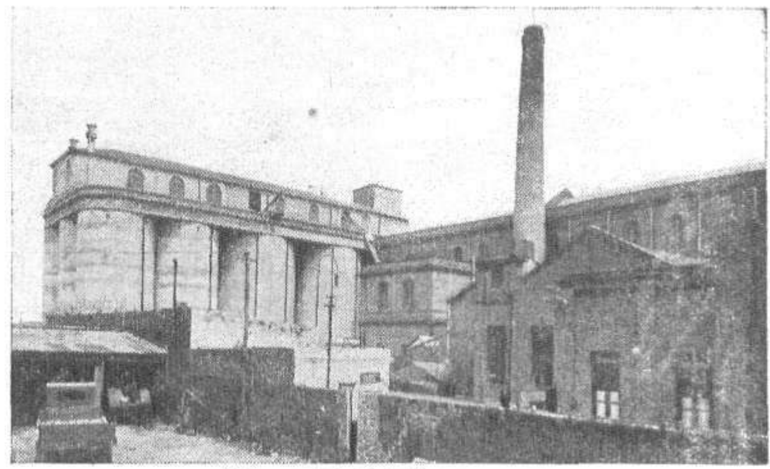
ENVIADO ESPECIAL



Parte del conjunto de máquinas dedicadas a tornear piezas.

"Molino Americano" de Tres Arroyos, perteneciente a la poderosa empresa "Molinos Río de La Plata S. A."

EL cronista no tiene empacho en confesar su inhabilidad para describir con acierto la emoción de magnitud que le produce la contemplación de las instalaciones del "Molino Americano". Piensa en la realidad llevada a efecto por el brazo y el cerebro del hombre. Piensa en las 4.000.000 de hectáreas sembradas de trigo en la provincia de Buenos Aires y colige entonces que sólo con obras como la que admira pueden industrializarse y exportarse tan ingentes cantidades de cereal.



Vista parcial del molino, en que puede apreciarse su imponente grandeza.

El "Molino Americano" pertenece a los "Molinos Río de la Plata S. A.", con sede en Buenos Aires. El gerente de la casa, don Manuel Vogelius, cultísimo caballero ante todo, tiene a bien proporcionarnos los datos que le requerimos.

—La molienda alcanza actualmente — nos informa el señor Vogelius — a 38.000 toneladas por año. Dicha operación se efectúa en las mejores condiciones de pureza, siendo el cereal despojado de pajas, polvo, partículas metálicas, etc. La limpia preliminar es sumamente esmerada, eliminándose aquellos gérmenes y cuerpos extraños que suelen acompañar al grano. Se obtiene así un producto noble.

"El molino, como puede usted apreciarlo — prosigue, — está instalado en un cómodo y amplio edificio, construído expresamente para ese fin. Reúne, desde luego, las mejores condiciones apetecidas para esta clase de manipuleos, pues se han tenido en cuenta desde las más modestas comodidades como aquellas importantes en este ramo, que son el aire y la luz.

"Los obreros trabajan en las mejores condiciones de salubridad e higiene. No se hace ninguna economía en este sentido. La organización la conceptuamos perfecta en todo.

—¿Y cómo se mueve este admirable engranaje mecánico? — preguntamos.

—Tenemos una dotación moderna de maquinarias accionadas por un motor eléctrico de 300 H. P., cuyos resultados óptimos nos halaga reconocer.

—¿La adquisición del cereal lo hacen de diversas zonas?

—No, señor. Todo el trigo que se muele es adquirido en el partido de Tres Arroyos, región que produce los mejores trigos del país, y, por consiguiente, las harinas producidas son inmejorables, lo cual justifica plenamente la fama de las mismas.

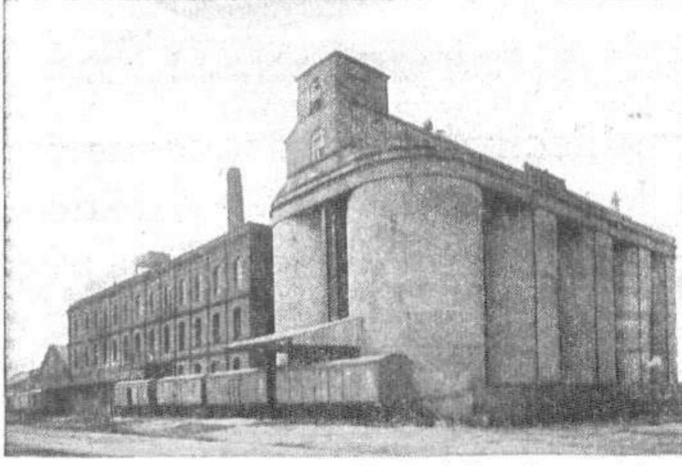
—¿Cómo se hace el almacenaje del cereal?

—Para el almacenaje del cereal y facilitar su buena mezcla, hay construídos 16 grandes silos de cemento armado, con una capacidad total de 15.000 toneladas.

—¿Es numeroso el personal?

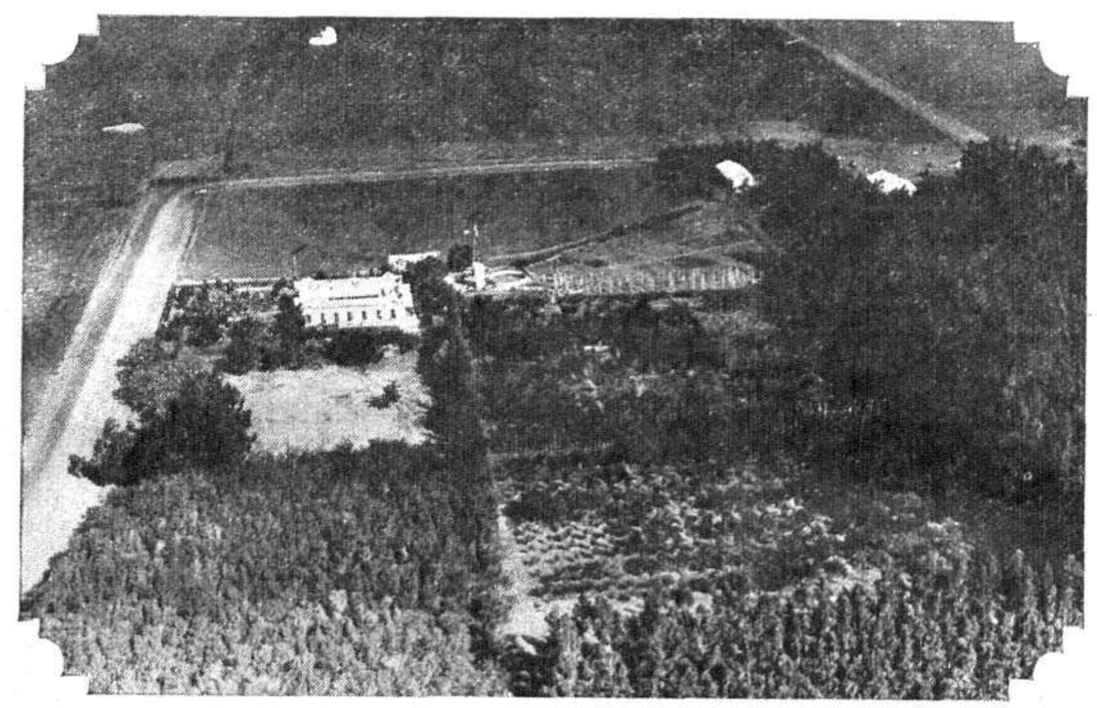
—El personal regular obrero es de 70 hombres; pero en los meses de mayor trabajo tenemos hasta 100, elegidos en su totalidad aquí mismo, lo que, sin duda, redunda en beneficio de muchas familias de la localidad.

El señor Manuel Vogelius se extiende en otras consideraciones de carácter técnico, mientras nosotros pensamos en el dinamismo de este hombre múltiple, que dirige la formidable empresa con inteligencia y recto critero del deber.



La magnitud de la edificación habla a las claras de su potencialidad económica.

ENVIADO ESPECIAL



Una vista aérea de la estancia "El Médano", de los señores Vassolo Hnos. Como puede observarse, está rodeada por magníficos jardines y por un hermoso parque.



Don Emilio Vassolo, organizador y fundador de "El Médano", hoy propiedad de sus hijos.



Doña Liberata Martella, hoy viuda de Vassolo, verdadera animadora de la obra realizada por su esposo.

Un magnífico establecimiento agropecuario: "El Médano" de los señores Vassolo Hnos.

EL nombre de los Vassolo es uno de los más firmemente vinculados al desarrollo de la industria agropecuaria en nuestro país. Para historiarlo serían necesarias muchas páginas, pero vamos a dedicarnos exclusivamente a la personalidad de uno de ellos, a la de Emilio, cuya vida fué, en todo instante, ejemplo de laboriosidad, de honestidad, de perseverancia y de coraje. El fundador y organizador de la estancia "El Médano", de Tres Arroyos, tenía dieciséis años cuando llegó al país, llamado por don Rafael, su señor padre. El partido del Azul fué el primer escenario de sus actividades adolescentes, y una majada la primera preocupación de su vida laboriosa. En 1880, a los dos años de su llegada, el joven inmigrante italiano quedó solo, por ausencia de sus padres a Europa, que iban a buscar al resto de su familia. Quien conozca historia no olvidará esa época. La chuza del salvaje aun tenía



Vista tomada durante la trilla, en los campos de "El Médano", cuyos trigos son famosos.

empañada de sangre su hoja feroz. Cuando retornaron sus progenitores y los demás familiares de Pietrabbondante, su pueblo natal, en la provincia de Campobasso, Emilio se había transformado en el hombre de nuestros campos, hasta un punto tal, que el caballo y el lazo eran juguetes dóciles para su mano valiente.

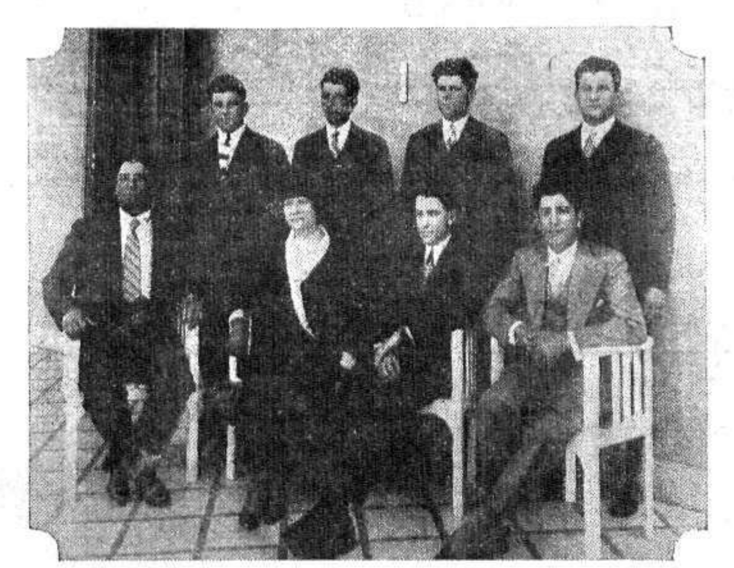
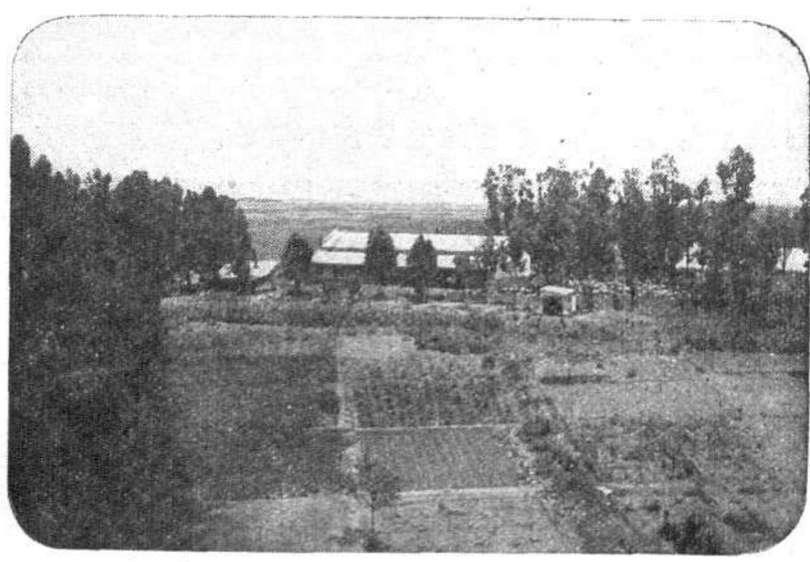


Foto en que aparecen reunidos los hermanos Vassolo, actuales propietarios del establecimiento "El Médano".

En las estancias vecinas supieron de su pericia de esquilador. Años chúcaros aquellos. Tanteos y aprendizajes rudos. Pasados los mismos, Emilio se asoció a su hermano Bautista, no con suerte muy próspera, pero de esa unión surgió la sociedad Emilio Vassolo y Hnos., que se constituyó en 1893, integrada por Emilio, Bautista y Valerio. El partido de Juárez fué el campo de las actividades desarrolladas por la misma durante largo tiempo, hasta que, en 1903, en el mes de diciembre, se trasladó a Tres Arroyos, donde arrendó cinco leguas de "El Carrizal", del señor Alzaga, e intensificó la labor, extendiéndose a la agricultura, pues hasta ese momento las tareas habían sido exclusivamente ganaderas. En 1908 finalizó el contrato y Emilio, adquirente de una vasta porción de campo y de numerosa hacienda, fundó y organizó "El Médano", alentado por el carácter de su esposa, doña Liberata Martella, a la cual dejó viuda el 20 de noviembre de 1917. Concretémonos ahora a comentar la importancia del citado establecimiento. Está constituída la dirección en la actualidad por los hijos varones de don Emilio Vassolo, y son ellos Emilio E., Rafael C., Bautista A., Salvador, Adolfo E. y Héctor M., y actúa con el rubro de Vassolo Hnos. "El Médano" tiene una extensión de 1800 hectáreas, a sólo tres leguas de la población de Orense. Considerando sus directores insuficientes para sus tareas el terreno mencionado, arrendaron dos fracciones de un total de 1260 hectáreas linderas con la estancia. Añádase a esto que Rafael y Emilio Vassolo atienden "El Divisadero", otro de los establecimientos, con una extensión de 2580 hectáreas en las proximidades de la estación Ochandio; y que Bautista Arsenio tiene bajo su dirección "La Libertad", de 1280 hectáreas, establecimiento arrendado a la sucesión de don Martín Groppa. ¿No son más que suficientes los datos anotados para una impresión de lo que ha sido y es esta familia ejemplar en el progreso y desenvolvimiento de la industria agropecuaria en nuestro país? Bastarían para prestigiar al "pionner" más exigente, pero no es posible que nos conformemos con ellos. Es preciso señalar que las 7000 hectáreas de tierra que trabaja la sociedad Vassolo Hnos. están hábilmente repartidas para su mejor producción: 4000 destinadas a la agricultura y 3000 a la ganadería. Siguiendo la tradición de sus padres y de sus tíos, sus dueños realizan una labor de selección inteligente; prefieren el trigo — entre todos el candeal, — al cual han reservado una extensión de dos mil hectáreas, y ello se justifica si se tiene en cuenta que durante dos años consecutivos obtuvieron el pri-

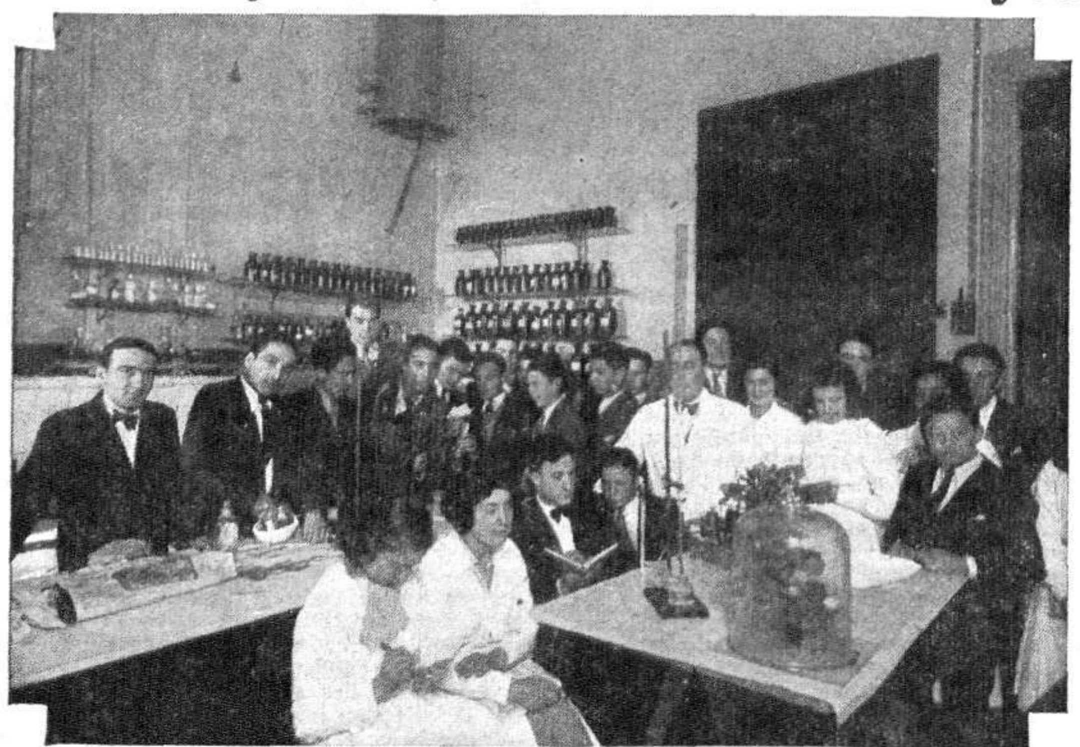
mer premio en los certámenes cerealistas de Rosario. El trigo del establecimiento "El Médano" está reputado como el mejor del partido de Tres Arroyos. El resto de la superficie dedicada a siembras lo es para la avena, la cebada y el lino. Por lo que a ganadería se refiere, los señores Vassolo Hnos. cuentan con dos mil cabezas de vacunos, casi todos de una mestización de primera clase. El número de los lanares alcanza a 8000, cifra considerable en un establecimiento de la provincia de Buenos Aires. Los porcinos llegan a 1500, cantidad que traduce el sentido de explotación de los hermanos Vassolo, que prefieren la variada a la unilateral. El ganado equino está representado por 534 cabezas. Uno de los reproductores de la actual cabaña de "El Médano" es el campeón Hampshire Down, hermoso toro triunfante en Palermo. La sociedad opera con los mercados de Liniérs y Avellaneda y directamente con varios frigoríficos. Todo cuanto hemos reseñado da una impresión de lo que es "El Médano" y del espíritu de organización y de disciplina de cada uno de los integrantes de la sociedad. Y por si ello fuese necesario al lector de estas líneas, dejamos sentado de que no sólo en la parte puramente industrial es "El Médano" una verdadera institución. El edificio, levantado en el casco de la estancia, ofrece todas las ventajas de la vida ciudadana, por su aspecto exterior, por sus interiores y por su parque. Resumiendo: "El Médano" es una entidad particular que, en todos sus detalles, significa un orgullo para el campo argentino.



▽ Otra de las vistas de la estancia "El Médano", la importante entidad particular agrícola - ganadera de Tres Arroyos. ▽

ENVIADO ESPECIAL

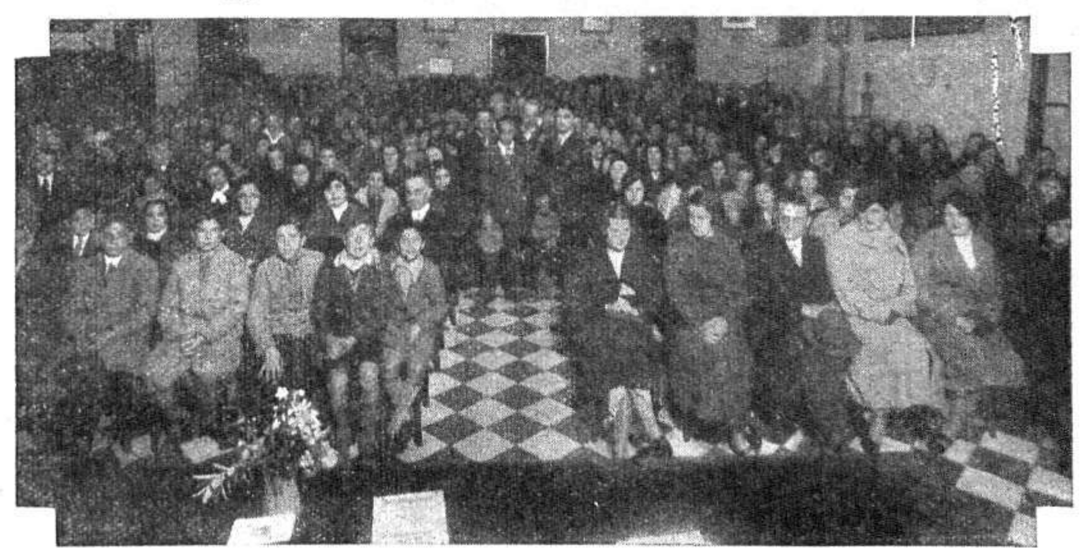
"Caras y Caretas" en Tres Arroyos



▼ Una clase práctica de Fisiología Vegetal, a cargo del rector del Colegio Nacional, profesor Juan Donadío. ▼



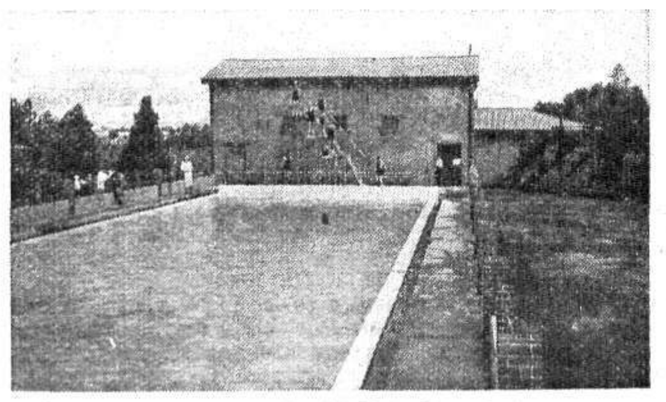
Notas gráficas de Tres Arroyos



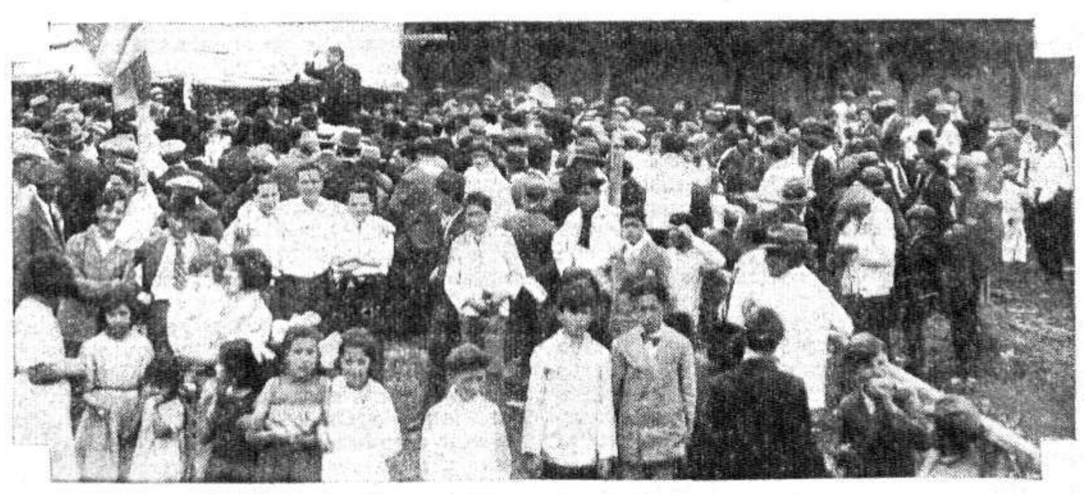
Público que asistió a la conferencia pronunciada por el profesor Alberto A. Dassis, al cumplirse el cincuentenario de la muerte de Alberdi.



Vista parcial del salón de la biblioteca del centro Doctor José Ingenieros.



Pileta de natación del Club Costa Sud.



Fiesta ofrecida por la Cooperativa de Orense a sus vecinos.



El magnífico edificio comercial y de renta de los señores Cabañas Hermanos. En él están instaladas las dependencias del "A B C", los grandes almacenes que son orgullo de Tres Arroyos y que cuentan con más de 10.000 clientes.

Un verdadero orgullo del comercio de Tres Arroyos (F. C. S.): Los Grandes Almacenes "A B C" de los señores Cabañas hermanos

CUANDO el viajero llega a Tres Arroyos, a cada momento se oye: "En A B C"... Y lo mismo acontece en González Chaves, en Coronel Dorrego, en Coronel Pringles, en Juárez, en Necochea... Y el viajero siente entonces avivado el deseo de saber qué es el "A B C". Un magnífico palacio, que ocupa una superficie de dos mil metros cuadrados y que está situado frente a las calles 25 de Mayo, Maipú y Chacabuco, le revela lo que quería saber. Y unas chapas de bronce colocadas a entrambos lados de la puerta de entrada informan que sus dueños son los señores Cabañas Hermanos. Y entonces se comprende la causa de la popularidad de ese establecimiento comercial. "A B C", los grandes almacenes de los señores Jesús L. y Angel L. Cabañas, no sólo pueden otorgar categoría a una ciudad progresista como la de Tres Arroyos, sino a cualquier capital de la República. Movidos por la curiosidad, quisimos visitar en todos sus detalles el magnífco edificio. Después de recorrer el gran salón de ventas, que ocupa en la planta baja una superficie de mil metros cuadrados, descendimos al sótano, que da sobre las calles 25 de Mayo y Maipú. Enorme, de 40 metros de largo por 25 de ancho y 4 de altura, y dotado de montacargas que comunican con la sala de recibo de mercaderías y de embalaje, aparece casi ocupado en su totalidad por las más diversas manifestaciones de las industrias nacional y extranjera. Subimos luego al piso alto: en él están los escritorios, en una amplia sala de 200 metros cuadrados, y todo dispuesto de acuerdo al confort moderno, tanto la iluminación como la ventilación y la calefacción de vapor de agua; tanto los "toilets" para los empleados como la terraza que, frente a dicha sala, ha sido destinada a plaza de ejercicios físicos para el personal de la casa. También en este primer piso, y separadas de las instalaciones del local comercial, tiene la mansión dos cómodas casas de renta, tan completas como las más lujosas de Buenos Aires. En el segundo piso, otras dos casas de renta, con ascensor y comodidades idénticas a las del primero. La "manzard" del tercer piso está dedicada a piezas para servidumbre, lavaderos, archivos y otros menesteres de urgencia, y un amplio tanque, de una capacidad de cuarenta mil litros, comunica, mediante mangueras, con todas las secciones del edificio, cuyo armazón es en su totalidad de cemento armado. No obstante la amplitud del edificio, los hermanos Cabañas han tenido necesidad de realizar instalaciones anexas al "A B C" en un inmueble construído en las calles Maipú y Dorrego, sobre un terreno de 30 por 50 y compuesto por una sala de exposición, escritorios, sótano y galpones para depósito de hierros y maderas, y en otro que da sobre el número 351 de la calle Dorrego y que se utiliza para almacenamiento de implementos agrícolas y de material automovilístico. Después de esta narración, bien escueta por cierto, ¿tiene o no la población de Tres Arroyos motivo para estar orgullosa de lo que el "A B C" representa para la ciudad? Es la pregunta que corresponde formular, y en ella está entrañado el concepto que los hermanos Cabañas merecen de la vertiginosa población del Sur. E his-

El amplio salón de ventas del "A B C". Desde una aguja hasta el más delicado *implemento mecánico*, desde el grano de cereal hasta el alimento más exquisito, todo lo imaginable, se encuentra en sus estanterías.



◆

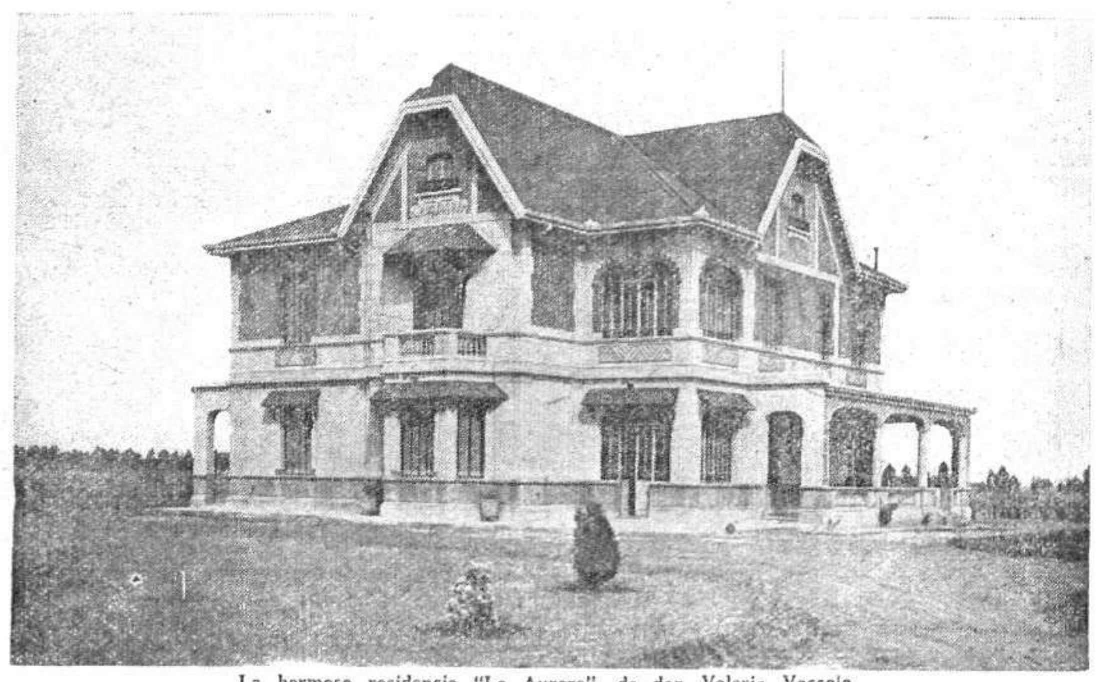
toriemos las actividades de los empeñosos propietarios del gran establecimiento. Don Jesús L. Cabañas, en marzo de 1916, fundó un pequeño negocio de ferretería y corralón. Más tarde, asocióse a don Angel L. Cabañas, y de la fusión surgió una entidad comercial que habría de imponerse, por su conducta y por su perseverancia, al público de la ciudad. No fué fácil la lucha; exigía horas de sacrificio y de continua educación; pedía ese esfuerzo que sólo se da en los ánimos emprendedores y comprensivos de las necesidades del momento, y, sin desmayos — y pese a los altibajos que significan los años críticos, — el rubro de Cabañas Hermanos hizo del "A B C" lo que es hoy: un verdadero emporio mercantil con más de diez mil clientes y con una venta de 10.000 pesos diarios. En el año 1930 crearon la sección almacén, y con la nueva orientación, y no obstante la crisis, las cifras de venta han aumentado seis veces con respecto de los anteriores. ¡Y de qué calidad la mercadería! El gusto más exigente puede ser satisfecho por ellas; los productos no sólo compiten con los de establecimientos afines, sino que son la más alta garantía de pureza de que pueda darse idea. Desde el más modesto colono hasta el más rico estanciero, desde el más humilde vecino hasta el más aristocrático residente, todos los habitantes de la zona, sin excepción, han sabido y saben lo que el "A B C" representa para Tres Arroyos. Y no puede ser de otro modo si se tiene en cuenta que sesenta empleados, seis autos camiones, nueve carros de reparto y dieciocho aparatos telefónicos, entre externos e internos, atienden y despachan pedidos constantemente. Don Angel L. Cabañas es el actual director de la empresa, pues su hermano Jesús L. se encuentra en Europa, y su dinamismo es un estímulo para sus subordinados, y su honorabilidad el mérito mayor ante sus clientes. El "A B C", por él y por sus dueños, es la expresión más alta del comercio del sur bonaerense. Insistir en ello sería redundancia inútil. Le basta al "A B C" su historia, y a sus propietarios su acción, tanto comercial como edilicia, pues además del negocio a que hicimos referencia, construyeron propiedades por valor de 1.300.000 pesos y fomentaron el éxito del balneario Claromecó con la edificación del primer hotel. Y no dejaremos de mencionar que explotan, en el norte y en el sur, campos agrícolas. En el Chaco solamente poseen *3000* hectáreas con plantaciones de trigo, maíz, avena y cebada.

Cuando en una ciudad del interior del país trabajan hombres de empresa, como lo son los señores Cabañas, pueden los ciudadanos argentinos predecir lo que será la República dentro de pocos años. Hasta no hace mucho se tenía el convencimiento de que, fuera de la Capital Federal, de Rosario, de Bahía Blanca y de Córdoba, el país no acusaba la existencia de valores comerciales, industriales y económicos dignos de su potencialidad. Hoy el panorama es otro. Tres Arroyos se levanta en el escenario de la grandeza nacional con una pujanza sorprendente, por obra de los que fueron a imponer en ella una acción consecuente de su carácter y un temperamento constructivos. Entre esos conquistadores modernos, los señores Cabañas merecen una consideración especial. Hacedores de un país nuevo, con su establecimiento "A B C", con los edificios que son gala de Tres Arroyos, con sus aportes para el mejoramiento físico y moral de sus conciudadanos, con el empuje que ha hecho de Claromecó un hermoso balneario, con el trabajo en campos de distintas latitudes, dan un ejemplo de lo que puede el entusiasmo y la inteligencia.

◆



Uno de los dos anexos del "A B C", de los señores Cabañas: el destinado para depósito y venta de máquinas y repuestos.



La hermosa residencia "La Aurora", de don Valerio Vassolo. En todos sus aspectos revela el buen gusto de su propietario, un verdadero "pioneer" en nuestra tierra.

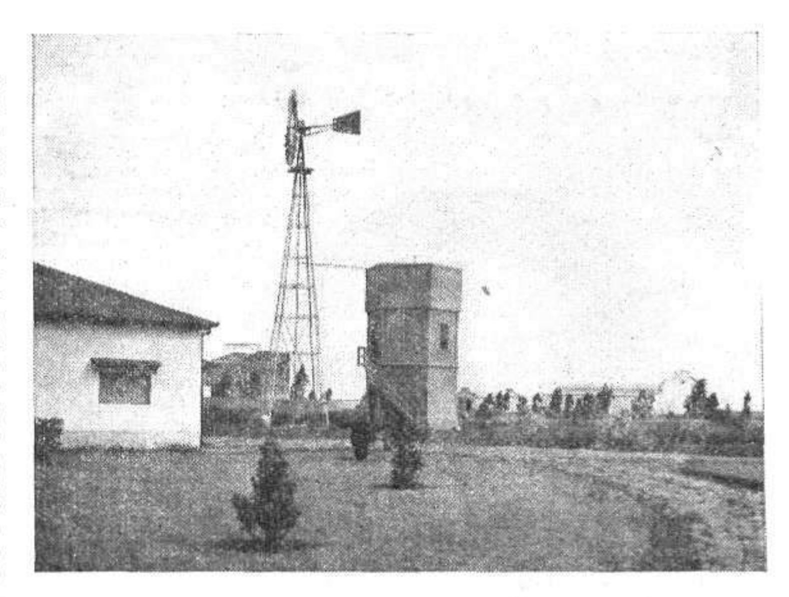
Con D. Valerio Vassolo, y en su hermosa estancia "La Aurora"

ANTE don Valerio Vassolo, que nos recibe con su llaneza característica, se experimenta esa sensación que infunde todo hombre hecho en las rudas fatigas del trabajo y que acaba por ser un hijo de sus propias obras. Don Valerio recuerda con sencillez libre de jactancia las horas de su iniciación en tierra argentina. Al nombrar a su padre, a don Rafael Vassolo, su voz adquiere un timbre enérgico y triste al mismo tiempo. Y es que su padre fué un verdadero héroe, de esos que, a fuerza de brazo y de energía, hizo germinar en el surco generoso la semilla de la prosperidad argentina. También sus hermanos son para don Valerio motivo de íntima satisfacción y de cariño. Con ellos trabajó; junto a ellos empuñó las armas nobles que exige el campo argentino; en su compañía acrecentó su fortuna, de la cual es una muestra más que elocuente su estancia "La Aurora", una de las más modernas y mejor explotadas de todo el partido de Tres Arroyos. Quien recorra las instalaciones de la misma, advertirá, sin duda alguna, que Valerio Vassolo es digno del honroso apellido que lleva. "La Aurora" no es lo que se conoce genéricamente con el nombre de estancia; es algo más que una designación: es una realidad sorprendente y total de un anhelo hecho acción y verdad formidable. Sus cuadros sembrados son todo un espectáculo. Sus trigales, que abarcan una extensión de 1500 hectáreas, producen el mejor grano que se cosecha en el país. Además de trigo, tiene, en San Francisco, un avenal de 150 hectáreas, y en otras superficies ha sembrado otras clases de cereales, pues él, tanto como sus hermanos, tiene el convencimiento de que el cultivo mixto es uno de los factores de prosperidad y mejoramiento del campo argentino. En lo que se refiere a la industria pecuaria, el señor Valerio Vassolo realiza una labor entusiasta y digna del éxito que ha conquistado. Pastan en sus llanos más de cuatro mil cabezas de lanares y más de mil vacunos. Una de sus especialidades es el engorde, y en la amplia extensión de sus propiedades los campos de pastoreo son de un pasto excelente. Los números que hemos anotado traducen



Nuestro enviado especial conversando con don Valerio Vassolo, dueño de "La Aurora", en el escritorio del mismo.

la intensidad de la tarea que realiza don Valerio en "La Aurora", tarea en la cual lo secundan veinte empleados en las épocas comunes, y más de setenta y cinco u ochenta operarios en los períodos de trabajo intenso. "La Aurora" es un establecimiento conocidísimo en todo el partido, y nada debe extrañarnos si tenemos en cuenta que el señor Valerio Vassolo, del mismo modo que su difunto padre, sus hermanos y sus descendientes son puntales de la grandeza económica e industrial de la rica zona del sur bonaerense. Campos flor, como se dice en el interior, son los suyos, y don Valerio, teniendo en cuenta que ellos requieren viviendas en consonancia con esa excelencia, ha hecho levantar en el casco de la estancia un soberbio edificio moderno, y en el cual su compañera, la señora Asperina di Salvo, es el espíritu ordenador y exquisito. Al hacer referencia a su mansión particular, pretendemos dejar confirmado el sentido que guió y que guía a don Valerio Vassolo durante su vida de "pioneer", ese sentido que exige sacrificios en las horas amargas y que invita a la prodigalidad en las horas prósperas. Los dueños de "La Aurora saben repartir sus actividades, entre las faenas del trabajo y los placeres del hogar. Y ese orgullo que don Valerio siente al recordar a su padre lo sentirán, a su vez, sus hijos, Juan B., Orlando, Haydée A., Rodolfo, Romeo, Julieta D., Dora G. y Valerio Raúl, cuando, al contemplar los campos que rodean a "La Aurora" y el edificio que la corona, exclamen: "Todo ha sido obra de nuestro padre". Don Valerio Vassolo es un verdadero hombre de la tierra argentina.



Un aspecto parcial del establecimiento "La Aurora". Todas las construcciones son modernas, y la cancha de pelota, próxima a terminarse, completará el conjunto de las mismas.

ENVIADO ESPECIAL

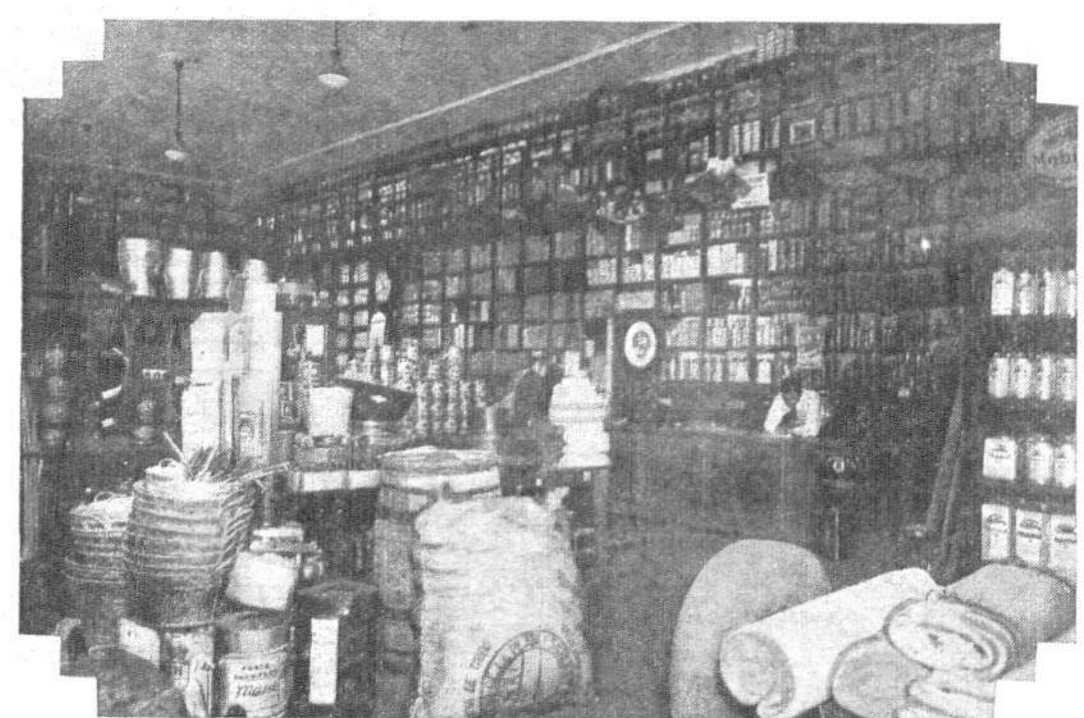
Un gran establecimiento comercial de Tres Arroyos (F. C. S.)

El "Ibérico", de los señores Carrera Hnos. y Cía.



Señor Germán Carrera, uno de los directores dueños de "El Ibérico".

HACE treinta y siete años, cuando Tres Arroyos distaba de ser uno de los emporios de riqueza de la provincia de Buenos Aires, su capacidad comercial recibió un aporte que habría de constituir una fuerza alentadora para la vida económica del floreciente pueblo: los señores Gervasio, Germán y Leopoldo Carrera, con el rubro de Carrera Hnos., abrieron las puertas de "El Ibérico". Era en el mes de septiembre de 1897. La explotación de un almacén en todos sus ramos — ferretería, bazar, talabartería, corralón, bolsas, hilo, cereales, seguros, comisiones y consignaciones — entrañaba en aquella época una labor tenaz y una consagración permanente. Los hermanos Carrera no lo ignoraban. Desde el día de la instalación fueron imponiendo su rectitud de proceder y demostrando que sólo mediante la atención continuada y el ofrecimiento de productos honrados era posible la conquista de una plaza. "El Ibérico", con su prestigio en la masa de la población ciudadana y en la diseminada del que es hoy uno de los más prósperos partidos bonaerenses, afianzó y acrecentó su solidez inicial. Por espacio de veintiocho años, los tres hermanos Carrera trabajaron unidos y con el mismo empeño de las horas del comienzo, hasta que, a raíz del fallecimiento de uno de ellos, de Leopoldo, la entidad se transformó en la sociedad mercantil y colectiva Carrera Hnos. y Cía., sucesora de la primitiva e integrada por los señores Gervasio, Germán y José Carrera y Leopoldo Carbajo, que prosiguieron las actividades en la forma anotada desde el 1º de septiembre de 1927. Todos los que conocen las variantes de carácter económico sufridas por el campo argentino en los años posteriores a 1918, tanto en la industria agrícola como en la pecuaria, no dejarán de comprender lo qué significa, no sólo el saber resistir esos cambios, sino el vencer los factores contrarios que atentan contra la estabilidad y la prosperidad comercial. "El Ibérico", dirigido por manos hábiles y enérgicas, impuso su seguridad económica y continuó siendo lo que sus fundadores se propusieron. Había en sus dirigentes firmeza, entusiasmo y fe: en pocas palabras, alentaban en ellos verdaderos hombres de trabajo, espíritus llenos de confianza en la prosperidad de la provincia, y en modo especial del partido de Tres Arroyos. Y como una demostración de que esa confianza tenía una inquebrantable razón de ser, y de persistir, y de expandirse, en el año de 1930, "El Ibérico" establecía en el pueblo de San Francisco de Bellocq una sucursal, sobre la costa atlántica, cerca del conocido balneario de Claromecó — uno de los de mejores playas del sur de la Provincia — y sobre la línea férrea que va de Energía a Bahía Blanca, pasando por Dorrego. Los componentes de la firma Carrera Hnos y Cía., al instalar esa casa filial, daban una demostración incontrastable de la acción que es preciso desarrollar en el partido al cual entregan diariamente sus condiciones de luchadores. Y no se equivocaron: la sucursal respondió a la necesidad originadora de su instalación y, en el breve espacio de cuatro años, ha logrado manifestarse como la más activa y eficaz entidad que, en ramos generales, trabaja en el pueblo de San Francisco de Bellocq. Todo lo que acabamos de consignar, con respecto de la sociedad Carrera Hnos. y Cía. y de sus dos casas de comercio, no es más que un fiel reflejo de la verdad apreciada objetivamente por nosotros mismos. Tanto en la casa matriz como en la sucursal, el movimiento diario es de una extraordinaria importancia, y puede afirmarse que en todo el partido de Tres Arroyos son contados los establecimientos mercantiles y comerciales que merecen los conceptos elogiosos inspirados por el funcionamiento de "El Ibérico". La fotografía que reproducimos en la página anterior, y que muestra un aspecto parcial del local de ventas, confirma elocuentemente cuanto acabamos de afirmar y obliga a pensar en la acción futura que ha de desarrollar la firma de Carrera Hnos, y Cía., popular por su honradez, su solvencia y su tendencia a engrandecer y beneficiar la gran ciudad que es hoy Tres Arroyos.



Una parte del vasto salon de ventas de "El Ibérico", de los señores Carrera Hnos. y Cía., sociedad mercantil y colectiva que cuenta con solidísimos prestigios en la ciudad y en el partido de Tres Arroyos.



Otro de los integrantes de la entidad: señor Gervasio Carrera.

ENVIADO ESPECIAL

Sociedad Cooperativa Agrícola Ganadera Lda. de Orense

HE aquí una de las entidades que sirven y contribuyen al desenvolvimiento comercial de la zona en forma intensa, ajustándose a los altos fines que alientan sus directores, cada uno de los cuales constituye una garantía de honorabilidad y valimiento. No en balde la sociedad recibe día a día la adhesión de entidades afines y la voz alentadora y de solidaridad de numerosas personas. No en vano su clientela es cada vez mayor y asidua, sobre todo entre los agricultores y colonos de la región, que prefieren sus productos. En efecto, la venta de mercaderías generales crece de año en año, motivo por el cual el surtido se renueva constantemnte. Lo mismo ocurre en la sección cereales, cuyas ventas en el último ejercicio ascendieron a $ 778.540.85. Su personal observa un correcto comportamiento, secundando con eficacia al gerente, señor Benito E. Sanz, cuya capacidad comercial es unánimemente reconocida. El Consejo de Administración lo integran los señores: Jens Keergaard, presidente; Isidoro González Hurtado, vice; Juan Naryarte, secretario; Félix Carricart, prosecretario; Francisco Irigoyen, tesorero; Martín Ordoqui, protesorero; Blas Larsen, Emiliano García, Fermín B. Etcheto, José B. Aguirregabiria, vocales; Carlos E. Andersen, Santiago A. Sarasola, Fabio Venancio (hijo), suplentes; Faustino Huarte, síndico; Alberto von Wolffradt, síndico suplente.



Interior de uno de los almacenes de ramos generales.



Una parte de los componentes de la Cooperativa.

ENVIADO ESPECIAL

"Caras y Caretas" en Tres Arroyos



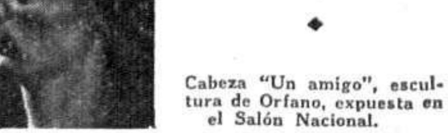
Grupo de alumnos de la Academia de Bellas Artes, institución cultural de intensa vida.



G. González Dunet, autor de "El viaje inverosímil", a cuyo cargo está la secretaría de la Biblioteca Pública Sarmiento.



Alumnas del conservatorio Santa Cecilia, reunidas con sus profesoras, a fin del curso de enseñanza filarmónica.



El escultor Orfano, junto a una de sus obras.



Cabeza "Un amigo", escultura de Orfano, expuesta en el Salón Nacional.

"Las Tres Lagunas"

Un luchador de raza. —



Don Bautista Vassolo atiende gentilmente al "quieto" del fotógrafo, en compañía de nuestro enviado especial.

ES para nuestra misión especialmente grato entrevistar a don Bautista Vassolo, patriarca venerable de todo el partido de Tres Arroyos.

Nos recibe afable y cortés en su regia residencia de campo, de la cual aun conservamos la visión de grandeza que nos produjo.

Don Bautista Vassolo pertenece a esa raza fuerte que prodiga la bella Italia en suelo argentino, donde cada individuo se identifica con nuestra idiosincrasia y arranca de la tierra fecunda el fruto generoso y templa su energía con los aires pampeanos. Los residentes italianos, evidentemente, han ejercido una influencia indiscutible en nuestro progreso, vinculándose ora a la agricultura, ora a la ganadería, ya a la industria, ya al comercio, renovando siempre energías y evolucionando hacia los altos destinos a que está llamado este promisor y joven suelo argentino.

Don Bautista Vassolo es uno de los agricultores más prestigiosos de Tres Arroyos. En su establecimiento "Las Tres Lagunas" trabaja intensamente secundado por sus hijos. Modelo en su género, el importante establecimiento adquiere día a día mejoras en los procedimientos de labranza, perfeccionando al mismo tiempo las difíciles tareas campesinas, que requieren constante y alerta el ojo del amo.

La obra del señor Vassolo es altamente meritoria, pues no sólo ha redundado en su propio bienestar financiero — consecuencia lógica y natural, — sino ha influído de manera directa en el incremento del acervo agrícola de la región, al par que innúmeras familias de chacareros y peones reciben el consiguiente beneficio.

— Comencé mis actividades rurales — nos expresa el señor Vassolo — en el año 1909. Primeramente trabajé con la firma Emilio Vassolo Hnos. Años más tarde, después de disgregarse la sociedad, me independicé para trabajar solo. Mis primeros conocimientos en materia rural los adquirí en Juárez, donde supe amoldarme a las rudas faenas camperas y agrícolas.

— ¿Qué cantidad de trigo tiene sembrada?

— Tengo, al presente, 2.529 hectáreas sembradas de trigo, avena, maíz y papa.

— ¿No le atraen otros ramos?

— Precisamente. Otra de mis especialidades es el engorde del ganado. Poseo, además, 4.000 lanares y 750 vacunos. Mis tierras no dejan nada que desear; son generosas y una de las mejores de la zona.

Mientras hablamos, nuestro gentil entrevistado, con modales francos y trato bonachón, nos acompaña por las distintas estancias del chalet. Este es un moderno edificio construído el año 1914, que une a la sencillez y sobria disposición, comodidades como sólo es posible hallar en los grandes establecimientos lujosos.

— ¿No le cansa el trabajo, señor Vassolo? — le preguntamos, a fin de provocar una confidencia.

— No, mi amigo. El trabajo es y ha sido siempre mi fiel compañero. Puedo decir que con él nací y con él habré de fumar mi último toscano.

Entre tanto, nos damos a meditar acerca de



Una vista del chalet y parte del arbolado que lo rodea.

de don Bautista Vassolo

Corazón y brazos bien puestos.

la vida de este hombre laborioso y recto, caritativo y probo, tranquilo y sobrio, que ha luchado a través de su dilatada existencia siempre con los arrebatos caudales de la juventud, que ha sabido gobernar su corazón y sus brazos en las revueltas de la vida, con firmeza y abnegación, volcando en su camino las energías creadoras que van sirviendo de jalones y ejemplo, y por donde han de detener el paso, para meditar, sus hijos, sus nietos y todos sus descendientes.

La figura patriarcal de este luchador de raza es un símbolo admirable en el panorama exuberante de la tierra que él mismo siembra y que se extiende hasta el confín distante, donde el trigal se estremece a los vientos y se dora espejeante al sol, y a cuya contemplación, firme el pulso, se entornan apaciblemente sus ojos de mirada incisiva y bondadosa.



Entrada a la estancia "Las Tres Lagunas".

ENVIADO ESPECIAL

Don Pío Zubiri. Notable ejemplo de laboriosidad en Tres Arroyos

DON Pío Zubiri es uno de los cerealistas más fuertes de la zona de Tres Arroyos. Es un activo comerciante de negocios múltiples, dinámico y capaz. La prosperidad financiera de su firma y la alta consideración que disfruta así lo confirman.

—Cuéntenos algo de su vida — insinuamos, — siempre resulta grato e interesante conocer la existencia de los hombres de valía.

—Nada tiene de extraordinario mi vida, ciertamente — nos responde con modestia. — Es la vida normal de todo hombre de labor que cumple su destino. Siempre me atrajeron las faenas del campo — prosigue, — a las que dediqué 31 años de lucha.

"Fuí empleado de la casa Guillermón Hermanos — continúa diciéndonos. — Pasado un tiempo más o menos largo salí de ella para volver nuevamente en calidad de habilitado. Trabajé allí unos años y luego me retiré para independizarme en mis negocios. La agricultura fué el ramo que exploté con éxito, y vendí a la vez diversas mercaderías por mi cuenta. En cereales hace 8 años me ocupo, juntamente con la explotación de colonias y haciendas.

Nuestro entrevistado es un hombre de carácter alegre y de espíritu generoso. No en vano se tiende una mano hacia él: sabe depositar su óbolo con dignidad y sin aspavientos. Sus cinco hijos han heredado sus virtudes y secundan al padre en todas sus actividades comerciales en forma eficaz e inteligente.

ENVIADO ESPECIAL

"Caras y Caretas" en Tres Arroyos



Niños de la escuela Nº 3, en día de la terminación de las clases.

"La Perseverancia del Sur", Sociedad Anónima de Seguros contra Incendio

LA Sociedad Anónima de Seguros contra Incendio "La Perseverancia del Sur", merece que se destaque su importancia. Desde el día en que fuera fundada, el 9 de octubre de 1905, hasta la fecha, ha estado ligada a las actividades comerciales del partido, en el desarrollo de su organismo, en la expansión de sus capitales, en el afianzamiento de su crédito y en la solidez firme y segura que revelan sus cifras. Ha adquirido el prestigioso puesto que se merece en el partido y regiones circundantes, desde el momento inicial, y salió airosa todas las veces en que hubo de afrontar las perspectivas desfavorables en que se ha visto abocada la economía local. Su capital inicial autorizado fué de 1.000.000 de pesos, cuando presidía su primer directorio don Sebastián Costa. La producción que en el principio empezó con una entrada de primas de 79.591.96 pesos, en el primer ejercicio cerrado el 31 de diciembre del año 1929 alcanzó a la cifra de 166.559.64 pesos, y en el último, cerrado en la misma fecha del año 1933, a 95.562 pesos. La cantidad correspondiente a los siniestros pagados casi alcanza los 2.000.000 de pesos, lo cual acusa la forma correcta y amplia con que la prestigiosa institución ha hecho frente a sus compromisos, indemnizando cabalmente y de acuerdo con las cláusulas establecidas, a las personas o sociedades perjudicadas.

En la dedicación y clarividencia de sus sucesivos Directorios tal vez resida la fuerza de su progresiva evolución, entonada cada día con el apoyo que le conceden las casas comerciales, las múltiples sociedades, los particulares y todo lo que signifique una fuerza viva de la región. Bien lo expone su última Memoria: "No obstante las condiciones desfavorables para la explotación del Seguro contra Incendio, única rama con que opera esta Sociedad, la que continúa subsistente en toda su intensidad, nos es muy grato consignar que nuestras operaciones durante el Ejercicio que os damos cuenta, se han mantenido casi en el mismo nivel que el año anterior. Este resultado es debido a la confianza que inspiramos al comercio en general de la zona, donde únicamente operamos, y al correcto proceder de todos los actos de esta Sociedad en sus 28 años de vida sólida y próspera".

Conviene destacar que "La Perseverancia del Sur" ha pagado en concepto de impuestos durante el año 1933, la suma de $ 15.683.18. Y conviene, a la vez, dejar constancia de la reconocida y proba actuación del señor gerente don Pedro Forchetti y del personal que lo secunda, cuyo elogio se consigna en la Memoria.

Su actual Directorio lo componen personas de sólidos prestigios que alientan y vigorizan la vida de la entidad. Son los señores: Nicolás Frugone, presidente; Miguel de Andrés, vicepresidente; Leopoldo Mulazzi, tesorero; Lorenzo J. Olivero, secretario; Manuel Hurtado, José Gallegos, Gervasio Carrera, Manuel Doeyo, Juan Félix Figini, Luis Vizzolini, Manuel Vogelius, vocales; Mariano Liebana, síndico, y Fernando Anderberg, síndico suplente.

ENVIADO ESPECIAL

El Banco Comercial de Tres Arroyos

HAY siempre en los núcleos de población un grupo de personas expectables que sobresalen del conjunto por el espíritu de empresa que les anima y el anhelo de mejoramiento colectivo que demuestran. Son hombres que miran el porvenir con optimismo y tienen fe en sus propias energías individuales.

A ese grupo de elegidos pertenecen los miembros del directorio del Banco Comercial de Tres Arroyos, desde el primero — presidido, en 1907, por don Sebastián Costa — hasta el actual, presidido por el señor Nicolás Frugone.

El Banco Comercial de Tres Arroyos ha nacido, pues, del pensamiento conjunto de hombres laboriosos que no titubearon en convertir en realidad la obra que habría de servir para vigorizar la vida comercial del partido. Desde sus albores, hasta el presente, la ayuda del Banco se hace sentir en todos los rincones de la región. Nadie sale de su gerencia desalentado, porque la institución sabe ayudar al que lo merece, sabe contemplar con tolerancia situaciones difíciles y no recurre nunca a determinaciones extremas. Tales opiniones pertenecen a declaraciones de las personas conspicuas del partido, quienes hacen extensivo su elogio, que nosotros confirmamos, al gerente, señor Amadeo J. Miedan, hombre pundonoroso y correcto, de una alta compenetración de los diversos problemas atinentes a las actividades del Banco y profundo conocedor de la zona en su producción agrícola-ganadera.

La acción de la entidad es fecunda y trascendente en la vida comercial de Tres Arroyos; y en los momentos afligentes para la economía general, sabe dar pruebas de su entereza dinámica, manteniendo firme y generoso el alto pensamiento de su directorio, revelado en la ayuda preciosa y oportuna al comerciante, al ganadero, al chacarero, al maestro, al humilde y a todo ese conglomerado social en donde se erige por su propio prestigio en el guía y sostén celoso de localismo y progreso.

Interviene eficazmente en el ritmo financiero de la zona, impulsando con su crédito y sus beneficios a empresas y particulares.

Mas no se crea que el Banco Comercial de Tres Arroyos ha vivido siempre con viento favorable. Por el contrario. Ha debido capear temibles temporales, salvando valientemente los escollos de campañas insidiosas y afrontando con energía y cordura los profundos sacudimientos de crisis persistentes que desnivelaban, no sólo la vida local, sino la economía de toda la República. Pero el ánimo de los clientes del Banco, de sus depositantes, de todos aquellos que llegan hasta sus oficinas, jamás se ha conturbado y desviado; y siempre, y cada día más, depositan en el Banco Comercial de Tres Arroyos su amplia y ciega confianza.

Constituyen el Directorio actual los señores Nicolás Frugone, presidente; Gervasio Carrera, vicepresidente; Arturo Rivolta, secretario; Leopoldo Mulazzi, Bautista Vassolo, Luis Vizzolini, Manuel Vogelius, Miguel de Andrés, Francisco Rivolta, Pedro J. Aldaya, Pedro C. Hasquet, Einar Ambrosius, vocales; Miguel Guisasola y Pedro Forchetti, síndicos. Tales nombres bastan para significar honradez y rectitud.

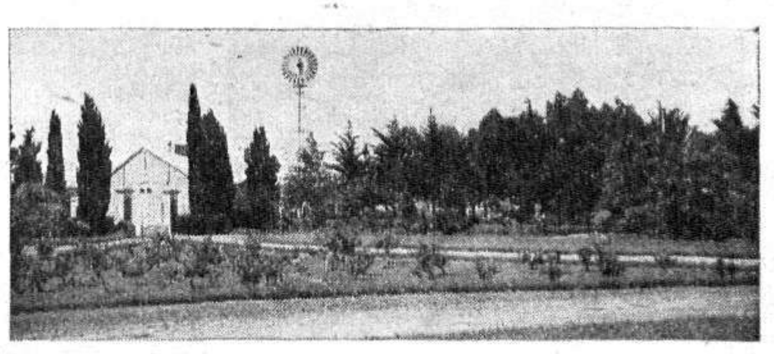
ENVIADO ESPECIAL

La Estancia "Hualpe", del señor Nico Ambrosius



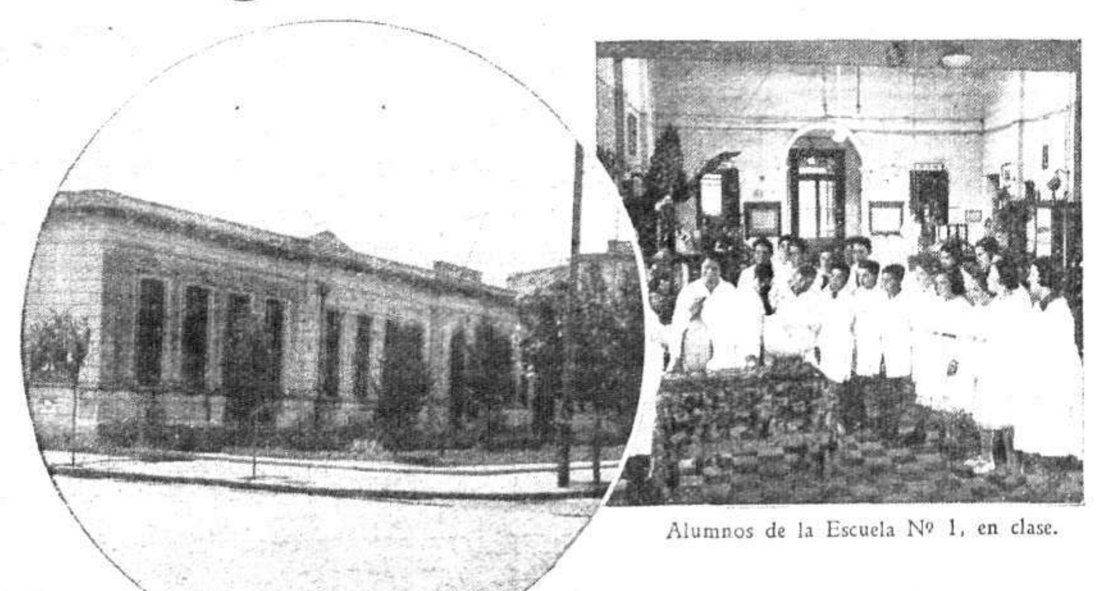
El hermoso edificio de la casa del señor Nico Ambrosius, en el casco de la estancia "Hualpe", una de las mejor trabajadas en Tres Arroyos.

UN sentido europeo de la vida de campo: esa es la mayor fuerza moral y mental que inspira la acción del señor Nico Ambrosius. Su estancia "Hualpe" es un modelo. En ella se trabaja y en ella se goza de los beneficios de la civilización. Visitémosla en días precursores de cosechas y nos encantarán sus trigales, sus avenales, sus linares; lleguemos hasta la casa señorial, y su arquitectura y sus interiores nos llamarán la atención por su sobria elegancia. Más allá, la casa de los peones, limpia y pulcra. Y en todo, orden, disciplina e higiene, tanto en los galpones para guardar cereales como en los que se aceitan y vigilan las deficiencias de las maquinarias agrícolas; tanto en los gallineros como en los corrales y en las otras dependencias. Ocho peones bastan para las tareas en las épocas en que trabajos extraordinarios no exigen más. Y el señor Ambrosius hace de ellos, además de hombres trabajadores, caballeros: son sus camaradas en la práctica del polo, el juego predilecto en la estancia. Y esta doble condición de sus servidores hace que el señor Ambrosius sea para ellos un director y un amigo. "Hualpe" es una pequeña joya engastada en los campos de Tres Arroyos, donde el señor Ambrosius y su esposa, doña Edel Sofía W. de Ambrosius, gozan de respeto y prestigio como espíritus emprendedores.



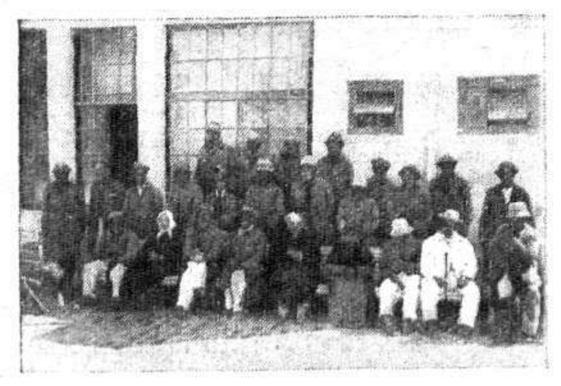
Un aspecto de los jardines del parque y de algunas de las dependencias de "Hualpe", la linda estancia del señor Nico Ambrosius.

Notas gráficas de Tres Arroyos



Alumnos de la Escuela Nº 1, en clase.

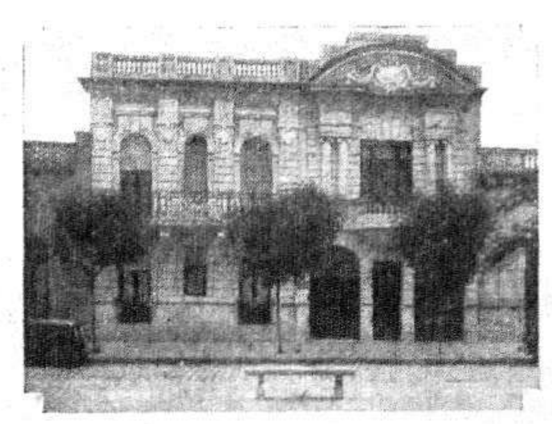
Edificio de la Escuela Nº 1.



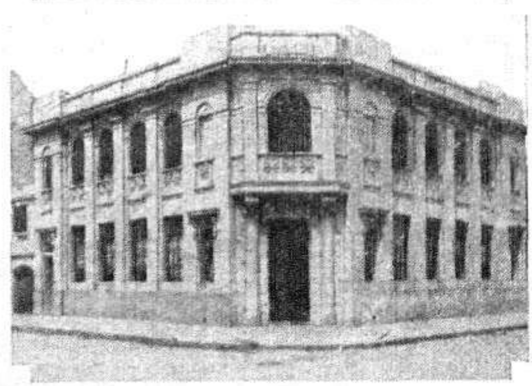
Parte de los internados en el Asilio de Ancianos.



Alumnos del Colegio Nacional en un examen.

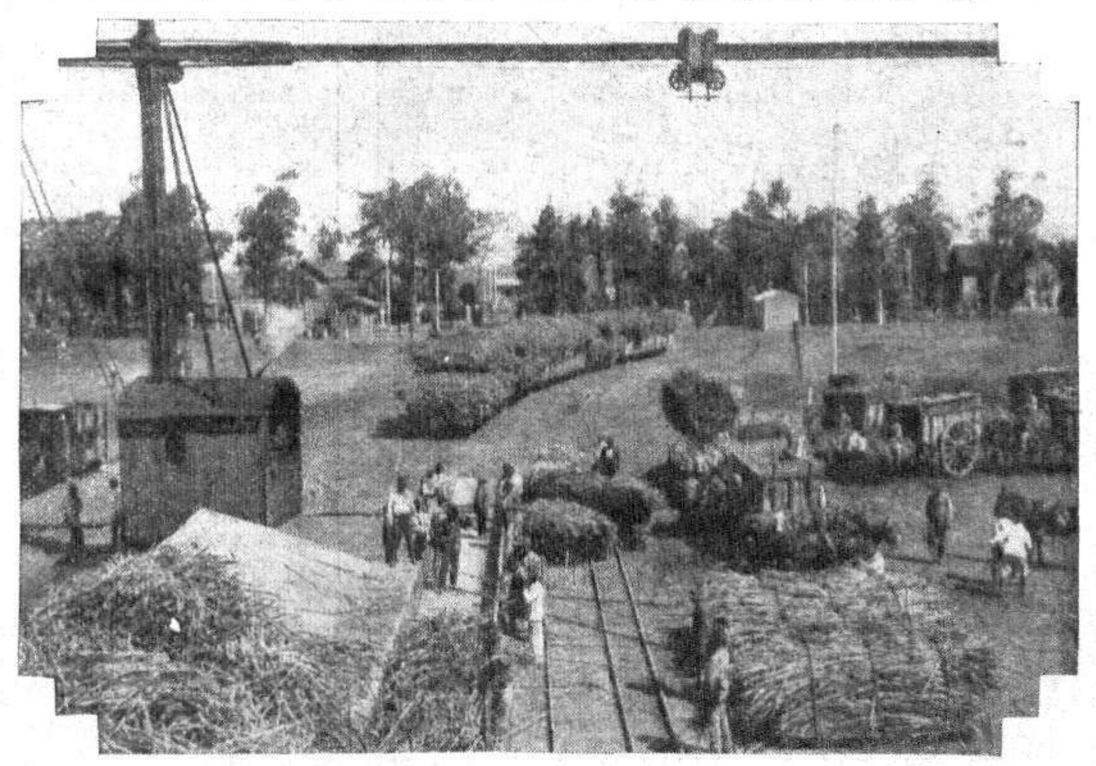


Uno de los magníficos edificios de Tres Arroyos.



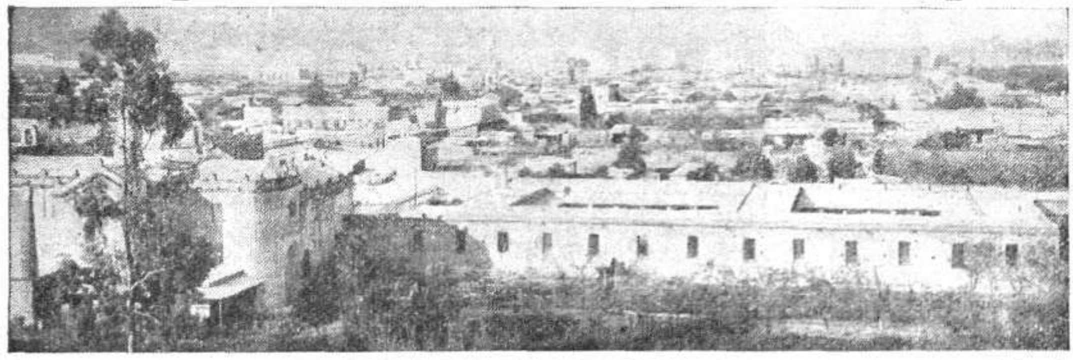
Otro de los modernos edificios de la ciudad.

De tierra adentro



Un ingenio azucarero tucumano, durante la recepción y pesaje de la caña.

Una provincia cerca del trópico



Un trozo de vista panorámica de la capital jujeña.

●

HERMANA melliza — le dijo Salta a Jujuy — sigue hasta el trópico". En el camino del trópico nació, hace cerca de tres siglos y medio, la admirable ciudad de Jujuy. Tan gemelas son Salta y Jujuy, que de ello supo aprovecharse un ambicioso tirano de la primera, para avasallarla. Hace poco, Jujuy conmemoró el centenario de su autonomía provincial, conseguida bajo las órdenes de un coronel. Este coronel era un prisionero español de la guerra libertadora, y tenía apellido italiano, Fascio — ¡qué sugerente apellido!, — el cual fué centro del haz lictor de la independencia jujeña.

Este apellido tiene todos los valores de un símbolo. Por eso, la tenaz "gens" de la villa y de la provincia ha continuado, tesoneramente, la lucha contra los obstáculos de la serranía. Vecina cercana del trópico, Jujuy lucha también por liberarse de una influencia enervadora; y lo consigue, a fuerza de tenacidad, de esa tenacidad que parece un milagro de energía. Más rápidamente de lo que se cree, la preciosa ciudad dirige a su provincia por la senda del progreso.

La capital jujeña avizora un porvenir rico; es cuestión de pocos años; de capitales, aun vacilantes; de transportes, todavía onerosos, porque las distancias son largas.

Hermanos de Salta, los jujeños y las jujeñas pertenecen a esos buenazos gauchos del norte argentino, todo corazón y fraternidad. Lindos mozos y hermosas mujeres, a los cuales la cultura patria ha confiado una empresa formidable.

La ciudad criollo morisca



Una vista parcial de Salta.

●

ALBÉNIZ, de conocerla, le habría dedicado una página melódica, donde fundiríanse temas de guzla, de guitarra y de quena. Morisca, es decir, árabe, pero bien cristianada, es la ciudad que, a su vez, cristianó bravos calchaquíes. Todo árabe tiene prestancia principesca: su tez, pálidamente morocha, su barba, afilada, puntiaguda, que parece producto de la depilación, sus ojos negros, de intenso mirar, su altivo y señoril continente son pormenores que distinguen a una raza selecta. En las mujeres, los ojos se agrandan, el cutis se aterciopela, las formas se curvan armoniosamente, como un prodigio que se mantiene erguido sobre dos pies pequeñitos. Esa estirpe, venida de un país donde el caballero árabe produjo una exquisita cultura, Andalucía, se conserva en los hijos de Salta. La hospitalidad culta del salteño es virtud heredada de aquellos jinetes, que la practicaban en los sitios más difíciles, bajo la carpa, sobre la llanura saharina.

Y la ciudad mezcló, al mismo tiempo que sus habitantes, los tres estilos: tejados moriscos, cúpulas cristianas, detalles indígenas. Una ciudad-valle, un oasis entre montes, de clima plácido; esto es lo mucho que ofrece Salta al buen catador de ciudades.

Todo esto se puede extender a los habitantes de esta provincia, dedicados empeñosamente en hacerla un emporio de riqueza. El suelo, rico en minas, en ganadería y productos forestales, hállase en vías de explotación provechosa.

En la región de los quebrachales



Un aspecto de los paseos modernos de la plaza 25 de Mayo, de Resistencia.

CON su hermosa capital, Resistencia, el territorio del Chaco, es una de las avanzadas del progreso argentino.

El viajero se asombra del grado de cultura y distinción a que ha llegado la ciudad. A parte de detalles del clima, creeríase en uno de los puntos de la metrópoli.

El porvenir de aquella región es inmenso. En la actualidad constituye una de las mejores fuentes de riqueza para la nación. Solamente hace falta el concurso de capitales, que fomente el aprovechamiento de tan gran tesoro natural. Maderas preciosas, algodón, pieles, plumas, productos aceitosos, miel, tabaco, naranjas y mil productos de superior calidad abundan en aquel suelo incomparable.

Es a manera de continuación del Chaco santafecino, a quien supera, acaso, en riqueza.

Resistencia se halla dotada de todos los adelantos de la civilización, y la residencia en la linda ciudad, así como en otros pueblos de la zona, es apacible y agradable.

El turista en Río Negro



Vista de una isla cerca de Viedma.

●

ESTAMOS en Río Negro, la comarca que desde hace poco ha iniciado un nuevo período de exuberante vida.

Es una isla del hermoso caudal, cuyo nombre sirvió para denominar todo el territorio. Diríase un riacho del Delta, en las inmediaciones del Tigre.

Curso abajo vienen también los lanchones, cargados de fruta, de esa fruta tan apreciada en Buenos Aires, por su labor exquisito. Van hacia Viedma, a la espera de embarque.

Río Negro, con sus lagos, sus otros cursos de agua, sus extensas zonas de cultivo, su ganadería, pleno todo de belleza y de salud, atrae al turista.

Hace años, en la capital se contaban horrores de esta región incomparable. Eran los tiempos el no hacer una excursión al Viejo Continente se tenía como signo de mal gusto.

Ahora las cosas han cambiado. Los excursionistas perdieron el miedo y hacen propaganda de Río Negro y de otros sitios gratos de su patria.

Esa afición a las cosas del propio solar ha de ir acrecentándose cada vez más, por cuanto él presenta atractivos de tanta importancia estética como cualquiera.

De tierra adentro



Aguateros correntinos, con sus típicos carros, que sirven a los suburbios de la capital.



El río Horcones en primer plano; al fondo el Aconcagua, (6.900 metros).

En las cumbres
Escalando los Andes

Estábamos en "alta montaña"; nuestro horizonte habitual de habitantes pamperos habíase festoneado en toda su redondez. Aquella sucesión de picachos y valles recordaba las impresiones de alta mar, acentuadas por un ligero mareo. Las manchas de nieve parecían remolinos de espuma. Estábamos en alta montaña, en plena Cordillera andina, a cuatro mil metros sobre el nivel de Mar del Plata, a bordo de nuestras cabalgaduras.

Habíamos decidido ir a la montaña, ya que la montaña no venía hasta nosotros; andábamos respirando profundamente el aire libre, desierto, frío.

Nuestra voz era un poco más apagada, pero nuestros adjetivos habían reforzado su timbre. Y a pesar de la fuerza que ellos cobraban no nos dejaron satisfechos: nadie encontró el adjetivo justo o, por lo menos, digno. La admiración estaba más allá de la palabra.

Amanecía. Los nevados festones de oriente empezaron a teñirse de rosa, y pronto una extraña lumbre rojiza puso en ellos un filete de incandescencia. Por el centro de esa línea salió un punto ígneo al rojo escarlata que fué creciendo, entre una aureola de rayos, hasta tomar la encendida redondez de un sol nuevo para nosotros. Todas las manchas de nieve simularon entonces bosquecillos de cerezos en flor.

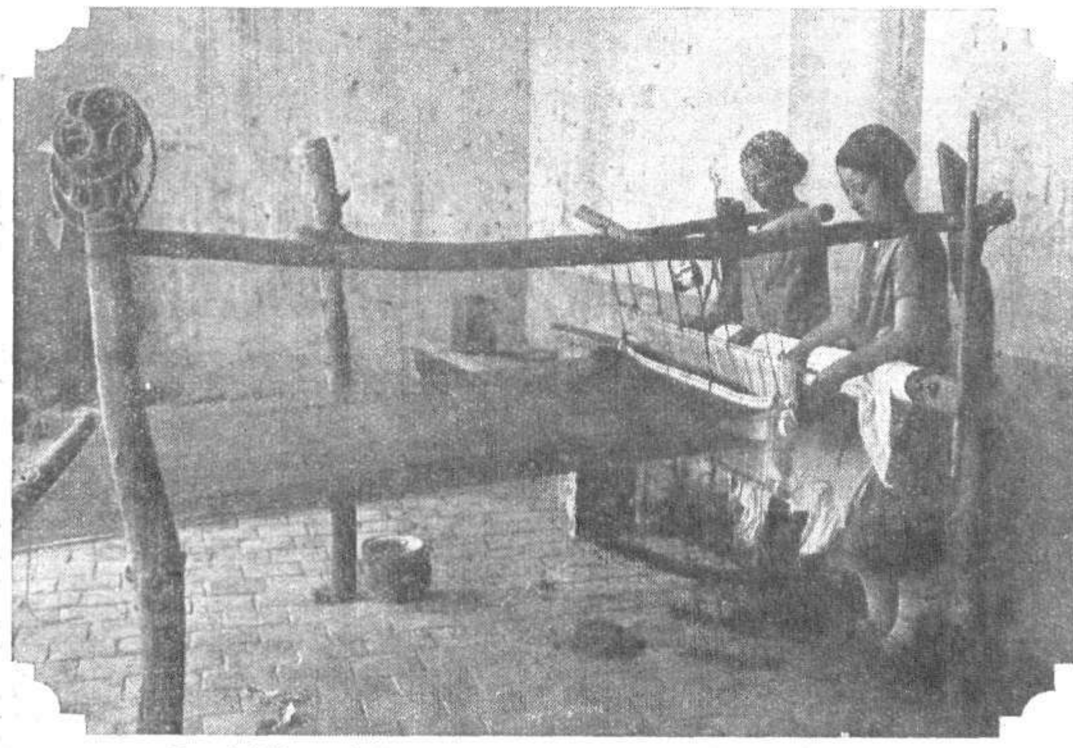
La brisa empezó a entonar su canto de guerra. Fué como el barrito de las legiones romanas: primero un sordo zumbido que creció hasta terminarse en un mugido que los valles repitieron. Después hízose igual, más lento, más uniforme.

Estábamos en alta montaña, sobre los misteriosos Andes, con un vago sentimiento de temor en el espíritu. Las emociones del deporte, que comienzan en la ruleta y adquieren su mayor intensidad sobre el aeroplano, esas emociones donde se confunde el ansia, el placer, la angustia y el miedo, embellecían nuestra excursión.

Visitábamos los campos de batalla en los que los Titanes rebeldes sufrieron su más terrible derrota.

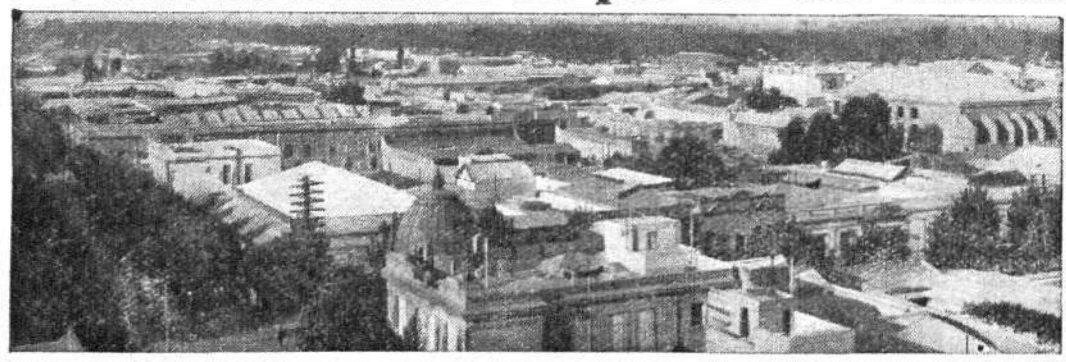
E. S.

De tierra adentro



Dos hábiles tejedoras catamarqueñas trabajando en un telar primitivo, en los que se laboran verdaderas obras de arte.

Un transatlántico al pie de los Andes



Un trozo mendocino, contemplado desde la catedral.

●

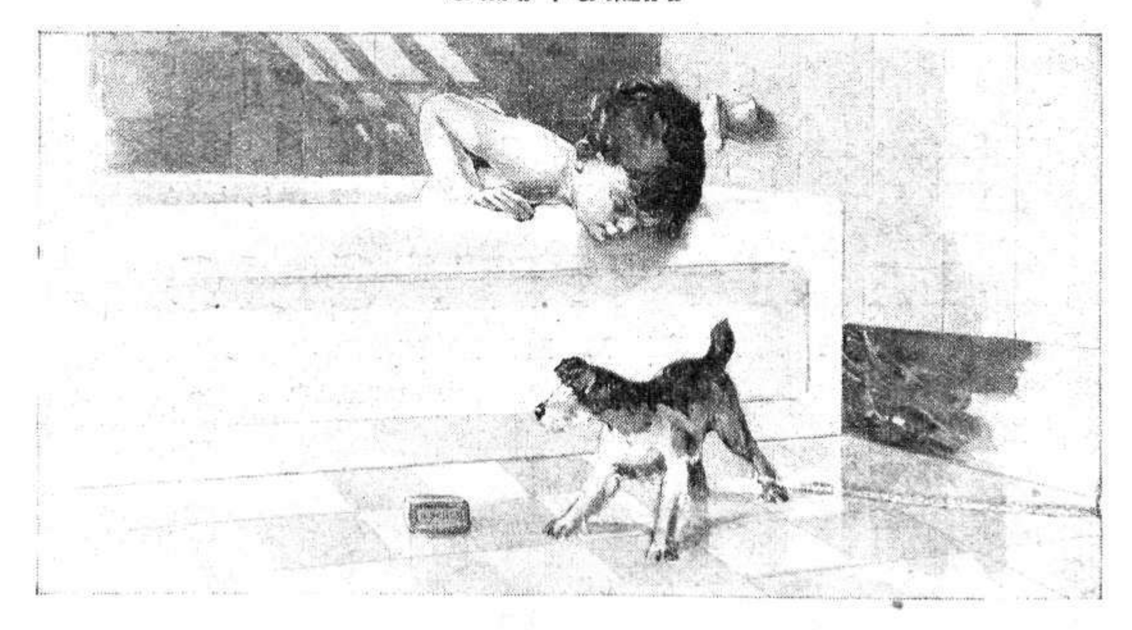
Un vapor de lujo, uno de esos barcos - ciudades, que trasportan a gente rica, cargado de fortunas, felicidades y bellezas humanas. Entre el bridge y el tenis se habla de negocios, se flirtea, en un derroche de vida social. Sí, Mendoza es un transatlántico, al que un tifón arrojó muchas leguas de tierra adentro, sobre la montaña. Y ayuda a completar la similitud los temporales y el oleaje sísmicos.

Suelo volcánico, suelo pródigo. A él se apega tenazmente el hijo, que no teme las cóleras paternas. Nápoles de alta montaña, Mendoza realiza un prodigio del patrio amor. Cualquiera vive y ama el solar heredado, cuando éste resulta plácido. La admirable está en el apegamiento al terruño sacudido por los Titanes. Rápidamente la arquitectura mendocina construye hogares a prueba de terremotos. Viajero, Mendoza es habitable; así lo demuestran sus vecinos.

Como buen paquebote suntuoso, la estada en la ciudad es grata: paseos, jardines, excursiones por los alrededores, deliciosa charla de lindas niñas, gentiles damas y cumplidos caballeros. ¿Qué más puede apetecer el turista?

Y de añadidura, el "bon vino", el confortador estimulante de que hablaba el inspirado archipreste de Hita. Maravilla de la tierra y de la cultura nacionales es Mendoza.

Toda la fértil provincia es un viñedo, casi sin solución de continuidad; en los valles y en las montañas verdean las cepas, cargadas de racimos áureos y escarlatas. Y durante los alegres días de la vendimia, toda la campaña se puebla de gente, como si se realizase allí un festival.



Uso agradable

¿Sabe Vd. por qué el jabón Le Sancy es tan agradable? Porque su pasta es tan equilibrada, fina y fragante, que deja en la piel una sensación completa de suavidad higiene y frescura.

Es el único jabón perfumado con el "bouquet" de lavanda de Dubarry que huele a limpio.



De tierra adentro

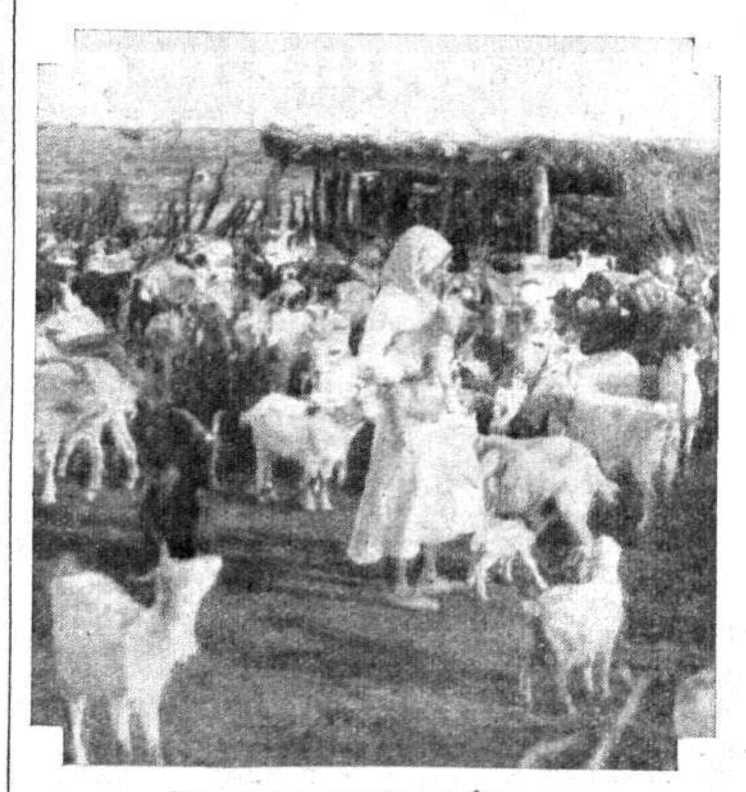


Esperando la llegada del tren turista de Buenos Aires, en la estación de San Antonio de los Cobres.

De tierra adentro

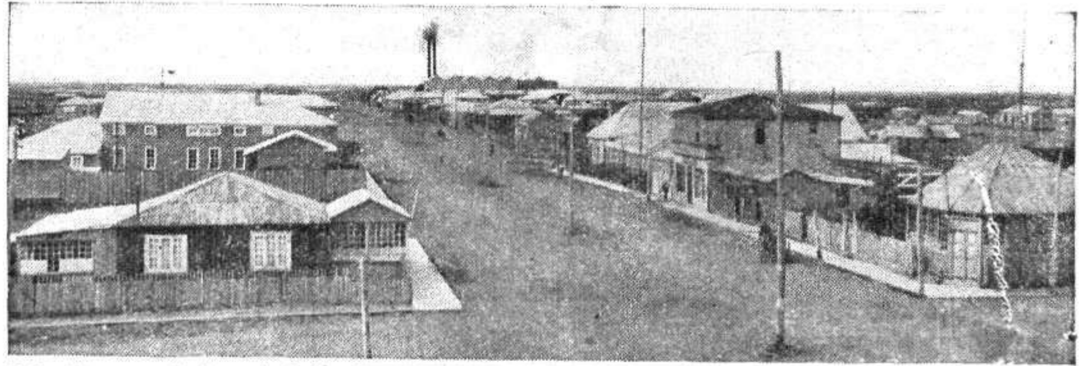


Dos corrales de un criadero experimental de nutrias, en Corrientes.



Uno de los corrales rústicos riojanos, en los que se crían cabras. 

Cerca de la región austral



Calle Roca, una de las principales de Río Gallegos.

●

EL territorio de Santa Cruz y su capital Río Gallegos, presentan incontables bellezas naturales. Ríos, lagos, montañas y bosques, que ofrecen paisajes de rara preciosidad.

Es uno de los contados sitios donde se han encontrado vetas de platino. El oro, la plata y el hierro abundan.

La ganadería tiene gran importancia, por prestarse el suelo a esa especie de explotación.

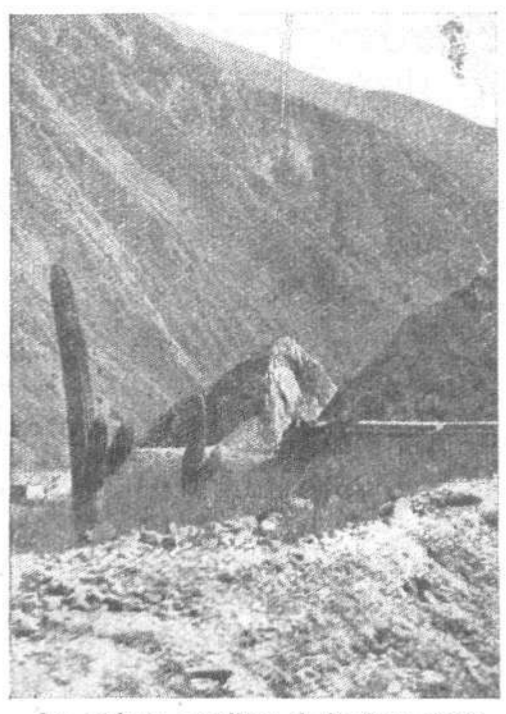
En cambio el cultivo de cereales todavía no tomó la preponderancia que le aguarda para el porvenir.

Una de las características es la abundancia de guanacos. De animales salvajes, el puma se presenta con frecuencia.

La industria que más auge ha alcanzado es la de los frigoríficos, exportando grandes cantidades para los países extranjeros.

El clima es frío, pero muy seco, y, por lo tanto, extremadamente sano. Su estío, delicioso.

La gobernación de Santa Cruz tiene muchos lagos en la región andina, de los cuales los principales son: el Buenos Aires, el Pueyrredón, el San Martín, el Viedma y el Argentino.



Los cardones, guardianes de la tierra virgen.



Cruzando los valles de dormida fecundidad.

Hacia Huaytiquina

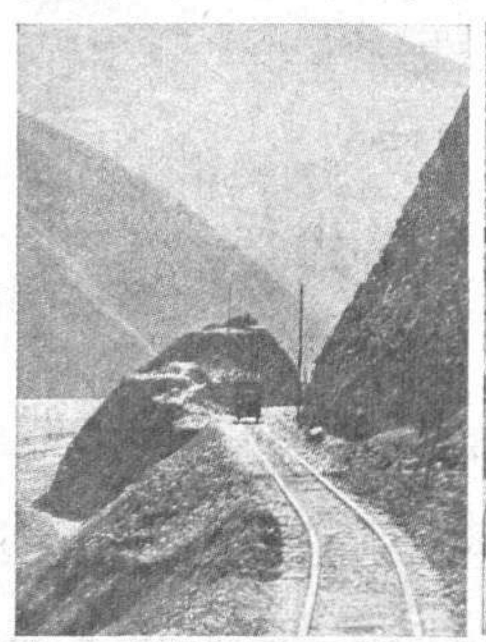
Una excursión hermosa

VIAJE de inolvidable memoria es el que los buenos amadores del turismo realizan en procura de emociones del paisaje, hasta las regiones de Huaytiquina.

Una grandiosa conquista del riel resulta la dominación de aquellas regiones.

Son unos catorce días de marcha, a través del Chaco santiagueño, con sus bosques de algarrobos, talas, sus chañares, breas y espinillos. Paisajes ásperos, bravíos, llenos de grandiosidad magnífica, que pone admiración en la mente.

La selva del Chaco salteño también pone notas de intenso valor espiritual y artístico en el alma del viajero. Asimismo las quebradas del río Blanco o del Toro, allí, donde las rocas gigantescas parecen amenazar, en tanto que encantan la mirada con sus tonalidades.



Una curva pintoresca entre montañas en la vía a Huaytiquina.



Tierras salteñas a orillas de los lagos.



Paisaje junto a Rosario de la Frontera.

Los jóvenes contrayentes, señorita Carmen Llavallol y señor Enrique F. Uriburu Quintana, con sus padrinos, doña Carmen B. de Atucha y el doctor Enrique Uriburu, ante el altar mayor.

UNA BODA EN EL ENLACE LLAVALLOL -

Un aspecto de la nave central de la basílica mientras monseñor Devoto oficiaba la misa de esponsales.

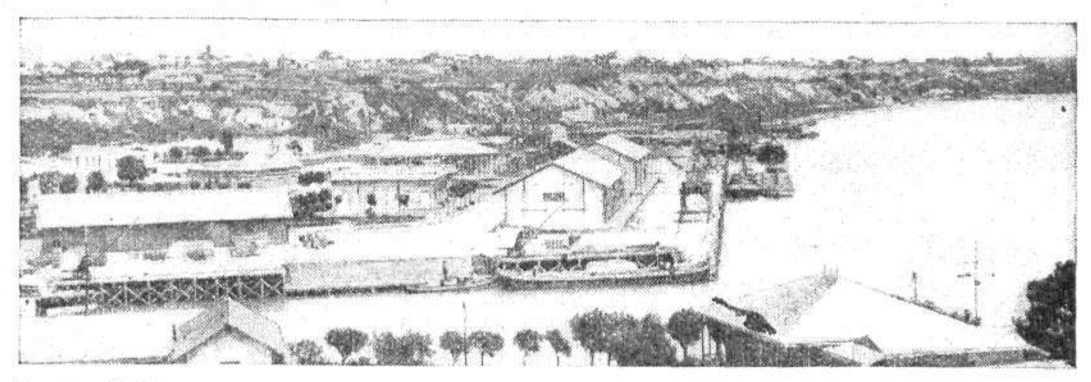
Instante en que monseñor Devoto bendice la unión matrimonial, ceremonia que tuvo lugar en la basílica de Nuestra Señora de las Mercedes, ante una concurrencia calificada.

GRAN MUNDO
URIBURU QUINTANA

CARAS Y CARETAS

Las niñas que formaron en el cortejo nupcial constituyeron un conjunto que llamó justamente la atención.

El gigantesco Paraná



Una fracción del puerto paranaense.

●

El Paraná es una de las vías fluviales más encantadoras del mundo. Y un delicioso paraje del suelo patrio es aquel elegido por el gran río para bautizar con su mismo nombre a una ciudad floreciente. Paraná tuvo el honor de ser la metrópoli de la República durante nueve años de reconstrucción política. Actualmente la capital entrerriana ostenta el sello de grandiosidad, que constituye el reflejo de la riqueza de toda la provincia de Entre Ríos. Su puerto resulta uno de los focos más importantes del tráfico fluvial.

La travesía en vapor hasta la ciudad supone, por sí sola, una excursión deliciosa. El gigantesco río tiene altas orillas, de feraz vegetación, que encantan la vista. Adviértase la naturaleza especial del suelo entrerriano: praderas entre cuchillas, abundantes arroyos, bosques tupidos. Todo parece como hecho de encargo para prestar abrigo a la ganadería y a la agricultura. Mesopotamia argentina llaman a esa región, comprendida la provincia de Corrientes, y, verdaderamente, a más de encontrarse en medio de corrientes abundosas, su riqueza vegetativa es comparable a la célebre de las feraces llanuras situadas entre Tigris y el Eufrates bíblicos.

Amable, comunicativa y espiritual, la buena gente de Paraná sabe, por modo hidalgo, hacer los honores de casa al forastero. Ellos, con su hombría de bien; ellas, encantadoras, de figura y de trato, matizan la virtud de la hospitalidad.

De tierra adentro



En la puerta de la iglesia de San Antonio de los Cobres, a la salida de una típica procesión.


Idilios . . .
Si los idilios del cine cautivan—
cuanto más romántico fascinador el de usted misma en la vida
real. Tiene más ensueño cuando acentúa usted sus atractivos
con **Crema de miel y almendras Hinds** . . . . Porque Hinds
presta a su cutis esa tersura delicada, fresca y aterciope-
lada que seduce. . . . Da a sus manos la suavidad y blancura
que revelan exquisita feminidad. . . . Hinds es una crema
líquida notable . . . que se extiende bien sobre la tez
Protege el cutis. Evite imitaciones baratas—espese
y pegajosas que obstruyen los poros. Exija la
original Crema Hinds—y úsela a diario
antes de empolvarse—después de ex-
ponerse al sol o al viento—y al
acostarse. Es lo que hacen las
que son exigentes en el
cuidado de su cutis.
La Crema Hinds se vende en frascos de 0.70, 2.40 y 4.30.
Tanto al claror de la luna—como ante los reflectores del estudio, Ginger Rogers luce siempre un cutis terso y suave . . . y sus blancas y suaves manos parecen cobrar expresión. . . . Aquí la vemos con Norman Foster en una escena del film "Su adorada enemiga" de R. K. O.—Radio.
No olvide que la única crema de miel y almendras con la fórmula genuina original de Hinds, es la Crema Hinds. Exija la legítima.

CINZANO

el vermouth universal



Base indispensable de todo buen Copetín

Buenos Aires, 22 de diciembre de 1934

Año XXXVII

Caras y Caretas

Número 1890

José S. Alvarez, fundador

Cuadros célebres



La adoración de los pastores

Hugo van der Goes

Galería de los Uffizi

Florencia

Maravillas argentinas

Entre los dos océanos, el del agua y el del aire, millares de gaviotas quiebran el azul y el verde como con láminas de plata.

LAS INMENSIDADES PATAGONICAS

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

Y en los valles, como en este de El Maitén, las manadas, numerosísimas, reflejan la grandeza económica, acorde a la majestad del paisaje.

Envuelta en una blanca corona de nubes y nieve se nos aparece la cumbre inmarcesible del cerro Tronador, uno de los puntos más bellamente salvajes de la cordillera patagónica.

LA BELLEZA BRAVIA DEL TRONADOR

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

El lago Mascardi arrulla las tranquilas riberas del paisaje mientras allá, en lontananza, nimbadas de luz y maravilla, aparecen las tres cabezas del hosco Tronador.

Bajo la serena lluvia de plata que derrama la luna, las nevadas montañas parecen dormitar al dulce arrullo de las aguas tranquilas de la bahía de Ushuaia.

LOS · PAISAJES · MAGNIFICOS

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

La nieve extiende su blanco sudario sobre la cumbre de los montes que hacen guardia secular a la vera de las aguas del maravilloso lago Roca, verdadero lugar encantado.

Respaldada por las montañas fueguinas, Ushuaia se nos aparece como una pequeña ciudad hechizada, en el extremo más austral de la República.

DE · TIERRA · DEL · FVEGO

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

Las aguas tranquilas del canal fueguino acompañan la marcha del cúter en cuyas velas el viento modula su canción de ensueño.

El volcán Lanín, coronado de nieve, contrasta con el verdor exuberante del paisaje, que es la más bella expresión de la naturaleza en el suelo argentino.

EL MARAVILLOSO NEUQUEN

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

Cerros, montañas nevadas, valles fértiles, bosques, aguas de un lago maravilloso... Eso es San Martín de los Andes, un paradisíaco rincón de armonía y de paz.

El cerro Paine al día siguiente de una copiosa nevada. Un majestuoso paisaje en la región del Seno de la Ultima Esperanza (Patagonia Chilena).

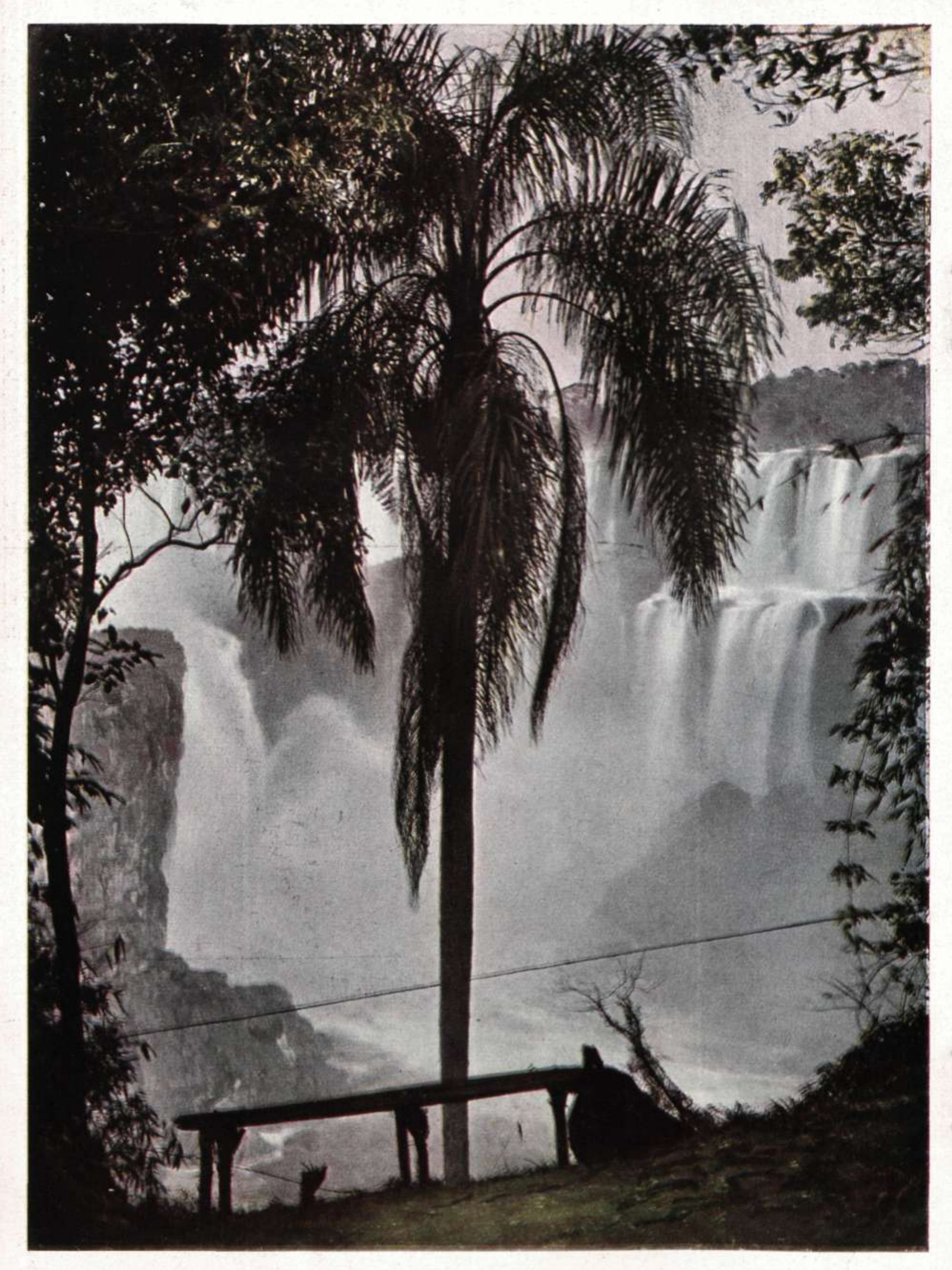


Unico habitante de los territorios australes, el pingüino aparece sobre las costas en grandes colonias tan pronto como llegan los días más largos.

ABAJO EN EL SUR

por Lobodón Garra

Liborio Justo (Lobodón Garra) ha escrito especialmente para "Caras y Caretas" esta interesante narración, que publicamos en las primeras páginas.



LAS CATARATAS DEL IGUAZU

Un espectáculo deslumbrador. Cada uno de sus saltos es de un encanto cautivante, pero éste, el San Martín, es uno de los que más fascinan al que recorre la tierra misionera, soberbia por su flora y por su fauna.

Foto de Bourquin y Kohlmann.

POR TIERRAS ARGENTINAS

CORDOBA



De entre las galas arquitectónicas cordobesas, ninguna impresiona tanto como la Catedral. Evoca los tiempos de la colonia y constituye un conjunto armonioso y severo.

Un aspecto de la Córdoba tumultuosa: la avenida principal, construída en pocos años.

El viejo Cabildo ha sido destinado a Departamento de Policía de Córdoba.



Córdoba se está definiendo como ciudad moderna en su llamada "calle ancha".

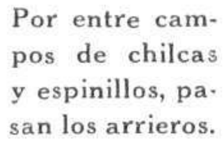
Este es el vetusto edificio del Museo, cuyos patios y aposentos hablan del pasado.





Por entre campos de chilcas y espinillos, pasan los arrieros. ▼

EL APACIBLE ENCANTO



Espectáculo encantador: un puente sobre el río Saldán.



DEL PAISAJE CORDOBES

Escenas como ésta se contemplan desde la soberbia carretera.

La Bolsa es un rincón plácido, aromado por hierbas serranas.

Magnífica residencia en los alrededores.

ALTA GRACIA, EL PLACIDO Y

En el atrio de la iglesia, a la salida de misa.

Con sus muros y sus tejas, esta casa añade belleza al paisaje.

Graciosa mansión que corona una de las colinas.

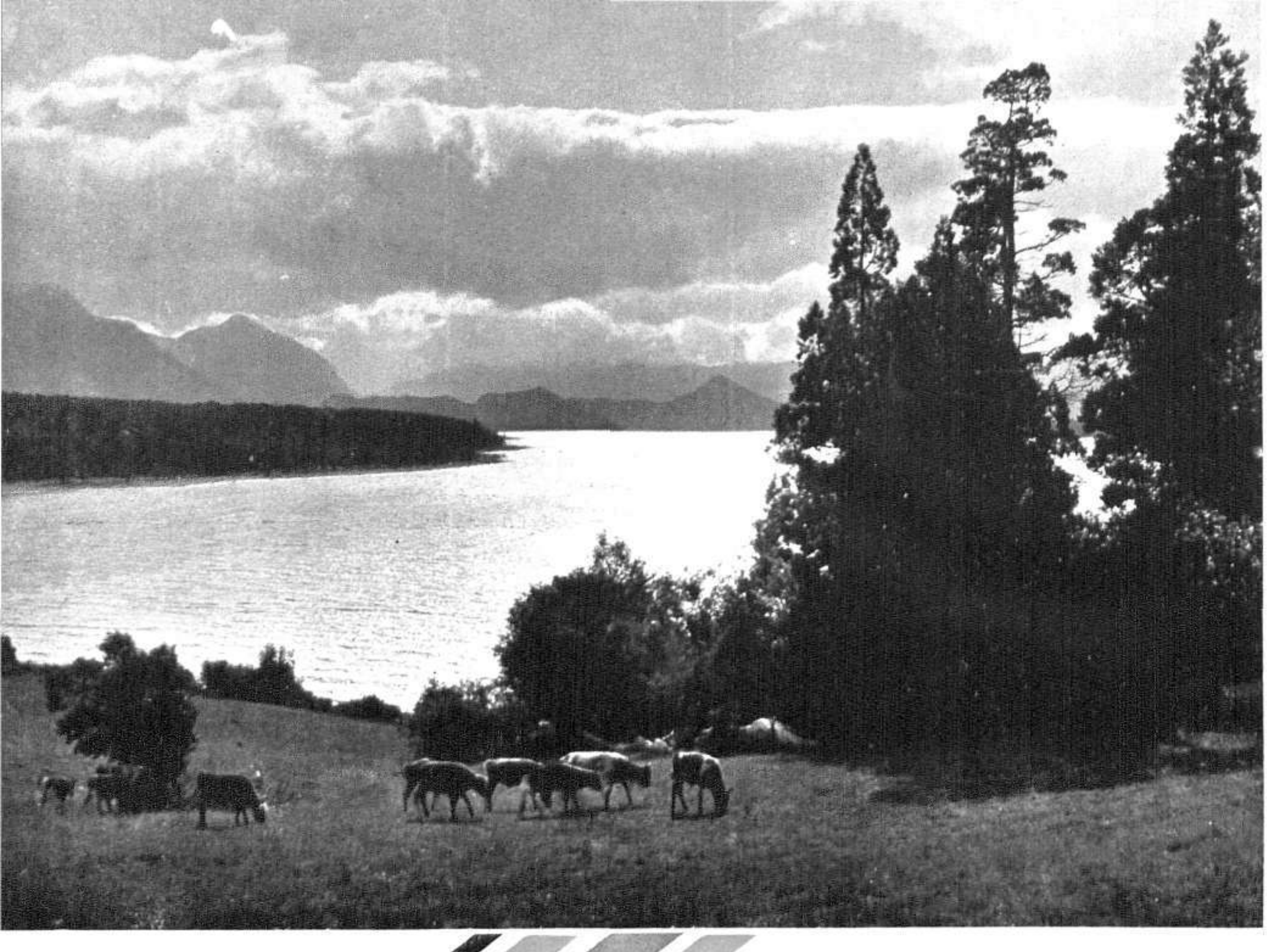
SEDANTE RETIRO CORDOBES

Perfecta visión de paisaje castellano.

La devoción no borra la sonrisa mañanera.

Otra casa que acentúa el carácter hispanoargentino del panorama.

El nuevo observatorio, visto desde el camino.



Playa Bonita. Como toda la región es un verdadero paraíso.

NAHUEL HUAPI

Fotos de Bourquin y Kohlmann.

▼ ▼

Lago Moreno y península San Pedro. Todo en este lugar es sorprendente por su magnitud y por su belleza.



Mar del Plata

¿Hablar de Mar del Plata? ¿Hacer su elogio? Mar del Plata no lo requiere. Sus playas, sus jardines, sus instituciones deportivas, sus clubs y sus chalets están por encima de toda alabanza. Mar del Plata es una perla del Atlántico bonaerense.



La nadadora adquiere, en el aire, una máxima gracia para sus líneas.

Entre el trampolín y el agua, una curva rítmica.

Siempre, el rostro de la bañista es alegre. El agua le comunica una sensación de dicha y placidez.

El Golf Club, otro atractivo marplatense, es un complemento de nuestro hermoso balneario atlántico.

Fotos de Bourquin



Bastaría la transformación del brazo en ala, y sería una ave maravillosa.

La risa de la bañista es digna de ser esculpida en la proa de una fragata blanca y luminosa.

Una sensación de vuelo, de belleza suspendida.

Playa Grande, en Mar del Plata, es, no obstante los chalets y los autos, un nido de sirenas.

y Kohlmann



Una bella y aterradora visión, en una noche de tormenta, sobre los pozos.

Senderos, altas torres, tanques y galpones, entre las montañas y sobre el suelo pródigo.

Comodoro

Emporio de riqueza y

Fotos de



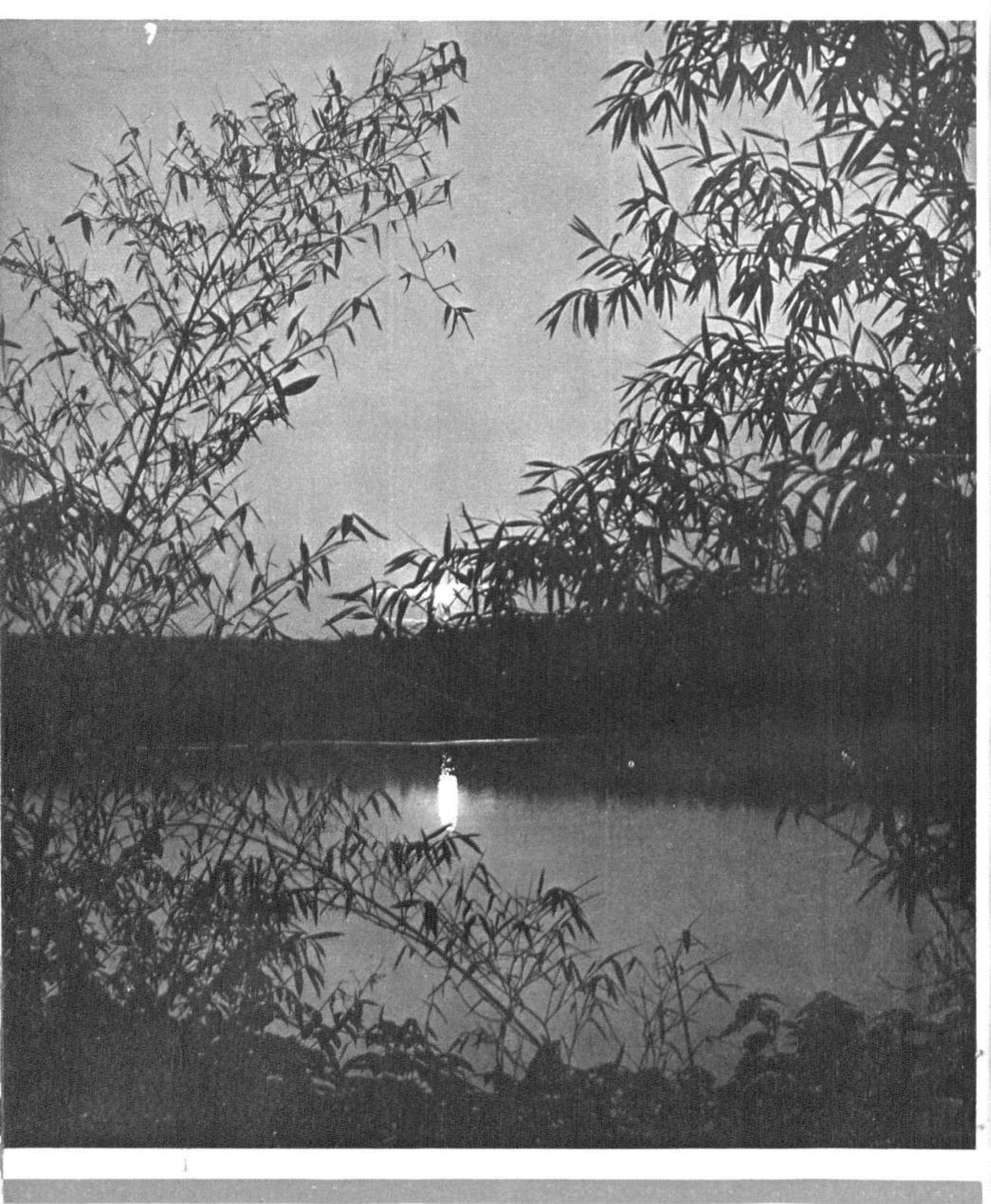
Rivadavia

puntal de la economía

Kohlmann

Fantástica vista de las instalaciones destinadas a la explotación del petróleo.

Cerca del mar, los yacimientos han dado origen a este conglomerado de construcciones.



Un poético claro de luna, en un rincón apacible, a orillas del Alto Paraná.

LA MAGICA SEL

Selva. Misterio. Fauna soberbia. Flora múltiple. Ríos profundos. Arroyos sugestivos. territorio en donde la naturaleza tiene contornos prodigiosos y en el cual el viajero la escalofriante



VA MISIONERA

El Paraná, cerca de Colonia Eldorado, es una cinta de plata entre esmeraldas.

Cataratas gigantescas. Y un sol que prodiga vida asombrosa. Eso es Misiones, el recoge impresiones y sensaciones de la índole más variada, desde la suave y lírica hasta y dominadora.

Fotos de Bourquin y Kohlmann.



Los gauchos de nuestras

Un arrogante jinete de Entre Ríos.

Tipo de peón de Tucumán.

Hombre de campo de Santa Fe.

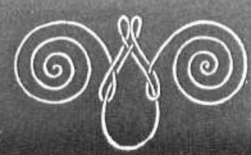
Paisano característico de Salta.

Paisano de la provincia de Corrientes.

Gaucho en hábito de faena, de Jujuy.

Serranito riojano, jinete en su burro.

El gaucho, hombre tipo de nuestros campos, fué y es el elemento vital en torno al cual giran los valores históricos y tradicionales del país.



pampas • y • de • nuestras • sierras

Paisanito de la llanura cordobesa.

▼

Un gaucho de la serranía mendocina.

Viejo paisano santiagueño.

Gaucho de Villa General Roca, San Luis.

Peón de campo de Buenos Aires.

Gaucho con pilchas domingueras, en Catamarca.

Gaucho serrano de San Juan.

La fragata escuela "Presidente Sarmiento", toda empavesada, momentos antes de arribar el primer magistrado para entregar públicamente los diplomas a los nuevos guardiamarinas.

LA NAVE QUE PASEO POR TODOS LOS MARES LA ENSEÑA DE LA PATRIA

Entrega de los despachos a los nuevos guardiamarinas

El comandante de la nave, capitán de fragata Alberto Moranchel, estrecha la mano al general Justo.

Una mano gentil coloca las insignias al flamante oficial de nuestra escuadra.

▼

El coronel Antonio Esteverena abrazando a su hijo

La hermana colocando las insignias que ha de lucir por primera vez el joven oficial.

▼

Horacio A., que obtuvo el premio Almirante Brown.

Vista parcial de la ciudad. A la derecha, la Intendencia. A la izquierda, la Iglesia.

TRES ARROYOS, VNA MAGNIFICA CIVDAD DEL SVR

Lea en las primeras páginas el texto correspondiente a esta nota, que firma Vicente Kurlat.

Edificio municipal del parque de ejercicios físicos.





Intendente municipal, don Sebastián Bracco.

Salón de sesiones del Concejo Deliberante.





Tribuna del club atlético Costa Sud.

La estación local vista a vuelo de pájaro.

Sucursal del Banco de la Provincia de Buenos Aires.

Sucursal local del Banco de la Nación Argentina.

La avenida Moreno vista desde la plaza.

Un pintoresco rincón de la plaza España.

Una de las salas del Hospital Pirovano.





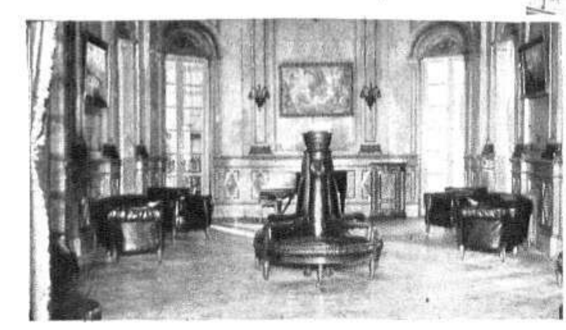
Hermoso panorama en el parque Cabañas.





Sucursal local del Banco Español del Rio de la Plata.

Edificio del Banco Comercial de Tres Arroyos.



Uno de los magníficos salones del Club Social.



La sociedad italiana de socorros mutuos Unione e Benevolenza.



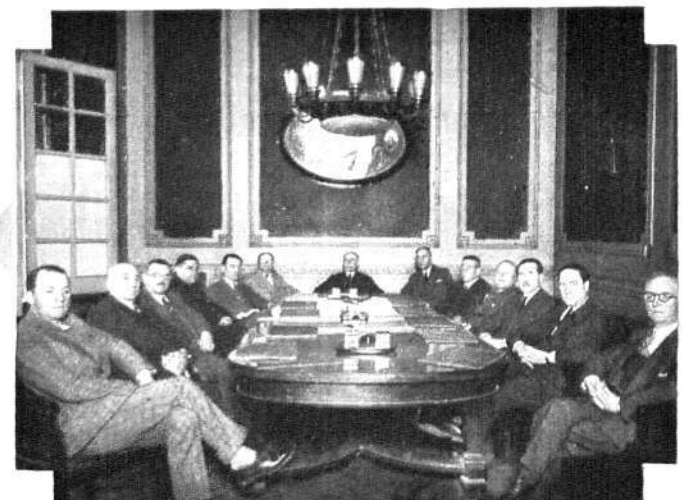
Personal directivo y docente del Colegio Nacional de Tres Arroyos.



Cuerpo médico y personal técnico del Hospital Pirovano.



Asistentes a la comida ofrecida por el Intendente a nuestros enviados especiales señores Kurlat, Valdivia y Bell y a un grupo de vecinos.



Una sesión del directorio del Banco Comercial de Tres Arroyos.

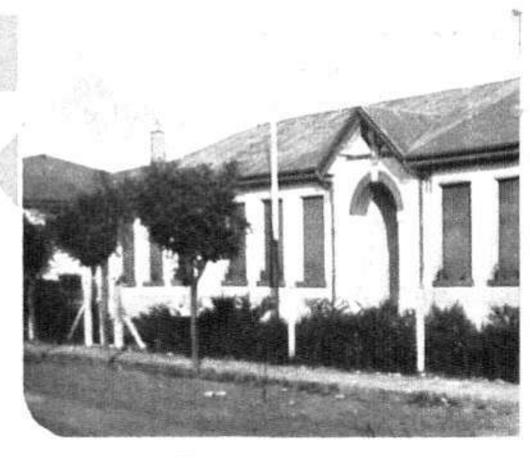
LA PROGRESISTA Y PINTORESCA



Delegado municipal, don Arcángel M. Gutiérrez.

◆

Capilla de San Marcos, que reúne a los fieles de Orense.



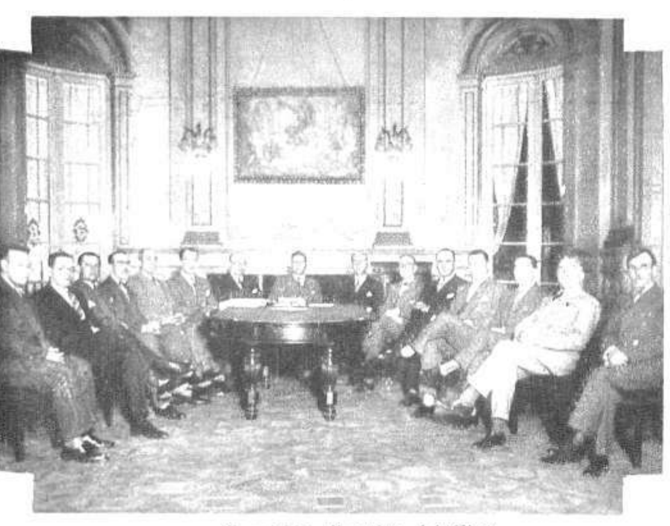
Frente del edificio ocupa



Comisión administradora del Hospital Pirovano.



Dirigentes de la Liga de Comercio e Industria.



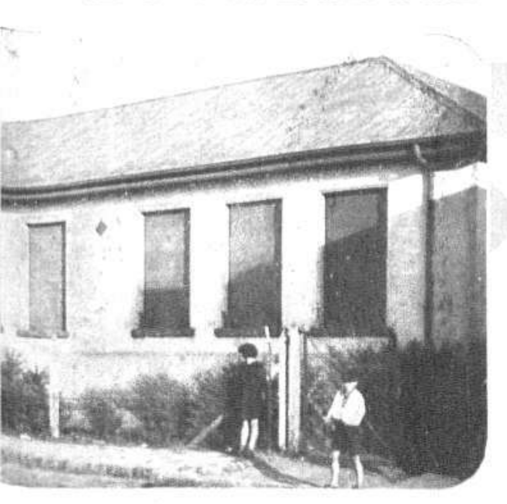
Comisión directiva del Club Social de Tres Arroyos.



Concurrentes a una recepción ofrecida por el Centro Español.



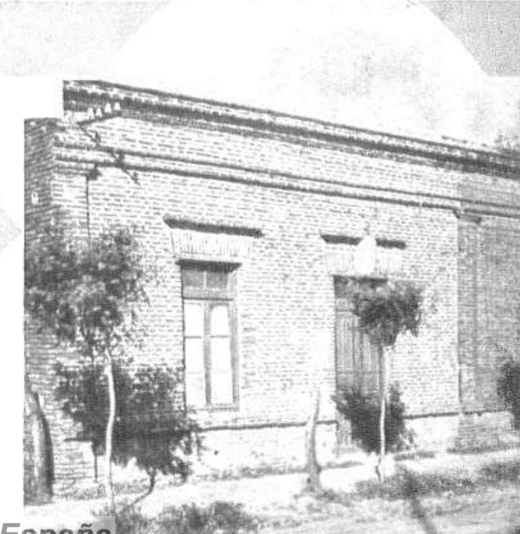
LOCALIDAD DE ORENSE



do por la escuela fiscal.



Concejal municipal don Florentino Z. del Bello.



Local donde está instalada la Delegación Municipal.




Chucha V. de Halperín y su hijita.

Elena Sánchez de Cabañas.



Perla N. de Haugaard y su hijita.

DE LA SOCIEDAD DE TRES ARROYOS



Elena B. Fernández Meñaca.



Sara Nélida Fernández Meñaca.



Carlota Sueyro.

Luisa Chuburu de Puchulú.



Elvira Carrera.



Bubú Puchulú.



Señorita de Cazalás.



Delia Olivero.

Elena Hardoy de Carrera.



Pocha Aramburu.



Dina Olivero.



María Susana Fernández Meñaca.



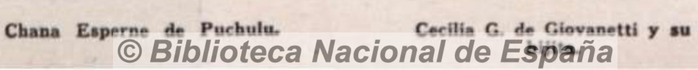
Chana Esperne de Puchulu.





Cecilia G. de Giovanetti y su

Manuela Carrera.





TARDE FRUSTRADA

Por EUGENIO JULIO IGLESIAS

Ocre de pan moreno
y una mancha frambuesa,
y un sol pertinaz que le besa
labios y seno.

Y él — una avispa
con hambre de miel que se tuesta
al calor de la siesta, —
mano gigante que se crispa.

Y las horas mueven la seda
del agua que en la acequia ondula,
y hay un salto que se calcula,
y que en intento queda.

¡Hasta que ella, en aliento
de fiera, arisco,
se venga en su propio mordisco
y se da al viento!

DIBUJO DE ALICIA PEREZ PENALBA

Eugenio Julio Iglesias

¡NAVIDAD!... ¡AÑO NUEVO!...

Por IRENE G. L. de HUERGO

NAVIDAD! ¡Conmemoración a guardar! ¡Año Nuevo, solemnidad a celebrar con el corazón, el alma, los labios y los brazos!

¡Goces para el hogar, y risas para el niño!

Madre: teje con tus manos amorosas un árbol de Navidad, alúmbrale con la luz de tu corazón, engancha con tu ternura los trémulos payasos, las rientes muñequitas. Aleja de tu casa todas las tristezas y todos los males, que Navidad no es tu fiesta, que es la fiesta de tu hijo, y tú no tienes el derecho de empañarla ni por un instante. Que ría tu pequeño ante la dicha que has de realizar para él en el árbol simbólico y maravilloso.

Niño: duerme y sueña, porque desde allí lejos, desde las nubes distantes, los camellos mágicos han de descender. Traerán árganas desbordando juguetes para los niños buenos..., y para los malos también, que los dones del cielo no hacen nunca distingos; al bueno lo premian, y al malo lo perdonan.

Sueña y espera. Es tu noche, pequeño; es Nochebuena.

Y cuando te despiertes, y cuando los Reyes Magos te hayan entregado sus dádivas, no dejes de murmurar una oración para tu madre, porque en eso de las Navidades, del Año Nuevo y de los Reyes Magos, hay, ¿sabes?, un buen entendido entre ellos, que están allí, entre las nubes, y tu madrecita, que está junto a ti, y que es tu "hada" buena sobre la tierra...

Y di, pequeño: "Bendita seas, madre mía, entre todas las madres, la más cariñosa. Juguetes, risas y dulces para Nochebuena me han dado tus manos; yo soy muy pequeño, madre mía, pero yo sé lo que vale tener en la infancia juguetes y goces; yo sé que con el recuerdo de tu mansa ternura, con este juguete y con tus mimos, yo tendré para siempre un grandioso y dulce recuerdo. Cuando sea hombre y me maltrate la vida, yo podré decir: bendita seas, madre mía, que en aquella Navidad me diste juguetes y mimos, y besos, y risas. Yo sé, madre mía, que aunque hoy sea pequeño, algún día seré un viejecito, y cuando tenga sobre mis espaldas el frío de los años, sonreiré aún al recuerdo tuyo y diré: bendita seas, madre mía, que en aquella Navidad lejana me diste juguetes, risas y mimos".

¡Navidad!... ¡Año Nuevo!... ¡Reyes Magos!... Esperanzas de los niños, ensueños de los niños!...

Navidad, Año Nuevo, conmemoración a guardar, solemnidad a celebrar con el corazón, el alma, los labios y los brazos.

Madres que regaláis juguetes a los niños, que sembráis la alegría y el optimismo de la vida en las almas infantiles, abrid vuestras puertas, llenad de luces vuestros hogares, cubrid de golosinas vuestras mesas, enganchad juguetes en el árbol mágico y dejad reír y saltar a vuestros hijos, que una sola vez se es niño en la vida; que pocas son las Navidades que corresponden a la inocencia y a la credulidad... Ganad de los brazos, del hijo pequeño, la presión de la caricia; ganad de sus labios el beso de la gratitud. Ganad, madres, del alma de vuestro hijo, la mejor oración: ¡Madre!... ¡Bendita seas!...

Irene G. L. de Huergo



La moda que usan los muertos de ahora

"Hay que buscar en los coches fúnebres los semblantes más alegres." SWIFT.

Por

Sixto C. Martelli



La velocidad, ese veneno tan sutil que se nos cuela por todos los intersticios de la vida contemporánea, también invade la vida de los muertos.

Antes los muertos no tenían ningún apuro en irse de nuestro lado. Se prolongaban los velorios, es decir, las entretenidas veladas amistosas en que el café, los licores y la murmuración hacían las delicias de las últimas horas transcurridas en nuestra compañía. Y cuando por fin se resolvían a irse lo hacían despacio, como sin ganas, en una linda carroza llena de flores, tirada por caballos que pudiendo salir al trote o al galope, preferían hacerlo al paso de un hombre, como si se llevaran a los muertos de paseo. Claro que todo eso hecho con una solemnidad muy a propósito, muy de buen tono con la seriedad de los que iban en los coches de dolientes, ésos que son siempre algo así como la segunda pompa de un entierro.

Desde la etiqueta un poco incómoda de los cocheros — verdaderos académicos de lo entierros — tan atacados de una repentina hidropesía de importancia, hasta el brío contenido y la compostura graciosa de los caballos, había una como complacencia en demorar las graves ceremonias de la partida y que, en definitiva, no eran otra cosa que la influencia del espíritu del difunto que estaba justamente despidiéndose todavía de las personas y las cosas familiares.

Ahora los muertos se van apurados. Tienen urgencia de separarse de nuestra vecindad. No les halaga nada quedarse con nosotros un poquito más. (A la verdad que nosotros, por nuestra parte, nada hacemos por retenerlos). Y para poderse ir más pronto, lo hacen en automóvil.

A los muertos les gusta más salir cuanto antes de entre tanta gente de luto, solemne, enseriecida de pronto y con una máscara de circunstancias, que por lo general son amigos que no se hicieron muy presentes en vida, personas allegadas a los amigos de sus parientes, comedidos que siempre llevan una tarjeta de algún otro amigo, con la que éste quiere engañar al muerto por última vez y a su familia, simulando haberle acompañado hasta el cementerio, y, por fin, librarse de esos infaltables desconocidos que van por afición, por pura alegre afición al abono de todos los entierros.

Más que irse, huyen los muertos de nosotros. Huyen, sí, de esa política de contesía y de fiesta última que tiene la vida para con la muerte; de la solemnidad y la pompa un poco teatrales de las ceremonias refinadamente inútiles; de las posturas que la velocidad ha impuesto al alma del hombre, transtornándola, y se aprovechan de la velocidad precisamente para ir aligerándose de coronas, de compungidos, egoístas deudos, de los lugares comunes de todos los discursos y de esa falta de sencillez y de respeto que les persigue en palabras, en intención y en actos hasta su última morada.

Los muertos que se van en automóvil, más que estar a la moda, quieren eclipsarse prontamente antes que, como dijo el poeta "la noticia de su muerte llegue a ser una vieja noticia"... Pero, sobre todo, creo que ellos se nos van de nuestro lado por temor a la fácil desmemoria que nos trae la velocidad, es decir, a esa segunda muerte que les prepara el comedimiento seguro de nuestro olvido.

A. Martelli

DIBUJO DE BATLLE



Enrique de Ibarreta, el último explorador español en suelo argentino

Por ARISTIPPUS

VASCONGADO, INQUIETO Y ANDARIEGO, SE EMPEÑO EN RECORRER EL CURSO DEL ENTONCES INEXPLORADO Y PELIGROSO RIO PILCOMAYO. COMO TANTOS OTROS, MAS QUE VENCIDO POR LA NATURALEZA Y EL CLIMA, CAYO EN UNA CELADA DE LOS INDIGENAS. SU DRAMATICO FIN DIO PABULO A TODO GENERO DE LEYENDAS; PERO, OTRO COMPATRIOTA SUYO, AL CABO DE MUCHAS PENURIAS, CONSIGUIO RESCATAR SUS DESPOJOS Y ACLARAR EL MISTERIO.

Pío Baroja, en *Siluetas románticas,* su obra más reciente, presenta algunos detalles interesantes sobre la vida y la personalidad de Enrique de Ibarreta, el explorador español que pereció en la región del Pilcomayo a principios de este siglo.

Según el autor de *Aurora roja,* Ibarreta nació en Bilbao en 1859 e hizo sus estudios en la Academia de Ingenieros Militares de Guadalajara. Fué la juventud del futuro explorador harto rebelde y turbulenta. Encabezaba una pandilla temible por sus diabluras y a la que acuciaba de continuo su ardiente imaginación. "Era alto, hercúleo, levantaba pesos enormes — dice Baroja. — Hacía ejercicios de volatinero, saltaba por encima de una porción de sillas, andaba con las manos en el suelo, daba saltos mortales, se descoyuntaba y era el asombro de sus condiscípulos. No le tenía miedo al frío; al revés, lo desafiaba, y en el invierno se levantaba de noche de la cama, salía a la ventana desnudo y andaba por una cornisa a una gran altura y bajaba al patio agarrándose a una cañería."

Necesariamente, un tipo así no podía contentarse con la tranquilidad de un estudio ni terminar sus días apaciblemente. Era un hombre de acción. Llevaba la

aventura, el valor y la temeridad en la sangre.

Los profesores le temían porque constantemente estaba tramando algo. Despreciaba, empero, la vida sórdida y mezquina del café. Era la suya, por otra parte, la época de los grandes viajes y exploraciones por tierras de Asia y de Africa. Su lectura favorita constituíanla los libros de Burton, de Livingstone y de Humboldt.

Hijo de un notable ingeniero que participó en la construcción del transiberiano, creció admirando la ciencia, por haber quedado huérfano, mas no logró graduarse. Debió abandonar los estudios y dedicarse a los trabajos de la construcción de la línea ferroviaria entre Durango y Bilbao.

En el año 1883, a poco de llegar por vez primera a nuestro país, realizó algunos viajes de exploración por la región chaqueña, cerca del Pilcomayo y a las órdenes de Baldrich. Pero, en 1884, según escribió en la inolvidable revista "La Vasconia", Grandmontagne, "la muerte de una tía le hizo heredero de un marquesado que Ibarreta rechazó, sin duda por lo democratizado que volvía de América. No quiso estar inactivo y se fué a la guerra de Cuba, donde organizó una guerrilla, combatiendo bajo las órdenes del general García Navarro y distinguiéndose en varios combates contra Maceo y Máximo Gómez. Cuando le atacaron las fiebres palúdicas se volvió a Bilbao, después de haber ganado cruces y honores, a los cuales llevado de su modestia ingénita, dió tanta importancia como al marquesado de su tía. Recobrada la salud en las montañas nativas, volvió a Buenos Aires".

Luego del fracaso de Ramón Lista en su proyecto de exploración del Pilcomayo (según todas las presunciones fué asesinado cerca de Orán por sus compañeros), Ibarreta e aprestó para llevarla él a cabo. Así, compañado sólo por nueve hombres. Se embarcó en San Francisco y descendió el curso del Pilcomayo hasta las proximidades del estero Patiño.

La exploración del río había resultado fatal a cuantos la intentaron. Además de Lista, en 1882, Crevaux, a la altura del



paralelo 23º sur había caído, y si Thouar, un año más tarde consiguió fundar la colonia Quijarro, no fué sin dificultades y con el sacrificio de vidas humanas. Esto no debía constituir una novedad para Ibarreta, quien, puede decirse, desde su llegada a esta parte de América, había pasado su vida en el Chaco. Pero, era temerario y consideró la empresa digna de él. Le acompañaban, como está dicho, nueve hombres, entre ellos cuatro argentinos y un aragonés. La naturaleza inhospitalaria y el clima insano dieron cuenta del reducido grupo. El explorador se vió solo y sin posibilidad de pedir auxilio.

Beltrán y Rózpide en *La Geografía de 1898* da interesantes detalles, los que Pío Baroja reproduce a su vez. Según éstos, Ibarreta salió de la misión de San Antonio, en Bolivia, el 3 de junio de 1898. Sus compañeros, además de los citados — el aragonés sería Martín Beltrán, — eran dos bolivianos, tres indios y tres indias tobas. Llevaban dos chalanas con las que pensaban alcanzar la desembocadura del Pilcomayo en el Paraguay. Para fines de agosto llegaron al estero Patiño. Noticias llegadas con ulterioridad a Asunción lo daban como abandonado por sus compañeros, los cuales, después de vagar durante cuatro meses por la selva, perecieron casi en su mayoría, pues sólo un anciano y un niño lograron llegar a Villa Concepción.

El gobierno argentino despachó varias expediciones en socorro de Ibarreta. La última dió al valiente explorador como muerto a garrotazos por el cacique Damongay.

La fantasía de la gente bordó una serie de leyendas sobre el posible final de Ibarreta. Según unos, llevado por su espíritu aventurero y sus habilidades casi de funámbulo, habríase convertido en algo así como un hechicero, sacándose con la hija de un cacique. Así vivió feliz hasta que, por haber dado muerte accidentalmente a un animal venerado por la tribu, fué muerto por el jefe.

El mismo Grandmontagne hizo una fantástica versión de la muerte de Ibarreta. Por lo pintoresca bien merece la transcripción:

"Los tobas son sanginarios en grado extremo; por espíritu de generosidad no dan cuartel a los prisioneros, pues piensan que el cautiverio es degradante. Eligen para hacer sus guerras las épocas del plenilunio. A los enemigos de otras tribus como a los exploradores que caen en su poder les arrancan el pericráneo con los cabellos y las orejas; lo amoldan con un junco hasta formar una especie de taza, y chorreando sangre todavía, echan allí sus licores para beber en celebración de su victoria. Si la noticia de la desgracia de Ibarreta es cierta, puede juzgarse el género de muerte que habrá sufrido. Se eriza el cabello al reconstruir la escena de tales tormentos. Pero Ibarreta habrá muerto de pie, como morían los vascos antes que los antiguos romanos, y después, y ahora".

Pero, le cupo a otro vasco amigo de Ibarreta dar con sus restos. Este fué Carmelo de Uriarte, el cual, luego de dos tentativas infructuosas, a finales de 1899, llegó a la toldería donde había sido muerto el explorador. Allí reconoció los restos por los objetos que llevaba y algunos molares de oro. Los transportó y dió sepultura en el cementerio de Asunción del Paraguay.

Así terminó la vida y la leyenda de Enrique de Ibarreta, el inquieto explorador vascongado.

Aristippus.



EL HOMBRE QUE HALLO LA ESPERANZA

POR MATEO MASTRONARDI

Rueda por las calles la alegría de Nochebuena. La ciudad, cuyos nervios vibran a diario sacudidos por los impulsos de mil afanes distintos que hacen del vivir urbano un constante ejercicio de aspiraciones en tensión, está como suspendida ahora por el hálito secular de la cristiandad que renueva en las nocturnas tibiezas sus líricas emociones primigenias evocadas por la tradición y la leyenda. La vida pasa sonriendo por la acera, hecha rumoroso torbellino en las gentes que van y vienen con una ilusión, con una esperanza o con un amor dulcemente prendidos en el alma. Nadie está solo en la noche rememorativa del beatífico alumbramiento bíblico. Los amigos se han unido en grupos bulliciosos; las parejas jóvenes, bien asidas del brazo, cruzan presurosas como persiguiendo rincón propicio, más allá de la vocinglería mun-

danal y de las miradas indiscretas; resplandecen de gozo los rostros de los niños, y hay en todos los ojos reflejos de cariños y en todos los labios florecen palabras de hermandad, cual si en el alma de la criatura humana hubiera penetrado sigilosamente la altísima y serena filosofía del Evangelio.

La calle es un eco triunfal que se tiende al pie de los arcos voltaicos cuyos chorros de luces lustran la parda superficie de las piedras. Y en ellas se quiebran y se diluyen los ruidos del champaña que se descorcha, de la risa que estalla, del tráfago multiforme que improvisa una paradoja sinfonía pagana en la noche solemne. La alegría está en libertad y campanillea su victoria en todos los corazones.

Mientras la vida pasa, alocada y cantarina por la noche de la anunciación, y las mujeres se revisten de nuevas bellezas y nuevos encantos, porque hay en todas ellas algo de aquella que sonrió en el pesebre humilde de Belén, las emociones de ayer y de hoy, redivivas al influjo de la nostalgia, van orillando lentamente sus tristezas en el espíritu del hombre solitario, que medita olvidado y en silencio, junto a una mesilla de la acera, en la muda compañía de un vaso de whisky.

— ¡Solo en la Nochebuena! — se dice con desconsuelo. — He vivido treinta y cinco años, y ¿qué he hecho sino rodar, ser un viajero fugaz, un turista inexplicablemente apresurado e inexplicablemente persecutor de algo que nunca entendí ni podré descifrar jamás? Soy un prisionero de mi propia soledad. Toda mi suficiencia juvenil se hunde en la tragedia de ser uno y nada más, la tragedia desoladora del fracaso que se comprueba por vez primera...

Los recuerdos despiertan de su sueño brumoso y se le vienen a la mente en procesión nostálgica. Con algo de inefable placer, el hombre solitario los ve desfilar y revive sus horas idas, hasta que la visión del hogar nativo se le estampa en la imaginación como una lámina sobre el fondo blanco de una pared. ¡La Nochebuena del hogar provinciano, cuando él era niño que se adormilaba mimoso en el regazo materno, cuando creía en los Reyes Magos y rezaba devotamente, con el pensamiento puesto en las divinas virtudes del niño Jesús!... Luego giran con lentitud las figuras esfumadas por la lejanía del tiempo. La primera novia, los estudios, los compañeros... Y la fuga del hogar, porque sí, por puro impulso de muchacho que se siente hombre, que abre las alas y se lanza al azar. Después, la penosa peregrinación, la lucha por el diario vivir, las tribulaciones suscitadas por el chocar entre un retorno humillado y un avance a impulsos del amor propio levantisco y juvenil; las humillaciones, las torturas, y alguna que otra satisfacción que perdía su pequeñez sin brillo a la vera del fatigoso camino andado. Los años que se fueron y la soledad que se le había colgado del brazo como una compañera fiel, cargado el rostro de arrugas y el espíritu retorcido de neurosis...

Voltearon las campanas de la Nochebuena expandiendo su pregón de gloria. Y el hombre solitario, regresando de su imaginaria excursión retrospectiva, se descubrió de nuevo en la vereda, junto a una mesilla de café, en la muda y triste compañía de un vaso de whisky. La vida pasaba rumorosa y parlera a su lado, saturando con sutiles perfumes de mujer el aire tenue y ligero. Estaba otra vez recubierto de silencio, en medio de la ciudad taladrada de ruidos contradictorios, en la calle inundada de gente, frente a la felicidad de los otros que tenía crueldad de ironía y acentos de sarcasmo.

Súbitamente captó la idea de escrutar en el vaivén humano. Escudriñaría en las almas a través de los ojos, y tal vez diera con algún caminante sin objeto, un hermano en la soledad y en el tedio. ¿Por qué no? ¿Acaso tenía forzosamente que ser él el único punto muerto en aquel mundo febril que lo envolvía sin contaminarlo? ¡Ah, si pasara por allí el segundo hombre solitario con quien ayuntarse para echarle una coyunda fugaz a las dos soledades y convertir ambas congojas en una alocada y bulliciosa alegría circunstancial!

Largos minutos infructuosos le llevó el original empeño. Su frenético anhelo de hermandad con el hipotético fracasado que habría de venir, se tornó de repente en una angustia inquisitiva concentrada sobre la figura de una grácil anciana pequeñita que transitaba apresurada sola en medio de la baraúnda, marchando dificultosamente en el confuso ir y venir. No se parecía en nada a su madre, pero aquel vestido negro y aquellos cabellos canos, le hablaban de la que no había visto hacía tantos años, y aquellas mejillas de marfil antiguo y el apagado brillo de aquellos ojos, le obligaban a meditar.

— Evidentemente — se dijo resumiendo sus propias propensiones, — esta abuela es otra soledad cargada de tiempo y de penas. No tendrá ni siquiera un nietecito que la acompañe, ni un hijo en quien volcar el bálsamo de sus ternuras, ni una alma amiga que le sirva de apoyo en su crepúsculo...

Reflexionó, vertiginosamente. ¿Por qué no ser un hijo momentáneo y gozar la dicha de tener una caritativa madrecita que le sonriera esa noche? Se lanzó tras ella, y ya en la esquina, dió alcance a la sorprendida señora, que le dejó hablar, mirándolo con indulgencia. El hombre solitario explicó su caso con abundancia de palabras y elocuencia de gestos. ¿Por qué no acompañarla?... Ambos estaban solos... Caminarían unas cuadras... Luego entrarían en una confitería de lujo, bien unidas por un momento sus dos soledades...

La anciana se sonrió piadosamente. Y poniendo una enorme dulzura en la voz, le advirtió su error:

— Yo no estoy sola, hijo. Regreso de la misa y me acompaña esta noche la esperanza.

El hombre solitario sintió una rara sensación. Saludó cortésmente, quitándose el sombrero, y se internó con la cabeza erguida en el humano torbellino de la calle. Le latía con fuerza el corazón. Le parecía llevar a su lado una dama radiante de belleza: la Esperanza. Cobró arrogancia en el andar. Y se le ocurrió que todos lo miraban con envidia, viéndolo pasar apurado y sin rumbo...



C. Mastronardi.

DIBUJOS DE BATLLE



CARRERAS

POR

I

A la pulpería, engalanada con cintas y gallardetes, iban cayendo todos los gauchos del contorno.

Se anunciaban carreras grandes ese día, que era de fiesta, y se extremaban los preparativos para celebrar el acontecimiento.

Los caballos más conocidos en el pago debían probarse en su cancha, y, con anticipación, cruzábanse apuestas importantes entre los que simpatizaban con uno u otro animal, o de acuerdo con la mayor o menor confianza inspirada por los respectivos corredores.

Llegaban los jinetes en pintoresca algarabía, compuestos los aperos con las más preciadas pilchas, y eran de oír y ver los dichos, los colores y el brillo de la plata y hasta del oro que despedían los adornos lujosos sobre el cabo de los bastos, en las coscojas de los frenos, en las espuelas nazarenas, en los



EN LA PULPERIA

ALBERTO GHIRALDO

mangos de los rebenques, y en los tiradores, con abigarramiento de monedas valiosas, ceñidos, gallardamente, ajustando el chiripá sobre las airosas cinturas.

—¿Pa dónde va el opulento?...

—Quien quiera plata, que pida...

—¡Mirá el lobuno del ñato! Es parejo el parejero...

—Dicen que se van los gauchos...

—No está muerto quien colea...

—Pa todos habrá esta tarde...

Y así, entre cuchufletas y frases intencionadas, saludábanse los vecinos y conocidos, con esa gracia criolla tan especial y gráfica, característica del hombre de la pampa argentina, en que se mezcla la tradición puramente española, de cepa andaluza principalmente, con innegable entronque indígena.

Cuando estaban formados los grupos, atraídos por las inclinaciones demostradas hacia cada uno de los fletes en competencia, ya desafiados de antemano, hizo irrupción en la fiesta un gauchito de apariencia deleznable, montado en un alazán desteñido, de bastante alzada pero de aspecto análogo al del dueño. Pobres, esmirriados los dos, tan flacos, tan decaídos, caballería y caballero, que diríanse hermanos en desgracia y miseria.

—¿Vas pa la enfermería?...

—Si Dios no te ayuda, lampás sin güelta...

—Si no te apoyan, te cais...

—Ponele un puntal al pingo...

Y así, entre dicharachos, cruzó el forastero, ante los grupos, como en desfile claudicante, alejándose, solo, en dirección a un pequeño cerco, lindero a la pulpería, donde desmontó, palmeó suavemente al animal, despojólo de los míseros arreos y se dispuso a observar el ambiente.

Alguien habló entre los grupos y, al poco rato, se decían cosas absurdas y, al parecer, caprichosas, respecto al forastero y su caballo. La voz corriente dejaba suponer que aquel era un pobre muchacho maniático, terco, empecinado en hacer *una luz de un sotreta;* que iba a todas las carreras, donde perdía hasta las caronas, enamorado del

pobre matungo, como un loco incorregible y sin remedio en la botica...

—¿V'a correr, amigaso? ¿Solo o montao?...

Y el gauchito no hablaba, pero sonreía...

Uno de los concurrentes, ladino el gaucho y decidor, le habló en serio:

—¿Viene de mirón, no más?

—Si me dan ventaja, corro.

—¿Ve aquel malacara, que se rasca en el poste? Le doy cien a diez en dos ochenta...

—Aceto.

Y no hubo más. Corrieron y el forastero con su matungo perdió la apuesta.

Al finalizar la tarde había perdido tres carreras contra caballos del mismo dueño que lo desafiara, a pesar de las ventajas con que corrió las tres; y triste, desolado, con la cara más larga que cuando llegó, se retiraba de la fiesta mohino, maltrecho, entre risotadas y burlas, sazonadas algunas con sal gruesa como pedruscos.

II

El domingo siguiente repetíase la fiesta en la misma pulpería, y cuando aquélla estaba en su apogeo volvió a aparecer el gauchito montado en el mismo caballo, con idéntica exterioridad de dolor y angustia.

Cruzó de nuevo entre los grupos, desfilando en silencio, mudo, como indiferente a todo cuanto le rodeaba, ante la compasión, el asombro de muchos o el regocijo de los más.

—¿Venís a morir, hermano? — dijo uno.

—Sí; este es suicida a la fija.

—¡Miren qué empeño el del hombre!

Contra el mismo cerco, lindero a la pulpería, desmontó, palmeó al caballo con fuerza esta vez inusitada, desensilló y quedó aguaitando.

Pasados algunos instantes, el ganador de la otra fiesta, como cumpliendo un deber, le interrogaba:

—¿No vendrá por el desquite? — le dijo.

—Por él vengo — contestó, lacónico, rápido, pero sin énfasis.

—Si es así, disponga.

—¿Cien a diez?...

—Cien a uno, pa que no haya duda.

—No aceto.

—¿Qué quiere entonces? ¿Correr parejo?

—No tanto...

—Disponga, le he dicho.

Se concertó la carrera con el malacara del poste, y la prueba fué más pareja, pero perdió el alazán.

En la segunda, ya apostando fuerte, ganó el alazán. — ¡Ahijuna! — Y la gauchada se entusiasmó. Por todas partes hacíanse apuestas. Alguien, a quien nadie conocía, aceptaba todas las ofertas contra el alazán, con ventaja o sin ella. Y al llegar a la tercera carrera, que se hizo por cinco mil pesos, es decir, por todo cuanto tenía encima el dueño de los caballos en lucha, había en danza una suma casi fabulosa.

El alazán y el jinete, transformados como por arte de magia, eran Pegaso y Apolo... Corrían que volaban, alzándose con el dinero de todos. Aquello fué el delirio, y hasta parte de los perdedores, entusiasmados ante la travesura urdida por el gauchito, le saludaban victoreándole.

III

Minutos más tarde en el despacho de la pulpería se festejaba la hazaña, pero el perdedor, con sangre en el ojo, no pudo contenerse y provocó al adversario:

—¡Yo le di la revancha, pero usté me ha robao!

—¡Le he ganao y en güena ley! Ahora, si busca otro desquite, tamién se lo doy...

—¡Me lo vas a dar en sangre! — rugió el burlado.

Y el duelo gaucho, varonil y trágico, quedó concertado en segundos.

Los demás hicieron rueda y en seguida los cuchillos, brillando en el aire, trazaban la parábola roja en cuya cumbre espera casi siempre la muerte.

En el choque quedó triunfante el gauchito travieso, simulador y audaz, que con su alazán desteñido, rápido como el viento, ganó todas las carreras que quiso, pero que perdió la última, la que debía correr con la justicia. Hoy, perseguido y condenado, paga con su libertad, la burla que, falto de generosidad, no supo perdonarle el rival desgraciado.

En el encierro de la cárcel me ha contado, con labia y gracia criollas, la aventura pintoresca pero sangrienta en que le envolvió su mala suerte. Dura ha sido ésta y, en realidad, cruel, porque el pecado de simulación era venial para tan terrible castigo...

Alberto Ghiraldo



FIRMAS CHILENAS

AGUA

Por GABRIELA MISTRAL

Hay países que yo recuerdo
como recuerdo mis infancias.
Son países de mar o río,
de pastales, de vegas y aguas.
Aldea mía sobre el Ródano
rendida en río y en cigarras;
Antilla en palmas verdinegras,
que a medio mar está y me llama,
roca heroica de Portofino,
¡mar italiana, mar italiana!

Me han traído a país sin río,
tierras-Agar, tierras sin agua;
Saras blancas y Saras rojas,
donde pecaron otras razas,
de pecado viejo de atridas
que cuentan gredas tajeadas;
que no nacieron como un niño
con unas carnazones grasas;
cuando las oigo, sin un silbo;
cuando las cruzo, sin mirada.

Quiero volver a tierras niñas.
Llévenme a un blando país de agua.
En grandes pastos envejezca
y haga al río fábula y fábula.
Tenga una fuente por mi madre
y en la siesta salga a buscarla,
y en jarras baje de una peña
un agua dulce y áspera.
Me venza y pare los alientos
el agua acérrima y helada.

Rompa mi vaso y, al beber,
me salten de ella las entrañas.

Gabriela Mistral



DIBUJO DE VALDIVIA









REVISANDO LA COLECCION

Por JOSE



NA *fiesta de los ojos* y del corazón revisar estos CARAS Y CARETAS viejos!

Mayol, ante todo, es la portada siempre alusiva. Más adelante, Cao. Mayol es el espíritu director, el animador certeramente intencionado, cuyos lápices de colores reflejan las vibraciones populares, los ideales y los errores del momento, todos los matices de la vida argentina de su hora. Cao es la caricatura fin de siglo, la de simple exageración de rasgos, con cuerpo raquítico y cabezota, pero con fácil parecido, para que lo vean todos, y con vitalidad, para que el afeamiento no disguste. Dibujo preciso y color racional; personaje identificable en su físico y en sus mañas. Con esta caricatura ingenua pasea Cao por las viejas tapas de CARAS Y CARETAS, como ante ventanas mágicas, el Novecientos político argentino, el que construía el país. Roca, el zorro, está en casi todas las portadas. Su semblante es siempre el de quien "ha dejado la cara y se ha ido". Por eso mira impasible al caricaturista: dócil a la pose e indiferente a la sátira.

Páginas en negro o policromas, del mismo Cao o de otros artistas, ilustran con escenas pintorescas de Buenos Aires y del campo vecino el interior de los pliegos. El conventillo con las comadres y la pibancia, la fonda o el despacho de bebidas del almacén con los truquistas en torno a la mesa erizada de cívicos o de chicos, la esquina del suburbio con la parada o la plaza con descolocados o algunas intitutriz extranjera aparecen exactamente dibujados, como para revivirlos, al margen de un ágil texto de Fray Mocho.

Poca literatura, pero esa poca, auténtica, sin propósitos docentes, para describir un episodio chistoso o dramático, para referir la intimidad de una cantante de ópera, para relatar un crimen, esto es, para divertir, para enterar de lo pasajero e intrascendente, de lo que esquivan los libros ¿No es esto periodismo verdadero? Algún madrigal, algún acróstico, algún romance humorístico tienen su adecuado lugar aquí. Se ven y se olvidan. ¡Qué dicha! Sí, como lo hago yo en este momento, se vuelven a leer, se leen en calidad de cosa pasada. Nada suscita mejor una emoción histórica.

La ilustración fotográfica ¡qué regalo debía de ser para las gentes de la gran aldea! El mundo se transporta en ella hasta la curiosa ciudad lejana; pero no el mundo de los conceptos o de la vida estática, sino el mundo contingente y dinámico, el mundo catastrófico y fugaz, de ser posible; el atentado al presidente de Francia, el viaje del zar de Rusia, la coronación de Eduardo VII, la caza de Mussolino, el desastre de la Martinica, Verdi y Tamagno en una playa aristocrática, el pollo que nació con tres patas, un zapallo gigante en Columbia, el auge de la bicicleta... Esto es periodismo. Compruebo con cierto estupor que no hemos aprendido nada en la materia. Estoy por decir que hemos retrocedido; ni siquiera damos hoy sensación de mucho mayor progreso mecánico; y el progreso material que podemos haber logrado, no compensa la pérdida de curiosidad universal, de solvencia informativa, de discreción en el sensacionalismo. Es asombroso el sentido periodístico que tenían los fundadores de "Caras y Caretas". Todavía hoy esta vieja colección que hojeo ofrecería una elocuente lección en un curso de periodismo.

El mismo sentido periodístico y una emocionante reviviscencia contiene la información gráfica local, donde se ve la visita del "Zorro" a Campos Salles, una partida de la "Sarmiento", un banquete en el Progreso, los primeros graduados de filosofía y letras, un partido de fútbol entre porteños y rosarinos, el primer asalto de box en Buenos Aires, la prisión de un matrero famoso. De pronto, el fallecimiento de un prócer, la traslación de los restos de otro, el derrumbe de una casa centenaria lo conectan a uno con la época de la organización nacional, con la emancipación, con la colonia. Y ya

















DE "CARAS Y CARETAS"

G A B R I E L

entonces (o entonces aún) la Argentina era para el periodismo porteño Buenos Aires, con algo más de Montevideo que del interior del propio país. Un sentido rioplatense compensaba en parte de la falta de argentinidad en el porteñismo.

Una información gráfica local me ha impresionado sobre todas en este paseo por el Novecientos: la de un mitin de desocupados en Buenos Aires. Dos o tres millares de hombres sin trabajo se reunieron un día, bajo la dirección de los socialistas (casi los mismos socialistas de ahora) en la plaza de Mayo, enviaron emisarios al Presidente de la República, los recibió éste y se asomó con ellos a un balcón de la Casa Rosada, y cuando quiso dirigir la palabra a la multitud, la multitud le respondió a silbidos. Están las fotos del mitin numeroso. El cronista anónimo consigna el embarazo de los emisarios socialistas junto al "Zorro" cuando los desocupados empezaron a silbar, y agrega que el "Zorro" se disgustó. Me impresiona este mitin que me hace ver que treinta años atrás, cuando la Argentina era una ubre pletórica, ya tenía miserias.

Si alguien, imitando mi ejemplo, quiere proporcionarse el barato placer de revisar una vieja colección de "Caras y Caretas" ¿se detendrá en los anuncios comerciales? Sin embargo, no son lo menos instructivo de la colección, sobre todo los de remates de tierras. Se ofrecen, como al presente, trajes a sesenta pesos y botines a diez, y hay casa que da una docena de cuellos Mey por noventa y cinco centavos. La vida parecía entonces mucho más barata que lo fué después. El economista tiene en esos avisos un precioso elemento de investigación. ¡Cómo se ve manejar riquezas a los rematadores de ganado! Pero los anuncios que ante mí asumen a un tiempo significación económica y poética son los de remates de tierras urbanas, que entonces apenas eran suburbanas y que hoy están en el centro de la urbe. Advierto que en aquel instante estuvo la encrucijada que definió la riqueza y, por consiguiente, la estructura social, argentina. Fué en la economía del mundo como una de esas raras coincidencias de la astronomía que se pueden prever, que se pueden rememorar, pero que no se ven si no se ha tenido la suerte de vivir en ellas. Se anuncia en unos números de la revista una copiosa loteada por Flores, a peso la vara cuadrada o a tres pesos la mensualidad; bajo la rúbrica característica del rematador aparece un plano y bajo el plano el encarecimiento de la tierra — ¡tierra de gran porvenir!, — el precio básico y el horario de los trenes que con bandas y banderitas conducirán al lugar de la subasta; números después aparece, a toda página, en sentido apaisado, la foto del acto, con la concurrencia numerosa en torno de una especie de charlatán de específicos o de orador mitinero que se destaca de las cabezas empinadas y tiende el brazo protector. Contemplo la foto y estoy seguro de presenciar la imagen — ¡nada más que la imagen! — de uno de los momentos decisivos de la historia nacional. Los hombres que allí veo son los que participaron en el reparto de nuestra riqueza. Nadie volverá a tener la suerte de ellos. Y así, la escena aparentemente económica nada más, cobra a mi vista atónita la significación épica de las reconstrucciones gráficas de la fundación de ciudades. Los conquistadores eligen tierra, la tierra elige conquistadores... Lo mismo da. Fortuna en los dos casos, poesía en los dos.

Quizás algún día se advierta todo lo instructivo y emocionante — bastaría con lo divertido que es — que puede ser revisar una de estas colecciones archivadas de revistas viejas.

"Caras y Caretas" en veinte lomos parejos del anaquel. El título periodístico más certero que conozco. Veinte tomos de historia argentina documentada al minuto.











EL CRINUDO

Por Julio Vignola Mansilla



ESTA vez Hurón no demoró el regreso de la ciudad provinciana, como en la ocasión aquella que se adjudicara una marimba de azotes, no tanto precisamente por aparecerse con noche cerrada, sino alcoholizado. Tuéstanse aún al sol de la tarde el maizal de lujurioso verde, los tupidos malezales y el alfilerillo de flores diminutas y moradas, cuando Hurón, cabalgando en su "pintao", aparece despuntando el estero largo, a la distancia. Pudo demorarse en la fonda de Capoblanco, el gordo bonachón de bigotazos enhiestos, a

escuchar la "verdulera" de tres filas e innumerables bajos que hacía hablar el ciego calabrés. Más tarde pudo embobarse frente a las jaulas del trashumante circo, dentro de las cuales dormitaban leones, macacos, panteras y serpientes, todas ellas bestias sonámbulas de zoo barato... Por último, pudo entretenerse vaciando copas de guindado en la taberna de la calle ancha... Mas propúsose entonces andar con tiento, porque para loquear ya tendría su "arah-pora": su día lindo, hermoso, como lo expresa el idioma guaraní de acento agudo y musical. Ya despuntaría en el azul de los horizontes lejanos, la dorada crin de ese espléndido "arah-pora". Ahora, urgíale encontrarse antes del anochecer en "las casas", para no hacerse acreedor a otra reprimenda como aquella que le costara, aparte de la humillación terrible, algunos hematomas, repartidos en los parietales diestro y siniestro... Porque el bárbaro ño Luna, cuando se hartó de castigarlo con la azotera, dióle con el mango. ¡Gran perra con el arriador de palo de guindo, retobado de cuero crudo! No, ni a un bagual emperrado se le azota de manera semejante. Es que ño Luna, por más que no lo confesara, esa noche hallábase bastante chispeado, como que se había pasado la tarde entera en la pulpería de Barlaca, tomando copa tras copa y contando episodios que podían ser verídicos o fantásticos; y doliéndose a la vez de que los colonos linderos bramasen noche y día contra el abrojo grande que tapizaba buena lonja de su campo:

—¿Y cuándo mandará don Luis el sirigote que le mandé hacer pal año pasao?

—Don Luis dice que ricién se entera, y que ya mandó hacer con el platero el enchape.

—¿Qué? ¿Tuavía andan con la historia del platero?

—Ansí es, tata.

—¡Cha, si son lerdos como tatú mburicá estos gringos! Y viá tener que darme un galope pa enseñarles a tener palabra, a cumplir cuando se promete algo, qué embromar — hizo una pausa, y en tono más áspero dijo, mientras clavaba sus torvos ojos en las greñas de Hurón. — ¿No te has hecho esquilar? Mirá la porra que se te derrama del sombrero... Y en antes de dirte pa Villaguay, ¿qué te recomendé?

Muéstrase confuso Hurón. Su semblante expresaba abatimiento, tal vez por la amnesia maldita que le había pasado una esponja en el pensamiento, borrándole el propósito serio de hacerse trasquilar a ras del cuero cabelludo, como se lo ordenaba por octava o novena vez su padre de crianza. Ensayó una pueril disculpa:

—Qué quiere, tata, la barbería de Troncoso taba llenita de clinudos esperando al esquilador...

—Mentís, Hurón, porque en la barbería de Troncoso nunca hay naides, y hasta se puede hacer una siesta echao en los sillones. Ansí que no mintás. Decí más bien que por andar trompezando con los ladrillos de las calles no te has hecho tusar. Pero dejá no más, ya vas a ver cómo mañana agarro las tijeras grandes y te volteo esas cerdas que cain sobre los ojos y el cogote, como matorral de virazú costanero. ¿O tenís miedo de perder el patrón?

Flavio, alcanzándole un cigarro de chala, interrogó:

—Don Romildo ¿y eso?

—Eso me recuerda un caso que vide suceder en Corpus.

—Ya se nos jué a Misiones — bromeó Flavio, proporcionándole esta vez el tronco enrojecido para que encendiera el cigarro. — Pite, don Romildo y cuente el percance de Corpus.

—Pues, sí... ansí no más jué: Por allá había un amigo que tenía una pulpería... El hombre se dedicaba a contrabandiar caña del Paraguay. Claro... siempre que se le priesentase fácil de desollar la operación. El amigo era solo y conchabó un tapecito medio zonzo. ¡Quién sabe cómo diantre se llamaba! Nosotros lo conocimos con el mote de Tembetá, que en lengua india quiere decir jetón. No era malo mi amigo, pero eso sí, no quería clinudos en su negocio y el tapecito se presentó más porrudo que un hechicero cainguá. Creo que hasta abrojos traia en la porra el bárbaro que habia nacido por ahi no más, entre los cañaverales del Guayapé... El patrón le dijo que se tusara la porra, y el otro nada contestó. Entonces mi amigo dejó pasar un mes, y al pagarle el conchabo volvió a decirle que se cortase la cerda, que ahura tenía plata. Y nada. Tambetá, que era jetón, por eso mesmo que llevaba el apodo, también esa vez se calló la boca, se hizo más zonzo de lo que era. Galopiaban los meses y Tembetá cobraba su conchabo; no se resignaba a que le voltiasen la cerda. Hacía lo que está haciendo Hurón: iba, venía y las clines volando... Mi amigo, al último se atoró de rabia y lo atropelló de firme, le sacó del buche el secreto...

—¡Dios mío! Sería alguna promesa — comentó la negra Casilda toda compungida.

—No, no había hecho tal promesa... Risultaba que la madre de Tembetá le había asigurao al hijo que en cuantito se cortase el pelo se quedaría sin patrón, perdería el conchabo. Por eso Tembetá le venía juyendo a la tijera. Pero no es posible cuerpiarle toita la vida a la tijera... Y el chúcaro cayó... El patrón mesmo encargóse de trasquilarlo, quieras o no quieras.

—¿Y perdió el trabajo Tembetá?

—Dejuramente que lo perdió... Y jué días dispués no más. Parece que al amigo le andaban faltando las botellas y las botellas de caña, como si Añangá, el diablo guaraní, se las escabullese. Y era el zonzo... fíjense. Tembetá, el zonzo que las escondía en el yerbal pa chupar caña en lo mejor de la siesta, cuando se desgañotan cantando las cigarras y duermen los que pueden dormir... Dejuramente, mi amigo le echó... Eso de contrabandiar caña pa que los zonzos se la chupen... no está bien. Al dirse el pobre jetón, cuasi llorando, empezó a reprocharle al pulpero:

—Patrón, por su culpa he perdido el conchabo... Si usté no me hace cortar las clines, ¡quién sabe el tiempo que trabajo a su lao!... Patrón, yo no tenía vergüenza en andar clinudo... pero usté porfiaba, porfiaba, y jué cierto no más lo que decía mi madre: cortate el pelo y perderás el patrón.

Julio Vignola Mansilla

DIBUJO DE ALVAREZ



Romance de Aldo Renzi

Por

Maruja Vidal Fernández

I

El romance de Aldo Renzi
vengan todos a escuchar;
nadie se crea que es cuento,
porque es la pura verdad.
El romance de Aldo Renzi
todo el mundo lo sabrá,
lo tocarán las guitarras,
los mozos lo cantarán,
y si algún enamorado
sufre de amores el mal
se acordará de Aldo Renzi
el amante sin rival.

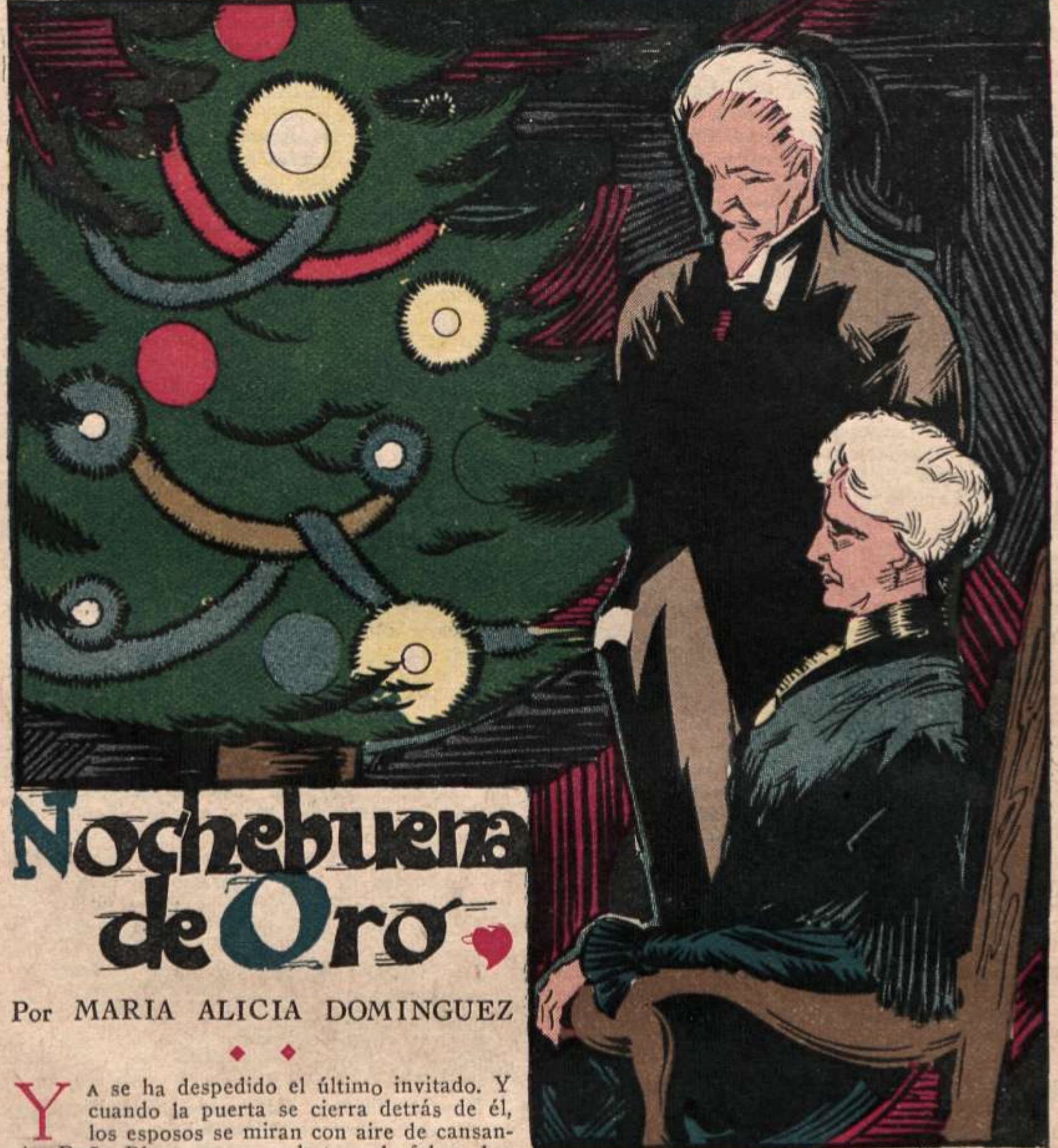
II

Como una estampa del Greco,
alto, enjuto, espiritual;
brillo de fiebre en los ojos,
surcos de insomnio en la faz.
Su cincel, como el de Fidias,
belleza supo crear,
mármol, piedra, leño, bronce
fueron sueño y realidad.
Para quien en sí llevaba
la inquietud de lo inmortal,
dióle amor, gloria y calvario
como un destino fatal.
Una mujer, diosa y musa,
una mujer fué su mal;
él la adoró de rodillas,
de su pecho le hizo altar,
puso a sus pies como un himno
amor, gloria y libertad,
¡todo cuanto vale un hombre,
todo lo que puede dar!

Su amor se parte en ausencia,
tras él el cuitado va,
que para un enamorado
es muy poco el ancho mar.
Cruza España, Francia, Italia,
en largo peregrinar.
¡Las sombras de los caminos
sus ojos vieron llorar!
¿A dónde vas, Aldo Renzi,
bajo la cruz de tu afán,
sin escudo el corazón,
sin tregua en su palpitar?
¡Llegarás hasta la cumbre
de tu soñado ideal
y allí la mano que adoras
te habrá de crucificar!
. . . .
Viejos salmos de campanas
vibran en la inmensidad
por el alma de Aldo Renzi.
¡Que Dios tenga de él piedad!

DIBUJO DE BATLLE





Nochebuena de Oro

Por MARIA ALICIA DOMINGUEZ

Ya se ha despedido el último invitado. Y cuando la puerta se cierra detrás de él, los esposos se miran con aire de cansancio. Doña Blanca gana su butaca de felpa, don Isidro se acomoda frente al escritorio, en su sillón frailero, un mueble antiguo de talla severa, que dice muy bien con el perfil aguileño y la cabeza cana del señor.

Ha entrado el mucamo; muy previsor y diligente, entorna la puerta de cristales que da al comedor, corre una cortina de terciopelo azul, apaga la luz de la araña central y enciende una lámpara de pie, retira una bandeja de plata con el servicio de café y pregunta:

—¿No desea nada, señora?

Un reloj da las diez de la noche; doña Blanca suspira:

—Le dices a Mercedes que mañana me despierte más temprano, porque voy a comulgar.

—Muy bien, señora.

Y el hombre hace un movimiento para retirarse, pero la viejecita se remueve en su sillón, tiende una mano pálida donde se marca muy azul el relieve de las venas, y añade:

—Y tú y ella pueden retirar del Arbol de Noel los juguetes que deseen.

—Muchas gracias, señora.

Un nuevo movimiento del hombre hacia la puerta y la vocecilla feble insiste:

—¿Cómo sigue tu nieta, Miguel? ¿Te escribió tu hijo desde España?

—La nena muy bien, gracias, señora. Ya se levanta y da unos pasitos como si aprendiera de nuevo a caminar. Está blanca igual que una flor. Y el hijo escribe siempre para Navidad. Trabaja y espera. Me ha salido de ley. ¡Dios lo bendiga!

Don Isidro tose y revisa papeles, esos viejos papeles de sabio que doña Blanca ha odiado tanto en los cincuenta años que llevan de matrimonio.

La vocecilla pide, enojada:

—Pero, Isidro, por Dios, ni en Nochebuena puedes dejar en paz esos papelotes.

El hombre la mira por encima de sus anteojos y sonríe, doña Blanca prosigue su confidencia con el criado:

—Feliz de ti. Lo que es mis hijos, ya ves... no se acuerdan de nosotros.

—Son las cosas muy diferentes, señora — disculpa Miguel, conciliador, compasivo.

Y don Isidro sonríe:

—Muy diferentes, sí.

La vida lo ha hecho filósofo, al arreciarlo. Su alma tuvo la resistencia de la roca; fué atrozmente batida por una marea amarga, y ahora su apariencia irónica, suave, es como ese musgo afelpado que disimula la condición de una piedra, mordida eternamente por las olas. Ha luchado bastante y en diversos campos. Al empezar la senda tuvo esa fe ilusionado que la juventud pone en sus anhelos; después, un poco de ese pánico que se despierta viviendo: el temor a la traición imprevista, al suceso dramático, al reproche merecido y a las acusaciones injustas. Ahora ya dejó de luchar; sonríe y espera. El es como una nave que debió anclar, forzosamente, en un tenedero, antes de llegar a ningún país anhelado. Porque no es una cima para este hombre la riqueza de sus campos inmensos que ya no puede recorrer, ni la fama que ha conquistado, ni el haberse "continuado" como reza la creencia más vulgar y sensiblera, en dos hijos que ni se le parecen ni se acuerdan de él.

Y de toda su siembra fuerte y laboriosa, sólo ha cosechado el amargo convencimiento de que cada alma se mueve aisladamente, dentro de su órbita. Mira a su compañera, mientras ella conversa. Esta Nochebuena hace cincuenta años que se unieron. ¡Cuánto tiempo! Todavía, a pesar de los años transcurridos, ella lo emociona con su debilidad y su intranquilidad de pájaro, como hace medio siglo, cuando era su novia.

Es una viejecita pequeña, muy morena bajo sus crenchas blancas. Suele apetecer lo imposible y lo pide, exigente, como si se tratase "nada más" que de un capricho costoso: una orquídea cuando no es el tiempo, champaña helado, cuando está resfriada. Desconoce la energía radiante, los sentimientos profundos que son a un tiempo ala y raíz. Siempre ha vivido a flor de piel, más sentimental que otra cosa, con ahogos y caprichos, crisis de lágrimas y alegrías sin razón. Es un alma como su nombre — piensa el marido: — "blanca", en el sentido de "nada". Don Isidro se acuerda de muchas cosas: la ve actuar como mujer muñeca y como madre débil, y la evoca en una acción que la define muy bien: haciendo papelitos para sus rizos con las anotaciones del sabio.

El mucamo se apresura a salir con la bandeja del café porque han llamado. Doña Blanca se levanta del sillón apoyando ambas manos con visible esfuerzo en los brazos de felpa. Suspira y se queja:

—¡Qué diferente eras hace cincuenta años, Isidro! Entonces te hubieras desvivido por ayudarme.

—Es que "entonces" no necesitabas ayuda — *contesta él, ingenuamente.*

Su ruda franqueza de antes, se ha convertido en la costumbre casi pueril de decir lo que piensa, como si en toda una vida de investigador de la Verdad, hubiera acabado por encontrarla en la inocencia.

Doña Blanca se enciende en uno de sus arrebatos frecuentes:

—¡Jesús, qué hombre malcriado!

El mucamo anuncia al doctor González; y casi al mismo tiempo el invitado entra como visita de confianza. Es alto, seco, de cabello gris; tendrá más de setenta años; parece morder una hierba amarga, según es su gesto. Doña Blanca se lleva las manos instintivamente a su peinado, cruza la manteleta de encaje negro hasta su garganta y se asegura de que el camafeo está en su sitio. Ofrece una silla al doctor, alegre, ágil, con un vuelo casi juvenil de sus vestidos negros y largos.

—Buenas tardes, Arturo. ¿Cómo te va? Siéntate, hombre. ¿Quieres tomar algo?

Oprime un timbre, enciende la araña de cristal, descorre la cortina, y como no acuden pronto, golpea las manos, se apresura, rezonga y opta por dejarse caer en su blanda poltrona, fatigadísima.

Mientras tanto, el doctor González, saluda a don Isidro, y se interesa en sus papeles, olvidado de la viejecita, con la confianza que le da su parentesco — son primos — y una amistad larga como sus vidas. Doña Blanca da orden al mucamo de que sirvan al doctor una copa de licor y unos dulces, y se despide muy seria:

—Voy a ayudar a deshacer el árbol de Noel.

Sale seguida por la mirada bondadosa de don Isidro que comenta risueño:

—Se ha ido resentido, porque te has interesado en mi trabajo, olvidándote de ella.

Don Arturo asiente, serio:

—Como siempre.

Y en esa frase, caben para el otro hombre cincuenta años de vida.

Hay un silencio. Ha entrado el mucamo y deja sobre una mesita la bandeja con un frasco de cristal que transparenta un líquido color topacio. Don Isidro se levanta rápido y llena las copas mientras su primo examina con mucha curiosidad unos apuntes. Y de pronto lee en alta voz: "Lekytos, vaso sagrado del Atica, vasija receptora del sacro aceite destinado a ungir el cuerpo de los héroes muertos..." Y examina un dibujo muy nítido a dos colores.

—Apuntes de arte funerario — dice, y en seguida deja el papel con un gesto brusco. — ¡Qué casualidad! ¿Sabes quién ha muerto en Suiza?

Don Isidro pregunta, sin mayor interés:

—¿Quién?

—María Vallón.

Se oye el golpe brusco del cristal sobre la bandeja y el otro hombre dice en un soplo:

—¿Sí?

Hay un silencio. El doctor considera el aspecto abatido de su primo y se asombra. Este parece ahora mucho más viejo: se estremece un poco y busca su sillón. Don Arturo se inclina y le pregunta:

—¿No sabías?

—No.

—Yo me enteré ayer. Para mí... hace muchos años que murió.

Don Isidro dice:

—Para mí también.

González inicia un paseo violento por el cuarto, y de pronto prorrumpe:

—¡Una loca de remate! Sacrificada a una ilusión; ¡suicida de tan ausente!

—Cállate — exclama el otro.

—Callé cuando debí hablar, cuando tú y ella parecíais dos orates, perdidos de amor y de romanticismo.

A don Isidro le llega muy lejana la voz de su amigo que está evocando al único amor de su alma, al gran amor que no repite su milagro en una misma vida... y le parece que surge ante él la imagen de la mujer que quiso tanto, una visión obscura como detrás de una nube de lágrimas y bajo el polvo de muchos

hechos. Pero va limpiándose en el fondo del alma donde ha vivido siempre, como una sagrada efigie, y ahora alumbran los enormes ojos tristes, enlutados como el pelo y el traje; y entonces recuerda una mano señoril que dice adiós, y ve un perfil tristísimo, inclinado en un gesto de abatimiento irremediable... ¡Cuánto tiempo hace, cuánto tiempo, Dios mío! ¡María!...

Don Arturo suspende su paseo y dice:

—Supongo que no vas a enfermarte de amor retrospectivo.

A pesar del acento mordaz se descubre un íntimo temblor que el amigo nota, compasivo.

—Tú también la quisiste mucho.

Y el doctor asiente:

—Como ella sabía hacerse querer... sin proponérselo. Hasta que descubrí que estaba loca por ti.

Y la voz enérgica y amarga se dulcifica un poco al evocar:

—Era secreta en su conducta, pero su pasión era un fuego o una luz que la delataba. Y cuando nos dijo que a nadie podía corresponder, de sospecha en averiguación dimos contigo. Muchos la amábamos, de todos sabía hacerse querer, y sin embargo... se ha muerto sola... crucificada por un sentimiento incomprensible.

El doctor se pasea con furia, brusco y pálido, mientras don Isidro suspira:

—Lo que yo quería evitarle...

Y se le enturbian los ojos, y le pesa algo muy adentro, atrozmente, mientras recuerda:

—No te olvides que deseé confiártela; sabía que la amabas. Y como era imposible y sagrada para mí...

—Siempre has sido un débil — comenta el doctor González con acritud, — resistente nada más que para estas encerronas del estudio.

Y como pasa cerca del escritorio se apodera de un manojo de papeles, que deja en seguida, desdeñoso.

La otra voz dice:

—No creas.

—¿No? ¡Como para dudarlo! Te amaba una mujer como ninguna, capaz de volar contigo ala con ala y optaste por colocarla brutalmente fuera de tu cariño.

—Es que no quería su mal.

—Tampoco su bien. No supiste comprender que los sentimientos agitados y confusos juzgan bien al mal y viceversa.

—¡La quería tanto!

—Y ella a ti; con una de esas pasiones que ya no se ven en el mundo. Jamás contemplé criatura más sacudida por un sentimiento; pero ¡tan fuerte y pura, tan enamorada y señoril! Cuando comprendió que todo era imposible para ella, se aisló en una cima, se hizo la vestal de un culto doloroso, inicuamente. Quemó sus mejores años, se privó de la posible esperanza y del posible olvido; dejó que tu amor fuera la herida incurable por la que huye la vida. Yo la he visto muchos años después, y tenía esa mirada ausente de los habituados a mirar muy lejos y muy adentro. Sólo conservaba de su humanidad un miedo instintivo al suceso imprevisto que se refiriera a ti: la noticia de tu muerte o de tu desgracia.

Don Isidro ha apoyado la frente sobre las manos y balbucea:

—¡Un drama que sólo entiende quien lo ha vivido! Ella fué quien desde un principio me hizo ver que todo era imposible. Era muy alta y pura; me acuerdo bien.

El doctor insinúa un gesto amargo:

—¿Y para qué te sacrificaste como un héroe romántico? Tus hijos no se acuerdan de ti. Tu mujer...

El otro suplica:

—No seas cruel.

González contesta:

—Muchas veces se llama crueldad al valor y bondad a la cobardía.

Hay un silencio que don Isidro rompe con unas palabras temblorosas y acerbas:

—¡También yo pensé como tú ahora: era en la Nochebuena de 1892.

"¡Qué bien me acuerdo! Una noche de oro y de estrellas, resonante como mi pasión. En aquellos días yo trabajaba con fiebre para ella y por ella. Y meditaba una decisión muy grave: decirle a mi mujer que nuestra unión había sido un fracaso, instarla a un divorcio que era posible porque nos habíamos casado en Marsella. Pero no pude cumplir mi propósito, porque cuando me acerqué a su dormitorio para hablarla, aquella noche, la encontré sollozando, de rodillas. No me había oído llegar, y desde donde no podía verme, durante unos instantes, contemplé su rostro sellado por un dolor tan atroz y tan perdido, como nunca he visto otro, ni a la cabecera de un muerto. Retorcía sus manos, miraba al cielo, como una pobre criatura extraviada. Y me sentí lleno de culpa al pensar que Blanca conocía mi pasión; entonces opté por sacrificarme, para evitar aquel remordimiento. María supo ayudarme; ella no me demostró jamás la angustia que seguramente supo llevar como una llaga oculta. Nos dijimos adiós...

González ha interrumpido su paseo y medita en alta voz, como queriendo recordar:

—Una Nochebuena en... 1892...

Don Isidro asiente y en ese instante vuelve doña Blanca. Ocupa su poltrona y se queja:

—Arturo, me iba a acostar sin despedirme de ti, porque te has olvidado que hoy hace cincuentas años que "me casé".

—Precisamente lo recordábamos ahora con tu marido. ¡Vaya, te felicito!

Y se apodera de una mano de la vieja, que sonríe y comenta:

—Siempre en una Nochebuena ha ocurrido lo más transcendental de mi vida: en una Nochebuena lo conocí "a éste", y en la siguiente nos casamos.

Doña Blanca sonríe y mira lejos con sus ojos obscuros un poco llorosos por la edad y la emoción. Y prosigue:

—En una Navidad pensé abandonarlo.

—¡No digas! — prorrumpe don Isidro, levantándose de su silla, atónito.

Y bajo el mirar asombrado de su marido, doña Blanca sigue diciendo, ajena a toda idea de responsabilidad, bien segura de ser absuelta como siempre:

—Sí; era en el año 1892; cuando tú vivías distraído con esos malditos papeles y libros, olvidado de mí. Por esos días volví a ver al novio que dejé por casarme contigo. El decía quererme aún; el 26 de diciembre de ese año se marchaba a Londres para siempre. Y...

La mujer se interrumpe ante la expresión que descubre en el rostro de su marido. Y es el doctor quien toma de nuevo el hilo de la dramática confidencia:

—Yo sorprendí la fuga premeditada de aque-

llos dos tontos, y la impedí. Era en la Nochebuena de 1892. ¿Verdad, Blanca?

—Sí — apoya la viejecilla.

Y sonríe con su inconsciencia de alma ignorante, sin profundidad para el bien ni para el mal.

—A nuestra edad ya puede decirse todo. ¡Cómo llorabas, Blanca! ¿Te acuerdas? Jamás he visto un ser más desesperado. Yo mismo te dejé junto a la cuna de tu hijo.

Y la mujer suspira:

—Sí.

No se le ocurre ir hasta su compañero y decirle unas palabras conmovidas que imploren perdón. ¡Es que está tan habituada a que él disimule todos sus caprichos, a sentirse regalada y mecida como una nena, absuelta y disculpada siempre, como el ser inofensivo que es, y que casi no cuenta en la vida difícil y triste del hombre al cual ha... "acompañado" durante medio siglo!

Y se produce un vacío angustioso entre aquellos tres seres; un silencio helado durante el cual don Isidro siente de un modo insoportable la soledad de su existencia. Pero en seguida percibe como un hálito sobrenatural la presencia invisible del amor que nunca muere. Sí, él es un viajero, y más allá del mar está toda su esperanza; en la orilla ignota — después del tránsito — lo espera una mujer muy bella en su tristeza; él ve su boca apasionada, su rostro peregrino y melancólico, sus ojos enlutados y serios, vueltos al espacio azul. Ve a la extraordinaria mujer para quien el calvario de un sentimiento ha sido trono y cima. Y se acuerda del valor con que ella dijo adiós a la satisfacción del amor y se quedó para siempre traspasada de la inmortal tristeza que deja su vacío. La ve inolvidable vestal de un fuego donde consumió sin término su pasión y su anhelo de ser feliz. La ve segura de su rumbo, firme en la fuerza del renunciamiento, convirtiendo su dolor humano en elemento de belleza. Y siente que ella se reproduce ahora como una semilla inmortal en los corazones que la amaron, todavía y siempre apasionados.

Y mientras el anciano evoca su amor, baja del cielo y se difunde, claro, sonoro, y bien distinto el canto de los bronces religiosos de la ciudad. ¡La Nochebuena! En el azul obscuro reluce el oro eterno de los candelabros de estrellas; y la alegría del verano tiembla en el aire, vivo de aromas, como remecido y palpitante por un vuelo prodigioso que ya se posa sobre la tierra.

—Ha nacido otra vez Aquel que nos enseña a querer y a esperar — dice el doctor, mirando a su amigo con profunda intención.

—Sí. La Cruz es un símbolo inseparable de los grandes amores. Suplicia y redime. Pasión quiere decir: dolor y amor, juntos en un anhelo inmortal. Y las "cruces pesan mucho, pero tienen alas"; lo dice un gran poeta.

Doña Blanca se ha ido de puntillas, fastidiada de oír un lenguaje incomprensible, cargado de alegorías y alusiones supremas. Y el doctor se acerca a su primo, que mira al cielo desde la ventana abierta. No cambian ninguna palabra; pero sus miradas, juntas, suben y buscan entre las lumbres eternas de la noche feliz, el nuevo lucero que debe haber nacido del alma de una mujer.

DIBUJO DE *María Leticia Domínguez* CABALLÉ

PROCESION DE NAVIDAD

MAJESTUOSAS, enmantadas de armiño y oro, las nubes desfilan ante el viejo campanario, que parece crecer, hasta sentir en su cabeza el roce de las alas flotantes.

Es una procesión etérea. La nubosa comitiva pasa solemnemente adoptando formas del ensueño: cimas nevadas, monstruos complicados, testas encanecidas...

Y el vetusto campanario se diría que marcha al encuentro de aquella procesión, que lentamente se metamorfosea.

La antigua campana está esperando a que llegue la noche para anunciar la Misa del Gallo, donde se dice que el buen Jesús ha nacido, simbólicamente.

Sigue desfilando, majestuosa, la procesión celeste; al ponerse el sol, entrará en la gloria policroma del Occidente.

Abajo, la gente se prepara a festejar la Nochebuena.

Va a nacer Jesucristo, como todos los años; en todos los corazones de la Cristiandad hay una procesión de recuerdos. Los niños principian a cosechar las gratas memorias, que resurgirán todos los años, por la misma fecha.

Jesús va a nacer. ¡Aleluya!

¡Vieja campana de paz y fraternidad: que tu llamado sea el definitivo! ¡Lánzate a vuelo, loca de júbilo, y, al llamar a misa, anuncia el Nacimiento de los Olvidos Generosos, de la Paz Ansiada!

DELMIRA ORTIZ RINCON



Campanario y quieto

CAMPANARIO quieto, tulipanes de luna volcados *en el silencio, son tus campanas,* penetradas de un aliento lejano, de un aliento de planetas que no se ven, de un aliento que baja quién sabe de qué boca.

Pero hay soledad, nada más que soledad penetrando el espacio, y ahí estás tú, campanario inmóvil, incrustado en el círculo de la noche.

Tu voz se ha perdido, ¡oh campanario!

¿Qué sueño interminable elabora la sombra en la hondura de tus copas? ¿Qué mano abstracta circula en tus entrañas, ungiendo pena en tu enorme silencio?

¿Acaso el recuerdo de minutos ya diluídos en el éter golpea en tus contornos, y por eso los átomos de bronce, apretados fuertemente en un dolor sin sonido, hacen destilar tu llanto?

¿Acaso tu oído extraterreno se puebla en tu quietud de palabras que nunca han tocado la tierra, de palabras hechas con materia de luz, de palabras que las tinieblas anudaron en el camino y se extraviaron en un enredo de voces, de palabras que quizá no lleguen?

Sólo las sombras que se enrollan en tus entrañas saben del dolor que absorbe tus honduras, que muerde tus contornos, campanario quièto.

Como un gran ramo de tulipanes pintados de luna, inmóviles, extrañamente inmóviles, caen las cabezas de tus campanas, amontonadas en una misma angustia, atadas en una misma soga de penas.

Y la luna aprieta tu perfil desgarrado, tu perfil quieto en el círculo solitario de la noche.

¡Tu voz se ha perdido!

¡Tu voz se ha cortado en el filo del mundo y en una mortaja de vacío yace en no sé qué rincón del éter!

Sara Álvarez Valdés



EL PLACER DE PARTIR

Por E. M. S. Danero

No era la suya una figura lánguida, aunque sí melancólica. Delgada, esbelta, un tanto nerviosa, trajeada de gris, la encontraba constante e indefectiblemente en los embarcaderos. Nunca a la llegada, siempre a la salida de barcos y trenes. Todo en ella denotaba a una viajera: el traje y el porte, hasta el pañuelo anudado y los sombreros sencillos y pequeños. Era la silueta inconfundible de la mujer que viaja y, sobre todo, de la que viaja sola. Empero, un detalle, al cabo de innumerables encuentros, me llamó en ella la atención. Jamás llevaba valija, ni maleta, ni equipaje.

Nuestros encuentros eran continuos. Yo, en un diario de la tarde, era el repórter encargado de asistir a la llegada y a la partida de cuanto personaje ilustre arribaba al país. Pero... ¿ella? Porque, en efecto, aquella muchacha no aguardaba a nadie, ni esperaba nada, ni se impacientaba por nada. Unica y exclusivamente, para quien la viera por primera vez, era una viajera más.

Llegue a sospechar y hasta le inferí la ofensa de suponerla una policía. Mas, cierta observación meticulosa, me apartó de tal sospecha. Había en ella algo más denso y más íntimo. Permanecía en el puente de los barcos como ensimismada. Silenciosa, acodábase en las barandillas y permanecía largo tiempo contemplando la animación de los muelles, el bullicio de las despedidas, el fugitivo dolor de los que se van y la transitoria melancolía de los que quedan. Más de una vez hasta me pareció sorprender en su fina boca una como mueca de conmiseración y superioridad ante el espectáculo que para ella significaba la vulgaridad de todos los días. En las estaciones de ferrocarril ya estaba en los andenes antes de que los trenes, con los vagones vacíos, penetraron para recibir los pasajeros, entre resoplidos de las potentes locomotoras y algodonosos chorros de vapor. Con paso lento aproximábase ella, aguaitaba el coche-restaurante, y luego de acompañarlo unos metros, era la primera en tre-



par. A los pocos instantes, ante una mesa, por la ventanilla, con ojos displicentes, contemplaba la baraúnda del andén.

Eso sí. Jamás, pese a cuantos esfuerzos realicé, no alcancé a descubrir cómo se ingeniaba para saltar a tierra cuando el tren o el barco estaban a punto de salir. Lo indudable era que lo hacía, pues, muchas veces, con breve intervalo de horas, habíala visto a la salida de dos transatlánticos distintos. Pero, aquello debía de hacerlo con tanto sigilo como premura. Debía de ser algo rápido, esquivado, cual maniobra vergonzante y pecaminosa.

Una día cualquiera me atreví a saludarla. Ella, siempre fría, con parsimonia y sin desasirse totalmente de su coloquio interior, respondió. Lo hizo, desde luego, como persona que está a punto de partir y que no desea que una intempestiva conversación venga a interrumpirla en la muda despedida de la ciudad que dejará dentro de breves instantes.

Hasta que en mí pudo más la curiosidad y la abordé una tarde, inesperada, casi arteramente.

— ¿Me puede decir usted a quién espera, de quién se va a despedir?

— ¿Le interesa? — fué la pregunta de ella con una voz cristalina, nítida, casi desafiante.

— Mucho.

— Si es tanto... y, puesto que somos amigos de todos los días, se lo diré: a nadie.

— Pero... ¿y esto de no perderse salida de tren ni vapor? — insinué yo.

— Nada, o, si usted quiere, mucho. Un placer, un deleite como cualquier otro. Experimentar hasta lo más íntimo la indecible emoción de la partida. Sentir bajo mis pies la palpitación del barco, el retemblar de la locomotora. Vivir unos segundos que nada puede compensar. Aguzar hasta el postrer instante la emoción, la inquietud, la nostalgia de las cosas que se dejan. Escuchar las campanadas que urgen las despedidas, las sirenas que anuncian el retiro de las planchadas, el pito de las locomotoras... Barruntar y atisbar la fugacidad de ese minuto, de ese tajo irremediable que en el hilo de toda existencia es un viaje...

— Y, un viaje... ¿no sería para usted una satisfacción?

— De ninguna manera. Equivaldría a una realidad, a la consumación de un deseo y no a un placer.

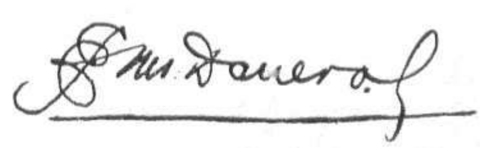
— Mas, este placer de todos los días, ¿no llegará a cansarla?

— No, porque aun espero algo más. Como las cuerdas de un violín, todavía he de distenderlo. Sin realizar, sin llegar a la vulgaridad de un viaje consumado, tengo que saborear el deleitoso y único instante en que, efectivamente, se sueltan las amarras y se retiran las planchadas, cuando el cuerpo del barco comienza a palpitar, entre libre y sofrenado por los cables de los remolcadores... Y, ahora, por favor, déjeme usted. Que su presencia, también, desde hace meses, constituye parte integrante de mi placer.

•

Me separé de ella. Continué viéndola y saludándola a la distancia. Hasta que un día, en los diarios de la mañana, encontré la vulgar noticia del suicidio de una joven que, en el instante de zarpar un paquete, habíase arrojado al agua en la Dársena Norte, a veinte metros del muelle.

Debió de ser ella, porque nunca más volví a ver su silueta esbelta, apoyada en la baranda de los puentes; ni su sonrisa entre fría y despectiva.



CARAS Y CARETAS





ODIO ESTERIL

Por GUILLERMINA LUCY ASTE

La vida de Francisco Oliden podía resumirse en dos sentimientos absorbentes: un amor y un odio. El amor viviendo latente desde que los primeros entusiasmos juveniles corrieran por sus venas; y el odio, surgiendo implacable el día en que Marina dió su palabra a José Luis Peñalva.

Pero hay que hacer un poco de historia.

Francisco y José Luis tenían la misma edad, mes más, mes menos, eran vecinos y habían andado juntos en cuanto afirmaron sus pasos sobre el callejón polvoriento que llegaba hasta las inmediaciones de la Dársena. Hijos los dos de pescadores, iniciaron desde temprano su conocimiento con la inmensa llanura verdosa que despertaba en sus fantasías infantiles, sed de fantásticas aventuras.

Cuando empezaron a frecuentar la escuela comenzó a delinearse netamente la futura personalidad de los dos chiquilines. José Luis, inteligente, despierto, ansioso de aprender, efusivo y cordial; Francisco, inteligente también, pero reconcentrado y más bien huraño, teniendo a veces arrebatos de una vehemencia tal que inspiraban temor a sus condiscípulos. Tenía once años cuando, a raíz de lo que él dió en llamar una injusticia del maestro, empezó a florecer en los recovecos de su alma un sentimiento de irritación hacia el amigo. El hecho no tenía mayor importancia, pero fué el primero de una serie de acontecimientos que arraigaron en su pecho, hasta convertirlos en esencia vital, a la envidia primero, el encono después y finalmente el odio.

José Luis no se había percatado nunca de nada y su expansiva afectuosidad buscaba siempre en el compañero, al amigo y al confidente.

Muchas tardes cuando, después de haber regresado de la pesca, se sentaban cerca de las lanchas, al amparo de la escollera que les atajaba el viento que soplaba del sur, y remendaban las redes, Francisco volvía a enumerarse uno por uno todos los motivos que habían alimentado su rencor, hasta llegar estremecido a aquel que, cual llamarada incontenible, había encendido su odio: la distinción que el maestro hiciera de José Luis en pleno colegio, señalándolo como el mejor alumno de toda la escuela; el grueso reloj de níquel que don Tiburcio Piedrabuena le regalara cuando, con una certera pedrada, había matado a un perro rabioso; el viaje a Buenos Aires; la herencia de unos miles de pesos que le permitieron comprar "La Cruz del Sur", la mejor lancha que se balanceara en el puerto de Mar del Plata y que Francisco había ansiado con la violencia propia de su carácter impulsivo. Mas todo eso no habría sido motivo suficiente para llenarle el corazón y la boca de hiel; no habría llegado nunca a inocularle en las venas esa aversión que alimentaba en todas sus fibras un deseo de venganza.

Pero Marina, con sus ojazos robados a la noche, con sus labios pintados por el ceibo, con su cuerpo cimbreante y su risa traviesa se había cruzado en su vida. La quiso como podía querer su temperamento impetuoso: con un amor exclusivo, absorbente, avasallador. La muchacha bromeaba con él, bailaba a veces, cuando los domingos por la tarde se reunía la muchachada en el patio de su casa, pero nunca le dió a entender que comprendiese sus insinuaciones.

Una noche José Luis le propuso a Francisco que fueran caminando por la explanada hasta llegar a Mar del Plata.

—Tengo que decirte algo y más me gusta hacerlo andando.

—Bueno.

Pero hacía ya rato que habían dejado atrás el Puerto y Playa Grande y José Luis seguía callado.

—Che, avisá si es para hoy lo que vas a decir.

—Este... es el caso que estoy enamorado.

—Está bueno; y ¿quién es la moza?

—Marina.

Las manos que Francisco guardaba en los bolsillos se habían cerrado con tal fuerza, que sentía

el escozor producido por las uñas penetrando en la carne. Le quedó todavía una esperanza:

— ¿Ella lo sabe?

— ¡Como para no saberlo! — rió el otro; — le dije esta tarde si quería ser mi mujer.

— ¿Y ella? — preguntó con voz enronquecida por la emoción.

— Me dijo que hablara con el viejo, que ella también me quiere y que espera que todo saldrá bien.

Siguieron caminando; los dos callaban ahora pero Francisco tenía miedo de que brotase de sus labios todo lo que le bullía adentro. Si hubiera tenido un arma al alcance de su mano, allí mismo habría matado al amigo. Ese instante marcó el destino de José Luis. Para ahondar aún más el puñal en la propia herida, inquirió al cabo de un rato:

— ¿La besaste?

El otro no contestó, absorto en su felicidad. Quizá la fuerte rompiente de las olas sobre los escollos de Cabo Corrientes le impidió oír la pregunta.

Recién al llegar a la playa de los Ingleses repitió:

— ¿La besaste?

— ¡No seas curioso! — respondió José Luis; pero había en su voz una esfumadura de satisfacción.

Esa noche, por primera vez, se emborrachó; pero la borrachera, en lugar de amodorrar los recuerdos que lo martirizaban, le hacía ver constantemente a los labios de Marina, rojos y frescos, junto a los labios del otro.

— ¡Ladrón, pícaro ladrón! — repetía, apurando uno tras otro los vasitos de caña.

DESPUÉS de cinco años, del amor de Marina y José Luis quedó tan sólo una criatura: la madre había pagado el tributo a la diosa negra, pero su muerte no desterró del corazón de Francisco el odio que caldeaba en su pecho el constante anhelo de la venganza. Esperaba siempre la oportunidad que debía brindarle el goce supremo de aniquilar a su rival: ni los años, ni la desventura, ni la soledad del amigo, ni las caricias y los balbuceos de Graciela, habían mitigado la fiebre que lo consumía.

La noche de la muerte de Marina, vagó como un loco a lo largo de la playa, siendo mayor la tempestad de pasión que rugía en su corazón, que la que estremecía la mar embravecida, cuyas olas llegaban como montañas de espuma a invadir casi toda la amplia playa del cementerio.

Al regresar al poblado, José Luis le había abrazado llorando y él, cobarde, había correspondido al abrazo.

Desde entonces vivían juntos, pero todos notaron en el Puerto algo raro y anormal en el carácter de Francisco. Solamente Graciela, la pequeña muñeca de ojos inmensos como los de la madre y tan parecida a ella, lograba serenar su espíritu.

José Luis le agradecía sus silencios: la muerte de su mujer había sido un golpe rudo que hacía perdurar en él una extraña sensación de aniquilamiento.

Cuando salían en la lancha para la pesca, los otros tres mozos de la tripulación eran los únicos que ponían un brochazo de vida y de animación en "La Cruz del Sur", pues, anto José Luis como Francisco, realizaban sus tareas como autómatas y sin cambiar más que las palabras del caso.

Así un tiempo, hasta que una noche...

BRAMABA el viento con furia inusitada; en loca carrera se perseguían los nubarrones en un cielo opaco y el mar barría la costa con la furia de la tempestad que agitaba sus entrañas.

Formando corrillos conversaban los pescadores.

— Si el tiempo no mejora, es preferible no salir a la mar — dijo uno. Apoyó la observación la mayoría, evocando tragedias inolvidables provocadas por la crueldad del océano.

— No creo que la tormenta amaine antes de unos días — afirmó el viejo Santiago Pedemonte, conceptuado en el Puerto como oráculo en materia de predicciones meteorológicas, — habría que ser loco para aventurarse.

Francisco, que se encontraba a su lado, replicó en seguida no sin cierta jactancia:

— Yo no soy loco y, sin embargo, con "La Cruz del Sur" me animo a rumbear mar afuera y a estar de vuelta mañana a la hora de siempre.

— ¡No digas pavadas, muchacho!

— No son pavadas, y para probárselo a la una salgo de la Dársena.

— Te acompaño — dijo José Luis. — La "Cruz del Sur" es capaz de aguantar perfectamente el temporal, y no será éste el primero que resistan sus flancos. Tiene un motor excelente y su timón es seguro. Si alguno de ustedes quiere correr el riesgo... — continuó dirigiéndose a los pescadores que formaban, con él y Francisco, la tripulación de la lancha.

Ninguno de los tres contestó.

El viejo Pedemonte trató inútilmente de disuadirlos y esa noche, mientras afuera bramaba el vendaval, en la pobres casuchas se comentaba, desaprobando, la insensata y vana empresa que, en dos espíritus exaltados, engendrara un momentáneo capricho.

A la hora en que todas las madrugadas solían desbandarse las lanchas pescadoras, José Luis y Francisco, envueltos en sus capotes impermeables y calzados con sus altas botas de goma, embarcaron en "La Cruz del Sur".

El viento seguía soplando con violencia, pero no llovía: la noche los envolvía en su negrura misteriosa, interrumpida a veces por el subitáneo resplandor de los relámpagos que herían el cielo con sus zigzags de fuego.

Francisco no había vuelto a hablar desde la tarde, pero si José Luis no hubiese estado constantemente ensimismado en sus dolorosos recuerdos, habría podido observar que, en muchas oportunidades, su mirada se fijaba en él con malignos fulgores. Cuando llegó el momento de partir y viendo la noche tan lóbrega, había aventurado una observación:

— Me parece en verdad, que estamos por cometer una zoncera.

—Si tenés miedo, por mí quedate; yo me marcho — replicó Francisco, sabiendo que era esa la mejor forma de excitar su amor propio.

— ¿Miedo yo? Lo decía simplemente porque me parece tonto afrontar un riesgo inútil. Pero, ya que hemos decidido correr la aventura, vamos.

Y ahora, después de desatar el cable de amarre, enfrentaban la boca del puerto, iluminada alternativamente por los pequeños faros de las dos escolleras. Francisco estaba al timón, mientras José Luis cuidaba el motor, que daba el máximo. Cuando la lancha encaró la furia del océano, parecía un juguete en poder de las olas.

Hacía una hora que la violencia del temporal se desataba en los flancos de "La Cruz del Sur": una hora en que, sumisa, como si en su alma de hierro

vibrara la noción del peligro, obedecía a las manos amigas que la guiaban, cuando empezó a desencadenarse la lluvia: las ráfagas impetuosas azotaban los rostros, enceguecían las pupilas, atronaban en los oídos con más vehemencia que el mar.

—Me parece que no podemos seguir — dijo José Luis; — esto es ir hacia la muerte.

Hablaba a gritos, tratando de hacerse oír. Francisco no contestó.

—No creo que estemos más allá de Cabo Corrientes y, sin embargo, nos costará un triunfo volver a embocar el puerto — continuó gritando: — Virá.

El otro tampoco contestó, pero en lugar de enderezar la proa hacia el sur, lo hizo hacia la costa.

—¿Qué hacés? ¿Estás loco? — Y como Francisco siguiera callando, levantó la linterna que tenía al alcance de la mano, enfocándole la cara.

Francisco lo miraba: sus ojos brillaban con fiebre de odio, mientras una mueca satánica contraía sus labios. De repente su carcajada dominó el rugido del viento:

—¡Tenés miedo, ja, ja, ja, tenés miedo! ¡Pero ya me encargaré yo de hacértelo pasar, ja, ja, ja!

—¿Qué te pasa? ¿Estás loco? — volvió a repetir.

—¿Loco? Sí, loco; loco de odio y de rabia; pero ha llegado mi hora. ¡Hace años que la estoy esperando!

José Luis había dejado de atender al motor y lo encaraba mudo de asombro.

—Pero Francisco, ¿qué te hice? No fuí siempre tu mejor amigo?

—¿Amigo? ¡Nadie me amargó la vida como vos lo hiciste! Todo te fué bien, todo te favoreció. Mientras tenías dinero y suerte, yo luchaba con la miseria y la desgracia.

Hablaba agitando los brazos, y la lancha, abandonada a sí misma, concoveaba peligrosmente. José Luis trató de llegar al timón, pero el otro de un empujón, lo hizo trastabillar.

—Quieto, si no querés que te tire al mar.

Volvió a dirigir la lancha hacia la costa, y continuó:

—Todo te lo habría perdonado, todo, si no me hubieras robado el amor de Marina. ¿Te acordás de aquella noche en la explanada? Nunca, antes de ahora, estuviste más cerca de la muerte que aquella vez. ¡Si hubiera tenido un cuchillo te partía el corazón!

—¡Pero Marina me quería a mí!

—Callate: no es verdad. Vos tenías plata, tenías la lancha, esta lancha que el dinero te había permitido comprar, como compraste a tu mujer.

Rugió abalanzándose:

—¡Mientes, canalla! — Pero volvió a caer, vencido por la fuerza del otro.

—¡Ajá! ¿Te duelen mis palabras, no? Te toca a vos aguantar la pena, ahora. Pero aunque sea verdad que te quiso, no es menos verdad que la quería yo también y que ya que vos lo tenías todo, habrías podido dejarla a mi amor. Desde el día que fué tuya, juré que te mataría: que te mataría, pero no a traición, sino escupiéndote en la cara mi odio y mi rencor. Ha llegado la hora: mirá.

José Luis se dió vuelta y un grito de horror salió de sus labios. Al reflejo de los relámpagos, se divisaban, aún lejos, las rocas de Cabo Corrientes, contra las cuales, dentro de poco, la lancha se estrellaría.

—Yo también, voy a morir, pero no me importa sabiendo que estás en mis manos y que nadie puede salvarte.

Sin soltar el timón que mantenía firme con la sola fuerza de uno de sus brazos hercúleos, levantó la linterna a su vez, con el otro y los dos hombres se contemplaron frente a frente.

La boca contraída, la cara descompuesta, los ojos inyectados, Francisco era la viva imagen de un ser privado de la razón.

—¿Y Graciela? — interrogó José Luis.

Sabía cuán grande era el cariño que sentía por su hijita y en ese supremo momento se le ocurrió que, tal vez, el recuerdo de la criatura mitigaría el furor de esa alma ensombrecida.

—¡Ya se ocuparán de ella! ¡Cobarde! ¡Invocas a tu hija, porque tenés miedo a la muerte! ¡Ja, ja, ja!

—No tengo miedo, pero no quiero morir.

Había agachado la cabeza como abrumado, pero buscaba en el piso algo que le permitiera defender su vida: sus ojos percibieron enroscada, al lado de la red, una gruesa cuerda.

"Si pudiera alcanzarla...", pensó.

Francisco continuaba imprecando, pero ahora sus palabras llegaban incoherentes. Era indudable que, en la hora suprema de la venganza, anhelada durante tantos años con la impetuosidad propia de su carácer y que el azar había hecho sonar en esa terrible noche, su cerebro, comprimido siempre por el esfuerzo de la simulación, había flaqueado.

José Luis, con movimientos felinos, ayudado por la mayor intermitencia entre los relámpagos, acabó por apoderarse de la soga.

Llegaba ya a su oído el fragor de la rompiente: faltaban unos doscientos metros y si no lograba apoderarse del timón todo estaba perdido.

Con impulso brusco se abalanzó sobre Francisco; mas el loco acechaba y, con fuerza centuplicada por la exaltación, empezó a luchar denodadamente: "La Cruz del Sur", nuevamente abandonada, viró hacia el norte arrastrada por el viento.

José Luis había caído en el fondo de la lancha y sentía sobre su pecho la rodilla de Francisco. Con sobrehumano esfuerzo, consiguió aplicarle un puñetazo en plena cara y Francisco, rugiendo y tambaleándose, retrocedió. Fué cosa de un instante, pero cuando quiso nuevamente golpear a su enemigo, José Luis lo esperaba y la cuerda pasada rápidamente a modo de lazo por su cabeza, se estrechó violentamente alrededor de su cuerpo, sujetándole los brazos y haciéndole caer.

Con la desesperación provocada por el temor de que la lancha zozobrara, sólo atinó a golpear fuertemente al caído en el rostro, hasta dejarlo desvanecido.

En el momento en que sus manos empuñaban el timón, una claridad brumosa asomaba en el horizonte.

....

Cuando "La Cruz del Sur" enfiló el Puerto y amarró en la Dársena, ante los ojos atónitos de los pescadores, acudidos ansiosos desde el amanecer, José Luis pudo solamente señalar en el fondo de la lancha el cuerpo atado de Francisco: luego se desmayó.

DIBUJO DE VALDIVIA

Guillermina Ruiz Oste

LOS ESCRITORES EXTRANJEROS HABLAN DE LA ARGENTINA

En su libro "Vers la Ville Kilométre 3", Luc Durtain traza un panorama de nuestro país, de su cultura y de sus riquezas naturales

Por EDUARDO MARIO

ESTE meticuloso turista intelectual, que lleva ya recorrido el mundo entero, silenciosa y discretamente, llegó a la Argentina y captó abundante material de observaciones éticas, estéticas, industriales y económicas. Con comprensiva curiosidad de periodista ha recorrido nuestro país desde el norte hasta el extremo sur, y de esta curiosidad y este loable afán de información ha resultado su libro *Vers la ville Kilométre 3,* uno de los mejores, más exactos y nobles trabajos que sobre Sud América han aparecido en estos últimos años. Porque Luc Durtain, puesto al ritmo de nuestro tiempo y escritor de aquellos que saben lo que desean decir a sus lectores, no ha perdido ninguna de sus páginas ni en frondosas y no siempre claras disquisiciones ni se ha dejado llevar por el muy en boga afán de realizar acrobacias más fraseológicas que ideológicas para disimular una deficiente y hasta holgazana información. Ha recurrido, pues, a las artes del buen periodista para escribir un libro que bien merece los honores de la traducción incluso para dar a conocer a muchos argentinos algunos de los aspectos de su dilatada patria que permanecen aún desconocidos o confusos para ellos.

Una buena parte del libro de Durtain se refiere al Brasil y, luego de hacer un estudio del alma brasileña, pasa al Uruguay donde ya apuntan sus observaciones sobre la pampa, los gauchos y las actividades agrícolo-ganaderas de los pueblos del Río de la Plata. Y es bajo el signo del lazo que traza su primer croquis un tanto convencional del gaucho:

"... El leve galope hace flotar sobre sus chambergos los amplios ponchos de lana, a rayas grises y negras: esas capas que son mantas simplemente perforadas por un agujero para la cabeza. En sus botas estrechas, de cuero de potro — la piel de las patas traseras, desollada en fresco y moldeada en la pierna misma, — brillan las espuelas. ¡Soles de plata, anchas como la palma! Sobresaliendo de la caña de las botas, el tubo metálico de la bombilla, que sirve para aspirar la bebida favorita del gaucho, el mate ardiente. Un cuchillo en el cinto; en la mano, el látigo de gruesa lonja de cuero, que parece una anguila. El grueso rollo del lazo pende a su costado; un corto delantal, también de cuero, atrás, destinado a proteger los riñones contra la brusca sacudida de la cuerda. La silla: una piel de carnero con su lana, de la que sobresale el borde de una tajada de carne, la próxima comida del jinete. Todo esto, usado, magnífico, con tierra las espuelas, mugre en el lazo, grasa y sangre en la montura. En los rostros acecinados, en aquellos trazos rudos e impasibles, hechos al sol, a los vientos, a las tempestades, la vigilancia de los ojos negros. ¡Sorprendente adherencia de aquellos hombres a su caballo! Tienen una forma de montar que es como si estuvieran en su propia casa. Para viajar, para soñar, para dormir..."

El viajero, todavía en tierra uruguaya, penetra en un galpón estanciero:

"Una construcción de chapa ondulada: el comedor. Franqueo la puerta, también de chapa. Y me encuentro poco menos que en las tinieblas. La escasa luz del día penetra por una estrecha ventana,

a los costados no se precisan las dimensiones de la sala ni sus muros y techo cubiertos por el negro de humo. En medio de esta obscuridad una especie de firmamento: brillan, aislados o en constelaciones, cien y cien agujeritos practicados en las chapas..."

"... No podría aún afirmar que pese a que el tipo del gaucho desaparece, lo hijos y los nietos de la Argentina conservan el alma de aquel oficio. No son solamente un tipo legendario y páginas admirables, las que perduran de la época gauchesca. El carácter creado por la raza ecuestre es una de las noblezas del país argentino."

En el capítulo dedicado a Buenos Aires, el lápiz no puede dejar de señalar algunos párrafos y hasta hacer su amable alusión humorística a la política:

"... La avenida de Mayo... Hileras de árboles entre las orgullosas construcciones. Cafés. Abundancia de automóviles. Incesante migración de multitudes. En el fondo, el Congreso y su cúpula: cubilete del juego de dados de la política."

Y luego:

"... La avenida Alvear... Entre las frondas o los céspedes, el pueblo feliz de las estatuas, para el cual todos los problemas están resueltos..."

"... Explanada de cemento... (El Balneario). Los vasos de las balaustradas floreciendo las aguas color chocolate del Plata. Baños bajo las fuentes y los mármoles."

"... Es allá, (por el este) que encontraréis la enorme ciudad — que representa a la reina de los termitas, — una cabeza y un tórax. El resto no es sino un vientre enorme, atiborrado de huevos, poniendo sin cesar casas por bloques enteros. ¡Cuarenta casas nuevas por día, quince mil por año! Al menos en los períodos de prosperidad..."

"... Para saber verdaderamente qué es Buenos Aires, es preciso salir. Tomad un auto en el centro..."

"... El árbol, en la llanura argentina, siempre importado por el hombre lo anuncia con certeza, cual una vela en el océano."

El capítulo titulado *Materia y ciencia* muestra con rara comprensión y acertados trazos descriptivos, lo que son nuestros saladeros y frigoríficos y, aunque un tanto fuera de la literatura, malgrado el horror que causar puedan a los literatos puros, han de interesar a muchos lectores de esta obra de Durtain deseosos de conocer una Argentina que haya ofrecido a sus visitantes intelectuales algo más que ya manidos temas seudo filosóficos. A este capítulo habrá que agregar el correspondiente a Tucumán y las actividades en los ingenios azucareros así como el otro interesantísimo, sobre las explotaciones petrolíferas y las loberías del suelo patagónico. Y, no se crea que son todos elogios ni cantos a nuestra tan decantada grandeza como aquellos que en épocas de magnífica condescendencia gubernamental escribieron a tanto el ejemplar escritores extranjeros cuyo nombre no viene al caso. Hay censuras y hasta se muestra el triste cuadro de nuestros aspirantes a figurar en los presupuestos gubernamentales. Habla de los "gringos", que sólo sirven para trabajar y presenta el desconcertante cuadro de las toneladas de caña de azúcar entregadas al fuego como otros nobles productos de la tierra lo son en otras naciones del mundo, para terminar con estas palabras:

"... ¿Aquellas humaredas, mezcladas a las sombras que derramaba el poniente, dirigían a nuestra civilización la amenaza de una noche próxima? ¿O era preciso ver, más allá de ellas, los primeros balbuceos, todavía ciegos, de un ordenamiento de nuestro mundo? ¡Doloroso mundo actual, en el que los primeros esfuerzos de la idea organizadora se señalan por medio de la destrucción!"

Durtain ha viajado por el norte y ha recorrido tierras en la que abundan los descendientes indígenas. A su curiosa mirada no escapan muchos detalles quizá por nosotros hasta ahora inadvertidos. Bien merece, por lo tanto, ser transcripto este sugestivo párrafo que es como el barrunto de un renacimiento de las razas indígenas:

"... Os confiaré muy por lo bajo que el gran jefe Tupac Amaru ha podido ser tirado por cuatro caballos: los trozos de este rebelde viven aún. El mayor — la cabeza dolorosa y el tronco, arrancados con el brazo derecho, — ha correspondido a Méjico. El otro brazo al Perú. Una pierna a Bolivia. Una punta del pie, a la Argentina. ¿Tupac Amaru, resurgirá íntegro algún día? ¡Silencio! No hablemos de esto entre blancos. Pero, no cabe duda: el espíritu del jefe no ha sufrido el desmembramiento... Este espíritu habla, en el presente, en todas las nacions andinas. Por lo pronto el Perú..."

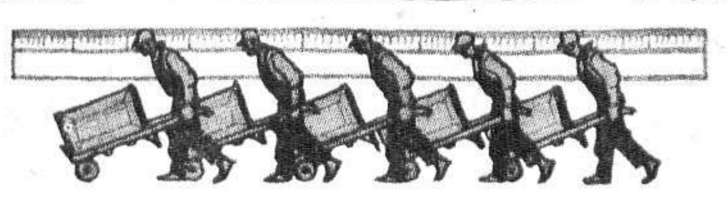
Otro de los capítulos noblemente trazados es el que se refiere a la Reforma Universitaria, a la que asigna capital importancia e historia considerando justicieramente a nuestros universitarios como los iniciadores de un movimiento social que tiene un horizonte aún más allá de las aulas. La sola enunciación de este capítulo bastaría para demostrar cómo a Durtain no se le han escapado los problemas más capitales de nuestra América y con qué propósito informativo ha trazado su interesante libro.

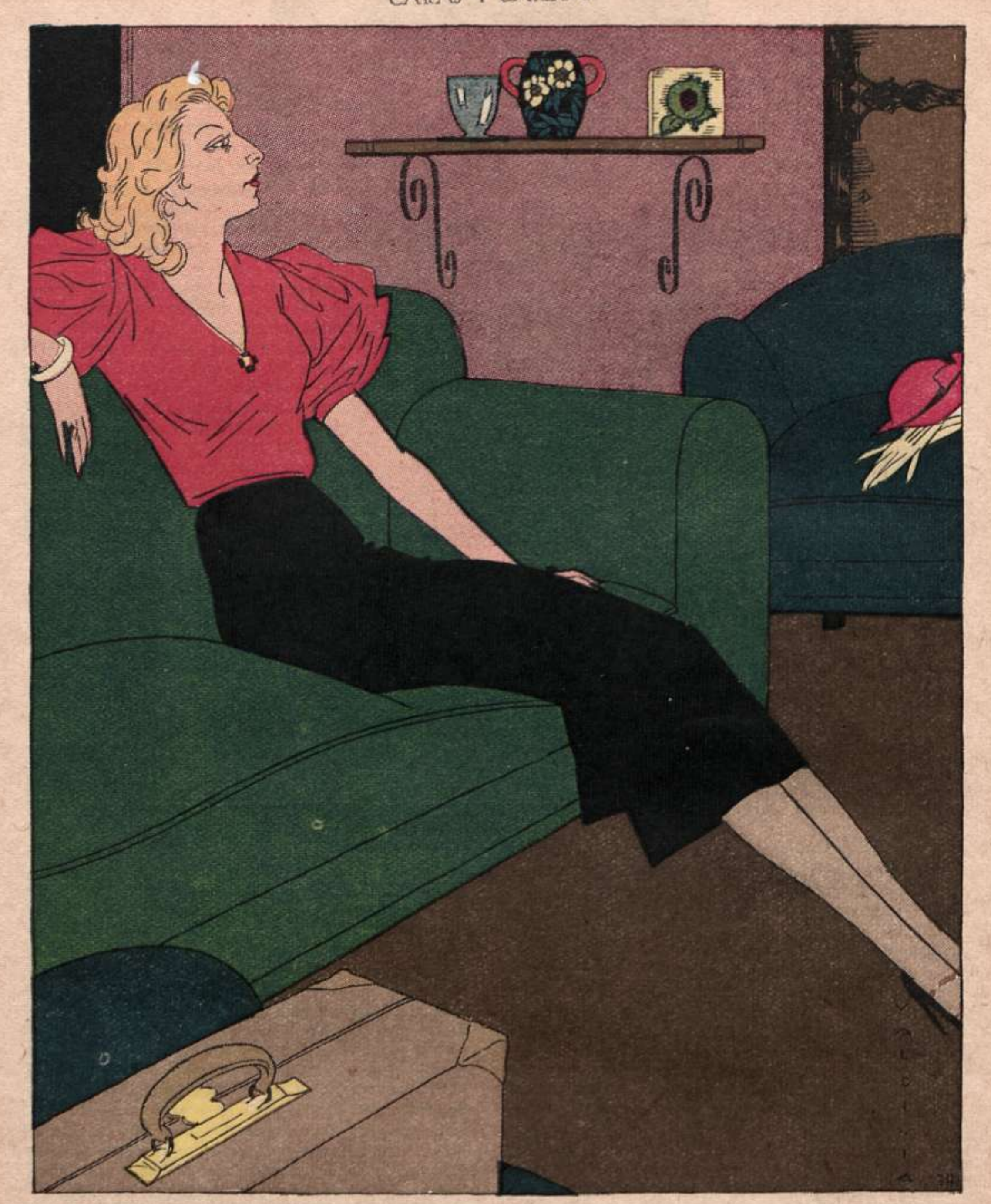
En *Diálogos de la Argentina*, con discreto sentido crítico nos presenta algunos de los habituales y hasta profesionalizados informadores que en nuestros círculos sociales e intelectuales asedian a los viajeros recién llegados al país y, con una franqueza que nos hubiera agradado ver en otros que, como él, llegaron para penetrar en nuestra vida y costumbres, les da la correspondiente réplica.

Y se aleja luego, por el río, rumbo a Europa y cara todavía a Buenos Aires, con estas palabras:

"... Cuando, a la caída de la tarde, el paquete abandonó Buenos Aires, recuerdo que, durante cierto tiempo, nos acompañó la tropa de "buildings". Era bajo un cielo cubierto por trágicos nubarrones, la suprema embajada de una ciudad norteamericana, ebria de acción. Mas, los edificios argentinos carecen de una elevación suficiente para sostener largo tiempo la analogía: la longitud es la verdadera dimensión bonaerense. A dos o tres kilómetros de los muelles, ¿qué restaba en el horizonte? Uno o dos frigoríficos, elevadores de granos, algunas chimeneas de usinas. Ni un cuadro, ni siquiera un croquis; pero, sí, un alineamiento de detalles. Una lista. Una simple lista, neta y abstracta".

Eduardo Mario





EL SEÑOR DEL AMOR

Por FRANCISCO E. COLLAZO

Aquí me tienes de nuevo.

La que así hablaba hizo irrupción en el magnífico y cordial escritorio del departamento que Leonardo Reyes tiene alquilado en uno de los barrios más céntricos de Buenos Aires, precisamente allí donde la aglomeración de gente que va a los bancos, oficinas de profesionales, grandes tiendas y casas de modas, hace más fácil el pretexto o la excusa para las que habitualmente lo visitan.

Al oír la voz de Meneca Cáceres, Leonardo, enfrascado hasta ese instante en la corrección de unas pruebas de imprenta, levantó la vista de los papeles para posarla en la intrusa, y, al advertir en un rápido análisis las intenciones que, evidentemente, guiaban a su amiga, no pudo disimular un gesto de contrariedad. Y es que Meneca llegaba a su casa con todas las apariencias de quien se dispone a tomar posesión de ella. Así lo denunciaba claramente esa valija

que acababa de depositar sobre un sillón, mientras se dejaba caer en otro y arrojaba sobre un tercero sus guantes y su sombrero.

—¡Uf! ¡Vengo muerta de cansada! — agregó la linda visitante, repantigándose en su asiento, estirando todo cuanto podía sus piernas maravillosamente torneadas y abriendo ampliamente los brazos, en ese ademán tan peculiar en que solemos caer cuando, dominados por un gran cansancio, nos disponemos a disfrutar del anhelado reposo.

—¿De dónde vienes? — preguntó Leonardo, más por decir algo que por escuchar de boca de ella la confirmación de lo que presentía.

—¿De dónde ha de ser?... De casa.

—¿Y hacia dónde vas con esa valija?

—¡Hacia la felicidad! ¡Y ya he llegado! — agregó, lanzando un profundo suspiro. — Me vengo a vivir contigo.

—¿Conmigo? Bromeas, sin duda.

—Nada de eso. Hablo muy en serio. Acabo de dejar a mi marido.

—¿Qué dices? ¿Que has dejado a Claudio?

—Sí, y para siempre. Le he escrito unas líneas explicándoselo todo. Le manifiesto valientemente mi amor por ti y la imposibilidad absoluta de seguir a su lado, representando la farsa de un amor muerto ya definitivamente.

—¿Eso has hecho? ¿Y sin consultármelo siquiera?

—¿Para qué? Si de antemano sabía que ibas a aprobar mi idea. ¿No te has lamentado mil veces, esta tarde misma, sin ir más lejos, de que yo fuera una mujer casada?... Pues bien; ya no lo soy. He roto para siempre el odioso vínculo. ¡Soy libre! ¡Libre! — repitió lanzando un nuevo y hondo suspiro.

—Que yo me lamentase de que tu situación fuese un obstáculo a nuestro amor, no era razón para que procedieras como lo has hecho. ¡Es absurdo suponerlo!

—¡Qué chasco! Venía segura de que mi decisión te llenaría de alborozo, ya que colmaba tus aspiraciones de enamorado tantas veces manifestadas, pero veo que me he equivocado. ¿No la apruebas, entonces?

—De ningún modo. Me parece una locura. Una locura y una crueldad innecesarias. ¿No has pensado en ese pobre hombre a quien vas a destrozar de pena y a cubrir de ridículo?

—No he pensado, ni podía pensar en nada. El embrujamiento de tus palabras, de tus besos, de tu amor, o lo que sea, no me permitían reflexionar en nada. Será aturdimiento, mareo... ¡qué sé yo!... Quiero vivir mi vida. Me ahogaba en casa, al lado de un hombre que ya no quiero. Quiero disfrutar mi juventud. Respirar este aire de libertad, con perfumes de ensueño...

—Es una locura, te repito.

—Tal vez. Pero, ¿qué otra cosa puede hacer una mujer como yo por un hombre como tú?...

LEONARDO Reyes era uno de esos hombres excepcionales que se pueden decir nacidos para el amor. De físico singularmente atrayente, en el que unos ojos subyugantes de mirada incisiva y dulce y una boca armoniosa y sensual eran los puntos fuertes de su simpatía; especie de moderno Don Juan, en quien parecían haberse amalgamado el físico de Apolo con la elegancia de Petronio, las maneras de Brummel con la bravura de D'Artagnan, y la astucia de Cyrano con el romanticismo de Romeo; suerte de heredero de todo lo popular y misterioso de esos personajes, nuestro héroe justificaba plenamente el apodo con que un día le bautizaran las niñas de su tiempo: "El señor del Amor".

Desde muy pequeño, su don de atracción se había manifestado en toda su amplitud. Ya entre los chicos del barrio, que le respetaban y querían como a un jefe de pandilla; ya en las fiestas infantiles, en las que invariablemente descollaba por la gracia de sus precocidades y travesuras. Más tarde, en la escuela elemental, fué aquella maestrita joven y bonitilla que solía dictar sus clases desde el banco de Leonardo, quien se encargó de justificar la singular fascinación que el niño ejercía sobre cuantos le rodeaban. Y no contaba aún doce años, cuando las chicas del pueblecillo donde pasara los veranos, se disputaban sus saludos o sus sonrisas durante las retretas tradicionales de la plaza lugareña o a la salida de misa de once los domingos. Y ya más hombrecito, en el umbral de los quince, constituía el centro y tema obligado de las fiestas familiares, haciendo suspirar a las mocositas y a sus mamás, que creían ver en Leonardo al yerno soñado. Todo, en fin, hacía presagiar en él, ya por entonces, al hombre afortunado con el bello sexo que más tarde plasmaron los años, la cultura y los viajes. Y llegó así a ser un hombre excepcional. Temido por sus rivales, que se sabían incapaces de enfrentarle en ningún terreno, y amado de las mujeres, a quienes enceguecía su aureola de conquistador irresistible y su empaque varonil, Leonardo llegó a convertirse en un serio peligro para la sociedad. Y es que nuestro hombre reunía todas las condiciones que se requieren para rendir las armas femeninas. Satisfacía todos los gustos y aspiraciones. Cuerpo atlético y habilidad deportiva evidenciada en toda clase de torneos; destreza en el manejo de las armas y corazón para esgrimirlas cuando era preciso; oratoria fácil y persuasiva, a la que daba un encanto mayor el tono tenuemente opaco de su voz armoniosa y sutil; inteligencia clara y cultura exquisita... Y a todo ello, iba unida una gran fortuna, que le permitía lujos, derroches y extravagancias sin límites. Además, Leonardo era poseedor de un secreto inapreciable. Era un hombre que "sabía" besar. Esa cosa tan simple que parece ser la unión de unos labios con otros, en él era todo un arte. Sabía robar a tiempo un beso a la primeriza, y no ignoraba cómo se debe besar a la que, por admirar demasiado a los astros de la pantalla, no se conforma con la caricia suave y a flor de labios. Era un verdadero experto en la materia, especialmente en cuanto se refería al análisis de la candidata y a la clase de beso que cabía recetarle... ¿Quién podía resistir tantas tentaciones y encantos?... ¿Y quién de la que se rendía a ellos, era luego capaz de olvidar?...

PERO, por muchas que fueran las aventuras amorosas de su vida, ninguna le había resultado tan extraordinaria e inverosímil como ésta a que ahora se veía abocado. Y es que Meneca Cáceres no había sido en realidad una conquista premeditada, sino el resultado de una broma de sus amigos del Jockey. Se comentaba una noche en la tertulia habitual, la "chance" de Leonardo con el bello sexo, cuando alguien se atrevió a ponerla en duda, sosteniendo que ese éxito se debía exclusivamente a la clase de mujeres con quienes ensayaba lo

que él llamaba sus métodos. Supo aquello Leonardo y, en tono de broma, desafió a su detractor a que le indicara una mujer cuya conquista significara un real galardón, comprometiéndose él a lograr su amor en un plazo no mayor de quince días. Si no lo conseguía, pagaría una cena para todos los presentes. Claudio Montes, que así se llamaba quien por primera vez negara sus prestigios de hombre irresistible, aceptó el desafío, pidiendo plazo de 24 horas para designar la candidata. Y a la noche siguiente, ante la estupefacción de todos, dijo a Leonardo, señalándole un retrato que publicaba un diario de ese día:

— Quiero que conquistes a esta mujer.

Aquel retrato era el de la niña con quien el propio Claudio iba a casarse dos días más tarde.

— Reconozco que has estado astuto — respondió Leonardo, consciente de las dificultades de la empresa que se le proponía, — pero, de todos modos, lo intentaré.

Quince días después, el fracaso previsto fué festejado ruidosamente en una cena que Leonardo pagó con su acostumbrada esplendidez. Pero, si las paredes de su departamento pudiesen hablar, con seguridad nos dirían que quien debió pagar la comida era Claudio...

PORQUE Meneca había estado aquella tarde de visita. Y siguió yendo muchas otras. Y lo que se originó en una broma de amigos, llegó a ser para Leonardo una seria preocupación. El asunto se había ido complicando cada vez más, hasta culminar en la imprevista determinación que Meneca venía a comunicarle ahora. ¿Qué hacer?

Ensimismado en estas reflexiones se hallaba nuestro hombre, cuando el sonido de la campanilla telefónica lo arrancó de su abstracción. No dudó un instante sobre la procedencia de aquel llamado. Tenía que ser Claudio. Y así era en efecto. Lo comprobó apenas descolgó el tubo y escuchó de boca de su desafiante los mayores improperios.

— Oye... oye... No te acalores... Déjame hablar y verás que no tienes razón... Sí, no te lo niego. Meneca está aquí, a mi lado. Pero, no prejuzgues, ni hagas caso de lo que te dice en su carta... La escribió justamente ofendida por algo que alguien que no te quiere bien le ha hecho saber... Ya te imaginas a qué me refiero... Meneca sabe que tú me desafiaste en rueda de amigos, a que la conquistara en quince días... Dice que no te lo perdonará nunca... Convengamos en que no estuviste nada bien aquella noche... Esas apuestas no se hacen con personas que están tan cerca de nuestro corazón... Pero, puedes estar tranquilo... Mi apuesta fué bien perdida. Tu mujer es la más honesta del mundo y en este momento se dispone a ir en tu busca para darte un fuerte tirón de orejas... La pobre está ciegamente enamorada de ti...

No pudo seguir hablando. El portazo que Meneca dió al salir del departamento, fué de los que cortan hasta las comunicaciones telefónicas...

Fermín Estrella Gutiérrez

DIBUJO DE VALDIVIA

VILLANCICOS

Por EDUARDO DEL SAZ

Los pastores y los Reyes
toítos eran iguales,
junto al Niño Milagroso,
que no tenía pañales.

Coplas y más coplas
cantar con primor,
que quiere más coplas
el Niño de Dios.

Gaspar le trujo oro fino,
Gusepe le trujo miel,
Melchor, riquísimo incienso,
y una pastora, un clavel.

Elige, chiquiyo,
elige, mi amor,
que para eso eres
el Niño de Dios.

Jesús no miraba el oro,
pero miraba el clavel;
la Virgen con un dedito
le puso en los labios miel.

Relámete, encanto,
relámete, sol,
y pide más mieles,
mi Niño de Dios.

Los pastores y los Reyes
se juntan para adorarlo;
los Reyes se fueron luego,
los pastores se quedaron.

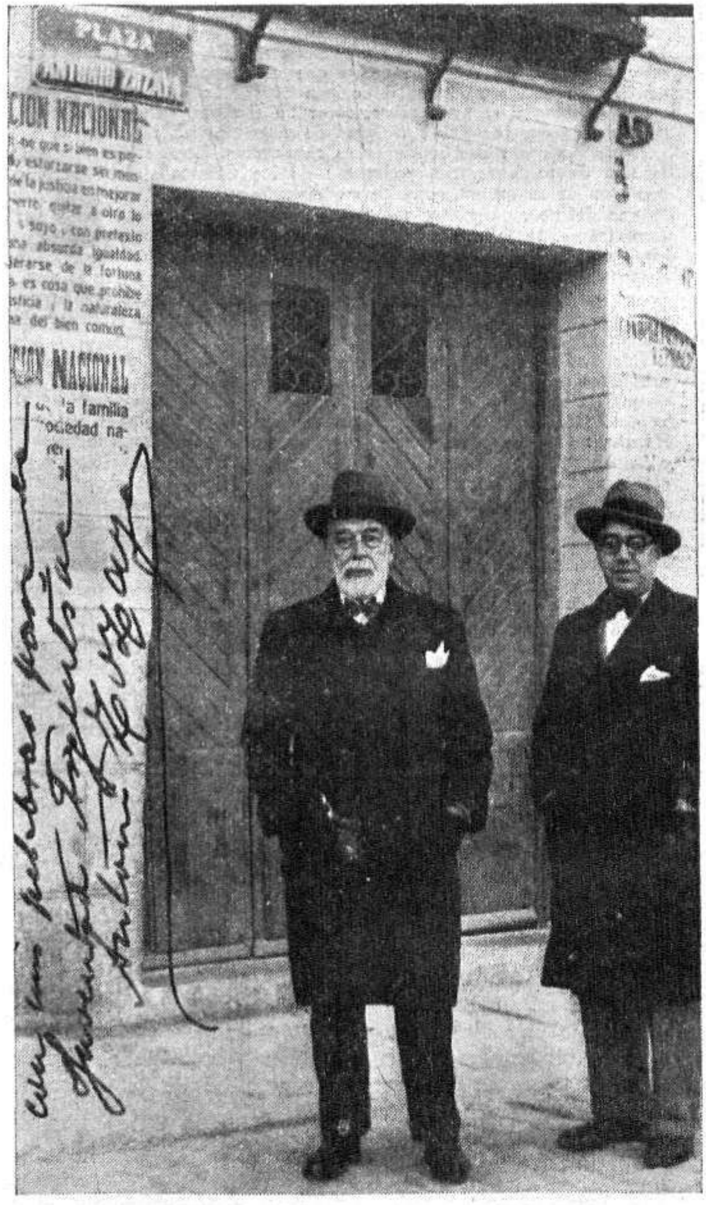
Coplas y más coplas
cantar con amor,
que más coplas quiere
Jesús Salvador.

Eduardo del Saz

El mensaje a la juventud argentina de Antonio Zozaya, patriarca de las letras españolas

♥ En el hogar del noble escritor. Juventud y vejez. ♥

Por MILTON PEREYRA



El ilustre escritor español don Antonio Zozaya, en la plaza que lleva su nombre, acompañado por el señor Milton Pereyra, autor del presente artículo.

Antes de leer el mensaje a la juventud argentina, visitemos al hombre ilustre. Conozcamos su nido. Escuchemos su voz íntima. Percibamos el latido de su gran corazón.

Plaza del Progreso, punto inicial de la calle Magdalena, es, a pesar de su nombre, absolutamente indiferente a la fiebre renovadora de Madrid. Las viejas construcciones que la circundan, son lavadas a simple cal blanca. Y los balcones lucen formidables barrotes centenarios. El sol besa las quietas habitaciones, tornándolas en nidos propicios a la meditación.

Tal la Plaza del Progreso y tal la calle de la Magdalena, en cuyo número 9 (caserón hidalgo y viejo) habita el patriarca de las letras españolas don Antonio Zozaya.

En la portería el "concierge" saca la cabeza por una ventanilla de pino sin lustrar y nos dice:

—Don Antonio no ha salido. Suba usted, que lo alegrará.

La escalera es de perdurable madera límpida, sin pinturas, mordida por el jabón y el cepillo. La baranda de seguridad, de hierro batido, recio y liso. El conjunto es franco y saludable. Y ranciamente español.

Suena el timbre y aparece una torta de salud. Es el redondo rostro de la fámula. Luego aparece un anciano al-

to y fino. La barba blanca, cuidada le alegra el rostro cordial. Sus ojos cariñosos nos acogen con cabrilleos sonrientes.

—¡Hombre, pase usted! ¡Pase el argentino!...

Entramos en un salón amplio, alfombrado.

—Pues aquí hace frío —nos dice. — Vamos a la habitación vecina. Es más pequeñita, más tibia.

El ilustre anciano nos conduce a otro cuarto. Levanta la carpeta que cubre una mesita redonda y mira al suelo.

—Ahí, abajo de la mesa tengo un bracerito. Siéntese usted en el sillón y acerque los pies. Así.

El señor Zozaya arrima su silla y acomoda las piernas bajo la mesa. Nosotros protestamos deseándole el lugar más cómodo.

—No, no. Soy más joven que usted. Soy un buen viejo. Y los viejos buenos son más mansos, más niños que los niños. Un poco más y el biberón... Hasta se caen de la cuna. No están lejos mis ochenta y sé lo que digo...

Y ríe sinceramente, machucando el pañuelo entre las manos.

Toda vez que veo a este hombre, toda vez que lo escucho quedo sorprendido por la blancura de su alma. Percibo la acuidad extraordinaria de sus sentidos en la claridad cándida de su corazón. En ciertos momentos lo creo un niño sutilísimo y en otros una cabeza tocada por la luz de una santa serenidad.

Su preocupación, su tema, es la Argentina. ¿Se alejará del idioma? ¿Perderá su hidalguía quijotesca gaucha, su sello, entre aluviones inmigratorios que abusan de sus acogedoras libertades?

—Usted ama nuestro país sin conocerlo de cerca — observo. — No nos ha visitado usted. Allí su nombre es amado.

—Muchos argentinos generosos, muchos compatriotas nobilísimos, me pidieron que fuese a decir algo por el porvenir del espíritu, del corazón argentino amenazado. Otros deseaban algunos cursos míos en la Universidad de La Plata (el doctor Zozaya es reputadísimo abogado y autor de notables obras de derecho). También algunas instituciones me solicitaron este viaje. Pero estoy atado a una labor diaria. Y mi grande anhelo era hacer el viaje costeándome los gastos. Un viaje totalmente desinteresado, en fin. Un viaje de hermano. Hablaría de nuestro nuevo derecho penal y tendería el oído hacia los que allá se preocupan de estas cosas. Allí se trabaja mucho y bien en estos problemas. Luego me acercaría a la gente de letras. Y también a esa juventud briosa que hace uno de los más interesantes periodismos del mundo. Pero nada de conferencias y viajes pagados.

El gran escritor queda en

EL MENSAJE DE ZOZAYA

Creo que yerran quienes suponen que España tiene todavía grandes cosas que hacer en Sudamérica. Nuestra función allí ha terminado y no xiste un solo español cuerdo que sueñe con influencias que acabaron por siempre. Cuantos escritores se llaman hispano-*americanistas y suponen que pueden existir relaciones cordiales entre* iberos e hispanoamericanos, recordando nuestra dominación y presumiendo de una superioridad espiritual que ya no existe, se equivocan de medio a medio. Es más: me temo que la conducta de muchos españoles en América haya relajado demasiado los lazos de amistad sincera que debiera existir entre pueblos que hablan el mismo idioma.

Pero estoy convencido de que a los pueblos americanos conviene, por su propio interés, hacer de España un simbolo y ver en nuestra vieja patria un nexo ideal de unión entre todos ellos. Porque a todos interesa hallarse lo bastante unidos para contrarrestar otras influencias absorbentes. Y el principal lazo de unión tiene que ser indiscutiblemente el lenguaje. Si, por desgracia, el idioma castellano se fuera perdiendo en la Argentina, esta nación admirable y de porvenir tan glorioso, en vez de ser el núcleo de un enorme imperio y la capital verdadera del mundo futuro latino, se vería divorciada por siempre de sus hermanas y expuesta a graves riesgos en lo futuro. *Mi afirmación escueta y rotunda es ésta*, que será, sin duda, muy discutida en América, pero que el tiempo se encargará de confirmar: si las naciones de origen español conservan a España en su corazón y en su cerebro, como un simbolo, es decir, como el mandato imperativo de la realidad de conservar su idioma, sus caracteres étnicos y sus sentimientos románticos, llegarán a constituir la liga de naciones más poderosas de los últimos siglos; pero si reniegan de su origen, cambian su lenguaje y se muestran hostiles a lo que define su carácter racial, acabarán por no entenderse y por encontrarse, tarde o temprano, a merced de otras razas más conscientes de la fuerza de la unión y de la eficacia de la conservación de todo aquello que les dió vida. Quien se emancipa y corre el mundo no puede ser fuerte, si no guarda como una reliquia, en su pecho, para besarla, de cuando en cuando, la moneda de plata que le dió su madre al partir.

Las naciones americanas de origen español pueden muy bien no acordarse de España, que nada tiene que hacer en ellas; pero, por *su propio bien, deben conservar su idioma y sus orientaciones en el* pensar. Les es preciso formar una Sociedad de Naciones, en que España no figure para nada y cuya presidencia corresponda, acaso, a la Argentina; pero en la cual el espíritu cervantino aletee y se cierna victorioso sobre las águilas sajonas. Tienen que elegir entre la desunión y la muerte o la comunidad de idioma, de costumbres y de ideales, que no pueden ser otros que los del Caballero manchego que trueca los mesones en castillos y los armatostes en veladores clavileños, y se lanza al campo, sin medir sus fuerzas, para hacer que triunfe en todas partes la justicia y "post tenebras spera lucem", tras las tinieblas espera la luz.

España tiene que hacer algo muy grande y desinteresado, que acabará por acatarse algún día y que yo en vano he querido ver realizado al ser discutida y votada en Cortes la nueva Constitución. Yo quisiera que todo americano de origen español, por el hecho de pisar nuestro suelo, gozara de la ciudadanía, en lo tocante a los

A NUESTRA JUVENTUD

derechos a ella anejos. No importaría que el súbdito argentino, peruano o boliviano fuera italiano o chino. Era sudamericano de condición y ello debiera bastar. Porque el honor no se dispensaría a los hombres, sino a la Patria americana que los conceptuó merecedores de ciudadanía y que España no tenía por qué discutir. Esto unido al reconocimiento de títulos académicos y patentes y a la franquicia aduanera, haría más por la unión espiritual de España y de sus hijas que todas las declamaciones hiperbólicas y apoteósicas de la desgraciada Reina Doña Isabel la Católica, a la cual, en bien de las relaciones hispano-americanas, hay que desmontar para siempre igual que a Hernán Cortés y a Cisneros, de sus respectivos corceles.

Pero hay que hacer más: España debe conceder a todas las Naciones de origen español el derecho de nombrar un representante en el Parlamento español, asignándole espléndidas dietas, para que tomen parte en sus deliberaciones y en las votaciones consiguientes. La ventaja para España sería enorme, puesto que, igual que las madres prudentes llaman a sus hijos para que las aconsejen en sus alegrías y en sus penas, España contaría en Cortes con un grupo de diputados desligados de todo interés partidista, de elevación moral y de autoridad indiscutible, que evitaría muchos conflictos, que nos parecen insolubles. No se diga que ello equivaldría a enajenar la Soberanía, puesto que siempre España tendría mayoría y que ese grupo no iba jamás a ponerse de acuerdo para cosa alguna matricida. En cambio, ¡qué prestigio daría al Parlamento y qué elevación a los debates! ¡Qué efecto moral tan decisivo tendría esta conducta de la vieja España, no sólo renunciando a la loca idea de intervenir en los asuntos americanos, sino fundando su amor con ellos en lo inverso, en su participación en los problemas españoles, cuya importancia sería para ellos notoria, una vez reconocida España como un símbolo de amor y compenetración entre los individuos de toda una raza!

Para América ello sería también muy importante: porque ese grupo de diputados americanos en el Parlamento Español sería la base de una Sociedad de Naciones hispanoamericanas, en la cual ya he dicho que España no figuraría. En relación constante, en terreno neutral y amoroso para todos esos pueblos ellos podrían afirmar los cimientos de una confederación, por lo menos espiritual, para la defensa común, para el fomento de su comercio y para la evitación de choques y conflictos por graves que pareciesen. España habría hecho por los hijos de su raza bastante más que los retóricos que forjan sus viejas metáforas en las fiestas del 12 de Octubre.

¿Qué todo es soñar? ¡Bienaventurados los que sueñan! Nada es real si no es ideal y todavía puede asegurarse, en otro sentido más humano que el hegeliano, que solamente lo ideal es real. Algún día será realizado lo que ahora parece delirio, y entonces se verá que, pese a la distancia que nos separa y a las tendencias disgregadoras que amenazan con hacer tan extrañas a unas repúblicas americanas de otras como lo es de China el Sudán, todavía tiene mucho que hacer España por América y mucho también que trabajar la América que fué un tiempo española para hacer de España un emblema sagrado, que la hará fuerte y digna como hace al hombre de corazón honrado y prócer el recuerdo de la anciana de blancos cabellos y pulso temblante, que le enseñó a hablar, a trabajar y a soñar con las cosas desinteresadas y sublimes.

Pereyra

silencio. Y torna a machucar el pañuelo entre sus manos.

—¿No es verdad que esta habitación es tibiecita y muy íntima?

Y luego:

—Yo me he criado en esta calle. Muy cerca de aquí murió mi padre. Es un barrio silencioso y bueno. Mañana me acompañará usted a caminar. Conocerá la plaza que lleva mi nombre. Queda cerca de aquí. No es una gran plaza central, no es la plaza de oriente — agrega sonriendo. — Es una plaza de barrio, de mi barrio. Amo a mi plaza porque me la han dedicado recordando que no he hecho mal a nadie, que soy un buen hombre. Eso es todo.

Y nuevamente torna a reír juvenilmente.

Yo vuelvo al tema de su anhelado viaje a América.

—Pues ya no podrá ser — me responde con tristeza. — Mis largos años de labor me habían servido para reunir algún dinero. Pensaba descansar, quedar quieto. Compré títulos de escasa renta, pero segura. Y luego vino la carcoma de la crisis y dejó en mis manos papel picado. Debo seguir trabajando. Mi viaje a la Argentina significaría seis meses de paréntesis en mis obligadas y diarias labores. Ya no podrá ser ese bello sueño. A veces la adversidad se excede, golpea con tenacidad mantenida.

Se levanta como huyendo de las propias imágenes.

—Le traeré un recuerdo que mis lectores me dedicaron por pública subscripción. Se trata de un tomo que reúne artículos seleccionados, míos.

Al verlo desaparecer recuerdo las amarguras que agitaron extrañamente a este alto y delicado espíritu. Ultimamente, la fatalidad incansable rondaba la figura de uno de sus hijos (tres profesionales distinguidos). Y una mañana, en plena juventud, al poner los pies en un tejado, rodó al vacío neciamente.

Al aparecer con el tomo de sus mejores artículos, reunidos lujosamente por sus lectores en larga edición, lo pone en mis manos y me dice:

—Ya que no puedo ir a la Argentina, que vaya mi palabra. Deseo enviar un sincero mensaje a la juventud argentina. Ahora debo acudir a la Biblioteca Nacional. ¿Me acompañará hasta allá?

En el trayecto, don Antonio me va entreteniendo con sus charla cambiante, amable, alegre. Es un cerebro joven, optimista, fuerte.

Al dejarlo frente a la Biblioteca Nacional, me recuerda:

—Lo espero mañana. No falte.

Luego veo alejarse su encantadora figura. La veo perderse tras de la gran puerta de la Biblioteca. Allí ocúpase de la salud espiritual de España, desde su alto cargo de presidente del Patronato Nacional de Bibliotecas.

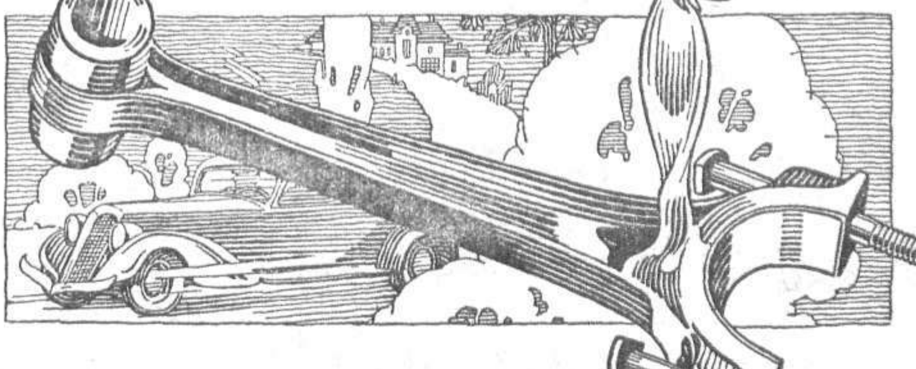
De tierra adentro



Avenida de un olivar riojano, durante la cosecha de aceitunas.







EL PLACER QUE le proporcione su automóvil depende de su cuidado en la elección del aceite lubricante.

El hombre previsor reconoce la conveniencia de usar solamente "Standard" Motor Oil. Es en esta forma que el motor marchará suavemente y sin recalentamientos, sin necesidad de entrar en el taller de reparaciones. Piense en lo que significa estar siempre seguro de que su automóvil le "llevará" y le "traerá" sin asomo de desperfectos. Esta es la seguridad que consigue Ud. usando "Standard" Motor Oil con regularidad. Vacíe su cárter y llénelo a intervalos regulares, para mayor seguridad y economía.

Donde pudiera existir fricción, brinda el "Standard" Motor Oil protección eficiente.

"STANDARD" MOTOR OIL

PRODUCTO ARGENTINO

Use Wico "Standard"— es nafta argentina

Córdoba y el turismo



Una vista panorámica de la hermosa ciudad.

SALAMANCA de los Andes, con sus estudiantinas y sus doctores, su fe y sus luchas del espíritu. Córdoba de la Argentina, vivero de almas tradicionales y de almas rebeldes, fortaleza edificada en torno de la famosa universidad.

Cuadras largas, calles anchas, iglesias abundantes, jardines plácidos, río serpentino, palacios suntuosos, arboledas frondosas y trescientos mil habitantes.

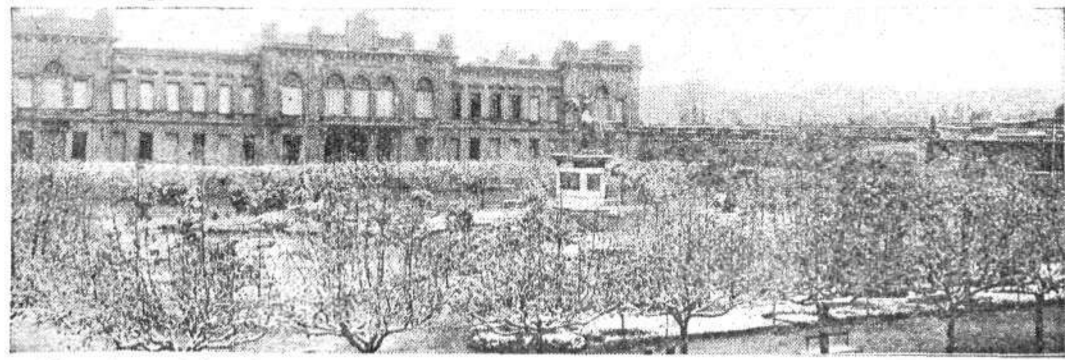
Córdoba madruga para no perder la misa del alba y luego estudia para no perder el curso. Dedica sus ocios a la vida social y a los deportes. Nido de hidalgos, dentro de nuestra democracia, siente veneración por los apellidos nobles. Por eso, más bien que a su homónima del Guadalquivir, se asemeja a una ciudad castellana. Y por su aspecto, también. Córdoba es puerta de la salud. Las montañas vecinas calman la angustiosa ansia de los hombres heridos en el pecho.

Cortesía, cultura y vivacidad de espíritu son los rasgos de cordobesas y cordobeses. La hermosura y la linda gracia de ellas cautivan.

La gran ciudad continúa progresando de modo visible. No tiene el defecto, muy común a los focos tradicionales de antiguo abolengo, de enquistarse y odiar las modernizaciones. Córdoba mantiene sus fueros arcaicos y rinde culto a la renovación.

Por eso, ella y toda su provincia tienen industrias valiosas. La agricultura y la ganadería alcanzaron desde hace tiempo una importancia grande. Sus red de carreteras es de las mejores y sirve para fomentar el tráfico industrial y el turismo.

La primera visión de la Cordillera



La Plaza de la Independencia y la Casa de Gobierno de San Luis.

AllÍ inicia, meritoriamente, el suelo patrio sus "estudios andinos"; hacia el oeste se divisan las cumbres "doctoras", diremos continuando el símil universitario, que nos parece bastante justo. La ciudad de San Luis abandonó las aulas cuando había llegado a los 719 metros de clasificación; y se limita al papel de espectador. Sin embargo, su altura sobre el nivel agobiante del mar le proporciona una señoría bastante respetable. Ambiente seco y liviano os brindan una tonificante acción sedativa y salutífera. Vale la pena visitar la capital puntana.

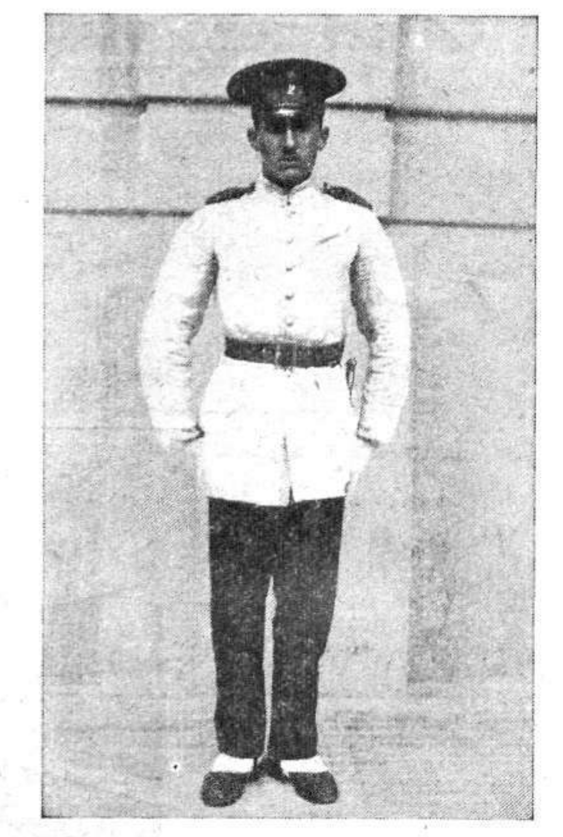
San Luis, merced al esfuerzo de sus habitantes, comienza a formar esa bola de nieve que constituyen las grandes ciudades. Es una ciudad tranquila, donde el ruido no aturde, propia para el descanso. Tiene bellezas edilicias de gran valor y un tono de villa colonial, atrayente. Sus criollos, extremados en la cortesía, se distinguen por su excelente carácter y refinada ciudadanía. No es menester acudir a extremosos madrigales para loar la hermosura y la discreción de la mujer puntana.

Lindos horizontes, buen clima, vida de relación amable, ¿qué más puede pedir el viajero, deseoso de conocer las tonalidades de la idiosincrasia argentina, cuando busca impresiones en una recorrida por su país?

La industria de las ricas canteras, las salinas y la explotación de veneros metalíferos constituyen fuentes de la grandeza del país. Falta de agua en varios sitios extensos, necesitada de transportes fáciles en otros, San Luis es una provincia de lucha laboriosa, que sus hijos sostienen cada vez con mayor tesón y provecho.

En nuestros cuarteles, donde el sentimiento de la argentinidad se afianza y se fortifica, no es fácil encontrar un conscripto que una a sus excepcionales condiciones de hombre antecedentes de hondo arraigo en el pasado del país. Por eso, Ricardo Alberto Castro Huergo, que acaba de abandonar las filas del ejército, después de diez meses de conscripción, constituye un caso excepcional. Hijo de don Pedro Amancio Castro y de doña Josefa Dominga Huergo, Ricardo es el séptimo varón nacido de dicho matrimonio. Sus seis hermanos mayores cumplieron también con la ley del servicio militar obligatorio, y sus dos hermanos menores cumplirán en breve con la misma. Las cifras bastan para hablar elocuentemente de esta familia ejemplar, de esta célula familiar, constituída por quince personas — incluyendo las tres hermanas de Ricardo, — de esta hermosa rama humana y argentina aferrada, por tradición hogareña, a varias generaciones nacidas en nuestro país. En el libro de partidas bautismales de la Merced constan los nombres a los cuales está vinculado el joven Ricardo Alberto Castro Huergo: los Castro, los Chaves, los López de Osornio, los Jovellanos, los Rico, los Manrique, los Viera, los Lozano, los Carrera, los Baca, los Bailón, los Balderas, los Laprida, etc. Desde el año de 1628, lleva Ricardo Alberto sangre de argentinos. ¶ Desde el día de su ingreso en las filas, en la sección de comunicaciones del regimiento 2 de Infantería, el conscripto Ricardo Alberto mostró las raras condiciones de su carácter: ordenado, disciplinado, enérgico y estudioso, mereció la atención y el cariño de sus jefes, en modo especial del teniente Eduardo Castro Olivera, comandante de la mencionada sección. En cuanto a su conducta para con sus compañeros de servicio, fué verdaderamente cordial, y una de sus más grandes satisfacciones es la de saber que supo granjearse la amistad de todos ellos. ¶ Ni una sola falta, ni un solo apercibimiento, ni un solo arresto, encontrará nadie en su foja de servicios. Y esa conducta intachable fué causa de que la sociedad Pro-Patria lo premiase con la medalla de oro que se otorga anualmente a los conscriptos de mejor comportamiento. Diez han sido los que estaban en las condiciones de Ricardo Alberto Castro Huergo, entre los que integran las fuerzas con asiento en la Capital Federal, y los diez son, por cierto, merecedores del más franco elogio, elogio que les tributamos en la persona del compañero que inspiró esta página, pues él los representa dignamente. El joven Castro Huergo puede sentirse satisfecho de su condición de argentino, por sus virtudes de ciudadano, por sus méritos de soldado y por lo que él significa como descendiente de varias familias vinculadas a nuestro desenvolvimiento histórico; y más satisfecho aún por la opinión de su jefe inmediato, el teniente Castro Olivera, y de su superior jerárquico en el regimiento en el cual sirvió, el teniente coronel don Pedro Casariego, jefe del 2 de Infantería. Y le decimos todo esto porque Castro Huergo es un hombre sencillo, sin petulancias, libre de tontas vanidades y capaz de seguir siendo bueno en toda su futura vida civil.

▼



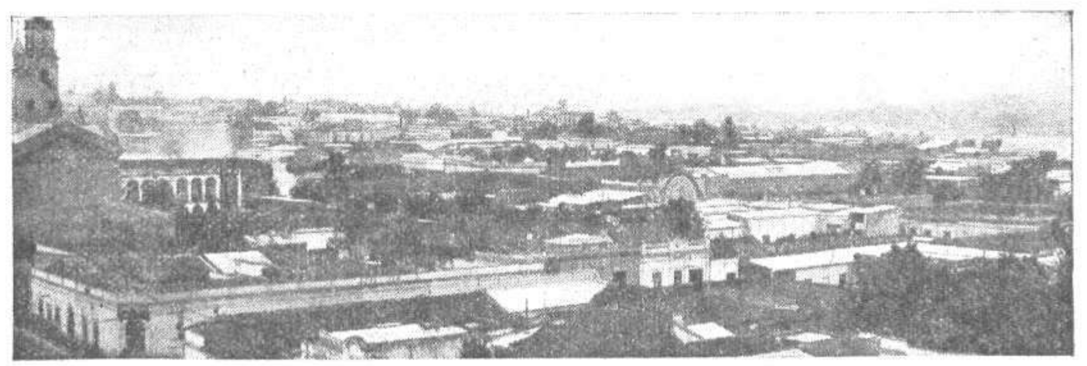
Don Ricardo Alberto Castro Huergo, conscripto de la clase de 1913, que mereció el premio Pro-Patria.

UN CONSCRIPTO ARGENTINO



El ex conscripto Castro Huergo, en compañía de su señor padre, don Pedro Amancio Castro.

Un rincón escondido



Un aspecto de la ciudad.

DESDE un valle, a orillas del arroyo Choya, Catamarca gobierna su provincia. Es un rincón escondido de la precordillera, lugar de paz para el visitante, harto del tráfago cosmopolita. Seguramente, fué fundada como estación del camino a El Dorado, como un campamento de futuros mineros. Toda la tierra de los contornos hablaba de minas a los conquistadores. El oro, tantas veces designado principal móvil del descubrimiento y la conquista americana, merece ser perseguido. ¿Por qué hablar mal de los que lo buscan? Conduce al logro de mil cosas buenas; no desentona junto a la mirra y al incienso.

Catamarca sueña con veneros de oro y de metales valiosísimos, en tanto cría sus haciendas, destila su licor, labora sus campos y teje sus géneros. Soñar con el oro equivale a soñar con la grandeza de un país. El anhelo es justo y se halla cercana su realización, porque los escondrijos de la sierra están repletos, esperando que el hombre encuentre tesoros que sembrar. Y, sin duda, algún día surgirán los audaces sembradores de plata amonedada que sepan cierta la cosecha de metales.

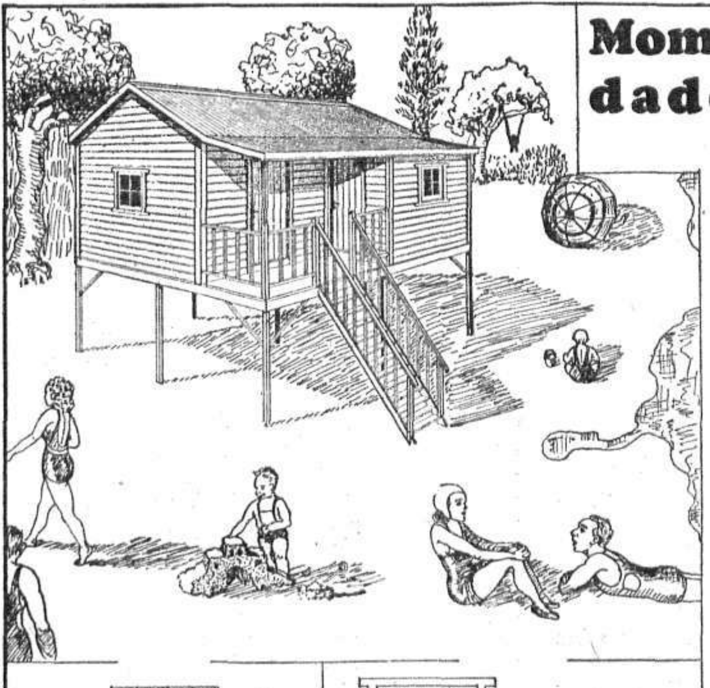
Todo viajero padece allí la influencia de la puna aurífera. Los catamarqueños no os dirán que sueñan la fortuna minera; son tenaces y reservados, como buenos taladradores de la montaña. Gente culta, bondadosa, de calma imperturbable, cortés y discreta. Catamarca sigue, a ligero andar por el camino de la cultura, al calor amoroso de sus hijas.

La provincia se distingue también por la producción de licores y vinos, sobre todo por la del celebérrimo aguardiente de Catamarca. Los cueros y otros productos son muy solicitados por los comerciantes.

De tierra adentro



Vendimiadores mendocinos, trabajando alegremente en la cosecha de la famosa uva.



Momentos de verdadero placer:

El arrullo del mar, las caricias del sol, la tranquilidad del ambiente, esperan a los veraneantes para proporcionarles momentos de descanso y esparcimiento. Sin embargo, falta algo para que esos momentos sean de verdadero placer: una casita cómoda, económica, que se adapte fácilmente a las características de las costas e islas.

Esa es nuestra oferta y al presentarla, sólo hacemos de ella el más firme de los elogios: es una oferta de TORTOSA Hnos.



CELOSIAS DE HIERRO

Construídas con zócalo de chapa 18, doble frente, tablillas encastradas en planchuela, batiente de cierre, *tapajunta* en una sola pieza y falleba de bronce niquelado. Las entregamos con una mano de antióxido, prolongando así la duración de la celosía.

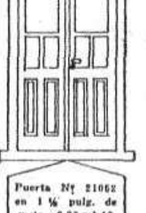
EN 4 HOJAS

2.00 × 1.00. . . $ 35.35
2.20 × 1.10. . . „ 40.00
2.40 × 1.10. . . „ 42.45
2.60 × 1.00. . . „ 42.00
2.60 × 1.10. . . „ 44.95
2.80 × 1.10. . . „ 47.45
3.00 × 1.10. . . „ 49.95
3.20 × 1.10. . . „ 52.35

y mil medidas más.

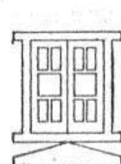


Puerta Nº 21063 en 1¼ pulg. de mts. 2.80 x 1.10 **$ 43.35**



Puerta Nº 21062 en 1¼ pulg. de mets. 2.20 x 1.10 **$ 32.90**





Ventana Nº 71050 en 1½ pulg. de mts. 1.00 x 0.75 **$ 14.85**

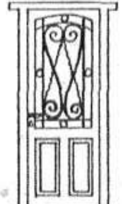


Ventana número 71080 en 1¼ pulg., de metros 1.00 x 1.00 **$ 17.75**

PRECIOS NETOS

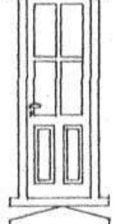
SOLICITE CATALOGO GRATIS

FACILIDADES DE PAGO



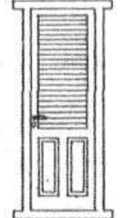


Puerta Nº 10184 en cedro de 2 pulg., de metros 2.00 x 0.80 **$ 80.10**

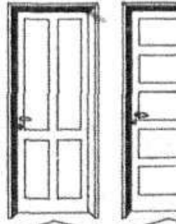


Puerta Nº 11042 en 1½ pulg., de mets. 2.00 x 0.70 **$ 19.60**

Puerta Nº 11062 en 1¼ pulg., de mets. 2.00 x 0.80 **$ 22.05**



Puerta Nº 12600 en 1½ pulg. de mets. 2.00 x 0.65 **$ 22.05**



Puerta Nº 13650 en 1½ pulg., de mets. 2.20 x 0.75 **$ 21.55**

Puerta Nº 13608 en 1¼ pulg., de mets. 2.20 x 0.80 **$ 28.10**

CONCESIONARIO EN LA CIUDAD DE CORDOBA:

F. Saúl Perichón

Av. General Paz 1 esq. Dean Fúnes.

TORTOSA Hnos.

ESTABLECIMIENTOS MADERERO - METALURGICOS

Exposición y Ventas: CHARCAS, 2950

Adm. y Talleres: CHICLANA, 3341

BUENOS AIRES

Natividad del Señor...

Por LA DAMA DUENDE

Beatitud inefable inunda los corazones, como si el alba luminosa de tan glorioso día, despertara en los míseros mortales el sentimiento íntimo, profundo, del verdadero y divino amor: de ese amor cristiano que debiera sellar siempre los actos de nuestra vida! ¡Natividad del Señor! Data tan solemne celebración de la primera centuria de la era cristiana, cuando fueran establecidas las fiestas de Navidad, Resurrección, Ascensión y Pentecostés... siendo instituido el santo oficio de la *Nochebuena*, en el año 140 del Señor. Rasga desde entonces la penumbra de las naves imponentes, o de las humildes ermitas y capillas levantadas por la fe cristiana, la luz temblorosa de velones o de cirios que arde ante el altar, como promesa latente de la redención humana. Años y siglos transcurrieron sin embargo, sin que la voz del bronce vibrara jubilosamente en las alturas, anunciando el nacimiento de Jesús de Nazaret; el canto prolongado y armonioso de las campanas repicando a gloria o grave, punzante hasta la angustia, empezó a poblar los espacios infinitos, en el año 400 de la era cristiana.

Y así vibraron en el correr de los siglos sobre la aldea adormilada a la sombra de las higueras corpulentas, en el campanario de la capilla primitiva de San Ignacio, iglesia porteña que constituye toda una tradición en nuestra amada ciudad, y que conserva como sagrada reliquia, una de las campanas más grandes y antiguas de la colonia.

A ella se unieron luego las voces de bronce de las iglesias de San Francisco, del Pilar, de la Merced, de San Nicolás, de las Catalinas...

"El amor y la devoción eran las únicas flores del jardín espiritual" de la aldea en la que transcurría la vida serena y vegetativa: para toda porteña de rango, el interés de la vida se encerraba en el comentario de algún romance sentimental, o en la crónica de las ceremonias piadosas: el sermón de tal cual predicador de fuste, el Tedéum en acción de gracias, las Misas Gregorianas en sufragio del alma de algún hidalgo de rancia prosapia, o en las procesiones que habrían de imponer a los vecinos de la Merced, del Colegio o de la Catedral, el decorar con telas o tapices los frentes de aquellas nobles casonas de azotea, con los cuadrados patios a la andaluza, vestidos de madreselvas y jazmines del país o toldados con la umbrosa parra.

En vísperas de la Natividad del Señor, en el estrado señoril a la hora de la visita o la tertulia, se anticipaban los preparativos para presentar el Nacimiento o el Belén, que trasuntaría la fervorosa piedad y la magnificencia de las mansiones cuya tradición se ha conservado a través de las generaciones, como núcleo luminoso de las virtudes y dignidad de nuestra estirpe. La leyenda sagrada se representaba en tales hogares, con verdadera suntuosidad, lo que daba pábulo entonces, a las interminables y fantásticas descripciones de la servidumbre de color que poblaba de rumores el patio y la huerta, y difundía hasta la calle, las magnificencias del Belén; avispadas y parleras, las mulatillas venían presurosas a anunciar a su ama, que la pesada berlina de alguna matrona de linajuda prosapia, vehículo arrastrado por dos yuntas de mulas, luciendo doradas guarniciones, trataba de sortear los baches de la calle para que tan noble dama pudiera hacer su entrada solemne, vestida con sus mejores galas, en el salón hospitalario y suntuoso, revestidas de brocado sus paredes, y en el que brillaban ya las luminarias reflejadas al infinito, por curiosas cornucopias o los espejos enmarcados en plata labrada de Potosí: el aroma del chocolate, se mezclaba a la aromada niebla del incienso, que se elevaba ante el Belén.

Porque el abeto de Navidad, lectoras y amigas mías, cuyas ramas cargadas de luces y juguetes constituyen hoy la más preciada ilusión de nuestros niños, era ignorado en absoluto en los hogares de rancia estirpe española; al entroncar por alianza matrimonial con la vieja sociedad criolla, los caballeros ingleses o alemanes, incorporaron a sus hogares, ese símbolo pueril y lleno de sugestivo encanto, del árbol de Navidad, de ese abeto de nevadas ramas y luces deslumbradoras que evocaba seguramente la visión amada de la patria lejana, para los extranjeros que fundaron sus hogares en tierras del Plata; pero las condiciones del clima, en el solar de la vieja aldea, no eran propicias sin embargo, para imponer la fiesta tradicional de los países nórdicos, celebrada en el recinto cerrado de la casona familiar.

El canto armonioso de las campanas gozosas, abría de par en par los salones de antaño, en el barrio aristocrático, como en las viejas quintas criollas, en las que se disponía el Nacimiento. Tallas de madera, policromadas por artífices de nota, otras, vestidas con el ropaje de la época, se agrupaban con toda propiedad y a veces — fuerza es decirlo — con tierna ingenuidad, en los nacimientos porteños: hoy, la evolución de gustos y costumbres congrega a las figuras más brillantes del escenario mundano en los pálaces de moda: los niños cuya vida florece en los hogares de holgada situación, han recibido en el alba cálida de la mañana de diciembre, el anhelado juguete, y para los pobrecitos que no conocen la gloria de decir mamá, para los pichoncitos sin nido, la caridad levanta y cubre de luces de colores y juguetes vistosos, las ramas del abeto legendario... Los niños asilados en las admirables instituciones de caridad de esta cosmópolis hirviente y febril, pueden soñar también con el árbol, *su árbol* de Navidad...

Pero es preciso recordar, en esta fecha luminosa, a los gorriones sin amparo, a esos centenares de criaturas harapientas, que buscan y picotean residuos de comida y la ilusión de un juguete roto, en el solar de pesadilla: la quema de basuras... niños que buscan el sustento en la abyección de esa miseria que constituye un oprobio para la prodigiosa ciudad moderna: que la Natividad del Señor inspire a lo corazones generosos, la dádiva oportuna para esos gorriones de nuestras calles, que pululan en los barrios miserables, en los suburbios de la gran ciudad: ¡cuán dichosos pueden considerarse los que disfrutan de las ventajas de la fortuna, al crear unas horas de ilusión y de alegría: y ese rayo de luz, luchará siempre en las mentes infantiles contra las sombras y la amargura de una niñez desamparada!...

Natividad del Señor... que al vibrar gozosas las voces de bronce de nuestros campanarios, la beatitud inefable del amor cristiano, inunde todos los corazones...

La Dama Duende

Los escritores extranjeros hablan de la Argentina





JOSE ORTEGA Y GASSET





"Habría que deshacer a los argentinos para disociarlos de su nación", ha escrito en uno de sus ensayos el autor de "El espectador". En dos oportunidades estuvo en nuestro país. Lo ha recorrido con lentitud y hasta se ha pasado largas temporadas, solitario, frente al inalcanzable horizonte pampeano. Así se documentó para su breve trabajo, publicado hace ya tiempo, y que, para satisfacción nuestra, quisiéramos ver ampliado en el volumen prometido.



ESPAÑOL representativo, cuyos valores éticos y estéticos son universalmente reconocidos, en dos oportunidades estuvo en nuestro país, mas en trance de espectador meticuloso y meditativo que en el de presuroso y zarandeado conferenciante. Ha escrito abundantes páginas sobre la Argentina y sus hombres, cuyo tipo expresa con estos atinados párrafos, quizá los más sinceros de todos cuantos escribieron los extranjeros llegados en estos últimos años:

"El argentino — dice — vive atento, no a lo que efectivamente constituye su vida, no a lo que de hecho es su persona, sino a una figura ideal que de sí mismo posee. Esta imagen no se la ha formado en tal o cual fecha durante su existencia, sino que al encontrarse viviendo, se encuentra ya con una espléndida idea de sí mismo. No es una idea precisa, compuesta de tales o cuales atributos determinados; no es que se crea un sabio, un Apolo, un gran político, etcétera. Esto fuera simplemente vanidad. El no sabe bien lo que cree ser, no puede precisar las facciones de su propia fisonomía ideal, pero siente que estima mucho a ese impreciso personaje que resulta ser él. No hay modo de eludir la única expresión rigurosa: el argentino gusta de sí mismo".

Este narcisismo, esta admiración del argentino por todo cuanto posee y lo que él barrunta ser, lo incita a declarar rotundamente: "El argentino es demasiado Narciso, lo es radicalmente"...

Y desmenuzador del pensamiento como es el autor de *El espectador*, no nos deja sin la correspondiente explicación: "Por ejemplo — continúa — uno de los ingredientes es la argentinidad misma. Ser de la nación argentina, pertenecer a este pueblo es un motivo de orgullo elemental, indiscutible, previo, que actúa en todo argentino. Es ello una de las grandes fuerzas que empujan a este país: la idea de la nación actúa desde luego en el alma individual formando uno de sus ejes, por lo mismo, inseparable de él. En su más íntimo ser cada individuo vive radicalmente la idea de la colectividad, lo cual — a despecho de la frivolidad en el detalle de las vidas — asegura a este pueblo un género de patriotismo que difícilmente comprendemos los europeos, como no sea los ingleses". Para terminar con estas rotundas palabras que quiera el destino sean exactas: "Habría que deshacer a la persona para disociarla de su nación"...

Como anticipo de un prometido estudio que con ansiedad e interés aguardamos, estas palabras determinan cómo y en qué aguda forma penetró en la argentinidad el maestro español. Esas contadas páginas, por leales, intensas y desinteresadas, son las más recomendables para el extranjero que quiera conocernos y, también, para aquellos de nosotros que, sin necias vanidades, aspire a conocerse a su vez.

La huella de Ortega y Gasset, con mayor abundancia de páginas, la han seguido todos o casi todos los que escribieron posteriormente sobre la Argentina, el gaucho, y nuestra tan manida e incomprendida tristeza. Desde luego, nada agregaron a lo que él expresó sin ambages en contadas líneas. Han repetido sus puntos de enfoque y dicho, desde luego, muchas cosas ridículas y pintorescas. "Sólo se ven bien los paisajes cuando han sido fondo y escenario para el dramatismo de nuestro corazón", ha escrito en una sintética y sabia lección para turistas literarios. Esto ha sido para él nuestra pampa y en ella, también, ha debido encontrarse con los argentinos que le dieron la pauta para sus definiciones y para los ocurrentes y no por eso menos exactos esbozos psicológicos de nuestros literatos y de nuestros característicos "guarangos".

Cuando habla de nuestros campos, apela a su cordura: "La pampa no puede ser vista sin ser vivida. Vive de su confín. En ella lo próximo es pura área geométrica, es simplemente *tierra, mies*, algo abstracto, sin fisonomía singular, igual acá que allá. No hay razón alguna para fijarse en este sitio más que en aquél o en otro cualquiera; el cobertizo, la vivienda parecen hechos para despegar la mirada, para que no se los vea. Esta indiferencia del primer término, del lugar donde estamos y próximo a nuestros pies, empuja sin más la mirada hasta el último término, porque el ojo busca *algo* interesante que ver y en la pampa no hay nada particular, singular que interese".

Ha vivido, se ha embebido de la vaciedad de la pampa el escritor español. Por esto la imagen que de ella nos da carece de ese colorido muy apropiado para el esparcimiento de posibles turistas con que lo han engalanado sus últimos descubridores.

Y es posible que la razón de este acierto esté en las propias palabras del redactor de *El espectador* cuando dice: "Viajar no es ir a la Argentina como emigrante, ni para concluir un negocio, ni a dar conferencias. Todo esto es ir a hacer y a pasar, no es ir a ver y a estar. A mi juicio, esto último es la esencia del viaje".

WALTER OLDSON

Las avispas y la iguana



José S. Alvarez (Fray Mocho).

Las avispas revoloteaban zumbando: poco a poco fueron apaciguando su cólera, cesaron en sus exploraciones y comenzaron a replegarse a su nido.

Ya se habían asentado y buscaba cada una su colocación para emprender de nuevo la labor interrumpida, cuando de repente la maleza se agitó a unas cuantas varas de nosotros y en una pequeña senda apareció un enorme lagarto, cuya armadura verdeoscura con anillos negros, tornasolaba al quebrarse la luz sobre la superficie que parecía labrada: se arrastraba con cautela y paso a paso; de trecho en trecho se empinaba sobre sus patas traseras; alzaba la cabeza; observaba a las avispas y se entreparaba o seguía su marcha, según el juicio que le merecía su observación.

Llegó al pie del pequeño espinillo, sin ser sentido, se afirmó sobre sus patas delanteras y agitando la cola la dejó caer pesadamente sobre el camuatí que negreaba de avispas, desapareciendo como un rayo y volviendo al punto de partida, al pie de un gran arbusto tupido y sombrío, donde comenzó a lamerse con fruición su apéndice caudal.

Las avispas volvieron a elevarse en nube y a recorrer los alrededores buscando a su enemigo, desesperadas: en la superficie del camuatí había abierto la cola de la iguana un surco profundo, que manaba miel bajo el cuerpo de las avispas muertas por la violencia del golpe.

Cuatro veces repitió la operación, sin ser descubierto hasta la última, en que una de las pequeñas nubes que batían la maleza dió en el escondite y, como una flecha, llegó la colmena entera a posarse sobre el cuerpo del astuto pirata de la selva, avisada, como por telégrafo, por mensajeros veloces y entendidos.

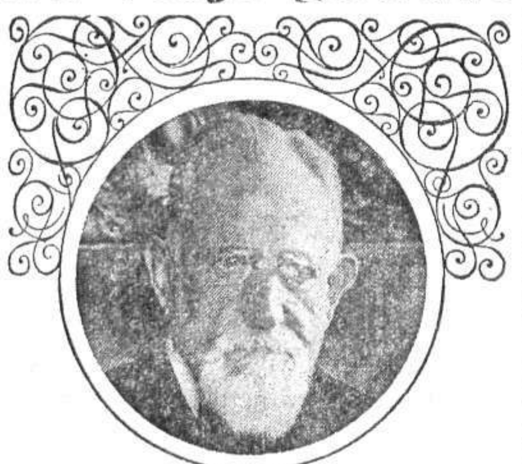
El lagarto, negro de avispas, dió un salto en el aire y cayó sobre el pasto cuan largo era, frotando su lomo contra el suelo para librarse del aguijón de sus enemigos: todo fué en vano.

Al fin, convencido de su impotencia, picoteado y perseguido, dió un salto y se zambulló en el arroyo, silbando de dolor.

Un segundo después apareció en la otra orilla, mirando con pavor a sus contrarias sobrevivientes que, zumbando sobre la maleza, volvían en pequeños grupos a pararse sobre el camuatí abandonado.

JOSE S. ALVAREZ

Un viejo gaucho



Pastor S. Obligado.

Un día, don Francisco, el viejo *tío Pancho* del pago, alto, grueso, corpulento, que no aprendió a escribir, pero sí a labrar cuantiosa fortuna por el trabajo honrado y perseverante, encargó le compraran y amueblaran una casa en la ciudad, allá por la calle Independencia, Chile o Méjico, pero de ningún modo pasando el otro lado de la *Calle Federación*. Los estancieros del sur nunca fueron norteros.

Grande fué su contento cuando entró a su casa, tras la iglesia de la Concepción, ancha, retacona, bajo sombrero de tejas morunas: primer patio como estancia, segundo con corredores, huerta para chanchos y fruta de corral, caballo, etc., etc. Lo que más halagaba al paisano es que le hubieran comprado casa con ombú, a cuya sombra iba todas las mañanas a rasquetear, limpiar y conversar con su caballo. Era *su crédito*, un *gateado-malacara* tan bien enseñado, que le acompañaba a tomar mate después de la siesta, sobre el nudoso tronco del árbol criollo, el único ombú en pie que restaba en el *barrio de los tambores*. Le recordaba el más añoso y corpulento sombreando en una de las lomadas de *los Quilmes*, el rancho de la Estanzuela, y como símbolo nobiliario, grabó a fuego en el tronco la marca de sus vacas, especie de blasón o escudo en sus numerosas haciendas.

Todo lo encontraba ancho, espacioso, desahogado, hasta aquellos cuartos en hilera, *derecho viejo*, en que algún travieso noctámbulo, desde la ventana sobre la vereda podía derribar de un tiro, bien fuera con sal, a la china en chancletas que la mermaba en la cocina. Seguía la sala, el aposento, y si alguna contrariedad encontró en su nueva casa el viejo estanciero, fué la inmensa *cuja* de cuatro elevadísimas columnas, frente a la cual, llegada la hora de acostarse, exclamó: "Muy lindamente está todo. Bueno debe ser este armatoste, pero la cama, para la patrona! ¡Cirilo! tráeme el recado, y tiéndele en el suelo *pelao* a los pies de la *cuja;* mejor es a lo que te criastes! El hombre es animal de costumbres y he de morir donde he dormido toda mi vida: sobre mi recado".

Años después más viejo, enfermo y ciego, todas las mañanas se hacía traer el caballo ensillado dentro del dormitorio subiéndosele a él con dificultad, haciéndose la ilusión de seguir al tranco para la pulpería en el paso del Arroyo. "He de morir con las riendas en la mano", repetía, y así sucedió.

PASTOR S. OBLIGADO



DARDO ROCHA

FUNDADOR DE LA PLATA

Una de las últimas fotografías del eminente ciudadano.

En aquel claro y fuerte espíritu se unían el culto a la tradición y el amor al progreso. Era un hidalgo de antiguo cuño chapado a la moderna. Entre los argentinos ilustres de la pasada centuria sonará siempre el eufónico y vigoroso nombre de Dardo Rocha como un ejemplo de energía patriótica. Militar, político y periodista, Rocha cumplió laboriosamente sus deberes. Los pueblos jóvenes exigen a sus talentos múltiples y antagónicas tareas. El supo responder a todos los casos de urgencia que su país le presentara.

Había nacido el 1º de septiembre de 1838, en plena lucha constitutiva, y alcanzó a dar cumplimiento a una obra fundamental. Guerrero de Cepeda, Pavón y Paraguay, aquel doctor en leyes, bondadoso y pacífico, abandona la milicia dedicándose al periodismo y a la tribuna parlamentaria. En 1873 ocupa una banca de senador nacional distinguiéndose como uno de los más elocuentes oradores parlamentarios. Federalizada la ciudad de Buenos Aires gracias a la campaña senatorial de Rocha, el eminente ciudadano declina el cargo de ministro que le ofrecen y en 1881 ocupa la gobernación de la provincia de Buenos Aires.

Allí comienza el período más glorioso de su vida, el que lo distingue entre los ilustres argentinos de la pasada centuria. Porque Dardo Rocha es conocido siempre como el fundador de La Plata. Si queremos hallar hombres de este temple necesitamos remontarlos a las antiguas épocas. En las modernas se le debe considerar como el más grande de los fundadores. Era un problema intrincado el de la capital bonaerense. Muchos obstáculos necesitaban salvarse, muchos futuros obstáculos había que prevenir. La fundación de La Plata es un acierto de vidente que el futuro demostrará muy pronto.

El doctor Dardo Rocha, con espíritu de Garay, hizo surgir mágicamente esa ciudad edificada toda ella como una sola casa, en un abrir y cerrar de ojos. Y al mismo tiempo fundó la provincia, porque a crear un estado equivale la obra legislativa, administrativa e industrial que Rocha realizó durante su mandato. Desde aquella época se inicia el esplendor de esa provincia vasta y rica como un país. Carreteras, ferrocarriles, un puerto, la simétrica y graciosa ciudad, toda salió de sus manos en un prodigio nunca superado, desde hacía muchos siglos en el mundo.

Tal esfuerzo le conquistó la popularidad que gozara hasta última hora y que será su timbre glorioso.

Su digno monumento es toda una ciudad.

De tierra adentro



Carro transportador de piedra caliza, en las canteras del Volcán, San Luis.

GUIA DE  PASCUAS



Antiguo Restaurant

P R I A N O

(EN LA BOCA)

El más típico y preferido por las familias.

Especialidad en Chupin (cazuela) mixto de pescados y mariscos.

NECOCHEA 1224/28 U. T. 21 - 1287



Confitería y Bombonería Fina De BOROSSO y Cía.

Lo mejor en bombones, haga sus pedidos por teléfono de su exquisito pan dulce; masas y bombones. Se envía al Interior Servicio para Lunch. Casamientos y Bautismos Solicite precios.

E. Ríos, 1283 - U. T. 23-4263 - Bs. As.



Si desea comer bien, visite el RESTAURANT **"TUÑIN"** en su nuevo local Cómodos reservados para familias.

ALM. BROWN 1287 U. T. 21 - 0780

En fainá y pizza, una sucursal en cada barrio. Pruebe los exquisitos helados "Tuñín".

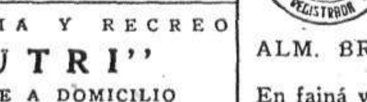


HELADERIA Y RECREO

"C U T R I"

SE REMITE A DOMICILIO

U. T 71 - 1499. Av. Alvear, 4628. Bs. As.



"Al Paraíso Infantil"

Autitos, monopatines, triciclos, bicicletitas y juguetería en general. Ahorre su dinero comprando en mi fábrica

San Juan, 1851 - Bs. As.



¿Necesita surtir su casa para las fiestas Pascuas?

"EL IMPARCIAL"

le ofrece el más completo surtido en mercaderías garantidas y de alta calidad.

HAGA SUS PEDIDOS POR TELEFONO A 38-4856.

Victoria esq. Bernardo de Irigoyen - Bs. Aires



Alsina y Chacabuco Buenos Aires

U.T. 37, Riv. 6096-97

La confitería tradicional argentina.

PAN DULCE, POSTRES, BOMBONES, MAZAPANES, PELADILLAS, HELADOS, TURRONES de Alicante, Jijona y Montelimart.



F L O R E R I A

Exprese su amistad y augurios obsequiando una hermosa canasta de flores naturales de la artística florería de *Pablo Lanza* A precios módicos

Bolívar, 1049 - U T 33 - 3823 - Bs. Aires.



Panadería y Pastelería "LA MARSELLESA"

Casa fundada en 1872. Unica premiada con medalla de oro en la Exposición del Centenario.

Gran surtido de masas y bombones, Pan dulce a la Genovesa y Milanesa, Pan de lujo, Francés, Viena y Croissants, Factura en general. Se atienden pedidos telefónicos. Se remite al interior y exterior.

Casa Matriz: ALSINA, 2668. U. Tel. 47 - 2902.

JOSE MAZAS

Unica sucursal: B. DE IRIGOYEN, 135 U. T. 37 - 2999 - Bs. As

S. A. BODEGAS Y VIÑEDOS

ANGEL FURLOTTI LTDA.

ESTABLECIMIENTO VITIVINICOLO EN MAIPU.—MENDOZA.

VINOS FINOS. LO MEJOR.

3 de Febrero, 1227. Teléfono 24131. ROSARIO.

Guatemala, 5200. U. T. 71 Palermo 7166. Bs. AIRES.

TESORO

CASA ESTABLECIDA EN 1887

Se compran toda clase de legumbres y frutas secas del país.

Pago al contado contra entrega de la guía.

TESORO

SEMILLAS - LEGUMBRES - CEREALES

Casa especialista en frutas secas de la mejor calidad, del país y extranjeras.

Pida a su proveedor frutas secas de Mendoza, envasada en paquetes de cellophane de ½ y 1 kilo Marca TESORO

CARLOS A. GIBERTI y Cía. - CHACABUCO, 241. 33 - 1143 - Bs. Aires.



Esta noche es Nochebuena; — es la noche prodigiosa y legendaria; — por los aires la plegaria — entre hosannas e himnos místicos se mece; — y la luz anacarada resplandece — de la luna casi nueva. — L. D. DE M.

Navidad chacarera

Por

HUGO MIATELLO

TODOS los años se repite y su recuerdo nunca palidece, siempre se reaviva en nuestra mente, en nuestra vida, en nuestras plegarias; y las ceremonias religiosas, con que el culto universal conmemora el acontecimiento bíblico, adquieren mayores esplendores; las melodías de sus cánticos suenan más solemnes, más dulces, porque ha nacido al mundo el Niño Jesús, el hijo de María, el mismo Dios hecho hombre. Y de los santuarios, las luces, los cánticos, las melodías se expanden, se propagan y se repiten en las familias, donde, en la intimidad del hogar, la Nochebuena es motivo de reuniones íntimas, buenas, sanas, porque a los niños se les materializa el recuerdo con el "pesebre", y con el "árbol de Navidad" se regalan y se alegran a los niños pobres.

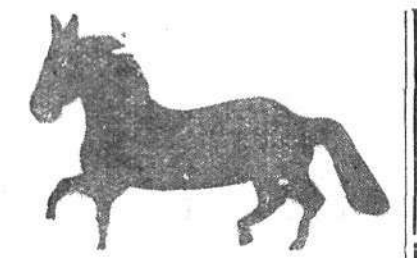
Jesús nació en un establo, rústico, pobre, el más pobre y desadornado de toda cosa, en plena y triste soledad campestre. Ha querido nacer en el campo, en un ambiente puro y sano, con el marco de la naturaleza simple y silvestre; embalsamaban su interior las flores secas del pienso extendido para los animales, que, afortunados, le tributaron la primera adoración: el buey y el asno; el buey, que es la fuerza y la resistencia para el trabajo rudo, el más rudo, que rasga la tierra fecunda, que, en sus entrañas, prepara las mieses del porvenir, y el asno, que lleva las gentes y las cargas con lentitud y mansedumbre segura y serena. Después llegaron los pastores, la gente humilde, sencilla e ignorante de esos campos y, en su adoración al Niño, llevaron a la madre los productos de su trabajo, leche, queso y un corderito. Afuera la luna resplandecía en su apogeo con tenue y blanca luz y una estrella guiaba a los Reyes Magos al establo en que iban a adorar al Niño Rey del universo y de la eternidad y le llevaban regalos, los más ricos y valiosos: oro, incienso y mirra.

El nacimiento de Jesús es un símbolo, un vaticinio y un augurio. Es símbolo de pobreza dignificada, ensalzada, glorificada. Es vaticinio de redención de la humanidad, que Jesús le ofrece con su vida, su martirio, su muerte. Y es augurio de paz, de felicidad y de triunfo, para los que le siguen adeptos a sus preceptos, a sus doctrinas.

La Navidad, en el otro hemisferio, acaece en pleno invierno, en la estación de la naturaleza muerta, en ambiente de frío, de nieve, de tristeza atmosférica. En el nuestro, en cambio, cae entrando el verano, en que la naturaleza ostenta su desarrollo opulento y esplendoroso de flores y de frutas; encuentra la campaña argentina en plena cosecha: prados cuajados de flores perfumadas, mares de blondas mieses, grávidas de espigas, que ondean al soplo del Eolo pampero, y vergeles cargados de frutas copiosas, coloreadas, saturadas de jugoso néctar. Pero el panorama natural, poético, simbólico, prometedor para el campesino de la Argentina, se torna real para su interior, para su horizonte doméstico, para su hogar y es, para él, panorama económico, de la cosecha que se aproxima, que, entre asechanzas, amenazas y peligros, se va cada día concretando más, consolidando, materializando. Y más allá, en plano inmediato, está la otra visual, más incierta todavía: la colocación de la cosecha. Aunque para esto están los sabios estadistas de las naciones entretenidos en sendas conferencias, distribuyendo las cosechas trigueras del mundo y asignándoles precios. Pero no se entienden, no se comprenden y sólo es de esperar, de esa babel, una cosecha verbosa de mucha paja y poco grano. ¡Quién lo hubiera pensado! El trigo, el pan nuestro de cada día, es hoy motivo de crisis intensa, difícil de resolver, de celos, de luchas encarnizadas entre los pueblos que lo producen y los que lo consumen, los que lo necesitan y los que les sobra... Y mientras tanto, ¿qué hacemos, qué hacen los chacareros argentinos? Seguir cosechando y después sembrar de nuevo, para alimentar al mundo, aunque el mundo no les pague lo que cuesta el trabajo...

Pero Navidad es víspera de año nuevo, de vida nueva. Cada año que pasa es una renovación de valores; la naturaleza misma es obra de continua renovación: la tierra en su eterna fecundidad, los animales en su ininterrumpida reproducción, las plantas con sus nuevas hojas, flores y frutos, y así transcurre la vida en su incesante evolución de átomos, de fuerzas, de productos, de aspiraciones, de desengaños, de derrotas, de triunfos. Y en nuestra mente y en nuestro corazón, con estas fuerzas, también brotan y crecen nuevas y continuadas esperanzas. Con los hosannas al niño Dios, en esta noche de Navidad, una más en el ciclo infinito de la eternidad, elevemos, pues, con espíritu de sano y fuerte optimismo, con intenso anhelo de santa hermandad, preces de augurios, de votos férvidos, para el bienestar del buen chacarero de nuestra patria, que en su silencio resignado, prosigue en el surco y con su trabajo cotidiano, rudo, paciente y mal retribuído, elabora y consolida el crédito de la Nación, su estabilidad económica y social y su porvenir.

Hugo Miatello



La tradicional veleta del Caballito

▽

En el antiguo partido de San José de Flores, fundado en 1804 por el vecino don Ramón Francisco Flores, por quien lleva el nombre, se hallaba instalado con un negocio de pulpería don Nicolás Vila, en la manzana comprendida por las actuales calles de Rivadavia, Cachimayo, Juan B. Alberdi y Emilio Mitre, el que, sin sopecharlo, dió nombre al actual barrio del Caballito de esta ciudad, debido a la colocación de una pequeña veleta de latón que representaba ese cuadrúpedo en actitud de trotar. Cuenta la tradición, que Vila adquirió, en el Paseo de la Alameda, el casco de una ballenera vieja, para emplear sus maderas en diversos destinos de su casa de comercio, entre otros en hacer un palenque, que colocó en la esquina, plantando en sus proximidades el mástil de la embarcación, y en el tope del mismo clavó el famoso *caballito* de latón, el que ha estado sirviendo de veleta en el mástil, o en la azotea del negocio, por espacio de un siglo.

Tal es, pues, el origen de la denominación de aquel paraje, hoy populoso barrio de Buenos Aires. Y cuando, en 1857, se construyó la estación del Ferrocarril del Oeste, los miembros del directorio del *camino de hierro* no vacilaron en bautizar con el nombre de Caballito a la que hasta el día lo lleva.

Con el andar de los años, la pulpería de Vila se transformó y llegó a adquirir fama por su servicio especial de cocina en platos italianos y del país, siendo muchos los que en los días domingos llegaban hasta sus puertas a caballo, o en volantas, para pasar el día en su quinta, donde encontraban juegos de bochas y otros pasatiempos, a la sombra de numerosos árboles y música de guitarras.

El dueño, don Manuel F. Donato, es quien donó la veleta al Museo de Luján.

Paisaje



Lucio V. Mansilla.

El sol se hundía del todo en la raya lejana: una ancha faja cárdena, resplandeciente, radiosa, teñía el horizonte y con su lumbre purpúrea, cambiante, hermosa, doraba las apiñadas nubes del Occidente, que, como encumbradas montañas movedizas coronadas de eternas nieves, se alzaban hasta el cielo a la manera de inmensas espirales y de informes figuras de inconmensurable grandor.

El seco aquilón plegaba sus alas; las mansas y apacibles auras jugueteaban galanas, refrescando la frente del viajero; el pasto ondulaba como el irritado mar en sus profundidades insondables después de la tempestad; las silvestres flores se erguían sobre su flexible tallo, pintando los campos con colores vivaces; un perfume suavísimo, delicado, imperceptible como la confusa reminiscencia del primer ósculo de amor, vagaba envuelto entre las brisas embriagadoras.

Los últimos rayos solares refractándose en la atmósfera, envolvían la tierra con el poético manto crepuscular; la moribunda luz del día confundiéndose con las místicas sombras de la noche le abrían el paso a la celeste viajera.

La luna brillaba ya entre tremulantes estrellas, como casta matrona de plateados cabellos entre púdicas doncellas de rubia faz, cuando llegábamos al borde de una lagunita, en cuyo espejo cristalino innumerables aves acuáticas piaban en coro.

Hicimos alto, mandé mudar caballos, y sediento de reposo, me tendí sobre las blandas pajas, haciendo de mis brazos cruzados cómoda almohada.

¡Qué dulce es la vida, lejos del ruido y de los artificios de la civilización!

¡Ay! una hora de libertad por los campos es un placer salvaje que yo trocaría mañana mismo por un día entero de esta existencia vertiginosa.

Mientras ensillaban pensé en los sucesos del día, y, francamente, los indios me trajeron a la memoria lo que pasa en los parlamentos de los cristianos.

LUCIO V. MANSILLA

De tierra adentro



Parte de una gran playa de embarque de madera, abarrotada de troncos que aguardan la llegada de vagones.

AVTO - MOTO - CICLISMO

por PEDRO FIORE

El automóvil de 1934 y el de 1935

Cuando pronunciamos la palabra "automóvil" abarcamos sin duda toda la acción y la enorme actividad que gira alrededor de la misma, en cien campos distintos y que se caracterizan por el afán de seguir mejorando cada días más.

Técnica, finanza, deportes, comercio, son los temas preferidos en este campo. El automóvil los abarca todos. En algunos países es nada menos que la primera o la segunda fuente de riquezas, en otros representa la clave para una nueva red caminera, en todos, sin excepción, es algo indispensable.

Si yo pienso que hace unos 30 ó 40 años, plumas de gran vuelo como las de Pierre Lotí y Anatole France, despreciaban el automóvil... y decían que ese invento merece ser calificado de "enemigo público" — y proyecto en la pantalla de la vida de hoy lo que representa el automóvil para el mundo entero, llego a la conclusión de que nadie es... profeta en su tierra.

El automovilismo en 1934 ha dado un paso bastante largo... por cierto mucho más largo del que dió en 1932 y en 1933. Las cifras son mayores, el público vuelve a tener confianza.

La técnica de 1934 es la que comenté a fines de 1933. Se sabe que en este campo no se construye al día... sino luego de varios meses de estudios, de reformas y que los modelos que se lanzan al mercado en 1934, son los que han sido planeados en 1933. Es necesario entonces que diga algo sobre lo que será el automóvil de 1935... ya que el viejo año ya se nos va, y es menester vivir al día con el nuevo.

Por lo que conozco, y los datos que me llegan del viejo mundo y de los Estados Unidos, el coche de 1935 ofrece una nueva concepción técnica, especialmente en lo que se refiere a la colocación del motor, a la línea de la carrocería, al peso y al consumo. Parece que se busca alivianar la máquina, dar mayor comodidad al pasajero, y obtener del motor menor consumo.

Esto viene a confirmar el principio sobre el cual informaba a mis lectores y que se refiere a la decidida resolución tomada en los Estados Unidos, de fabricar en un 80 por ciento de coches de bajo costo... que son en realidad los que el público necesita. De allí que el vehículo moderno de 1935 ofrecerá algunas características que sin duda en 1936 serán más visibles, más decididas, y nos llevarán en dos o tres años más al coche del futuro... que no será igual al del presente.

Todo esto lo veremos en el automóvil de 1935... pero repito, serán pequeños detalles que escaparán a la vista de quien mira... por mirar; pero que serán vistos y estudiados por los automovilistas que gustan profundizar las reformas audaces.

En 1935... se dice que se venderán en la Argentina, coches más baratos. Deben creerme los lectores, cuando les declaro que el abaratamiento del automóvil es un problema de todos los días de nuestros importadores, pero ellos enfrentan también obstáculos enormes, que van desde el valor de nuestra moneda, comparada con las extranjeras, a los impuestos, derechos de aduanas y otros más, que forzosamente deben recargarse sobre el costo del automóvil, que el público adquiere.

Con todo, si llegara a producirse hechos esperados, quizás lleguemos a tener en el país para 1935, automóviles de un costo de unos tres mil pesos. Me refiero a coches cómodos, con capacidad para cinco pasajeros, de trocha común, y con buenos motores.

Y ahora para terminar con lo que se refiere al automóvil que se va... y al que se viene, diré que una de las reformas más próximas, estudiadas con mucha decisión en 1934 y que se aplicará ya en parte en los coches que veremos dentro de pocos meses, consiste en haber eliminado la leva de cambio reemplazándola con un nuevo sistema automático sumamente interesante. Los ingleses van adoptando este sistema en los coches de bajo costo, los franceses siguen a los ingleses y los americanos, llevarán sus cajas sincronizadas a un perfeccionamiento aún más notable.

Señoras, niñas y caballeros de nuestra sociedad realizaron una interesante exposición en las Galerías Witcomb



"Retrato", por Carmen Carlé Huergo.



"Retrato" por Mercedes Bares Peralta.



"Retrato", por Mercedes Bares Peralta.



"Carlota Buschiazzo Pirovano", por Lola Crespo Naón.

El éxito del Cuarto Salón Anual (Segunda Exposición de Aficionados) organizado por "La Revista Social" ha sido verdaderamente lisonjero. Ciento sesenta y cinco obras se exhibieron en el mismo, después de la tarea realizada por la comisión asesora, integrada por la señora Catalina Mórtola de Bianchi y por los señores Vicente Puig y Rosendo Martínez. Cada una de ellas revela una inquietud y un temperamento, y tanto el retrato como el paisaje estuvieron dignamente representados. El hecho de que muchos de los expositores sean caballeros, señoras y señoritas de nuestra sociedad añadió a los méritos artísticos los sociales, y así fué cómo la muestra de conjunto logró atraer numeroso público e interesar a la crítica porteña.



"Héctor de Elía", por Héctor Cárdenas.



"Jorge Duffy", por Héctor Cárdenas.



"Julio C. Crespo Naón", por Lola Crespo Naón.



"Dr. P. Crespo", por Lola Crespo Naón.



"Carmen L. de Fourcade", por Lola Crespo Naón.



"Retrato", por Florencia Lanús.



"Estudio", por Amalia Bilbao.



"Alberto Clement Dubois", por María Cristina Daly Nelson.



"Criolla", por Graciela M. Ballestrini.



"La chica", por Graciela M. Ballestrini.

De tierra adentro



Alumnos de la Escuela del Hogar Agrícola, de San Juan, dedicados al encajonamiento de "racimos de fantasía".



El gigante de la flora platense, ofréceles el abrigo de su fresca sombra.





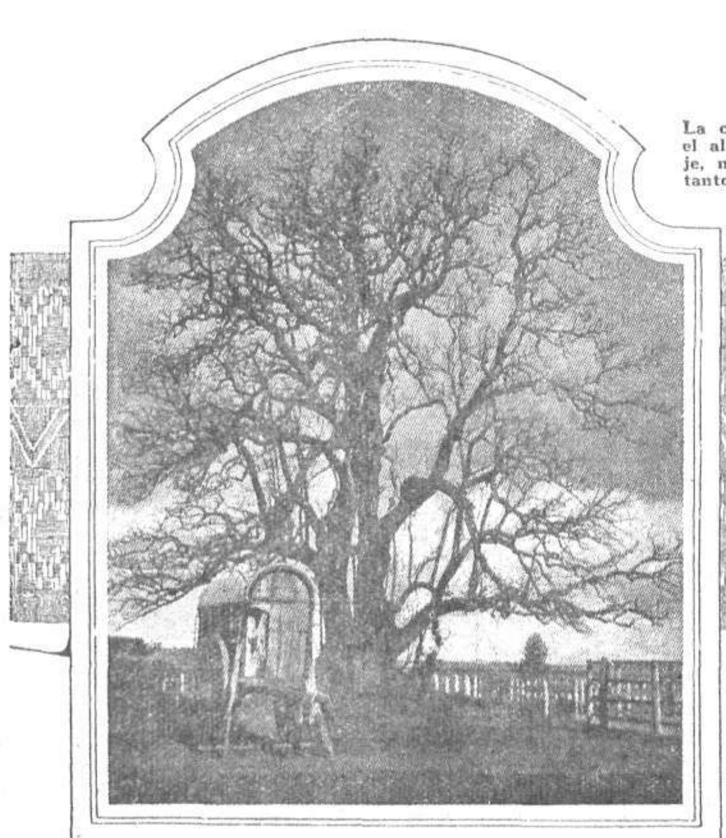
Sonríe, pisando el maíz. La mazamorra tendrá la dulzura de su sonrisa.

LA VIEJA



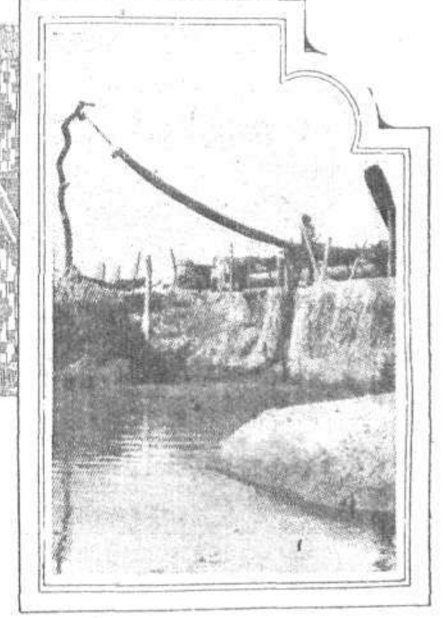
La estancia vieja parece que se oculta poéticamente entre los árboles frondosos.

La casa blanqueada sobre una colina — pobre casa que un tiempo fué palacio — en medio del ranchería. Es espaciosa y ventilada. Las paredes se han agrietado bajo la lluvia de muchos estíos, y la cocina, que está enfrente, ha pintado de negro las cornisas y los pretiles. El horno tiene también negra la boca, y cuando lo caldean, salen copos blancos por las junturas de los ladrillos. Las gallinas pasean por el patio, cruzan los corredores y se instalan en las piezas. El ombú es la pajarera de las madrugadas, y de uno de sus gajos pende un costillar sanguinolento. La pila de leña canta por el pico de las calandrias la melancolía de las hojas secas, y el pozo, cuyo brocal se desmorona, dice la leyenda de una Rhut criolla que se estremeció al sentir frescura de agua y tibieza de besos furtivos... Más allá, el maizal de la chacra se balancea con las espigas en la chala de sus estuches, y al calor de invernáculo de la primavera, el campo se incendia de margaritas rojas. Las enreda-



La carreta, bajo el ala del ramaje, no chillará tanto, de reseca.

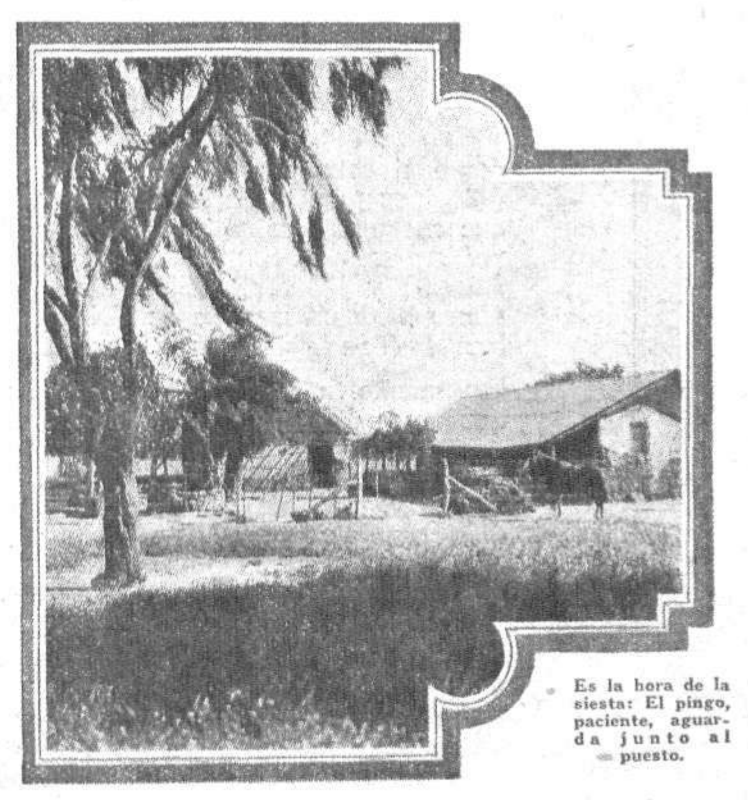




ESTANCIA

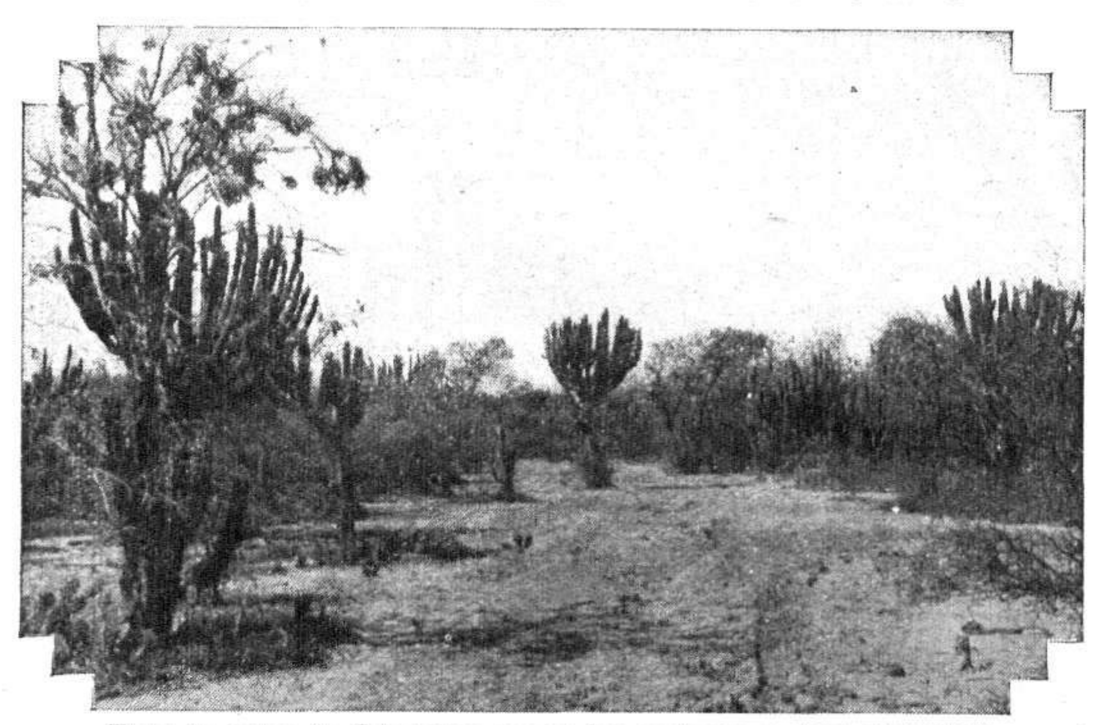
El arroyo corre, abajo, mansamente, precipitándose por encima de las barrancas.

deras tejen cortinajes verdes, moteados de campanillas azules, en los aleros, y las avispas revocan el camuatí sobre un horcón del alambrado. Giran los "mangangases" de trompa escarlata y élitros amarillos, rebotando en las paredes y zumbando su eterno rezongo, y las golondrinas, enamoradas del jardín nativo, cortan el aire como raudas saetas. En lo alto, una bandada de cuervos se cierne, avizorando el desayuno, sobre los corrales repletos de blancos vellones. El ganado criollo discurre por las dilatadas praderías tapizadas de tiernas gramillas, y las aguadas, que espejean en los declives, se han formado solas para saciar su sed. Son inagotables, porque el ojo de agua las surte con su chorro perenne a flor de tierra. El ombú brinda su sombra a las majadas. Ranchos y taperas parecen dormir bajo la onda de fuego que ha tostado sus techos de paja, y en la lejanía del bañado chispea en los claros que no pudieron cubrir camalotes y juncos. Es la santa paz de las sencillas cosas.



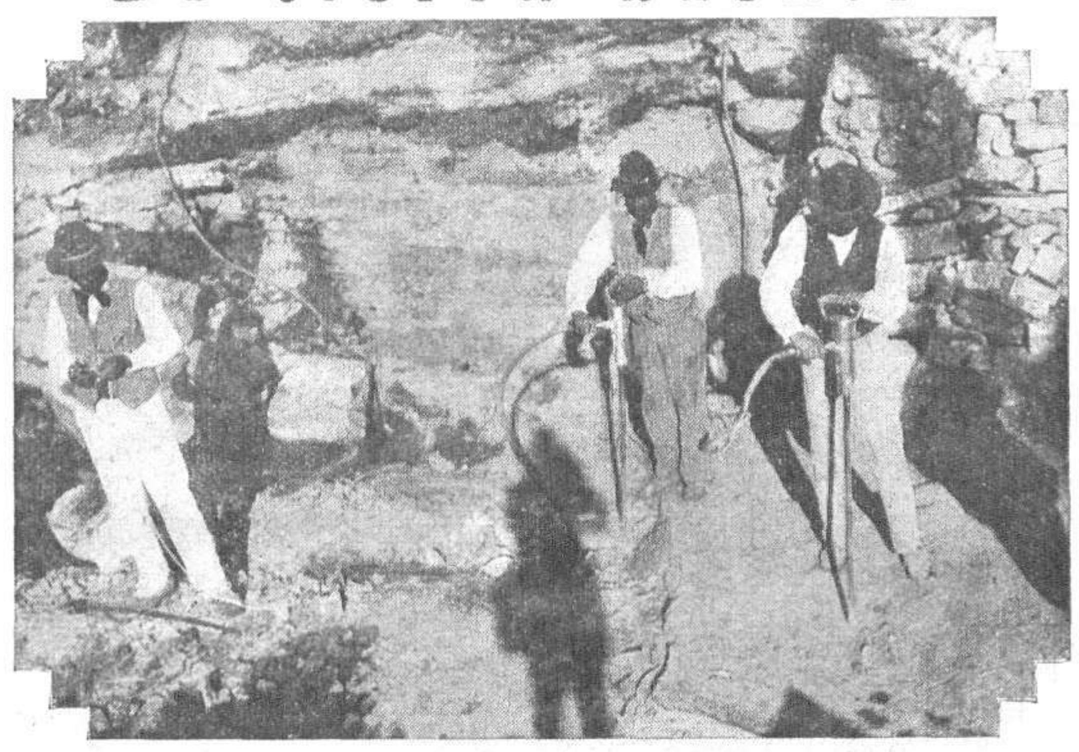
Es la hora de la siesta: El pingo, paciente, aguarda junto al puesto.

De tierra adentro



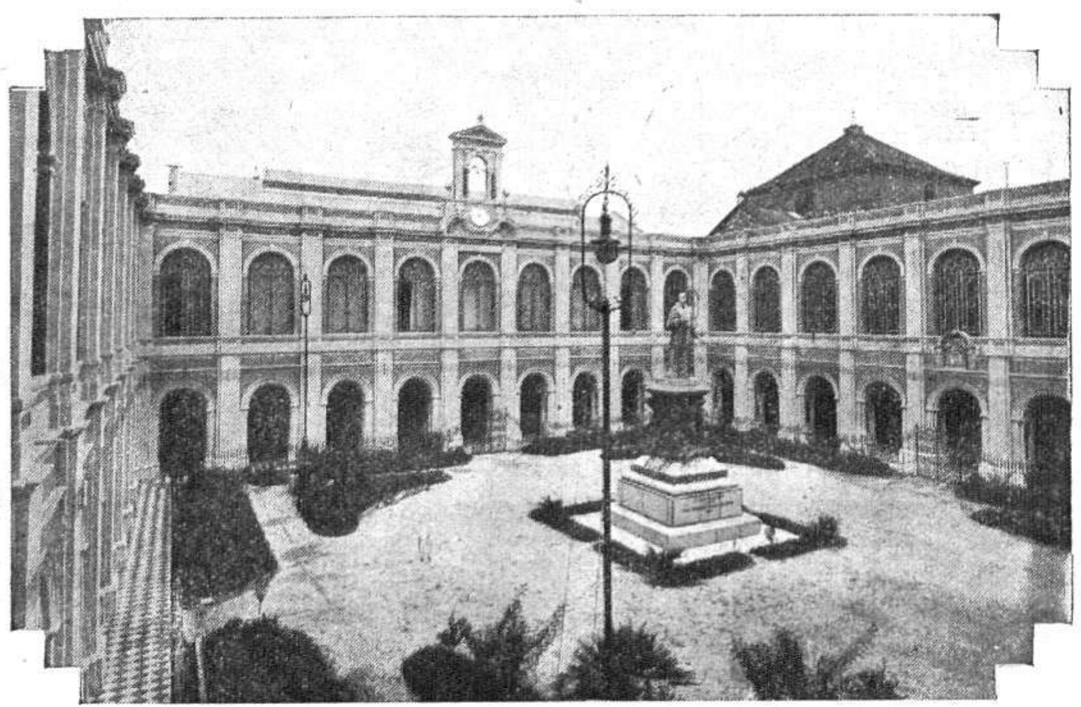
Entre la arena de Catamarca crecen los cardones y otros ejemplares de la agreste flora que caracteriza a aquellas llanuras áridas. Es una naturaleza digna de ser contemplada.

De tierra adentro



En las ricas canteras de ónix de Santa Isabel, de la provincia de San Luis, se emplean perforadoras modernas.

De tierra adentro



Patio de la famosa universidad cordobesa, con la estatua del fundador, el obispo de Tucumán fray Trejo y Sanabria. Aquel magno foco de nuestra cultura data del año 1613.

De tierra adentro



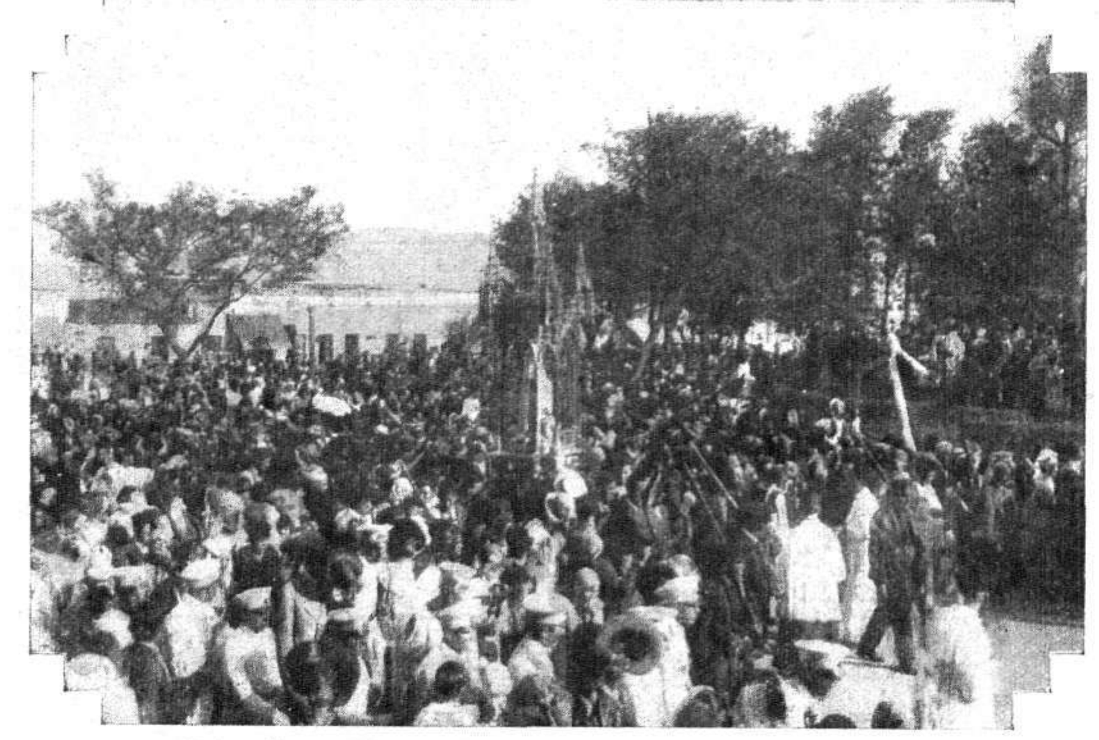
La tradicional carreta catamarqueña fomentadora del progreso nacional.

Porqué las rubias son preferidas

Una famosa autora americana publicó un libro titulado: "Porqué los hombres prefieren las rubias". Sus páginas demuestran claramente que en todos los tiempos y en todos los países las mujeres rubias son las que más atraen y seducen al hombre. El color dorado de los cabellos no es privilegio de los que nacen rubios, sino de todos los que empleen la manzanilla verum.

Cualquier mujer puede, con toda comodidad, dar a su cabello obscuro un hermoso color rubio usando en su casa, durante 3 días, la manzanilla verum que se encuentra en todas las farmacias ya preparada. Se usa como una simple loción y su resultado es maravilloso. En París y en otras grandes ciudades esta loción ha alcanzado una gran boga.

De tierra adentro



Procesión de Nuestra Señora del Valle, legendaria ceremonia mantenida fielmente por la piedad de los catamarqueños.

De tierra adentro



Los vendedores de sandías, tan populares en el interior como en la metrópoli, vendiendo barata la deliciosa fruta.

Los escritores extranjeros hablan de la Argentina

Philip GUEDALLA

Del otro lado de las ventanas cerradas con los postigos, donde se había acumulado todo el polvo del desierto de San Luis, estaba ahora aclarando. Pero, no había nada interesante que ver; y mientras miraban, aconteció lo inesperado. Porque la llanura, la interminable llanura, era la misma; pero, mientras miraban, se elevó repentinamente hacia el cielo.

* No se puede apartar los ojos de su vista. Los atrae irresistiblemente, dondequiera que uno esté. Porque nada existe en toda la tragedia del panorama que pueda compararse con esto. No he visto el Himalaya levantándose al borde de la India; ninguna cadena europea se levanta tan repentinamente hacia el cielo, y la escarpada altura de las Montañas Rocosas por encima del Colorado y de las Grandes Mesetas parece casi gradual en comparación con la elevada barrera de los Andes, que yacen del otro lado del camino uniforme que une a Buenos Aires con el Pacífico.

* Uno ha leído frecuentemente alusiones a estas montañosas murallas; mas, el espectáculo es mucho menos conocido que las frases, desde que nuestras cadenas de montañas son poco propensas a amontonarse con el aspecto desenfadado de quien presenta disculpas por cualquier inconveniente que pudiera causar. Una pared de montañas recortándose sobre el cielo es un espectáculo poco habitual. Además, la aproximación a otras montañas es gradual, y entonces la cadena principal se esconde discretamente, se oculta a la vista, tapada por la línea de más modestas eminencias que no necesitan ocasionar alarma. Pero, éste no es el sistema andino; porque toda la barrera montañosa queda expuesta ante las miradas en un panorama estupendo. En un espacio de dos mil millas, de extremo a extremo, las montañas se encaraman hasta el cielo. La alfombra verde de la llanura termina de pronto en una hilera marrón de colinas, destacándose sobre la blancura que hay detrás; luego continúan las montañas levantándose ordenadas desde el hombro enorme del Tupungato, muy lejos, al sur, a lo largo de la hilera de cimas con que los Andes continúan hacia el norte, hacia el Perú; y, detrás de todo, las paredes rocosas de la enorme fortaleza trepan hacia el torreón central, que es el Aconcagua.

* Parecería superfluo dramatizar los Andes; porque, en verdad, ¿qué retoque humano podría aumentar la impresión de aquel tremendo espectáculo? Una torre solitaria sería simplemente risible, y la acostumbrada estratagema de un endeble puente tendido sobre un abismo obscuro no añadiría nada al drama de aquella silenciosa muralla de montañas.

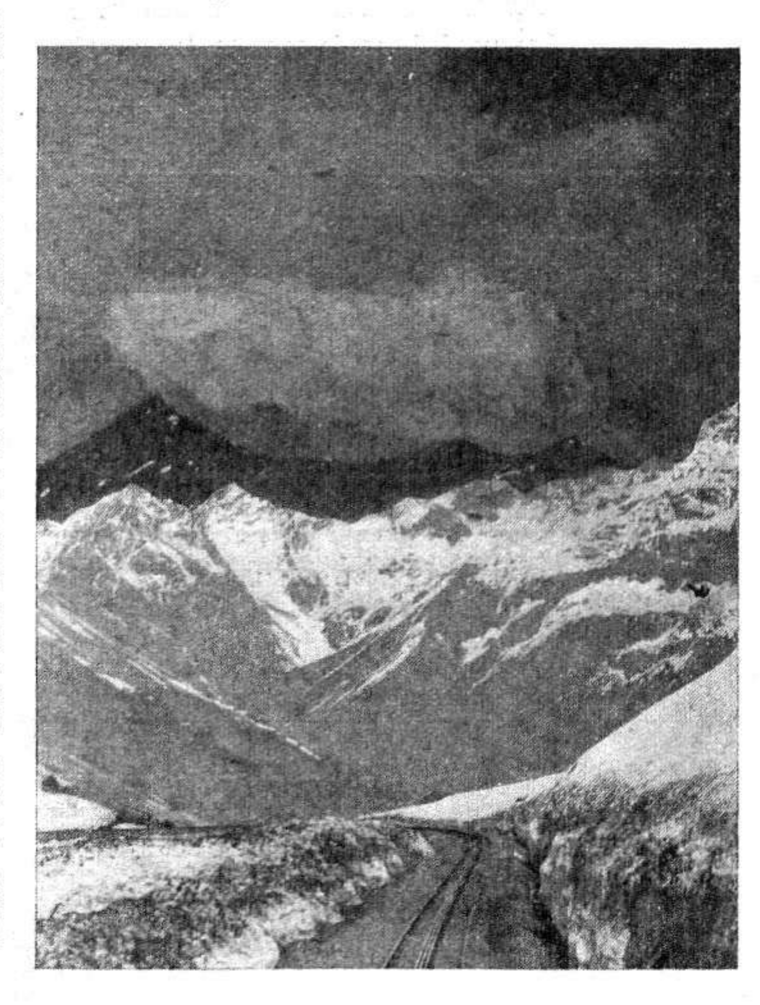
* El camino avanza por la llanura dando vueltas con timidez hacia los Andes. Porque nunca se atrevería a afrontarlos directamente, como esperando escapar a la observación de las fuerzas ocultas que defienden las solitarias cimas.

* En el camino... no hay ruido, exceptuando el rechinamiento de las ruedas; y, cuando éste se interrumpe, la vocecita del río Mendoza, en su garganta, repercute como un leve susurro.

* Sobre el cielo, las elevadas montañas cambian de lugar para vigilar el movimiento de los viajeros.

* La luz se está extinguiendo; y hay como el síntoma de una amenaza en las sombras profundas de su base, donde una pálida lista de camino gira a través de las tinieblas con rumbo a las alturas. Los pliegues de las colinas quedan abajo; el caminito continúa girando; el río susurra en su garganta; un cóndor, dando vuelta, contempla la corriente; y, mientras la luz se extingue lejos de los picos que custodian el camino que conduce a Chile, las fuerzas ocultas aguardan...

Al frente de un nutrido y juvenil grupo de universitarios ingleses, llegó Philip Guedalla la primera vez a nuestro país, no como conferenciante, sino como simple guía y erudito mentor. El escritor inglés, teniendo a la vista sus apuntes de turista, escribió una obra no tan discutible como discutida: "Argentine tango", dedicada, antes que nada, a sus compañeros de viaje, para que recordaran aquello que más llamóles la atención en el prolongado periplo. Hay en estas páginas bastante humorismo; pero tampoco faltan las que delatan al autor como un hábil y hasta emocionado captador de las bellezas naturales. De todo el espectáculo argentino, lo que más impresinó a Guedalla fué la cordillera de los Andes; y, precisamente, a los capítulos en que de ella habla pertenecen los fragmentos aquí reproducidos.



CALCOMANIAS SUBURBANAS

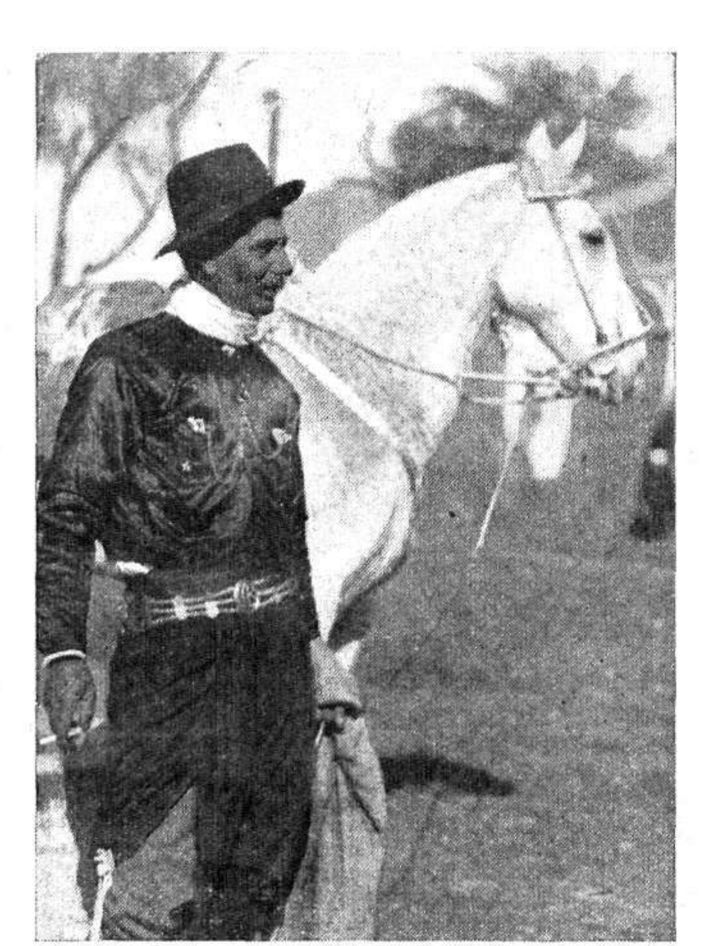
▽

"Yo mesmo, creamé, ando medio disfrazao de gaucho"

Por

FELIX LIMA

▽



El andaluz, un "cotufa" con asiento en un "cormao" hasta el techo de muebles nuevos y usados del caracú metropolitano, vaciló antes de írsele al humo del párrafo largo a aquel criollo que había caído domingueramente a un "quita penas" de San Justo, partido de Matanzas.

—*Vamo, niño de la pampa, que fumáis un pitiyo armao como cemento de rascacielo. ¿Y qué fumaban lo antepasado suyo?*

—Esos pitaron p'armar, puro cigarrillo p'armar. Hoy, lo único que se arman son bochinches cuando los quinieleros tratan de trampear al tipo que acierta a la cabeza, juerte, s'entiende.

—*Cuando yo veo una cabayería, ya se trate de jacarandosa jaca o de humirde rocinante con arzada de arma en pena de un tío gigante, ar punto me dan ganas de... ¡vamo, niño!, que de enhorquetarme en un palo de escoba.*

—¿Jué ginetazo en su tierra?

—*Figurao, na más que figurao.*

—¿Cómo dice, socio, que me dejó en ayunas?

—*Vamo, niño de la pampa, qu'en sentío figurao, porque ayá en Málaga juí durante medio lustro encargao de darle pisto y briyo a toa la cabayería de una calesita clétrica. Y er briyo se lo daba con pintura esmarte.*

—Conozco un paisano suyo, "cotufa" el hombre, que jué picador en su tierra.

—*Los hay, por cierto, que jueron o que son picaores de toro, pero los más son simprísimos picaores de acerga pa ingrediente de torta pascualina. Ante de que yo hubiera esmartao a toda una cabayería de calesita, ¿sabe usté?, permanecí cuatro quinto de lustro en la ganadería de la marquesa de Puño en Rostro, quien, aunque tenía por er título argo de tía boxeadora, era toa una amazona incapá de abofeteá a una codorniz enjaulá y sin arpiste a la vista. En esa ganadería aprendí a andá en jaca. Y aquí me tiene usté, al corré der tiempo, en la tierra der gaucho.*

—Figuraos, gauchos figuraos, como los mancarrones de la calesita malagueña ande usté les sacaba brillo.

—*¿Así que lo colega de Juanito Moreira son pura farsificación ar estilo der pan con harina mejorá y der café con grano de porotejo torrao?*

—Mesmísimo, socio. Gaucho verdadero no queda ni pa remedio. Yo mesmo, créame, ando medio disfrazao de gaucho, y hoy, aprovechando este lindo solcito dominguero, saqué estas pilchas del baúl pa que se ventilaran.

—*Sin embargo, er tío que se acerque a un aparato de radio, ¿sabe usté?, dijérase que se encuentra en un país pobrao por gaucho, porque a do por tre tropieza er oído con un Juaniyo Moreira o Pastor Luna que anda pelcando con la polecía. ¿Acaso incurro en farso testimonio?*

—Pa mí, socio, el gaucho de la radio vale tanto como el gaucho de carnaval en la verdadera realidá, pues tanto uno como otro hablan en "tuito tan corrido", que ya no se oye en el rincón más montaraz de mi provincia.

—*Como que anoche, sin ir más lejo, salí saturao "de tuito" ar terminar una audición campera interpretá por gauchos de Boedo. Argo parecío ocurre con lo picadore de toro de mi tierra, que ayá pican piedra pa carretera, y aquí, acerga pa raviole y torta pascualina.*

Félix Lima

Los funerales del toro



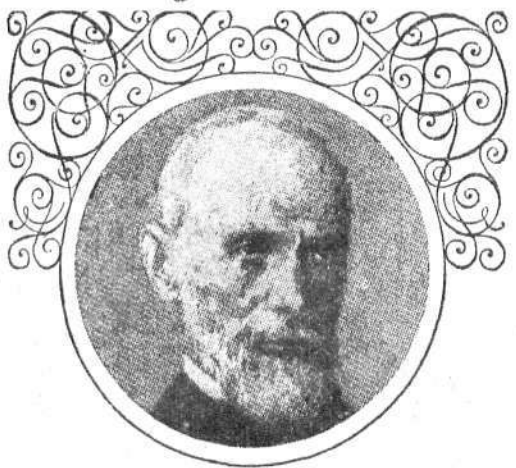
Emilio Daireaux.

En el otoño vuelven a la calma de la vida solitaria; todos abandonan el rodeo y se retiran a pasar el invierno, sin más compañía que la de ellos mismos, y se les ve entonces en lugares apartados, ocultos en los terrenos ondulados, rumiando juntos los recuerdos de sus locuras primaverales. Hemos podido observar estas costumbres no sólo entre toros de la antigua raza pampeana, salvajes de padres a hijos, sino entre los toros nacidos en establos, y de padre Durham inglés; y hemos notado, que gracias a la atmósfera en que viven, adquieren espontáneamente los hábitos de sus predecesores o los hereditarios de su raza. No son éstos quizás otra cosa sino usos curiosos, y dignos de ser observados entre animales habituados durante millares de años a la vida domesticada; pero son generales en todas las especies. Otro uso más extraño e imprevisto es la manifestación del dolor en torno del cadáver de alguno de los que frecuentan un *rodeo,* cosa que es fácil observar, aun en los ganados completamente libres, en las épocas de epidemia. En el suelo devastado por una sequedad, durante la cual los animales se arrastran y casi se dejan morir, vese caer a uno de ellos para no volverse a levantar; en el acto sus compañeros habituales, los de la tribu a que pertenece, se agrupan en torno suyo y asisten silenciosos a su larga agonía. Apenas el animal adquiere la rigidez de la muerte, el círculo se estrecha, a él se agregan otros muchos compañeros del rodeo, y todos pónense a velar al muerto. Bien merecen el nombre de llanto los lastimeros mugidos de cuarenta o cincuenta bueyes o vacas, que, de pie e inmóviles, lanzan al cielo sus gemidos: se hace preciso dispersarlos, porque de otro modo permanecerían allí y aun se olvidarían de sus pastos.

Las cercas encierran, indistintamente, cierto número de cada uno según la extensión y naturaleza de los pastos. El ganado mayor se halla dividido por rodeos, y el menor en rebaños a cargo de un pastor. Las cercas tienen la doble ventaja de disminuir el número de guardianes y de proteger cada grupo por sí y sin necesidad de ningún gasto; tienen también la ventaja de permitir al dueño el criar en unas Durhams, en otras Herefords.

EMILIO DAIREAUX

El viaje a las islas



Marcos Sastre.

CUÁNTOS goces puros! ¡Cuán deleitosas fruiciones plugo a tu Hacedor prepararnos en tu seno! En medio de tus aguas bienhechoras, de tus islas bellísimas, revestidas de flores y de frutos; entre el aroma de tus aires purísimos; en la paz y la armonía de la humilde cabaña hospitalaria de tus montes... ¡allí, allí es donde se encuentra aquel Edén perdido, aquellos dorados días que el alma anhela!

La leve canoa, al impulso de la espadilla, se desliza rápida y serena sobre la anchurosa plateada superficie, semejante a un inmenso espejo orlando con la cenefa de las lujosas y floreadas orillas, reduplicadas por el cristal de las aguas, en simétricos dibujos. El sol brilla en su oriente sin celajes; las aves, al grato frescor del rocío y el follaje, prolongan su cantares matinales, y se respira un ambiente perfumado. Las islas por uno y otro lado, tan seguidas, tan contiguas, parecen las márgenes del río; pero esta gran masa de agua que hiende mi chalana, no es más que un simple canalizo del grande Paraná, cuyas altas riberas se pierden allá, bajo el horizonte.

A medida que adelanta la canoa, nuevas escenas aparecen a la vista hechizada, en las caprichosas ondulaciones de las costas y en los variados vegetales que las orlan. A cada momento el navegante se siente deliciosamente sorprendido por el encuentro de nuevos riachuelos, siempre bordados de plantas floridas; misteriosas sendas de brillantes y esmeraldas que transportan la imaginación a elíseos deliciosos.

Al paso que se desenvuelven las vueltas salientes de las costas, vanse descubriendo nuevas abras y canales, frondosos arbolados y amenos bosques.

No como aquellos montes coevos de la tierra, donde los resquebrajados troncos seculares levantan sus copas infructíferas, sofocando bajo de sí todo espíritu de vida, y ofreciendo el reino de la noche y el silencio; no, sobre este suelo de reciente formación, surcado por una red de corrientes cristalinas que fluyen sobre lechos de flores, se elevan bellos árboles y arbustos que protegen los raudales, coronando sus orillas de opimos presentes de Flora y de Pomona; bellos árboles variados de mil formas y matices, que la vista contempla embebecida.

MARCOS SASTRE

De tierra adentro



Una cuadrilla de trabajadores de las salinas del Bebedero, de San Luis, en plena labor.

De "EL RASTRO DE LA GUERRA"

Por el

CAPITAN MAYNE REID

▼ ▼ ▼

Invoquemos una vez más los días juveniles, durante los cuales la imaginación casi niña dejábase arrastrar por la lectura, hasta confundir la ficción y la realidad. El capitán Warfield acude en socorro de su bienamada Isolina de Vargas, disfrazado de piel roja, y consigue salvarla. ¿Quién no se sintió todo un Warfield al saborear las extraordinarias aventuras?

▼ ▼ ▼

EL JEFE DE CABELLOS BLANCOS



Reinó el silencio, hubo una pausa verdaderamente solemne que duró más de un minuto.

Uno de los miembros del consejo la interrumpió incorporándose y previniendo a Hisooroyo con un gesto que podía hablar.

—¡Guerreros rojos del Hietán! — dijo el renegado. — ¡Hermanos míos! Lo que tengo que decir al consejo es poca cosa. Reclamo la joven mejicana aquí presente como propiedad mía. ¿Quién impugna mi derecho? Reclamo también la posesión del caballo que yo mismo he cazado.

El orador se detuvo esperando nuevas órdenes del consejo.

— Hisooroyo — dijo otro indio — ha presentado su reclamación acerca de la joven mejicana y del caballo blanco, pero no ha expuesto el motivo que pruebe su derecho en presencia del consejo.

Quien así habló fué el indio que había mandado a Hisooroyo hacer uso de la palabra y que al parecer dirigía los debates; su autoridad residía en el hecho de ser el más anciano de los circunstantes, circunstancia que da la preeminencia entre los indios.

—¡Hermanos! — prosiguió el renegado. — Mi reclamación es justa, como todos podréis juzgar; sé que vuestro corazón es leal, y que no negaréis su entrada en él a la justicia. No necesito recordaros vuestra propia ley que dice que quien se apodera de un prisionero tiene el derecho de apropiárselo y de hacer de él lo que le plazca. Esta es la ley de la tribu y la mía también, porque la vuestra es la mía.

Un murmullo de aprobación interrumpió durante un momento este inspirado discurso.

—¡Hietanos! — continuó el orador. — Tengo la piel blanca, pero el corazón es del mismo color que el vuestro. Me habéis hecho el honor de adoptarme, de acogerme en vuestra nación, y me habéis distinguido haciendo de mí, primero un guerrero, y después un jefe. ¿Os he dado alguna vez motivo para que os arrepintáis de haberme concedido tal honor? ¿He burlado jamás vuestra confianza?

Una aclamación unánime le dió una respuesta negativa.

—Confío, pues, en vuestro amor a la justicia y a la verdad, y no temo que el color de mi piel ciegue vuestros ojos, porque todos conocéis el color de mi corazón.

A este rasgo de elocuencia contestaron los circunstantes con nuevas señales de aprobación.

—Pues bien, hermanos, oíd mis razones; reclamo la joven y el caballo. No necesito recordaros dónde y cómo los encontramos, pues vuestros ojos han sido testigos de esta doble captura. Se ha dudado de quién la había efectuado, porque eran muchos los hombres que fueron tras ellos; pero mi lazo fué el primero que cayó sobre la cabeza del caballo, el primero que se ciñó al cuello del animal, el primero que lo obligó a detenerse. Apoderarse del caballo, era también apoderarse de la mujer que iba sobre él, y como yo lo he hecho, ambos son mis cautivos. Reclamo la joven y el caballo como propiedad mía. ¿Quién niega mi derecho? ¡Que se levante y lo impugne!

Después de lanzar este reto con enfático y seguro tono, aquel nuevo Demóstenes volvió a su anterior actitud, y cruzándose de brazos quedóse silencioso e inmóvil.

Hubo una nueva pausa, a la que puso asimismo fin un ademán del viejo guerrero que antes había hablado. Este ademán dirigíase al heraldo que, elevando su voz, gritó con chillón acento:

—¡Wakono!

Este nombre me hizo estremecer como si me hubiera herido una flecha. A mí me llamaban de aquel modo. Wakono era yo.

Repitióse dos veces más este nombre, y cada vez en voz más alta.

—¡Wakono!... ¡Wakono!...

Un rayo de luz iluminó mi mente; Wakono era el rival y el litigante; aquel cuyos calzones me había puesto, cuyo magnífico manto pendía de mis hombros, cuyo adorno de plumas engalanaba mi cabeza, el hombre que llevaba pintada en el pecho una mano encarnada y en la frente una cruz; Wakono era yo.

No puedo expresar la singular tentación que experimenté al hacer este descubrimiento. Estaba en una situación peligrosa, me temblaban los dedos, solté las ramas, y me llevé las manos a los ojos; apenas me atrevía a mirar el teatro de aquella amenazadora escena. Permanecí algún tiempo inmóvil, sin producir el más ligero ruido, pero no sin sentir cierto estremecimiento; me era imposible reprimir las crispaciones de mis nervios terriblemente excitados.

Escuchaba sin mirar. Reinó un intervalo de silencio, durante el cual todos procuraron reprimir su respiración; nadie se movía ni trataba de hablar; todos esperaban el resultado de la intimación.

Volvió a oírse la voz del pregonero, gritando tres veces:

—¡Wakono!... ¡Wakono!... ¡Wakono!...

Un tercer intervalo de silencio siguió a este nuevo llamamiento; pero percibí confusos murmullos de sorpresa y desaliento tan pronto como los presente advirtieron que el indio no respondía por su nombre. Yo era el único que conocía el motivo de su ausencia; Wakono no podía presentarse.

No pude menos de contemplar la situación por su lado cómico, y lo cierto es que era tan ridícula, que, aun amenazado por un gran peligro, sentía unas ganas de reír extraordinarias; pero pude comprimirlas, y separando nuevamente las ramas, me arriesgué a mirar.

En el consejo reinaba cierta confusión. Habíase dado a Wakono por ausente; pero los miembros del jurado permanecían en cuclillas y conservaban su aspecto flemático. Los guerreros más jóvenes, colocados en torno de ellos, lanzaban destempladas exclamaciones, yendo y viniendo a cada momento con el ademán inquieto que demuestra a la vez desaliento y sorpresa.

En aquel momento salió un indio de su tienda; era un hombre de aspecto bastante venerable, más por su edad que por su grave expresión. Los años habían surcado de arrugas su rostro y tenía los cabellos blancos como la nieve, cosa rara en los indios. Advertíase en aquel individuo algo que le hacía aparecer como uno de los jefes de la tribu, y como Wakono era hijo del jefe, y el jefe sería, sin duda, un anciano, supuse que aquél sería el padre del indio a quien yo representaba. Mi conjetura resultó exacta.

El indio de blancos cabellos acercóse al límite del círculo de los guerreros, imponiendo silencio con un ademán. Obedecióse al punto esta orden; cesaron los murmullos, y todos se dispusieron a escucharle.

ELOCUENCIA COMANCHE

HIETANOS! — empezó diciendo el anciano jefe, que tal era, efectivamente, la calidad del venerable indio. — ¡Hietanos, hijos y hermanos míos en el consejo! A vosotros acudo para que aplacéis la resolución de este asunto. Soy vuestro jefe, pero no quiero que por este concepto me tengáis consideración alguna. Wakono es mi hijo, y no reclamo favor para él; pero espero de vosotros la justicia que haríais al individuo más pobre de la tribu; no pido nada en obsequio de mi hijo Wakono. Wakono es un guerrero valiente, y todos vosotros lo sabéis. Lleva un escudo y numerosos trofeos conquistados a los rostros pálidos tan aborrecidos; sus polainas están adornadas con cabelleras de uttahs y cheyennes; sus pies arrastran largos mechones de cabellos de pawnie y del arapaho. ¿Quién se atreverá a negar que Wakono, mi hijo Wakono, sea un bravo guerrero?

Un murmullo de aprobación respondió a esta pregunta salida de los labios de un padre.

—También Hisooroyo es un guerrero, y un guerrero valiente; no lo niego. Posee corazón entero y fuerte brazo; ha arrancado muchas cabelleras a los enemigos de los hietanos; me complazco en reconocerle estas cualidades; pero, ¿quién de nosotros no haría lo mismo?

A esta pregunta respondió un coro general de exclamaciones guturales, lanzadas al mismo tiempo por el consejo y los espectadores. Por el tono y el modo de expresarla, esta respuesta era testimonio de un enérgico asentimiento, revelando que el favorito de aquella gente no era Wakono, sino el renegado. El anciano jefe lo advirtió también, y no pudo ocultar el des-

agrado que le produjo tan expresiva réplica.

Después de una breve pausa, reanudó el hilo de su discurso; pero bajo muy diferente tema, porque hizo con muy distintos colores el retrato de Hisooroyo, y como lo pintó con las tintas más sombrías, era indudable que se expresaba con acritud y hostilidad.

—Respeto, pues a Hisooroyo en lo que vale —prosiguió; — lo respeto por la entereza de su corazón y el vigor de su brazo, según he dicho; pero oídme, hijos y hermanos míos. Hay dos cosas de cada especie: hay el día y la noche, el invierno y el verano, un vergel frondoso y una árida llanura, y lo mismo ocurre con la lengua de Hisooroyo: habla de dos modos tan diferentes como la luz y las tinieblas; su lengua es doble, ahorquillada como la de la serpiente de cascabel; no hay que fiarse de ella.

El jefe guardó silencio, y se concedió la palabra a Hisooroyo.

No se defendió de la imputación de usar un doble lenguaje: estaría, seguramente, persuadido de que la acusación era justa, y en este concepto no recelaba perder su popularidad, pues era cosa sobrado notoria. Verdad que se necesitaba ser gran embustero para aventajar o igualar siquiera con respecto a este punto al más insignificante orador del pueblo comanche, porque el espíritu de mentira proverbial en estos indios podía competir con el de la misma Esparta, si es cierto que esta nación fué acreedora a tal imputación.

El renegado no se dió siquiera por ofendido; parecía tener gran confianza en la justicia de su causa, y replicó sencillamente:

—Si la lengua de Hisooroyo es doble, el consejo no debe dar crédito a sus palabras; pero puede llamar testigos: muchos hay dispuestos a confirmar la sinceridad de lo que ha dicho Hisooroyo.

—Escúchese primero a Wakono; que hable Wakono; ¿dónde se ha metido?

Esta pregunta fué formulada por diferentes miembros del consejo que hablaban todos a la vez.

Y acto seguido, volvió a oírse la voz aguda del pregonero gritando tres veces:

—¡Wakono!... ¡Wakono!... ¡Wakono!...

—Hermanos — volvió a decir el jefe, — he aquí por qué quería aplazar vuestro juicio. Mi hijo no está en el campamento; ha vuelto a seguir el rastro de la guerra, y no ha regresado aún. Ignoro qué pretende hacer; tengo el corazón lleno de dudas, pero no de temor. Wakono es un guerrero valiente, y se bastará a sí mismo; no permanecerá ausente mucho tiempo; pronto volverá, y por esta razón os pido un plazo.

Un murmullo de desaprobación acogió esta confidencia. Los partidarios del renegado eran más numerosos que los amigos del joven jefe.

Entonces Hisooroyo volvió a dirigirse a la asamblea, diciendo:

—Hietanos: ¿hasta cuándo nos tendrá aquí detenidos una bagatela? Se han ocultado ya dos soles sin haber resuelto esta cuestión, y, sin embargo, yo no pido más que justicia. Con arreglo a nuestras leyes no puede suspenderse ningún juicio, y el botín debe pertenecer a alguien. Reclamo esos dos objetos como de mi propiedad, y me comprometo a presentar testigos que acrediten mi derecho, derecho de que carece Wakono, y si no, ¿por qué no ha venido a proclamarlo? No tiene más pruebas que su palabra; se avergüenza de presentarse sin ellas ante vosotros, y por eso se ha ausentado del campamento.

—¡Wakono no se ha ausentado! — repuso una voz salida de entre la turba de espectadores. — ¡Está en el campamento!

Esta noticia produjo gran sensación; el anciano jefe participó también de la sorpresa general.

—¿Quién dice que Wakono está aquí? — preguntó en voz alta.

Adelantóse un indio en el que conocí al hombre a quien había encontrado cuando acababa de separarse de los guardianes de los caballos, y que, como se sabe, era mi amigo.

—Wakono está en el campamento — insistió colocándose en medio del círculo. — He visto al joven jefe y le he hablado.

—¿Cuándo?

—Hace poco.

—¿Dónde?

Mi amigo indicó el sitio en que me había encontrado.

—Iba hacia allá — prosiguió; — luego se metió entre los árboles, y no he vuelto a verle más.

Esta noticia aumentó la sorpresa del auditorio, pues nadie acertaba a comprender que, estando Wakono en el campamento, no se presentara a sostener su reclamación. Su padre era, al parecer, el más asombrado y no trató siquiera de explicar la ausencia de su hijo. No podía hacerlo, y callaba, atónito y estupefacto.

Entonces se brindaron muchos a ir a buscar al guerrero ausente, presentando una proposición para enviar mensajeros en todas direcciones y registrar el bosque.

Sentí calofríos y me flaquearon las rodillas, pues comprendía que si registraban el bosque me sería imposible conservar mi incógnito por más tiempo. El traje de Wakono era demasiado vistoso, y entre los de aquella gente no había ninguno que se le pareciera; ningún otro guerrero llevaba un manto de pieles de jaguar, y el suyo debía venderme. La pintura superficial de mi cuerpo no me servía de nada, porque, examinándome a la luz de la hoguera, quedaría descubierta la superchería. Entonces me asesinarían en el acto, me torturarían quizás en castigo de los malos tratamientos que habíamos hecho sufrir al verdadero Wakono y que no tardarían en saberse.

Mis temores llegaban ya al paroxismo, cuando algunas palabras de Hisooroyo los calmaron de repente.

—¿Para qué buscar a Wakono? — exclamó. — Demasiado sabe cómo se llama. Wakono tiene oídos; puede oírnos si está en el campamento. Llamadle nuevamente si queréis.

Esta proposición pareció acertada y el consejo la adoptó. Por cuarta vez el pregonero llamó al joven por su nombre, quedando todos convencidos de que su aguda voz habría llegado hasta los últimos límites del campamento.

Dejaron transcurrir cierto intervalo, durante el cual reinó un profundo silencio, aplicando todos el oído para escuchar, pero Wakono tampoco respondió al llamamiento lo mismo que las tres veces anteriores.

—¿No os lo dije? — exclamó el renegado triunfalmente. — ¡Guerreros! Os pido que sentenciéis.

No le replicaron al pronto. Siguióse un prolongado silencio, durante el cual nadie pronunció una palabra, ni en el círculo ni afuera

de él. Al fin, púsose en pie el más anciano de los miembros del consejo, y después de aspirar una bocanada de humo en la pipa sagrada, pasóla al indio que estaba a su izquierda. Este, con la misma ceremonia, se la entregó a su vecino, y así sucesivamente hasta que la pipa dió la vuelta a la hoguera y volvió a manos del anciano guerrero que había dado la primera chupada. El presidente soltó la pipa, y seguidamente planteó la cuestión con acento solemne, pero con voz apenas perceptible para los simples espectadores de aquella escena. Procedióse a la votación, emitiendo cada uno su voto en voz baja.

Después se pronunció la sentencia, que fué tan rara como inesperada. El jurado, movido por un irresistible impulso de equidad, resolvió dividir el botín entre ambos litigantes, adjudicando el caballo a Wakono, y la joven a Hisooroyo.

GALANTERIA BRUSCA

Este fallo satisfizo al parecer a todo el mundo; y aun el mismo renegado manifestó su complacencia con una horrible sonrisa que desfiguró su rostro. Había sacado la mejor parte.

El jefe de blancos cabellos parecía también satisfecho. De los dos objetos en litigio, ¿preferiría el viejo salvaje el caballo? Wakono hubiera seguramente preferido a la cautiva.

El renegado, por su parte, manifestaba una desusada alegría. En su continente advertíase que estaba persuadido de poseer un preciado tesoro, objeto de muchos deseos, y no podía disimular el gozo que experimentaba. Acercóse con aire de triunfo y de júbilo al sitio en que estaba Isolina.

Los indios, sentados hasta entonces para celebrar el consejo, levantáronse después de pronunciar la sentencia: la asamblea quedaba disuelta. Algunos se marcharon adonde los llamaban sus quehaceres; otros permanecieron junto a la hoguera, mezclándose con sus camaradas, no ya con la gravedad de jueces, sino charlando, riendo y gesticulando del modo más alegre del mundo. Todos parecían haber olvidado el proceso y su objeto; demandante, defensor, proceso, nada les preocupaba ya.

Habíase entregado el caballo a un amigo de Wakono, la joven a Hisooroyo y el asunto había quedado enteramente terminado. Acaso hubiera allí algún joven que, con el corazón agitado, dirigiera alguna lasciva mirada a la linda cautiva, pues era indudable que más de uno envidiaba la suerte de Hisooroyo; pero procuraban ocultar sus sentimientos limitándose a lanzar furtivas ojeadas.

Terminado el consejo, nadie volvió a ocuparse, al parecer, en el renegado ni en su cautiva de rostro pálido, dejándolos juntos y entregados a sí mismos.

¡A sí mismos... y a mí!

Desde entonces todos mis pensamientos, todas mis miradas se concentraron en Hisooroyo e Isolina; para mí no había en el mundo más interés que espiar al lobo y a la víctima.

El anciano jefe habíase retirado a su tienda; Isolina quedaba sola, abandonada; pero no permaneció así más que uno o dos segundos, pues, en otro caso, hubiera yo corrido a su lado. Mis dedos buscaron maquinalmente el mango de mi cuchillo de caza, pero no tuve tiempo de hacer uso de él, porque casi en el mismo instante Hisooroyo se acercó a ella. Dirigióle la palabra en español, porque no quería que los demás lo entendiesen, y, hablando en este idioma, sabía que habría menos peligro. Pero casi a su lado había alguien que no perdía una palabra, yo, para quien no pasó inadvertida ni una sola sílaba.

—¿Qué tal? — empezó a decir con altanero acento. — ¿Qué tal, Isolina de Vargas? ¿Has oído? Ya sé que entiendes la lengua en que han hablado los del consejo, porque es la tuya natal.

Aquel hombre feroz burlábase de la infeliz.

—Eres mía en cuerpo y alma: ya lo has oído, ¿no es verdad?

—Sí, lo he oído.

—Creo que debes alegrarte. Soy blanco como tú; te he librado de las caricias de un indio, de un piel roja, y el resultado del juicio te debe complacer.

—¡Oh, sí, mucho! — contestó Isolina con el mismo tono de resignación que no dejó de sorprenderme.

—¡Es mentira! — contestó Hisooroyo. — No eres franca conmigo, mi dulce niña. Ayer mismo únicamente me dirigías palabras de desprecio, y, por lo tanto, debes seguir despreciándome.

—No estoy en estado de despreciarle; soy su cautiva...

—Tienes razón. No puedes despreciarme ni rechazarme, cosa que, realmente, me importa poco; puedes amarme o aborrecerme, como gustes. Con el tiempo quizás me profeses más afecto del que me convenga; pero eso será cuenta tuya, encantadora doncellita. Mientras tanto, me perteneces en cuerpo y alma; eres mía, y puedo hacer de ti cuanto me plazca.

Estos groseros insultos hicieron que mi sangre, abrasada ya, hirviera en mis venas. Empuñé el mango de mi cuchillo y encogí las piernas como el tigre que se dispone a saltar sobre su presa. Proponíame en primer término derribar a aquel miserable de una puñalada, y luego cortar las ligaduras que sujetaban las piernas de la cautiva, con la hoja ensangrentada.

Las probabilidades estaban siempre contra mí, pues aun quedaban unos veinte indios alrededor de la hoguera, y, aunque el renegado español cayese al primer golpe, no me sería posible escapar. Pero no podía contenerme, y estaba decidido a jugar el todo por el todo en aquel momento terrible, cuando, por fortuna, llegaron a mis oídos otras palabras que me contuvieron.

—Vamos — exclamó el renegado dirigiéndose a su víctima e indicándole que lo siguiera — ¡Ea, ven, vida mía! Aquí hay demasiada gente y yo quiero hablar contigo a solas; conozco parajes más amenos para reclinar en ellos esas mórbidas formas, plácidos y solitarios bosquecillos donde estaremos cómodamente a la sombra de la enramada. Allí podremos ir, paloma mía. ¡Ea, vamos!

A pesar del significado de estas palabras, me agradó oírlas, y tanto, que detuvieron mi mano y mi impulso, cuando me disponía a saltar y herir. La soledad apetecible a la sombra de un bosquecillo, como él decía, me deparaba una

ocasión favorable para libertar a mi amada. Haciendo un violento esfuerzo sobre mí mismo, me contuve, y resolví esperar aún.

Apliqué el oído para escuchar la respuesta de Isolina, mientras la miraba y observaba todos sus movimientos. Advertí que dirigía la vista a sus pies, y a las apretadas correas que tenía ceñidas alrededor de los tobillos.

—¿Cómo podré seguirle? — preguntó con tranquilo acento.

Indudablemente aquella calma era afectada y debía encubrir algún proyecto.

—¡Es verdad! — replicó el bandido, desenvainando su cuchillo. — ¡Caramba! No se me había ocurrido; pero pronto estará arreglado...

Interrumpió de pronto su frase, quedándose en una actitud que revelaba cierta vacilación. Permaneció así algún tiempo mirando a su víctima de soslayo y luego, como si hubiera cambiado repentinamente de pensamiento, envainó el cuchillo, exclamando:

—¡No, no me fío de ti! Tienes muy ligeras las piernas, muchacha, e intentarías hacerme dar un mal salto. Vale más que te quedes como estás. ¡Ea!, levántate... un poco más... así. Ahora vámonos al bosquecillo.

Dichas estas palabras, se inclinó sobre su víctima que estaba medio tendida en el suelo, pasóle un brazo por la cintura, y la levantó.

Vi esto y no arrebaté la vida a aquel monstruo; vi esto y no perdí mi sangre fría. Difícilmente me lo explico, porque semejante calma no es propia de mi condición. Mis nervios, después de haber estado sometidos a tan rudas pruebas durante las horas precedentes, habían adquirido la dureza y rigidez del acero, y esto me dió sin duda la fuerza necesaria para soportar aquel espectáculo, juntamente con la esperanza, casi la seguridad, de aprovechar la favorable ocasión que se preparaba.

Permanecí en el mismo sitio dispuesto a todo; pero sólo duró un momento.

MOMENTO SUPREMO

El renegado tomó en brazos a la cautiva, que no podía resistirse; y se dispuso a llevársela, porque sus pies, desnudos y ligados, arrastraban por la hierba. Pasó frente a la tienda y encaminóse oblicuamente a la entrada del bosque; los salvajes que lo vieron, lejos de intervenir, le dirigieron algunas bromas que excitaron su hilaridad.

No quise ver ni oír más. Protegido por el ramaje, deslicéme a lo largo del lindero del bosque, caminando rápidamente, pero en silencio, para llegar al mismo tiempo que el innoble raptor al punto a donde se dirigía.

Conseguí llegar antes que él, y, oculto entre la sombra de los árboles, esperé con el cuchillo de caza empuñado convulsivamente y dispuesto a todo. El peso de la cautiva había retrasado a mi enemigo, que se detuvo a la mitad del camino para cobrar aliento, y a la sazón encontrábase a diez pasos de la espesura, con la joven en brazos, llamándome la atención que ésta se apoyara en él más de lo que yo creía que debía apoyarse. Hubo un momento en que vacilé, dudando entre aguardar o abalanzarme a Hisooroyo: la ocasión me parecía muy propicia. Estaba ya a punto de adoptar el segundo partido y concluir de una vez, cuando vi que el renegado, tomando nuevamente a Isolina, se dirigía en línea recta hacia donde me encontraba oculto.

Había llegado el momento decisivo, y mucho antes de lo que esperaba.

Apenas hubo avanzado el renegado tres o cuatro pasos más allá del sitio en que se había detenido, le vi tambalearse y caer, arrastrando a la cautiva en su caída. Atribuí esto a un accidente cualquiera; pero el rugido salvaje que lanzó Hisooroyo convencióme de que aquello no podía ser resultado de un sencillo tropezón.

Hubo una breve lucha en el suelo; los dos cuerpos se separaron, y luego uno de ellos saltó de pronto hacia atrás: era Isolina, que tenía un objeto en la mano, un acero ensangrentado, en el que se reflejaba la luz de la luna y el resplandor de la hoguera del consejo. La joven inclinóse un momento para cortar con su afilada hoja las correas que le ligaban las piernas, y seguidamente echó a correr con todas sus fuerzas por la alfombra de musgo que cubría el suelo del campamento.

Sin detenerme a reflexionar, lancéme fuera del follaje para ir en su seguimiento. Pasé junto al renegado, que acababa de incorporarse, encontrándose, al parecer, levemente herido, y a quien la sorpresa tenía, sin duda, clavado en el mismo sitio; gritaba, juraba, pedía auxilio y profería amenazas de venganza. Hubiera podido entonces matarle, y no me faltaban ganas de hacerlo; pero me era imposible detenerme ni un segundo, no podía pensar más que en alcanzar a la fugitiva para ayudarla a escaparse.

Ya había circulado la voz de alarma por el campamento, donde reinaba una gran agitación, y cincuenta salvajes habían salido en persecución de Isolina.

Mientras corríamos de este modo, tropezó mi vista con el caballo blanco. Un hombre lo tenía sujeto por un lazo, se lo llevaba lejos de las chozas, al sitio en que pastaban los mustangs, e iba a atarlo a su estaca correspondiente.

El hombre y el caballo estaban enfrente de nosotros precisamente en el momento en que emprendimos la carrera. Isolina se encaminó en derechura hacia ellos, y poco después llegaba junto al caballo, apoderándose de la cuerda. El indio se resistía y procuraba recobrarla; pero Isolina blandió el ensangrentado acero, haciendo retroceder al salvaje, aunque no soltar la cuerda. Pronto la cortó la joven, y, rápida como el pensamiento, montóse y huyó a todo escape.

El indio estaba armado de su arco y su carcaj, y, antes que los fugitivos se pusieran fuera de su alcance, tesó el arco, y partió una flecha de la cuerda vibrante. Oíla silbar y creí percibir el ruido del choque producido al clavarse, pero el caballo no se estremeció.

Mientras corría yo a campo traviesa, apoderéme de una de las largas lanzas que había en el suelo, y traspasé con ella al indio antes que tuviera tiempo de colocar otra flecha en el arco, y eché a correr de nuevo, sin perder de vista al caballo blanco.

No tardé en llegar al sitio en que estaban los mustangs, muchos de los cuales galopaban sueltos por el prado. Sus guardianes parecían azorados, aunque desconocían la causa de aquella repentina alarma, y, gracias a esto, pudo el caballo blanco atravesar sano y salvo con su preciosa carga el espacio que éstos ocupaban. Seguílo a pie corriendo cuanto podía; cincuenta

salvajes venían ya tras de mí atronándome los oídos con sus clamores. Oíales gritar ¡Wacono!; pero no tardé en dejarles a gran distancia.

Tan pronto como hube dejado tras de mí la manada de caballos, volví a distinguir el corcel blanco; pe... entonces sumamente adelantado. No obstante, advertí con alegría que se encaminaba en derechura a las apiñadas yucas de que estaba cubierta la colina. Seguí mi precipitada carrera por las orillas del riachuelo, y al llegar al sitio en que el ribazo estaba cortado, precipitéme rápidamente en la barranca para tomar mi caballo. ¡Júzguese cuál sería mi asombro cuando advertí que había desaparecido! El noble bruto no estaba donde yo lo había dejado; pero en su lugar encontré el mustang manchado del indio.

Examiné el riachuelo en todas direcciones, pero no vi a "Moro". Mi apuro, mi perplejidad, mi rabia eran grandes. No acertaba a explicarme aquel misterio, en el que supuse que habían intervenido mis compañeros, quizás Rube, pero, ¿por qué? En el ardor de mi precipitación, no pude explicarme tan singular conducta; pero no tuve tiempo para reflexionar.

Saqué al animal fuera del agua, y salté sobre él para salir del lecho del riachuelo. Al llegar al nivel de la llanura, vi varios hombres a caballo, que llegaban del campamento a rienda suelta. Eran los salvajes que volaban en persecución de Isolina. Uno de ellos iba mucho más adelantado que los demás, y casi lo tenía encima cuando aun no había podido yo hacer emprender la fuga a mi nueva cabalgadura. Merced a la luz de la luna lo conocí fácilmente: era Hisooroyo, el renegado en persona.

—¡Esclavo! — me gritó en comanche y con acento altanero y furibundo. — Tú has preparado este plan. ¡Infame, corazón de mujerzuela, cobarde, vas a morir! La cautiva blanca me pertenece, ¿lo oyes, Wakono?, y tú...

No pudo terminar la frase.

Yo no había soltado la lanza comanche, y recordé entonces los seis meses de servicio que había pasado en un regimiento de lanceros. El mustang se portó a las mil maravillas, llevándome directamente hacia el enemigo. Poco después el renegado y su caballo salieron, cada uno por su lado; Hisooroyo rodando por la hierba, traspasado por la larga lanza, y el caballo galopando sin jinete por la pradera.

Pero el grupo que seguía al renegado me acosaba ya; eran lo menos veinte salvajes, que no tardarían en cercarme por completo. Afortunadamente se me ocurrió una idea feliz. Por el camino había observado que me tomaban por el famoso Wakono, y en el interior del campamento éste era el nombre que me habían dado; los que guardaban los mustangs me habían llamado del mismo modo en el momento de pasar junto a ellos; ¡Wakono!, gritaban asimismo los que perseguían a la fugitiva, y, por fin, el renegado cayó pronunciando el mismo nombre. Mi caballo manchado, mi manto de pieles de jaguar, mis adornos de plumas, la mano encarnada, la cruz blanca, todo ello me daba la apariencia del hijo del anciano jefe indio.

Hice avanzar algunos pasos a mi caballo, y lo detuve frente a mis perseguidores; luego, levantando el brazo y agitándolo con ademán amenazador, gritéles con estentórea voz:

—¡Sí, soy Wakono! ¡Desgraciado del que me siga!

Pronuncié estas palabras en comanche, aunque ignoro si con corrección; pero tuve la satisfacción de ver que me habían entendido; verdad era que mis ademanes no podían dejar la menor duda a los salvajes con respecto a su significación. Cualquiera que fuera la causa, se detuvieron sin atreverse a dar un paso más, y aprovechándome de esta circunstancia, volví riendas, emprendiendo una carrera tan rápida como al mustang le fué posible.

U L T I M A   C A Z A

Olvíme hacia la colina, y advertí que el corcel de Isolina corría con menos velocidad. Su blanco pelaje, que brillaba a la luz de la luna, habría podido verse fácilmente a mucha mayor distancia. Habíame figurado divisarle más lejos, aunque el tiempo que invertí en atravesar de una lanzada al renegado y en contener a los salvajes, apenas llegó a medio minuto, durante el cual era imposible perder de vista al caballo blanco.

Corría aún por el espacio que se extendía entre el lugar en que me encontraba y el pie de la colina, siguiendo de cerca, al parecer, la orilla del riachuelo, y yo lancé mi corcel indio a todo escape, sirviéndome de la punta del cuchillo de caza como de látigo y espuelas. Ya no me molestaba la lanza, que se había quedado clavada en el pecho de Hisooroyo.

El caballo blanco íbase acercando al bosque que rodeaba la base de la eminencia, y estaba ya casi junto al recodo donde me había echado al agua, por lo que era probable que no tardara en desaparecer entre la espesura. De pronto lo vi torcer a la izquierda y lanzarse por este lado en plena pradera, dejándome atónito con este movimiento, por cuanto me figuraba que la fugitiva intentaría, en primer término, guarecerse en el bosque; pero no me entretuve en averiguar la causa de semejante maniobra. Hice seguir la diagonal al mustang y seguí corriendo a revienta caballo en aquella nueva dirección.

Confiaba acortar la distancia que nos separaba, merced a la ventaja que me dió tan repentino cambio; pero el paso del maldito caballo indio no era tan rápido como yo deseaba, y no tardé en conocer que no sacaba la menor ventaja al caballo blanco, sino que, por el contrario, la distancia aumentaba por segundos.

Entonces divisé un jinete de aspecto sombrío que corría a lo largo de la base de la colina como si pretendiera cortarme el paso, y que atravesaba con una rapidez vertiginosa la espesura que había al pie de la vertiente de la pequeña eminencia. Percibía con toda claridad el ruido que hacía el ramaje al azotarle los costados de su caballo, siendo indudable que lo aguijoneaba cuanto le era posible, y que procuraba al mismo tiempo no ser visto por las personas que pudiera haber en la llanura.

De pronto conocí que aquel corcel era "Moro" que llevaba sobre sí el cuerpo flaco y desvencijado del viejo Rube.

Un momento después nos encontramos saliendo de la espesura. Sin hablar, nos apeamos simultáneamente, cambiamos al punto de caballo y volvimos a montar sin detenernos.

—¡Gracias a Dios que era "Moro" el noble animal a quien oprimía entre mis rodillas!

—Ahora, capitán — me gritó el cazador al

separarnos, — a escape con cinco mil demonios, y atrape a la señorita. Nosotros seguiremos su pista; todo marcha bien, adelante, pues, y a escape.

No necesitaba yo en modo alguno las excitaciones de Rube, a quien dejé con la palabra en la boca, emprendiendo una carrera indescriptible. Entonces comprendí la causa de no haber encontrado a "Moro" en el sitio en que lo había dejado; fué una idea que se les ocurrió a los astutos cazadores. Si hubiera yo montado en las inmediaciones del campamento, los indios habrían recelado probablemente y continuado mi persecución; así, pues, gracias al mustang manchado, pude desempeñar mi papel hasta lo último. A la sazón disponía de un caballo en el que podía confiar, y, por lo tanto, seguí corriendo con nueva esperanza y vigor.

Por vez tercera iban a competir en velocidad los dos animosos corceles, el negro y el blanco; por vez tercera iba a entablarse una lucha entre los dos nobles brutos, orgullo de la creación.

Yo corría en silencio sin atreverme apenas a respirar, tan grande era el temor que me infundía el resultado de aquella empresa; pero el caballo blanco de los llanos me llevaba una gran ventaja. Mis dos encuentros, con Hisooroyo primero y con Rube luego, me habían hecho perder lo menos una milla de terreno. A no ser por la claridad de la luna, acaso hubiera perdido completamente de vista al caballo de los llanos; pero estábamos en campo raso, el astro de la noche brillaba espléndidamente, y el pelaje del animal, con su nívea blancura, me servía de faro para dirigir mi marcha.

Pronto advertí que "Moro" ganaba rápidamente terreno a su adversario. Sin duda éste no desplegaba toda su velocidad, llevando un paso más lento que de costumbre. ¡Si la que en él iba montada hubiera sabido quién era el que la perseguía!... ¡Si hubiera podido oírme siquiera!...

Como estaba aún demasiado lejos, aun cuando hubiera gritado con toda mis fuerzas no me habría oído y mucho menos conocido mi voz.

Seguí, pues, corriendo sin llamarla. Acercábame a ella, acercábame constantemente y a la simple vista; o se acortaba sin duda alguna la distancia, o se engañaban mis ojos a la confusa claridad de la luna. El caballo blanco avanzaba trabajosamente, como si estuviera cansado desde el principio de la carrera. Parecíame... pero no, estaba seguro de que su velocidad disminuía. Y me acercaba cada vez más, hasta que apenas nos separaron una distancia de trescientos pasos.

Ya podían oírse mis gritos, y llamé, esforzando la voz cuanto pude, a mi amada por su nombre, uniéndolo al mío, pero no obtuve respuesta, ni la menor señal de inteligencia que me reanimara. El terreno que nos separaba favorecía mi carrera e iba a excitar nuevamente a mi caballo, cuando el corcel blanco se tambaleó y cayó al suelo de cabeza. No por eso refrené el ímpetu de "Moro" y, en menos de un minuto, me detuve, por decirlo así, sobre el caballo y la fugitiva que yacían aún en el suelo. Me apresuré a apearme, haciéndolo en el momento en que Isolina conseguía librarse del caballo y se ponía en pie, irguiéndose ante mí, y apretando con su pequeña mano su cuchillo ensangrentado.

—¡Salvaje, no te acerques a mí! — exclamó en comanche y con ademán que revelaba su propósito.

—¡Isolina! No temas... soy...

—¡Enrique! ¡Oh, Enrique!

Nos enlazamos en estrecho abrazo, sin añadir otra palabra, sin que se oyera más ruido que el de nuestros corazones que latían estrechamente unidos.

Estábamos en medio de la llanura, rodeados de un poético silencio, amorosamente abrazados; "Moro" estaba a nuestro lado, arqueando orgullosamente su cuello soberbio, y tascando el freno entre sus espumosos labios. A nuestros pies yacía el caballo blanco de los llanos, con la punta de la flecha del salvaje en las entrañas y la barbada asta saliéndole por un costado. Estaban sus ojos fijos y vidriosos; la sangre brotaba aún de sus abiertas narices, pero sus finas y hermosas piernas tenían la inmovilidad de la muerte.

Entonces vimos varios jinetes que llegaban a toda prisa; pero no tratamos de huir, porque los habíamos conocido.

Miramos hacia atrás, y no distinguimos el menor indicio de persecución; pero, esto no obstante, no quisimos permanecer allí tranquilos y confiados, pues ignorábamos si los indios se decidirían a ir en busca de su cautiva, ni si los amigos de Hisooroyo tratarían de ponerse sobre la pista del homicida Wakono.

Nos despedimos, con una mirada, de los restos del pobre animal tendido sin vida a nuestros pies, y espoleamos nuestras cabalgaduras para alejarnos de allí lo antes posible.

Cuando nos detuvimos a descansar un poco, estaba amaneciendo. Como medida de precaución, incendiamos la pradera detrás de nosotros, y nos guarecimos en un lindo bosquecillo de acacias, donde había un mullido césped que brindaba al reposo, y en el que se apresuraron a tenderse mis cansados compañeros.

Yo no quise dormir para velar el sueño de mi amada. Su encantadora cabeza descansaba sobre mis rodillas; su mejilla, tan suave y de sonrosado color, tenía por almohada el manto de pieles de jaguar, y yo la contemplaba embelesado. Las gruesas trenzas de sus cabellos pendían a un lado, y entonces pude ver...

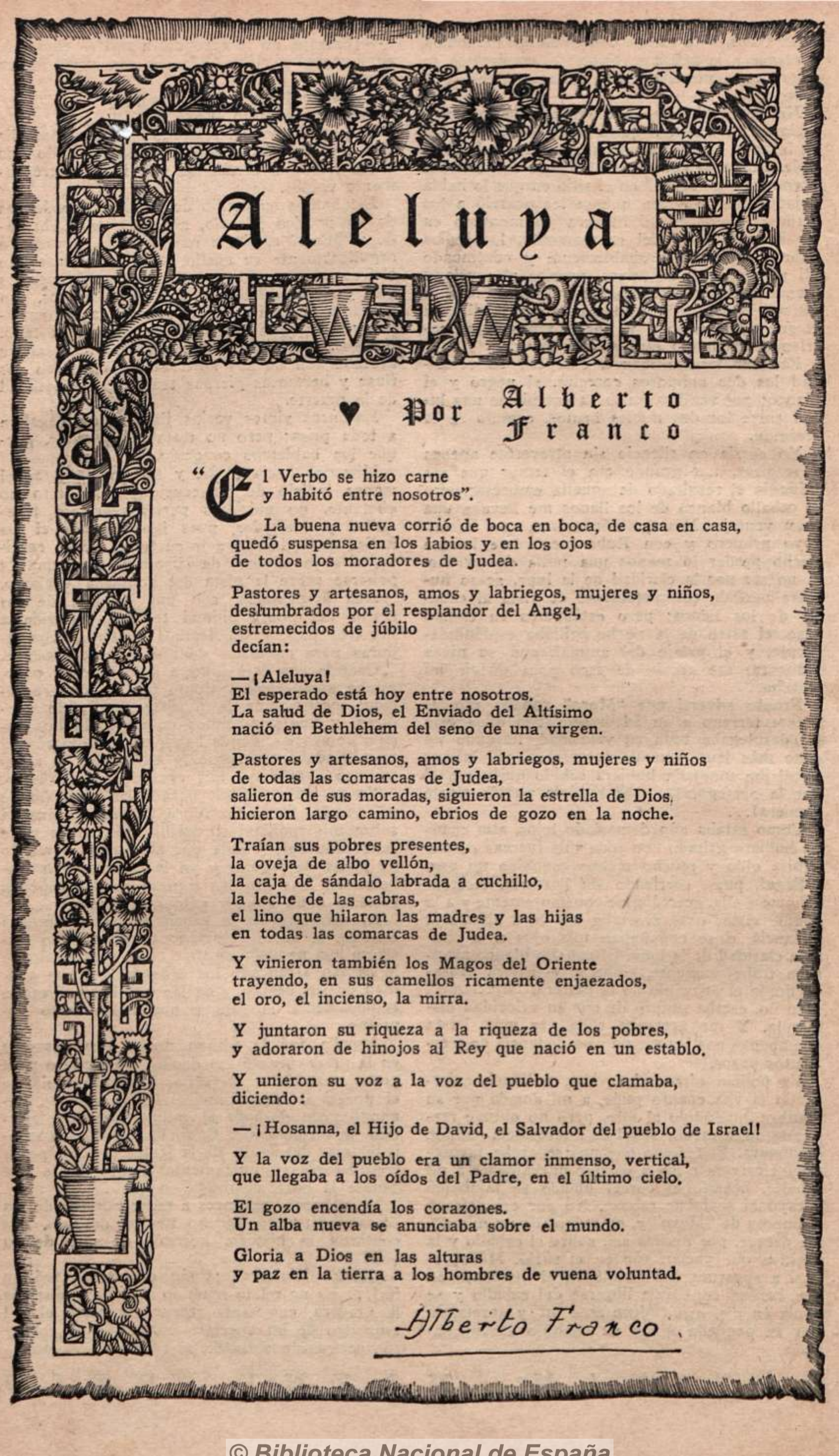
El carnicero de la ranchería, aquel hombre terrible, la había respetado también. Sólo distinguí una pequeña cicatriz en el sitio de donde le habían arrancado los aros de oro que pendían de sus orejas, y de las que había brotado copiosamente la sangre que había visto Cipriano.

Aquella fué la última noche que pasamos en la pradera y yo era demasiado dichoso para poder entregarme al sueño. Antes de ocultarse el nuevo sol atravesamos el Río Grande, llegando poco después al campamento del ejército norteamericano. Cobijada bajo las anchurosas alas del águila de la Unión, Isolina podía considerarse completamente segura, hasta que sonase la hora suspirada en que...

No volvimos entonces a tener noticias de los comanches; pero, mucho tiempo después, nos contaron la historia horrible de uno de su banda.

¡Infeliz Wakono! ¡Cuán desastroso fué su fin!... Es un relato repetido en los vivaques de la pradera, con tanta frecuencia como el del esqueleto de un guerrero indio, que se encontró fuertemente abrazado al tronco de un árbol.

CAPITAN MAYNE REID



Aleluya

♥ Por Alberto Franco

"El Verbo se hizo carne
y habitó entre nosotros".

La buena nueva corrió de boca en boca, de casa en casa,
quedó suspensa en los labios y en los ojos
de todos los moradores de Judea.

Pastores y artesanos, amos y labriegos, mujeres y niños,
deslumbrados por el resplandor del Angel,
estremecidos de júbilo
decían:

—¡Aleluya!
El esperado está hoy entre nosotros.
La salud de Dios, el Enviado del Altísimo
nació en Bethlehem del seno de una virgen.

Pastores y artesanos, amos y labriegos, mujeres y niños
de todas las comarcas de Judea,
salieron de sus moradas, siguieron la estrella de Dios,
hicieron largo camino, ebrios de gozo en la noche.

Traían sus pobres presentes,
la oveja de albo vellón,
la caja de sándalo labrada a cuchillo,
la leche de las cabras,
el lino que hilaron las madres y las hijas
en todas las comarcas de Judea.

Y vinieron también los Magos del Oriente
trayendo, en sus camellos ricamente enjaezados,
el oro, el incienso, la mirra.

Y juntaron su riqueza a la riqueza de los pobres,
y adoraron de hinojos al Rey que nació en un establo.

Y unieron su voz a la voz del pueblo que clamaba,
diciendo:

—¡Hosanna, el Hijo de David, el Salvador del pueblo de Israel!

Y la voz del pueblo era un clamor inmenso, vertical,
que llegaba a los oídos del Padre, en el último cielo.

El gozo encendía los corazones.
Un alba nueva se anunciaba sobre el mundo.

Gloria a Dios en las alturas
y paz en la tierra a los hombres de vuena voluntad.

Alberto Franco.

¡Qué Sorpresa Agradable!

Un jamón cocido y unas cuantas conservas Swift, siempre salvan la situación al instante.

¡Nuevo!

El Jamón Cocido Swift La Primera, en latas de un kilo, a precios comodísimos para cualquier despensa.

Es en realidad la obligación de toda dueña de casa hacia su marido, hacia sus amistades y hacia sí misma, tener *siempre* a mano por lo menos un rico trozo de jamón, con que poder obsequiar a las visitas inesperadas. Para facilitar esto, Swift ha puesto *a la venta* la parte más fina y sabrosa del jamón cocido, en latas de un kilo — comodísimas hasta para la despensa más pequeña. Usted podrá ahora adquirir de su proveedor *una* parte muy seleccionada del verdadero jamón Swift La Primera, en su propio envase; es el mismo jamón exquisito que hasta hoy sólo se vendía en piezas enteras. Aprecie usted el sabor uniforme, inalterable, por venir en una lata herméticamente cerrada. Cómprelo en seguida... *prepárese para poder* hacer frente en forma digna, a este género de sorpresas.



¡INSISTA! PIDA JAMONES

Swift *La Primera*


LA MARCA MUNDIAL
8 HERMANOS
PAISES Y TITULOS DE PROPIEDAD
DE LA MARCA "8 HERMANOS"
España Nº 31706 - Francia Nº 31013 - Italia Nº 23124 - Gran Bretaña Nº 423082 - Estados Unidos Nº 146744 - Canadá Nº 102 - Perú Nº 10724 - Bolivia Nº 1077 - Brasil Nº 8288 - Uruguay Nº 16002 - Venezuela Nº 7484 - Islas Filipinas Nº 9052 - Méjico Nº 20644 - Chile Nº 48474 - Colombia Nº 2876 - Paraguay Nº 6984 - China Nº 12548 - Japón Nº 188985 - Cuba Nº 50665 - Argentina Nº 42934
NAVIDAD
Y
AÑO NUEVO
Felicidades